EL FENÓMENO INTERNACIONAL
LESLIE WOLFE
DESAPARECIDA EN
FROZEN
FALLS
UN THRILLER DE KAY SHARP
JENTAS

EL FENÓMENO INTERNACIONAL
LESLIE WOLFE
DESAPARECIDA EN
FROZEN
FALLS
UN THRILLER DE KAY SHARP
JENTAS

Desaparecida en Frozen Falls

Leslie Wolfe

Desaparecida en Frozen Falls

Título original: Missing Girl at Frozen Falls

© Leslie Wolfe, 2022. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Ana Castillo © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1324-9

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2022 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

Doy especialmente las gracias a mi amigo, un lince de las leyes de Nueva York, Mark Freyberg, quien me guio con pericia por los entresijos del sistema judicial.

CAPÍTULO UNO

SILENCIO

No había ni un ápice de deferencia en los ojos azules de su hija.

Encendida del desafío alimentado por el fuego que ardía vivamente en el interior de su corazón y daba color a su larga y despeinada cabellera, los ojos de Holly se desviaron del rostro de su madre hacia la ventana de la cocina. Fuera, los tonos del crepúsculo se desvanecían en la oscuridad, invitando a pesadas sombras a ocupar los rincones del patio y sembrando la preocupación en el corazón de Rachel.

—Diez minutos más, mamá, por favor —insistió, removiéndose en la silla que había cogido con visible desgana—. Aún no es de noche. —Sus dedos encontraron el borde del mantel y empezaron a tirar de un hilo suelto que salía de la costura. Pronto se rompería por completo, como todo lo que se interponía en su camino—. Por favor...

Rachel se mordió el labio para contener una sonrisa tensa.

—La cena está lista, cariño. —Después de colocar los platos blancos y cuadrados sobre la mesa con gestos rápidos y expertos, Rachel le dio la espalda un momento, lo suficiente para recuperar la cazuela del fogón y ponerla sobre la rejilla que protegía el mantel. Cuando levantó la vista, contenta de ver que el asado había llegado a la mesa sin derrames ni manchas, la silla de Holly estaba vacía.

Poniendo a prueba los límites de su paciencia, su hija se colgaba del pomo de la puerta trasera. Sus manos apretaban el pomo mientras lo giraba despacio, su espalda casi tocaba el suelo y sus rizos castaños barrían las baldosas. Se quedó mirando a su madre con una amplia y audaz sonrisa en su pecosa cara, como si quisiera ver

si podía salirse con la suya girando el pomo un poco más hasta que cediera a la presión, permitiendo que la puerta se abriera.

A Rachel le dio un vuelco el corazón. Ese pomo estaba suelto, apenas se sostenía incluso sin una niña de ocho años colgando de él con ganas. En la mente de Holly, aquella pieza suelta de la puerta debía ser el símbolo de lo que la mantenía cautiva en la cocina de su madre y tenía que destrozarla. Incluso si eso significaba que, como un monito, pudiera aterrizar con fuerza en el suelo mientras lo hacía, golpeándose la cabeza contra el lateral del armario. O lo más probable es que no estuviera pensando en nada de eso, al típico estilo de una niña de ocho años.

Rachel dejó caer el guante de cocina sobre la mesa, corrió hacia la puerta y cogió a Holly en brazos, aprovechando para abrazarla con fuerza durante un breve instante antes de que la niña empezara a retorcerse para soltarse.

Agachándose, Rachel la dejó aterrizar con seguridad en el suelo mientras sus ojos se desviaban por un momento hacia el reloj de la cocina. Se hacía tarde.

A cada minuto que pasaba, el miedo se deslizaba en su interior como la niebla que llega del mar y se lo traga todo a su paso. No debería haber dicho ni una palabra. Debería haber huido, fingir que nunca estuvo allí, y tal vez habrían estado a salvo. Holly estaría a salvo ahora.

De mala gana, abrió los brazos, ahuyentando la amenaza de las lágrimas. Sin dudarlo, Holly se alejó corriendo de ella, rodeando la mesa y llenando el silencio de risas.

—Lávate las manos antes de sentarte, jovencita. —La niña hizo un mohín, pero Rachel no se movió, señalando con el dedo el lavabo—. Ahora. —Entonces Rachel tomó asiento en la mesa con un largo suspiro, cuchillo y tenedor en mano, dispuesta a trinchar un par de rebanadas del apetitoso asado. El olor a puré de patatas con mantequilla y a ternera guisada con tomillo le llenó las fosas nasales, recordándole que no había comido nada desde la mañana.

Sin apartar los ojos del esfuerzo poco entusiasta de Holly por

lavarse las manos mientras escribía un mensaje de texto en su teléfono, Rachel casi no se percató del sonido de un coche entrando por el camino hacia la casa. Sin embargo, el ruido familiar le heló la sangre. De puntillas, se dirigió al salón y miró hacia el exterior a través de los visillos sin encender las luces.

—Oh, no —susurró para sí misma—. Oh, por favor, no.

Volvió corriendo a la cocina, cogió la chaqueta de Holly del perchero que había junto a la puerta y se detuvo junto a ella.

—¿Recuerdas lo que hablamos? —le preguntó a su hija en un susurro bajo e intenso. Ella asintió, con los ojos muy abiertos y el rostro serio—. Ya es la hora. Toma, ponte esto y sal fuera. Escóndete en el cobertizo, detrás del tractor, como hablamos.

Holly volvió a asentir moviendo la cabeza. Se puso en pie, vacilante; su anterior ansia por salir al exterior se había desvanecido.

—Vete. —Rachel abrió rápidamente la puerta trasera y Holly se deslizó por ella. Una ráfaga de viento invernal sopló en el interior con el aroma de las hojas caídas y la amenaza de lluvia de noviembre—. Quédate ahí hasta que vaya a buscarte, ¿vale? —Luego se puso el dedo en los labios, rogándole a su hija que guardara silencio—. Respira como te he enseñado, despacio, ¿de acuerdo? No tengas miedo —murmuró, secando una lágrima del ojo de la niña—. Mi pequeña valiente.

Holly gimoteó y dio un paso atrás, haciendo que sus rizos se arremolinaran mientras se giraba para correr descalza por el suelo helado. Sin tiempo para mejores opciones, Rachel se quitó los zapatos y se los tiró a Holly, luego la vio detenerse el tiempo suficiente para recogerlos y ponérselos antes de continuar hacia el cobertizo. Las zapatillas le quedaban grandes, pero con valentía arrastró los pies hasta el cobertizo, cerrando la puerta tras de sí con un chirrido oxidado.

A Rachel se le escapó un sollozo, pero lo contuvo mientras cerraba la puerta y se deshacía del plato, los cubiertos y el mantel individual de Holly, metiéndolos con rapidez en el lavavajillas.

¿Qué hacía todavía allí? No tenía sentido, pero no sabía a dónde ir. Quería una cena más para Holly y para ella, un día más de normalidad antes de que toda su vida se fuera al traste, quizá para siempre. Pero ahora se arrepentía amargamente, era solo la última de una serie de malas decisiones que había tomado.

Pensó que aún estaba a tiempo.

Se había equivocado.

El timbre de la puerta sonó dos veces, mucho más fuerte de lo habitual, y el miedo corrió por sus venas. Cerró de golpe el lavavajillas y gritó: «¡Un momento!». Echó un último vistazo a la cocina, se preparó y se dirigió a la puerta principal.

Por un instante se planteó no abrir y bloquear la puerta con el respaldo de una silla metido bajo el picaporte, como había visto en las películas. Pero sabía que eso no cambiaría nada. Era mejor intentar convencerlo de que no lo hiciera. Era su única oportunidad.

Abrió la puerta y se quedó paralizada, de repente, sin palabras, con la garganta entrecortada y seca.

El hombre miró fijamente a Rachel antes de entrar, como si quisiera calibrar sus intenciones, como si esperara algo más que la torpe sonrisa que ella había dibujado en sus temblorosos labios. Guardaba las manos en los profundos bolsillos de su gabardina; tenía los hombros anchos, la expresión severa, decidida. Las largas solapas de su abrigo ondeaban al viento enérgico como un pájaro cautivo que intentara huir desesperadamente.

—S... sé por qué estás aquí... —dijo débilmente—. Pero no es necesario. —El hombre continuó mirándola de manera fría, inflexible—. He decidido que es mejor dejarlo todo y desaparecer. Me llevaré a Holly y nos iremos.

Lo miró un instante y luego se apartó. Tenía la cabeza gacha y los ojos protegidos por ondulantes mechones de su sedoso pelo rojo. El rostro del hombre parecía tallado en piedra, inmóvil, indiferente. Era la indiferencia lo que más la asustaba.

—Ah, ¿sí? —preguntó. Su voz resonó extrañamente en la habitación —. ¿Has decidido dejarlo todo y huir? ¿Y se supone que me lo tengo que creer? —Su risa reverberó en el silencio como fragmentos de cristal.

Ella asintió frenéticamente, sintiendo que el corazón le latía con prisa en el pecho.

—No recuerdo mucho, de todos modos. Me equivoqué. Pensé que recordaría algo, pero... —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Con suavidad, él alargó la mano y le tocó la cara. Rachel se estremeció bajo sus caricias y prefirió quedarse quieta—. Te prometo que no diré una palabra.

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios del tipo.

—¿Una promesa de corazón, de esas que morirás si no cumples? —preguntó, aplastando una lágrima bajo el pulgar.

Su pregunta le trajo imágenes vívidas a la mente. Un todoterreno negro pasando por la calle donde ella se encontraba aparcada con su coche. Ese vehículo frenando cuando casi llegaba a la esquina. La ventanilla deslizándose bajo la ligera lluvia. Un destello de luz y el sonido de un arma disparándose. Dos veces. La mano sujetando el arma y la forma en que se sacudió hacia arriba por el retroceso. El golpe de un cuerpo cayendo sobre la acera empapada por la lluvia, un hombre joven, quizá de veinte años, incluso más joven. La sangre mezclándose con la lluvia y fluyendo poco a poco hasta la cuneta. El todoterreno negro acelerando, doblando la esquina, desapareciendo. Su aliento, atrapado en su pecho, abrasador y agonizante.

Rachel sacudió la cabeza.

—Ni una palabra, lo juro. Estoy conmocionada, eso es todo. —Se apartó despacio, sabiendo que estaba mintiendo tan mal que su hija de ocho años lo habría hecho mucho mejor—. Me he avergonzado con esa gente... en el calor del momento, supongo. Nunca había presenciado un asesinato. —Se atragantó con la palabra y se le quebró la voz—. Pensé que podría recordar la matrícula, pero todo lo que recuerdo es un coche negro. O tal vez azul. Hay millones de

ellos ahí fuera. No vi nada, de verdad. Juro que no lo hice. Por favor, déjame ir.

—No me lo creo. —Su voz era llana, seria.

Ella se encogió de hombros y volvió a sacudir la cabeza, bajando la mirada al suelo.

—Ya les he llamado; les he dicho que no recuerdo nada. —Levantando los ojos y mirándolo por un breve instante, añadió en un susurro bajo y estrangulado—: Pero ellos podrían pensar de otro modo. Yo... nosotras... estamos en peligro si creen que he visto algo. Ya sabes, el... asesino. Ojalá pudiera convencerlos de que no vi nada. No soy un peligro para nadie. —Juntando las manos, dio otro pequeño paso hacia atrás—. Estaba demasiado lejos. Estaba oscuro, lloviendo. No podría haber visto prácticamente nada, ¿verdad? —Intentó fingir una risita, pero le salió gutural, ahogada, grotesca.

Un sollozo ahogado escapó de sus labios. Sus rodillas se sentían débiles y temblorosas, se dejó caer en una silla cerca de la puerta y enterró la cara entre las manos. Sus hombros pesaban mientras sollozaba, el miedo y la desesperación se extendían implacables por todo su cuerpo.

El hombre se acercó y tocó el hombro de Rachel en un gesto que la hizo sobresaltarse. Jadeando, lo miró a través de un torrente de lágrimas. Cuando sus miradas se cruzaron, ella se estremeció. Su decisión estaba tomada, y nada de lo que ella pudiera decir o hacer cambiaría lo que estaba a punto de suceder.

Aun así, se levantó de la silla y huyó a la cocina, gesticulando desesperadamente, tanteando la superficie de la mesa en busca del largo cuchillo de trinchar que recordaba haber dejado antes.

El hombre caminó despacio hacia la mesa de la cocina, imperturbable, decidido.

—¿Dónde está la niña?

—No está aquí —tartamudeó—. La dejé con mi madre.

—Ajá —respondió él fríamente mientras sacaba una pistola provista

de un pequeño silenciador, y le apuntó al pecho.

Tras agarrar un cuchillo con dedos temblorosos, ella se abalanzó, levantando la mano en el aire y saltando por el suelo para alcanzarle.

La pistola se disparó dos veces, en rápida secuencia silenciada, desgarrando la carne de Rachel y desencadenando relámpagos dentro de su cerebro. Su cuerpo cayó al suelo mientras el mundo a su alrededor se volvía oscuro. El cuchillo repiqueteó contra las baldosas y se deslizó bajo la estufa.

El hombre se quedó mirando el cuerpo de Rachel unos instantes, luego rodeó la mesa y le disparó otro tiro a la cabeza. El tiro sacudió la parte superior de su cuerpo durante una fracción de segundo, y luego nada.

Solo silencio.

El hombre se metió la pistola en el bolsillo y cogió un paño de cocina del tirador de la puerta del horno. Silbando una melodía conocida, limpió cualquier superficie que hubiera tocado desde su llegada. El respaldo de la silla de la cocina frente a donde había caído la mujer. Los tiradores de la puerta principal. El marco de la puerta de la cocina. Y, solo por precaución, algunas secciones de la encimera y la mesa.

Antes de marcharse, contempló el bello rostro de la mujer, serena en la muerte, en paz.

—Qué desperdicio —murmuró. Se volvió hacia la mesa y cogió un poco de corteza de la carne del asado; entonces se lo comió con avidez, chupándose los dedos—. Y también sabía cocinar.

Estaba casi en la puerta cuando oyó ruidos fuera, en el patio de atrás. Un crujido, un golpe, un gemido ahogado.

—Maldita sea —murmuró, y salió furioso por la puerta trasera, sin preocuparse por las huellas que había dejado en el pomo.

Ya habría tiempo de limpiarlas más tarde.

CAPÍTULO DOS

LLAMADA PERDIDA

Kay miró al sospechoso a través del cristal, preparándose para cuando tuviera que entrar. Con los dedos apretados alrededor de un vaso alto de papel con café para calentarse con su contenido, arrugó la nariz y rio entre dientes mirando a Elliot.

—Esto es muy inusual —dijo—. Y no te imaginas lo que apesta.

Su compañero sonrió y asintió una vez, con un movimiento apenas perceptible del ala de su sombrero vaquero.

—¿Quieres que lo lleve a procesar?

Kay volvió a mirar al sospechoso. Ahora parecía despierto, no como ese mismo día un poco más temprano, cuando dos agentes del sheriff tuvieron que sacarlo del coche, profundamente dormido. La mayor parte del rostro del sospechoso estaba cubierta por un cabello castaño despeinado que no se había peinado en meses y una barba igualmente desaliñada. Vestía una sucia camiseta gris llena de manchas de una sustancia pardusca sobre la que Kay no se atrevía a aventurar una conjetura. Sus pantalones estaban gastados, dados de sí y viscosos; el hombre debía llevar tiempo sin hogar.

El olor a humo de puro añejo precedió en apenas una fracción de segundo a la entrada del sheriff Logan en la pequeña sala de observación. Kay se dio cuenta de que había aumentado de peso y de que su abdomen empujaba el tenso tejido de la camisa, amenazando la integridad de varios botones. Las ojeras se le habían acentuado; probablemente estaba acumulando un gran déficit de sueño, y la estación invernal acababa de empezar. Como siempre, el invierno había traído la nieve, y con ella hordas de turistas, ya fueran esquiadores o personas que tan solo adoraban estar en las

laderas y cumbres del monte de Mount Chester una vez que la primera capa de blanco caía del cielo.

Y con ellos llegó una carga de horas extras interminables para la oficina del sheriff. Pequeños robos, peleas en bares, borracheras y altercados, allanamientos, multas por conducir bajo los efectos del alcohol, violaciones ocasionales y, a veces, asesinatos. Decenas de accidentes de tráfico, desde pequeños golpes con los guardabarros hasta choques múltiples y homicidios, todo porque los californianos no sabían conducir sobre hielo, y eso era un hecho probado.

—Creía que ya estaría encerrado —dijo el sheriff Logan, deteniéndose en el marco de la puerta y dirigiendo al perpetrador una rápida mirada llena de desprecio sin filtro.

—Lo quería totalmente despierto para interrogarlo —respondió Kay —. No quiero que un abogado listillo haga retirar los cargos porque estaba impedido en el momento del interrogatorio.

—¿Qué hay que preguntarle? —Logan sonrió y se rascó la sien canosa—. Para mí es una situación sin precedentes —añadió con una sonrisa que dejaba ver sus dientes manchados de tabaco—. Quedarse dormido en la escena del crimen.

Kay ladeó un poco la cabeza.

—También me encaja por los robos de los Gravatt y los Langton. Hay puntos en común con esos casos. A la misma hora del día. Mismo punto de entrada. Mismo modus operandi.

—¿Huellas dactilares? —La sonrisa del sheriff disminuyó.

—Aún estoy esperando eso, pero había pensado preguntarle.

Una risita silenciosa salió de los labios de Elliot. Se mantuvo callado, como siempre, pero Kay pudo ver que sus la maquinaria de su cerebro ya estaba girando.

—No se durmió del todo —dijo Elliot—. Fue drogado. Por la señora Donaghy. Consiguió que tomara café con ella y le echó sus somníferos. Esa mujer se podría cargar el infierno con un cubo de agua helada.

—Sí... Le dio como tres veces la dosis que ella toma —rio Logan—. Me enteré. Bien por ella. ¿Cómo llegó aquí?

—Los Donaghy lo ataron con los cables de unos alargadores y nos llamaron —añadió Elliot—. ¿Se imagina al señor Donaghy, a sus setenta y tres años, con su barriga y su artritis, arrastrando a este pedazo de escoria atado como un jamón ahumado hasta el porche delantero, porque «no podía soportar su mirada ni su hedor»? Son sus palabras, no las mías —añadió, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros en lugar de hacer las habituales comillas en el aire.

Logan intentó esconder su abdomen, probablemente sintiéndose un poco cohibido al oír la descripción que Elliot hacía de la complexión del señor Donaghy. Kay se dio la vuelta para ocultar una pequeña sonrisa.

—Muy bien, voy a entrar —anunció, dejando el vaso de café sobre una mesita auxiliar y alisándose el cuello alto negro de su jersey. Se subió las mangas hasta los codos, sacó una goma del bolsillo y se recogió el pelo rubio en una coleta. Cogió una carpeta con unas cuantas hojas en blanco dentro, un accesorio que utilizaba a veces, y se detuvo frente a la puerta—. Diría que me llevará unos diez o quince minutos —añadió, mirando a Elliot. El ala del sombrero de su compañero se movió ligeramente. No quería que Logan supiera que ella y Elliot saldrían a cenar más tarde.

Aunque todo el pueblo de Mount Chester lo sabía. Sobre todo los otros policías.

El sospechoso apenas se inmutó cuando ella entró. A Kay se le cortó la respiración; el olor era desagradable allí dentro. Se dirigió al termostato, lo bajó diez grados y puso el aire acondicionado. Luego volvió y se sentó frente al sospechoso.

—Señor John Homer Boydston. —Hizo una pausa—. ¿Cómo le va el día? —preguntó, abriendo la carpeta y pasando las hojas.

—¿Eh? —respondió el hombre, mirándola fijamente con los ojos entrecerrados e inyectados en sangre—. ¿Cómo cree que va? Me han pillado.

—Sí, lo he oído. —Cerró la carpeta y la colocó frente a ella, luego puso las manos sobre la misma—. ¿Por qué irrumpió en la residencia de los Donaghy?

El sospechoso apartó la mirada de ella hacia la ventana, que ahora era un cuadrado negro de cristal con barrotes de acero entrecruzados delante. Fuera estaba oscuro, los días eran más cortos y fríos, con la amenaza de más nieve en el aire vespertino.

—Supongo que no tiene sentido decir que no fui yo, ¿verdad?

Ella fingió aflicción.

—No, me temo que sería inútil. Déjeme recordarle lo que ha ocurrido. —Kay esperó hasta que él hizo contacto visual—. Esta mañana, sobre las diez, entró en una casa y empezó a maltratar a los dos ancianos que viven allí, exigiéndoles que le dieran dinero. Registró sus cajones, el bolso de la señora Donaghy, y se llevó todo lo que encontró. Dinero en efectivo, joyas, sus llaves del coche. En ese momento, la señora Donaghy le ofreció una taza de café, y se la bebió. Luego se quedó dormido en su sofá.

Un destello de comprensión iluminó por un momento los ojos apagados del hombre.

—¡Me drogó! —gritó, intentando ponerse en pie. La cadena que unía sus esposas y se sujetaba a la mesa de acero inoxidable traqueteó, sujetándolo. Derrotado, se dejó caer sobre su silla, cuyas patas chirriaron al arrastrarlas contra el suelo de cemento manchado—. Me drogó. Juro que lo hizo. Quiero presentar cargos.

—Señor Boydston, usted irrumpió en su residencia. Tenían el derecho legal de matarle en defensa propia. No lo hicieron. En todo caso, debería estar agradecido.

La boca del sospechoso se redondeó en una O silenciosa.

—¿Le han leído sus derechos?

—S-sí, conozco mis derechos. He cumplido condena antes.

—¿Por qué?

Él se burló como si dudara de su ignorancia.

—Allanamiento de morada.

—Muy bien, así que ya ha hecho esto antes. —Ella sonrió cortés, como si quisiera dar a entender que lo entendía—. Voy a suponer que irrumpió en la residencia Donaghy porque necesitaba dinero desesperadamente. Porque se moría de hambre.

Él asintió con entusiasmo, enviándole nuevas oleadas de olor corporal.

—Justo por eso. Ahí lo tiene.

—He leído en su expediente que le despidieron de su último trabajo, ¿por qué fue?, ¿por robar?

El hombre frunció ligeramente el ceño, como si sus espesas cejas fueran demasiado débiles para fruncirlas con fuerza.

—Muy bien, antes de ficharle formalmente, déjeme decirle dónde estamos. Tenemos otros dos casos en los que estamos trabajando, el de los Gravatt y el de los Langton.

—¿Quiénes?

Probablemente ni siquiera sabía sus nombres. ¿Por qué iba a molestarse? Por lo que ella sabía, su modus operandi consistía en beber hasta perder el conocimiento o drogarse, o ambas cosas, y luego acechar a una pareja de ancianos y entrar en su casa. Los tribunales habían sido indulgentes con él en dos ocasiones, pero lo había pagado llevando a más gente al hospital.

—Hay un problema aquí, señor Boydston. —Kay se inclinó un poco hacia delante para dar más peso a sus palabras. Su gesto despertó la curiosidad del interrogado—. En ambos robos, las parejas de ancianos resultaron gravemente heridas, por lo que los cargos serían mucho más elevados. Verá, mi compañero es de Texas. Es un duro agente de la ley al que nada le gustaría más que colgar al hombre que hirió a esas personas, ¿comprende?

El rostro del hombre se volvió ceniciento y sus labios temblaron.

—¿Colgar? —Se aclaró la garganta—. ¿Qué quiere decir?

—Oh, es una forma de hablar. No colgamos a criminales en California. Los ejecutamos. Rápido y limpio, no como en la vieja Texas.

Él se lamió los labios, nervioso.

—Yo no he matado a nadie.

—Bueno, ese es el problema, señor Boydston. Mi compañero cree que el autor que irrumpió en la casa de los Gravatt pretendía matar a las dos personas que viven allí y cometió un error. Les aplastó la cabeza contra la pared, pero no usó la fuerza suficiente para matarlos.

La palidez se acentuó en el rostro de Boydston. Tragó saliva.

—¿A los dos?

Ella ignoró su pregunta.

—Aunque creo que fue un accidente, cuando entras en casa de la gente, estos se asustan. Corren como locos, tropiezan con las cosas. Creo que se cayeron y se golpearon la cabeza. —Hizo una pausa, mirando directamente las pupilas dilatadas del hombre—. Solo alguien tonto como una piedra mataría a alguien por cien pavos, ¿verdad? Porque eso es todo lo que se llevaron de los Gravatt, ya ve.

Hizo otra pausa y se reclinó en la silla.

—Ese es el problema que tengo. ¿Fue un asesinato premeditado, mal ejecutado por alguien estúpido? ¿O solo un accidente durante la perpetración de un delito menor?

—Fue un accidente —soltó—, le juro que lo fue. Solo quería retener al tipo para poder abrir los cajones, pero no paraba de atacarme con el bate. Solo lo empujé, no con fuerza —tartamudeó. La cadena volvió a sonar cuando juntó las manos en un gesto implorante—. Se suponía que no debían salir heridos. No soy estúpido, ¿sabe?

—De acuerdo —dijo Kay, poniéndose en pie, y cogió la carpeta de la arañada mesa—. Se lo haré saber a mi compañero.

El interrogado bajó la cara hacia la mesa hasta que sus manos encadenadas pudieron pasar por su pelo desordenado.

—Gr-gracias, detective.

Kay cerró la puerta tras de sí, respiró hondo y entró en la sala de observación, justo a tiempo para ver cómo un dinero cambiaba de manos.

—¿Una apuesta? —desafió a los dos policías, que parecían tímidamente culpables de los cargos—. ¿De qué? Esta confesión ha sido demasiado fácil.

Elliot cambió el peso de un pie a otro, bajándose el ala del sombrero lo suficiente para ocultar sus iris azules.

—De tiempo. Sobre cuánto rato te llevaría...

—Sí, lo pillo. —Ella apretó los labios para ocultar una sonrisa. Esa era su familia, claramente. Elliot, el Sheriff Logan, los agentes. Su hermano Jacob—. ¿Qué apostasteis?

Un momento de silencio y luego Logan dijo:

—He perdido un billete de diez. Dije que lo tendrías en veinte minutos. Elliot dijo cinco. Ha estado más cerca. Le has hecho confesar en seis minutos.

—Vaya —dijo Kay en voz baja, halagada en secreto.

—Ya puede pagar la cena —dijo Logan, saliendo de la habitación con paso ligero, respondiendo a una seña de otro agente.

—Yo lo encerraré —ofreció el detective.

Kay se quedó atrás, cogió el vaso de café y bebió un sorbo. Vio cómo Elliot se llevaba al sospechoso de la sala de interrogatorios a la parte de atrás para procesarlo. Boydston se retorció durante un rato, luego miró fijamente el sombrero de Elliot, la hebilla de su

cinturón del tamaño de un platillo de café con la estrella solitaria, y se quedó en silencio, con la mirada aterrorizada. Debió darse cuenta de que Elliot era el gran y malvado agente de la ley de Texas con ganas de ahorcar.

Mientras esperaba, Kay comprobó sus mensajes y arrugó el gesto cuando descubrió una llamada perdida de un número que no reconoció inmediatamente. La llamada se había realizado un par de horas antes, pero ella no la había oído. Comprobó el teléfono y descubrió que el botón lateral de respuesta se había deslizado, probablemente por accidente.

Tocó el buzón de voz y reprodujo el mensaje.

—Hola, soy Rachel —dijo una voz de mujer vacilante. Sonaba cargada de lágrimas—. He querido llamarte... durante años. Pero necesito hablar contigo ahora. Yo... espero que me perdones por lo que hice. Por todo. Sé que no tengo derecho, pero te necesito. Por favor, llámame.

Kay se quedó mirando el número que aparecía en la pantalla, con el dedo índice flotando sobre esta mientras intentaba decidir qué hacer.

—¿Quién era? —preguntó Elliot—. Pareces disgustada.

Kay respiró hondo, dándose cuenta de que había estado reteniendo el aire en el pecho mientras escuchaba el mensaje. La sensación de pesadumbre que la había invadido se disipó al oír la voz de Elliot.

—Ah, solo un fantasma del pasado. Fuimos juntas a la universidad. Solía ser mi mejor amiga.

—¿Quieres llamarla? Puedo esperar —dijo Elliot, dando un paso atrás como para ofrecer algo de privacidad.

Kay volvió a pensarlo, pero se dio cuenta de que aún no estaba preparada para esa conversación.

—No... vamos a cenar. La llamaré más tarde.

CAPÍTULO TRES

LA CAÍDA

Holly corrió hacia el cobertizo, con los pies lastimados por las piedras que cubrían la superficie del camino de cemento. Entonces los zapatos de su madre aterrizaron en la hierba a su lado con dos golpes. Se detuvo y los recogió, y sintió la hierba húmeda y fría bajo sus pies. Se puso los zapatos. Todavía estaban calientes de los pies de su madre. Cuando regresase, mamá le gritaría por no llevar los calcetines puestos.

Odiaba los calcetines.

Los calcetines eran feos, malolientes e incómodos.

Se le resbalaban todo el tiempo y había que tirar de ellos. Se escondían en los rincones más alejados de los cajones, lo que le dificultaba emparejar dos del mismo tipo. La hacían tropezar y caer. Y, a veces, le calentaban demasiado los pies.

Pero ahora los echaba de menos, deseaba tenerlos consigo, los dos más feos, tejidos por la abuela con lana gruesa, áspera y gris.

Con los dientes rechinando, se escondió en el interior del frío y húmedo cobertizo de herramientas, agarrándose a la parte trasera del tractor cortacésped con las manos heladas. El interior estaba completamente oscuro. Las ráfagas de viento agitaban las paredes de vinilo ondulado, aullando y silbando contra el follaje del cedro rojo. A veces caían bayas y pequeñas ramas que rebotaban estrepitosamente contra el techo del cobertizo.

Entonces algo se movió contra su pierna, y ella chilló. Un gritito que terminó rápidamente con su propia mano tapándole la boca.

Había algo allí, con ella. Podría haber sido una araña. Una grande. Con el corazón golpeándole el pecho, empezó a sentirse un poco mareada, viendo cosas que no existían en la oscuridad absoluta del cobertizo.

Entonces recordó lo que mamá le había enseñado.

Colocándose la mano en el pecho, donde estaba la cicatriz, inhaló profundamente, contando los segundos con cada respiración. Sentía el marcapasos como un bulto bajo la piel, un ganchito familiar que le permitía llevar una vida normal. Eso fue lo que dijo mamá.

Y eso significaba que podía trepar al cedro rojo del fondo del patio. Estaría mejor allí arriba. Nadie vivía en aquel árbol, salvo algunas ardillas y un viejo búho, y a ella no le importaban. Las arañas vivían en el cobertizo. Las grandes. Arañas lobo, viudas negras también.

Despacio, conteniendo la respiración, empujó la puerta del cobertizo y salió a hurtadillas. Arrastrando los pies, corrió hacia el viejo árbol y trepó, primero por una roca, luego por las vigas de la valla, hasta llegar a la bifurcación del tronco, a unos dos metros del suelo. Otro par de ramas más arriba, y estaba completamente envuelta en un denso y crujiente follaje, donde nadie podía verla. El viento soplaba con furia, pero ella se mantenía firme, con ambos brazos rodeando una gruesa rama.

Entonces miró hacia la casa.

La luz de la cocina estaba encendida y podía ver el interior con claridad: la mesa, la cazuela y el cuenco rojo con el puré de patatas.

Con el corazón acelerado en el pecho, vio que mamá se precipitaba, vacilante, cogiendo el cuchillo de carne de la mesa. Apareció un hombre. Su madre se abalanzó sobre él, pero él fue más rápido.

Luego, dos disparos, que apenas oyó.

Holly jadeó, sin darse cuenta de las lágrimas que caían por sus mejillas.

El cuerpo de su madre cayendo al suelo, fuera de la vista.

Otro disparo.

Su pie se salió de la Converse y perdió el agarre. La rama a la que se sujetaba cedió y ella cayó, haciendo crujir el follaje. Lloró cuando cayó al suelo; la gruesa rama le protegió la cabeza del impacto contra la roca, pero se clavó profundamente en su costado, rasgando el abrigo de plumón y esparciendo pequeñas plumas al viento.

Luego apretó los labios con fuerza, con cuidado de no hacer ruido, sollozando en voz baja. Mamá se enfadaría. Se suponía que debía esperar en el cobertizo de las herramientas.

Al cabo de un rato, cuando el frío ya empezaba a calarle los pies descalzos, oyó abrirse la puerta. Unas fuertes pisadas se acercaban, pero no se atrevió a mirar. Contuvo la respiración, esperando oír la voz de mamá llamándola por su nombre.

Cuando el hombre la levantó, dejó de sollozar, muerta de miedo. Mientras se la llevaba más allá de la casa, preguntó:

—¿Dónde está mamá?

Solo respondió el aullido del viento.

CAPÍTULO CUATRO

RENDICIÓN

El campo de tiro situado detrás de la oficina del sheriff del condado de Franklin estaba desierto a esa hora temprana. El instructor del campo solía estar por allí después de las siete y media, pero Kay no lo encontró en su despacho ni en el recinto. Tal vez se estaba calentando en alguna parte.

La mañana era fría y ventosa; el vaho se desplegaba con cada respiración. Un rastro de escarcha revestía de plata la hierba recortada; pronto habría nieve cubriendo el verde marchito de las gruesas briznas, igual que ya lo había conseguido en las elevaciones más altas del monte de Mount Chester. El cielo seguía siendo azul, el tono perfectamente nítido despejado del cielo de California, lo que hacía que la nieve que se avecinaba fuera un problema de otro día.

—Uf, este frío corta como un cuchillo. —Elliot pisó fuerte unas cuantas veces para entrar en calor—. Todavía no es época de que cale hasta los huesos, pero tampoco está muy lejos. —Sacó las manos de los bolsillos de su chaqueta vaquera, sopló aire en ellas y luego se las frotó enérgicamente.

—Esto no es nada —dijo Kay con calma, dejando su café en un banco de madera—. A estas alturas ya deberías saber que aquí la temperatura puede bajar hasta veinte grados. A veces incluso por debajo.

—¿Allí arriba? —Señaló los picos del monte, casi totalmente cubiertos de nieve.

—No, aquí abajo —dijo sonriendo ella—. Creía que llevabas viviendo aquí los últimos... ¿cuántos años?

—Alrededor de nueve —murmuró él, luego sopló más aire en sus manos, manteniéndolas ahuecadas en su boca—. Pero reprimimos los recuerdos traumáticos, ¿verdad?

Kay se rio.

—Exacto. —Estaba impresionada—. Y solo hace dos años que tienes a una psiquiatra de compañera.

—Dos años, once meses y siete días —dijo él, sorprendiéndola de nuevo—. Y yo pensaba que eras analista del comportamiento, no una psiquiatra cualquiera.

Sin saber qué decir, Kay se bajó la cremallera de la chaqueta de cuero el tiempo suficiente para sacar el arma de la funda y la volvió a subir con rapidez hasta la barbilla. Comprobó el cargador, cargó el arma y apuntó a una diana de papel que colgaba de un soporte, a veinte metros de distancia.

Metódicamente, disparó todas las rondas en cadencia lenta, haciendo que cada disparo contara, como solía decir el instructor del campo durante su clase de certificación inicial. Sorprendentemente, su certificado de armas del FBI solo tenía un peso limitado en el condado de Franklin. Tuvo que volver a obtenerlo cuando regresó de San Francisco y se incorporó a la oficina del sheriff, hacía casi tres años. Mantener esa certificación requería prácticas regulares, firmadas por el instructor.

Tras efectuar el último disparo, dejó el arma en el banco y trotó hacia el blanco de papel. Estaba arrugado y manchado por la humedad, pero aún mostraba los agujeros que había hecho en el centro de la diana. Varios estaban un poco desviados, arriba y ligeramente a la derecha, pero todos sus tiros habían conseguido buenos puntos. Radiante de satisfacción, arrancó la diana de papel del soporte y empezó a doblarla.

—Espero que el jefe firme esto. —Dobló el papel hasta que cupiera en el bolsillo del pecho de la chaqueta.

Elliot dio unos pasos hacia la izquierda, donde una serie de pequeñas dianas de chapa de acero colgaban de unos soportes. Le

dedicó una sonrisa pícara, estiró el cuello a derecha e izquierda y apuntó. Silbando una melodía alegre que Kay no reconocía, la interrumpía con rápidos disparos a las dianas de acero. Las balas que impactaban en ellas repiqueteaban ruidosamente con diversas tonalidades, en cierto modo a juego con la melodía que silbaba. Sin perder un instante, cuando vació un cargador, lo dejó caer y volvió a cargar otro. En menos de un minuto, había terminado de disparar veinticuatro balas.

—¡Tenía que ser un tirador de Texas! —exclamó el instructor del campo, apareciendo de la nada. Era un agente del sheriff jubilado, de unos setenta años, que caminaba con la espalda permanentemente doblada por una persecución automovilística que salió mal. Había acabado en un barranco después de que su vehículo diera al menos dos vueltas de campana y, para colmo, el delincuente había conseguido escapar—. Perfecta puntería, detective.

Kay le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los sonidos que hacía. Ha tocado los primeros compases de La rosa amarilla de Texas. ¿No la has reconocido?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Las placas tienen diferentes tonos?

Elliot sonrió y bajó la cabeza, ocultando los ojos bajo el ala de su sombrero justo cuando sus mejillas se sonrojaron un poco.

—Es el lugar donde la bala golpea la placa lo que da el tono al sonido —explicó el instructor, tirando de un gorro de punto azul oscuro para bajárselo por encima de las orejas—. Cuanto más cerca del borde, más alto es el tono. Las placas en sí son todas iguales.

—Oh, vaya —susurró Kay—. Supongo que eso supera con creces mi actuación —añadió, entregándole al instructor la diana de papel a la que había hecho agujeros antes.

—Esto está bien. Cumple los requisitos de aptitud —dijo el

instructor, examinando su trabajo—. Has disparado demasiado alto. Estoy dispuesto a apostar a que has hecho estos últimos cuando el retroceso estaba sacando lo mejor de ti. Quitas el dedo del gatillo demasiado rápido. Eso te hace sacudir el arma. —Luego la miró alentadoramente—. Todos tenemos nuestros puntos fuertes y talentos naturales.

—Oh, bueno, entonces, si estamos en una situación de peligro, supongo que dejaré que Elliot dispare mientras yo hablo con los delincuentes hasta matarlos.

Todos estallaron en carcajadas. El instructor le dio una palmada en el hombro.

—No está nada mal, detective. Has aprobado con nota. En realidad —le echó otro vistazo a la diana de papel, contando puntos en su mente mientras sus labios se movían sin sonido—, has obtenido ciento ocho puntos de ciento veinte posibles. Eso es un noventa por ciento de dominio. Eres genial.

—Sí, pero no soy la gran «rosa amarilla de Texas», ¿verdad? —dijo riendo entre dientes.

Elliot la miró durante una fracción de segundo, con un brillo en los ojos mientras sonreía.

Entonces el teléfono de Kay sonó con fuerza. Lo sacó del bolsillo y reconoció el tono de llamada de la oficina.

—Buenos días, detective —dijo Lizzie, la agente encargada de las comunicaciones. Tenía veintitrés años o así, era muy lista y se rumoreaba que era la sobrina del sheriff—. El sheriff Logan os quiere en la oficina, de inmediato.

—Entendido —respondió Kay—. Llegamos en cinco minutos. —Terminó la llamada y se volvió hacia Elliot—. Vamos, compañero, tenemos un caso. —Frunció el ceño un momento, dándose cuenta de que la agente no había dicho nada de eso.

Encontraron al sheriff en la sala de observación, mirando por el espejo unidireccional la espalda de un hombre de hombros anchos

sentado en la silla del entrevistador. No estaba esposado. Llevaba un traje de color oscuro de buena calidad, más bien caro, con el cuello de una camisa blanca a la vista, y zapatos negros brillantes que parecían nuevos.

El sheriff tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de desconcierto.

—Se rinde —dijo, sin más presentación, en cuanto Kay y Elliot entraron—. Hay una orden de arresto contra él, emitida en el condado de San Francisco.

—¿A qué se debe? —Kay bajó la cremallera de su chaqueta, se la quitó y la abandonó en una silla vacía cercana. Se acercó al cristal y miró al hombre por detrás. Algo en su comportamiento, en la forma de su corte de pelo, le resultaba extrañamente familiar.

—Asesinato.

La palabra dejó un breve rastro de silencio a su paso.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —preguntó Kay, con un sentimiento de fatalidad descendiendo a su corazón. Por un momento, pensó en la llamada perdida de Rachel del viernes anterior. Después de cenar, Kay había intentado llamarla, pero le saltó el buzón de voz.

El sheriff miró a Kay con una ceja levantada y dos profundas líneas de tensión flanqueándole la boca.

—Quiere entregarse a ti. Dice que es tu marido.

CAPÍTULO CINCO

REENCUENTRO

—Brian.

El apagado susurro salió de los pálidos labios de Kay sin que ella se diera cuenta.

Como si la hubiera oído, el hombre se dio la vuelta y la miró directamente a través del espejo. Luego se levantó y se acercó al cristal, deteniéndose a unos centímetros de él. Kay retrocedió por instinto, aunque sabía que él no podía verla.

Al ver su hermoso rostro, los recuerdos se agolparon.

No había cambiado mucho en los nueve años que habían pasado desde que lo conoció. Un toque de plata en las sienes, pero el resto de su cabello seguía siendo negro como la noche, sin ceder un ápice a la línea de nacimiento del cabello, que retrocedía. Un atisbo de sonrisa aleteó en sus labios, como si de algún modo supiera que ella estaba allí, observándolo.

Se había enamorado de Brian Thomas Hanlin hacía nueve años y casi al instante se arrepintió. No eran una buena pareja. A Kay le encantaba su agudo intelecto, su curiosidad innata, su sentido de la aventura y la forma en que todo su ser parecía vibrar en su presencia, deseándola, amándola apasionadamente, arrasándola con el más mínimo beso.

Había creído que era para ella. Y, por poco tiempo, había sido locamente feliz.

Lo que más le había gustado de él resultó ser su mayor defecto. Su curiosidad innata lo llevó a explorar a otras mujeres cuando ella no

miraba. Su sentido de la aventura lo llevó a probar relaciones ocasionales sin fin. La ardiente pasión que disfrutaba no era más que una libido insaciable.

Y, mientras pudo mentirse a sí misma, no quiso verlo.

Tras un romance relámpago y solo unos meses de noviazgo, le había dicho que sí en su último año de carrera, solo unas semanas antes de terminar su máster en Psicología. Tras graduarse, se incorporó al FBI e inició un camino acelerado para obtener su doctorado con el apoyo de la oficina federal. Pero, antes de que pudiera empezar a trabajar en sus estudios, solo un mes después de casarse, se fue a Quantico para veinte semanas de entrenamiento en la Academia del FBI.

Mientras ella estaba en la Costa Este, él la llamaba todos los días y la visitaba cada dos fines de semana. Pensó que la echaba de menos.

Nunca se había equivocado tanto en algo en toda su vida.

Y con esa constatación llegó el dolor. Un dolor sofocante, que adormece la mente y aplasta el alma.

Un mes después de su regreso de Quantico, se divorciaron.

No lo había visto desde entonces.

Pero incluso ahora, cuando cerraba los ojos, recordaba la imagen de él tocando el codo de otra mujer en la fiesta de Acción de Gracias, la forma en que esta se inclinaba hacia él, el modo en que él acercaba los labios a su oído y le susurraba algo que la hacía desmayarse. Todo volvió, un recuerdo tan agudamente doloroso que la hizo jadear.

Y tenía el descaro de aparecer así en su territorio.

Dejando escapar una larga y tensa bocanada de aire, se quitó la funda del arma y la puso en manos de Elliot.

—Guárdame esto, por favor.

—Kay... —empezó él, pero ella no le dejó terminar.

—Deja que yo me ocupe de esto —dijo ella, incapaz de levantar los ojos para encontrarse con los suyos.

La ira temblaba en cada fibra de su ser cuando abrió la puerta y entró en la sala de interrogatorios. Hacía años que no pensaba en él, pero todo volvió: el dolor, la vergüenza, el insoportable sentimiento de rechazo que conlleva implícitamente el ser engañado. Lo había superado; creía que se había curado. Ella y Elliot estaban...

Joder.

—Brian —dijo en cuanto entró en la habitación—. Diría que vaya sorpresa, y no agradable.

El aire olía a su aftershave favorito, un aroma elegante y almizclado. Reconocer el perfume que una vez le encantó solo avivó su ira. Sus sábanas solían oler a eso. Y las de él.

Se volvió hacia ella y sonrió, mostrando dos filas de dientes perfectamente blancos. Se había hecho algún retoque. Se dirigió hacia ella con los brazos abiertos, pero ella levantó la mano con firmeza y él se detuvo en seco.

—Alto ahí. —Señaló la silla abollada reservada a los sospechosos—. Esto no es una especie de reencuentro.

Él se sentó sin objetar nada, aunque dirigió a la silla una mirada de disgusto. Estaba mugrienta. Quizá el conserje debería haberla limpiado más a menudo. Pero a Kay no le importaba; no lo había invitado exactamente.

Ella no se atrevía a sentarse todavía. Inquieta, se paseaba por la habitación como una leona enjaulada, con el rostro contraído por la ira y la vergüenza reavivadas.

—Te ves bien, Kay —dijo él—. El aire fresco de la montaña te sienta bien. No has envejecido ni un día. —Su encanto era tan efectivo como ella lo recordaba, tal vez incluso un poco más pulido. Pero lo desperdiciaba con ella.

Rechazó sus cumplidos con un gesto de la mano.

—Ah, ahórratelo. ¿Qué quieres, Brian?

Su sonrisa deslumbrante desapareció.

—Oh, ¿así que tienes que ser así?

—¿Qué quieres? —Kay repitió la pregunta despacio, pero su voz era amenazadora.

—¿Cómo está Jacob? —preguntó él en lugar de hacer lo que ella le había pedido por una maldita vez.

Ella apoyó las manos en las caderas.

—¿Qué demonios te importa? Nunca te gustó mi hermano.

—Eso no es verdad. ¿Por qué lo dices?

—¿Me tomas el pelo? Solías llamarle el oso paleto. ¿Te acuerdas?

Brian sonrió con una pizca de vergüenza, bajando la mirada un momento.

—Sí, pero con mucho cariño, Kay. Nunca me oíste decir nada malo de él. Jamás.

Se cruzó de brazos, no muy convencida.

—Está de vacaciones en Florida con su... familia. —No había razón para hablarle de la novia de Jacob y sus hijas adoptivas. Apretó los dientes, dándose cuenta de que la había manipulado para que respondiera a sus preguntas, para que hiciera lo que él quería. Otra vez—. ¿Qué quieres, Brian? Es la última vez que te pregunto. Tienes cinco segundos, luego me voy.

Él bajó la mirada un momento mientras la tensión se acumulaba en su mandíbula.

—Hay una orden de arresto contra mí.

Kay finalmente se sentó frente a él, poniendo fin a su inquieto paseo.

—Eso he oído.

Un silencio tenso.

—Necesito tu ayuda —soltó, con la voz teñida de miedo—. Yo no lo hice. Y tú eres la única persona en quien puedo confiar.

—¿Hablas en serio? —espetó Kay, dolorosamente consciente de que tal vez Elliot y su jefe la observaban desde la sala contigua—. ¿Qué hay de mí? ¿Alguna vez pude confiar en ti?

Él no se inmutó. Como siempre, era como si sus comentarios no pudieran tocarle, resbalándole como gotas de lluvia en una ventana.

—Mira, sé que te hice daño, y lo siento...

—Oh, ahora que me necesitas, ¿lo sientes? ¿Cómo te atreves? —Su voz se elevó, su tono chirriante, irritante para sus propios oídos.

—Esperaba esto... tu enfado. —La sonrisa de encantador volvió por una fracción de segundo—. Y me sentaré aquí y lo aguantaré todo el tiempo que quieras porque sé que me lo merezco, e incluso más.

Ella lo miró incrédula. El Brian que ella conocía nunca habría dejado de defenderse, nunca habría dejado de contraatacar, haciéndola sentir insegura y poco menos que una zorra. ¿Era él de verdad?

—Eres mi única esperanza para evitar la cadena perpetua, Kay. Están decididos a encerrarme y tirar la llave. Por algo que no hice.

Ella se concentró en su respiración durante medio minuto para calmar sus nervios crispados.

—No soy abogada, Brian. Quizá puedas recordar a qué me dedico. —Miró los ojos marrones que le sostenían la mirada con calma. Parecían honestos, inocentes—. Necesitas un buen abogado. Debes seguir el proceso una vez que se haya emitido la orden. Lo sabes tan bien como yo.

Él sacudió violentamente la cabeza.

—No. Me matarán ahí dentro. —Se acercó por la mesa y le agarró las manos. Kay se apartó como si su piel la quemara, lanzándole una mirada de advertencia. Él se echó hacia atrás—. Eres policía, y muy buena. Te he visto trabajar. Tienes un gran sentido del bien y del mal, de la justicia y la equidad. No conozco a nadie tan honesto y tan brillante como tú.

Se detuvo un momento mientras los pensamientos de Kay iban del pasado al presente, intentando decidir qué podía creer.

—Ayúdame a encontrar al asesino, Kay —susurró. De repente, parecía cansado, derrotado—. Es la única defensa que necesito. —Juntó las manos con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Mira, cuando vine aquí y me rendí, puse mi vida en tus manos.

En silencio, Kay lo miró durante un rato, sopesando sus opciones. Podría marcharse sin más. Había una orden de detención activa contra él, y eso significaba que no iba a salir; sería entregado al Departamento de Policía de San Francisco para su procesamiento, y eso sería todo. Estaría en su derecho de hacerlo; no le debía nada.

Pero ¿y si decía la verdad? Debía saber lo resentida que estaba por lo que había hecho, y aun así había acudido a ella en busca de ayuda.

—Si me mientes, Brian, te juro...

—No lo haré —dijo, mirándola directamente a los ojos con franqueza—. Esto es diferente. Sé que te mentí en el pasado, y tienes razones para no confiar en mí, pero te prometo que no tienes nada de qué preocuparte.

No se podía creer lo que estaba haciendo. Como si viera un choque de trenes a cámara lenta sin poder ponerse a salvo, se oyó a sí misma decir:

—Háblame de ese asesinato del que te acusan.

CAPÍTULO SEIS

UN POLICÍA

Desde la sala de observación, Elliot asistía a la tensa conversación, sin darse cuenta de que había apretado los puños. En minutos, Kay se había transformado en alguien a quien no reconocía. Por el tono de su voz, por la rabia que brillaba en sus ojos, pudo ver que aquel hombre la había herido profundamente. Con gusto habría entrado allí y le habría dado un puñetazo a ese pedazo de escoria viscosa.

Sin embargo, lo estudió con curiosidad. Era alguien a quien Kay Sharp había dicho que sí. ¿A dónde lo llevaba todo eso? Dos giros a la izquierda más allá, lo más probable. Nunca había mencionado a un marido, y obviamente aún tenía fuertes sentimientos hacia el hombre, aunque no del tipo que él desearía para sí mismo.

¿Y cómo de estúpido podía ser ese tipo? ¿Tener a alguien increíble como Kay por mujer y arruinarlo tanto que ella se fue y nunca miró atrás? No lo había mencionado ni una sola vez, ni siquiera por accidente. Ni siquiera después de un par de cervezas.

El hombre era irritantemente guapo, bien vestido de una manera elegante y acomodada por lo que parecía. A Kay no parecían importarle esas cosas; eso sí lo sabía. Apreciaba la honradez y la amabilidad en las personas. Quizá por eso el señor Slimeball estaba en su pasado y Elliot en su presente. Y futuro. Tal vez.

Porque ella había cedido a las peticiones de ese tipo con bastante facilidad. Le había echado más cumplidos a Kay que mermelada de fresa a un sándwich una mañana de domingo, y la había ablandado lo suficiente como para que estuviera dispuesta a considerar la posibilidad de ayudarlo. Elliot observó la escena, impotente, sabiendo que no podía, bajo ninguna circunstancia, intervenir.

Lobo con piel de cordero.

—¿Sabías que Kay estaba casada? —preguntó el sheriff Logan. Al igual que Elliot, había estado allí de pie, observando, con la expresión de incredulidad aún grabada en sus facciones.

—No tenía ni idea —respondió Elliot.

Logan sacudió la cabeza y suspiró, con el olor a cigarro rancio aún fuerte en el aliento.

—No quisiera perderla por esto —dijo señalando a Kay a través del espejo con frustración.

La frente de Elliot se arrugó bajo el ala de su sombrero.

—¿Qué quiere decir?

—Las cosas podrían desarrollarse de muchas maneras, y no todas buenas. Podría decidir volver a San Francisco con él. —Logan lanzó una rápida mirada a Elliot—. Y no regresar.

Parecía que Logan no tenía ni idea de cuál era el vínculo personal entre Elliot y Kay.

Era difícil mantener una relación en secreto en un lugar pequeño como Mount Chester. Aunque esa relación fuera poco más que una amistad de trabajo, la gente seguía hablando de ellos dos. Si se les veía cenando en uno de los tres restaurantes de la ciudad, haciendo senderismo por la cumbre de Wildfire Ridge o merendando junto a las cataratas del río Blackwater, enseguida estaban en boca de todos. Las fábricas de rumores funcionaban muy bien en las ciudades pequeñas.

Todo el mundo se conocía y todo el mundo hablaba.

—Quizá puedas hacer algo al respecto —continuó Logan—. Recordarle por qué se quedó —añadió, pareciendo un poco incómodo al realizar aquel comentario.

Elliot asintió una vez, preguntándose si tenía lo que hacía falta para retener a Kay. Tendría que empezar a planteárselo y darse prisa, ser

más rápido que un incendio en la pradera. La idea de perderla no era algo que estuviera dispuesto a soportar.

—Haré lo que pueda, jefe.

Logan le dio una palmada en el hombro a Elliot al salir.

—Mantén los ojos bien abiertos sobre este tipo. Es sospechoso de asesinato y está sin esposas. Nunca se sabe.

Justo entonces, Lizzie asomó la cabeza por la puerta.

—Sheriff, tengo aquí a alguien que quiere denunciar una desaparición, un tal señor Lorentz. ¿Qué le digo?

—Dile que los detectives irán enseguida —contestó Logan, y luego golpeó dos veces el espejo unidireccional, pareciendo casi aliviado de tener un motivo para interrumpir el incómodo reencuentro de Kay con su ex.

El roce de las patas metálicas de la silla contra el suelo de cemento precedió a la salida de Kay de la sala de interrogatorios. Cerró la puerta tras de sí y se reunió con ellos en la sala de observación.

Sus ojos se desviaron, evitando los de Elliot.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos un caso —respondió Elliot—. De desaparición.

El sheriff le interrumpió:

—¿Qué vas a hacer?

Kay parecía desconcertada.

—Con él. —Logan señaló a Brian a través de la ventana, el cual estaba sentado tranquilamente en su silla, esperando.

Kay se encogió de hombros y bajó la mirada.

—Con sinceridad, aún no lo sé. Tiene que darme detalles del caso y luego ya veremos.

—Sabes muy bien que no puedes investigar un caso en San Francisco, ¿verdad? —La voz de Logan era tensa, alimentada por un tipo de angustia diferente a la de Elliot—. No tienes jurisdicción.

—Sí, lo sé —respondió ella, cerrando los ojos un momento—. No voy a investigar. Solo miraré las pruebas y formularé algunas conclusiones, a ver a dónde nos llevan.

—¿Para quién servirían esas conclusiones, detective? —preguntó Logan—. Seguro que el investigador del caso en San Francisco no quiere una opinión sesgada de la mujer del sospechoso.

—Exmujer, sheriff. —La voz de Kay era fría como el hielo cuando aclaró su estado.

—Estoy dispuesto a apostar mi próximo sueldo a que no te quiere cerca de sus pruebas. Tu participación podría hacer estallar su caso y que lo desestime cualquier abogado que se precie. Tendrán tu placa, y nada de lo que yo diga o haga cambiaría eso.

—Oh —susurró Elliot, pero nadie lo oyó. Su rabia palpitaba en silencio junto a Logan. Envuelto en su propia angustia, Elliot no había pensado en ese escenario. Podrían perder a Kay por más de una razón. Y al bastardo engreído y egoísta de la habitación contigua no le importaría un carajo si su situación le costaba la carrera a Kay.

—¿Quién es? —preguntó Elliot, mirando a Kay.

Ella seguía mirando hacia otro lado. Ya había tensión en el aire entre ellos, y aquel hombre llevaba allí menos de una hora. Lo que había empezado como un buen día se estaba convirtiendo en un desastre.

—Como he dicho, Elliot, es mi ex. —Ella lo miró rápidamente antes de apartar la mirada, y él casi no se dio cuenta, pero captó lo suficiente como para leer la tristeza que ella intentaba ocultar.

—No, quiero decir, aparte de eso, ¿por qué le crees cuando dice que no lo hizo?

Un largo y cansado suspiro abandonó el pecho de Kay antes de

responder.

—Es policía en San Francisco.

«Fabuloso —pensó Elliot—. Un policía. Acusado de asesinato».

CAPÍTULO SIETE

DESAPARECIDA

Kay se quedó en la puerta de la sala de observación, deseando despertarse y darse cuenta de que todo era una pesadilla, de las que ocurren años después de un conflicto, solo una resonancia banal del subconsciente a viejos traumas no resueltos. Pero no, era real. Brian Hanlin estaba allí, en carne y hueso, y ella temía el momento en que tuviera que volver a esa sala.

—Vayamos a mi mesa —ofreció, lanzando a la sala de interrogatorios una mirada pesada, y cogió su chaqueta de la silla.

—Yo puedo encargarme, si quieres —dijo Elliot, sin convicción en la voz.

Ella le tocó el brazo al pasar, en señal de silenciosa gratitud.

—El trabajo es lo primero —dijo, dirigiendo a Logan una mirada tranquilizadora.

El sheriff se alejó con la espalda un poco encorvada, como doblada por el peso de sus pensamientos. De camino a su despacho, se detuvo junto a la mesa de un agente y le ordenó que mantuviera al testigo en la sala de interrogatorios bajo estrecha supervisión.

Haciendo señas a Lizzie para que trajera al señor Lorentz, Kay se sentó detrás de su escritorio y respiró. Su habitual silla, con su chaqueta colgada del respaldo, el escritorio rayado lleno de papeles y pequeños objetos que utilizaba a diario, el teclado que acercaba instintivamente como si se dispusiera a escribir, todas esas cosas eran elementos de su fuerza, bloques fundacionales de su existencia. Recuerdos de la buena vida que se había labrado allí, en su Mount Chester natal, como la grapadora que le regaló el sheriff como

regalo de aniversario de su trabajo en aquella comisaría. Promesas de un mañana feliz, como el ramo de flores silvestres que Elliot le había regalado el día anterior, probablemente recogidas del prado que había detrás de su casa.

El detective se apoyó en el escritorio y cruzó las piernas por los tobillos, estudiándola en silencio. Se había metido las manos en los bolsillos y no había dicho gran cosa. Kay quería preguntarle qué le pasaba, pero ya lo sabía. Brian era lo que le importunaba. Y Brian no era una conversación que quisiera tener con Elliot mientras esperaba una visita para un nuevo caso en una oficina repleta de oficiales del sheriff.

Lizzie trajo a un hombre con cara de abatimiento. Kay se levantó y lo invitó a sentarse junto a su mesa. Tenía unos cincuenta años, vestía un traje gris desgastado y una camisa azul, con la corbata azul marino suelta y el botón superior desabrochado. Su pálida frente estaba cubierta de gotas de sudor, aunque fuera hacía un frío cercano a la congelación. Sus pantalones y mangas del traje tenían briznas de hierba y tierra pegadas, como si se hubiera arrastrado a cuatro patas por el bosque, pero no parecía importarle. Le temblaban las manos, quizá por su estado emocional o quizá por el esfuerzo físico, porque también jadeaba con fuerza, sin aliento, como si hubiera corrido hasta la comisaría desde quién sabe dónde.

Kay esperó a que tomara asiento.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor...?

—Lorentz. Gabriel Lorentz. —Se secó la frente con el dorso de la mano en un gesto rápido—. Es mi hija, Taylor. Ha desaparecido.

—¿Desde cuándo? —preguntó Kay, con la punta del bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Desde las seis y cuarenta y siete de esta mañana —respondió el hombre tras consultar su teléfono.

—Señor Lorentz, solo han pasado tres horas y media...

—No lo entiende —replicó frenéticamente, agarrando el antebrazo

de Kay en un gesto suplicante—. Su reloj me avisó de que se había caído y no reaccionaba. Fui allí y miré por todas partes, y ya no estaba.

Kay miró un instante a Elliot.

—Déjeme ver el mensaje que ha recibido —le pidió, y luego cogió el teléfono de la mano temblorosa del hombre. El mensaje decía: «El propietario de este reloj ha sufrido una fuerte caída y no responde a su reloj. El radio de búsqueda estimado es de cuarenta metros». A continuación, el mensaje continuaba con coordenadas específicas de latitud y longitud.

Le mostró a Elliot la pantalla del teléfono. La información era lo bastante convincente como para provocar una búsqueda inmediata. Varios dispositivos electrónicos eran capaces de detectar cuando el usuario sufría una fuerte caída. Parecía que Taylor había dado el aviso.

—¿No se envían este tipo de mensajes después de hacer una llamada al 911? —preguntó Elliot.

—S-sí, tal vez, no lo sé —balbuceó el señor Lorentz—. Cuando llegué, empecé a buscar, tal como decía el mensaje, en un radio de búsqueda de cuarenta metros. La llamé, busqué huellas de sus pisadas. —Su mano le tapó la boca durante un breve instante—. Incluso sangre. No había nada. Simplemente se ha desvanecido. Pero, antes de eso, el reloj dijo que se había caído.

Kay le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo y luego miró a Elliot.

—Tenemos que conseguir esa llamada al 911 con su respectivo informe y averiguar qué pasó, si enviaron a alguien.

—Enseguida —respondió Elliot, y luego desapareció.

—No enviaron a nadie —dijo el señor Lorentz. Un sollozo le ahogó —. No había nadie cuando llegué. Puede que llegara unos minutos tarde. Estaba en la ducha cuando recibí el mensaje y no lo oí en el momento.

—¿A qué hora llegó?

—Siete y veinticinco —respondió disculpándose—. Debería haber tenido mi teléfono conmigo en la ducha. Sabía que Taylor había salido a correr, pero... —Su hombro se agitó bajo el peso de una respiración entrecortada—. Uno nunca espera que le pasen estas cosas. Nunca.

—¿Dónde está ese lugar, exactamente?

—Por las cataratas Frozen Falls, no sé si las conocen. El GPS me situó a unos veinte metros de la formación rocosa, a dos metros del borde del asfalto.

—Eso está en el valle, ¿verdad? —preguntó Kay, sorprendida de que el reloj hubiera tenido suficiente señal para enviar el mensaje. La cobertura era débil allí, en el tramo de autopista al norte de la cafetería Katse. Una barra, dos como mucho, y a veces ninguna. Tal vez el reloj no había llamado al 911 o había retrasado la función hasta que se restableció la señal.

—Exacto —asintió el hombre—. Un kilómetro y medio al norte, pasando Katse.

—¿Dónde vive, señor Lorentz?

—Al sur de Katse, a cuatro kilómetros, en el lado oeste. Tenemos una pequeña granja.

—¿Y Taylor? ¿A qué hora se fue y a dónde iba?

—Salió a correr a las seis y diez, tal vez a las seis y cuarto. —Se puso en pie como si se dispusiera a salir volando. Parecía ansioso, casi presa del pánico, su paciencia ante las preguntas de Kay se agotaba—. A veces corre, ¿vale? Le gusta correr por la colina por la mañana, cuando no hay mucho tráfico. Vámonos. Por favor. Tenemos que encontrarla.

—¿Cuántos años tiene su hija? —preguntó Kay con toda la delicadeza que pudo. Todavía tenían que aclarar algunas cosas antes de salir con una unidad K-9 para intentar encontrar a Taylor. ¿Había otra unidad investigando después de la llamada al 911?

¿Habían encontrado algo? Quizá habían localizado a Taylor y la habían llevado a urgencias en Redding.

—Tiene diecinueve años y es una buena chica. Hoy en día no hay muchos chicos que dejen que sus padres sepan dónde están, con estos aparatos y teléfonos y todo eso. Pero ella sí. Siempre. Vamos, por favor. Ayúdenme a encontrar a mi pequeña. Podría estar herida ahí fuera, sangrando. Hay osos en esos bosques... lobos también.

Elliot se acercó desde el despacho con una fuerte zancada, de las que Kay solo había visto cuando estaba enfadado o molesto.

—Disculpe, señor Lorentz —dijo Kay—. Vuelvo enseguida.

El hombre la vio marcharse con la mandíbula desencajada por la consternación. Kay se encontró con Elliot a mitad de camino, junto a un escritorio vacío.

—Resulta que el dispositivo hizo la llamada al 911, y Redding la envió aquí. El agente Leach la cogió. Fue allí a las siete y nueve, pasó exactamente cuatro minutos echando un vistazo y luego la descartó como una llamada de broma —le informó Elliot en un susurro—. Acabo de hablar con él y no creo que le haya importado lo suficiente como para buscar detenidamente. Se olvidó por completo.

Kay sacudió la cabeza. En algún momento, alguien tenía que hacer algo con Leach. En su lugar, podrían tener a un agente que quisiera marcar la diferencia. Puede que Leach fuera lo bastante bueno para los controles de velocidad y el tráfico, pero para el resto del trabajo era un lastre. Un día, su pereza podría costarle la vida a alguien. Quizá ya lo había hecho.

Kay sacó su teléfono y escribió un mensaje rápido a la central. Momentos después, el teléfono sonó con la respuesta.

—Elliot, tenemos que buscar a la chica desaparecida lo antes posible. Ya he enviado la solicitud de una unidad K-9. Deberían estar en el lugar en unos cuarenta y cinco minutos. Esperemos que no sea demasiado tarde.

—¿Y el tipo de la sala de interrogatorios? —preguntó Logan, sobresaltándola. No se había dado cuenta de que se acercaba. El sheriff, que medía un metro ochenta y pesaba ochenta kilos, podía resultar inesperadamente ligero al andar—. ¿Qué vas a hacer con él?

Brian. El retorno de su pesadilla; buscado por asesinato, nada menos.

Por un momento se había olvidado de él y del lío en el que la estaba metiendo.

—Permítame terminar con el señor Lorentz. Está deseando que empecemos a buscar a su hija, y esa es mi prioridad. Solo unos pocos detalles más; no llevará mucho tiempo. Luego tendré que pedir unos días libres.

El sheriff gruñó y se golpeó el costado del muslo con frustración.

—¿Qué quieres hacer?

—Brian necesita ser llevado a San Francisco de todos modos, bajo custodia policial, y yo puedo hacerlo. Me aseguraré de que consiga un buen abogado, ese tipo de cosas.

—El procedimiento exige que la policía de San Francisco mueva el culo aquí para el transporte —replicó Logan, frotándose las arrugas de la frente con los dedos rechonchos y manchados de tabaco, como si quisiera suavizarlas.

—Si nos saltamos un poco las normas, nadie se quejará, te lo prometo.

—¿Y te sientes cómoda llevando a un familiar esposado en la parte trasera de tu vehículo?

—Exfamiliar —aclaró Kay—. Es un policía, sheriff. En verdad no puedo imaginar que vaya por ahí matando gente. Él no es así. —Se detuvo un momento, mirando a Logan con atención. Su comportamiento, todo su lenguaje corporal, mostraba cuánto le molestaba lo que ella planeaba hacer—. Cuando entré en el FBI recién salida de la universidad, él ya era sargento de la policía de

San Francisco. Tiene antigüedad, y es un buen policía. Si le están tendiendo una trampa, creo que puedo averiguar...

—Detective, estás poniendo en peligro tu carrera al hacer una sola pregunta a un testigo —dijo Logan—. No hagas nada estúpido de lo que ambos acabemos arrepintiéndonos.

Kay se puso la mano en el pecho, absteniéndose de darle un abrazo a Logan. El sheriff quería lo mejor para ella.

—Lo prometo —dijo, dejando escapar una larga bocanada de aire de sus pulmones. Dirigió los ojos a la gastada moqueta durante un breve instante antes de encontrarse con la mirada directa y dubitativa de Logan—. Era un mujeriego infiel como marido, un mentiroso y un rompecorazones. Pero no se me ocurre ni una sola mentira que haya dicho, salvo cuando encubría sus muchas aventuras. Creo que esta vez puede estar diciendo la verdad.

Logan la miró durante un largo momento, y luego asintió.

—De acuerdo, haz lo que tengas que hacer, detective. Consideraré el viaje a San Francisco de manera oficial; después de todo, es asunto de la policía entregar la custodia de un sospechoso. Solo cuida tus espaldas ahí fuera.

Kay respiró con tranquilidad, lanzando a la sala de entrevistas una mirada tensa y preocupada. Había decidido llevar a Brian a San Francisco y no iba a cambiar de opinión, pero le daba pavor. Todo. Su presencia en el mismo espacio con ella, respirando el mismo aire. Su aftershave, dejando su rastro almizclado en su coche, invadiendo sus sentidos, despertando recuerdos de noches interminables de pasión y besos ardientes. Todas las cosas que había querido decirle y nunca lo había hecho, sabiendo lo inútil que habría sido, seguían pesando, deseando ser dichas.

Lo más exasperante de todo era que no confiaba en sí misma en su presencia.

La situación no podía gestionarse lo bastante rápido. Y, por alguna razón, quería volver a llamar a Rachel. Tal vez en esta ocasión contestase.

Pero antes, quería hacerle algunas preguntas más al señor Lorentz. Se apresuró a acercarse a su escritorio. Este se sintió visiblemente aliviado cuando ella regresó.

—Señor Lorentz, se está organizando la búsqueda mientras hablamos.

—Gracias —susurró él, con la voz cargada de lágrimas.

—Me ha dicho que su hija le permitía conocer su ubicación a través de su teléfono y su reloj, ¿correcto?

—Sí, hay una aplicación, y la he comprobado. ¿Ve? —Sostuvo la pantalla frente a ella—. Muestra su última ubicación conocida donde estaban las coordenadas de emergencia, pero el teléfono y el reloj están apagados ahora. Lo he estado comprobando cada cinco minutos.

Eso podía significar cualquier cosa, incluso que había entrado en una zona de cobertura irregular.

—¿Y tiene su teléfono con ella?

—Siempre. Le encanta escuchar música mientras corre. Le he dicho que es peligroso, que no oirá los coches que vienen tocando el claxon, pero no me hace caso.

—¿Hasta dónde suele correr?

—Unos ocho kilómetros. Está en muy buena forma y es muy ambiciosa. Y le gusta ese tramo de autopista porque baja y luego vuelve a subir. Lo llama el entrenamiento de carga variable de la naturaleza.

—Muy bien, señor Lorentz. Estamos esperando a que llegue la unidad K-9. Mi colega, el detective Young, volverá enseguida para llevarlo al lugar de la búsqueda.

—¿Y usted? —balbuceó, con una expresión de desesperación renovada en el rostro.

—Coordinaré algunas cosas desde aquí y trabajaré con el equipo

técnico para intentar localizar los dispositivos. Por favor, denos un momento.

El hombre intentó levantarse y se apoyó en el escritorio, parecía desorientado y aún más pálido. Más sudor brotó en pequeñas gotas en las raíces de su pelo, en su frente. Antes de que Kay pudiera cogerlo, aterrizó con fuerza en el suelo, agarrotado.

Kay se arrodilló a su lado y deslizó su chaqueta doblada bajo su cabeza. Le aflojó la corbata y desabrochó un par de botones de la camisa, y luego gritó:

—¡Que alguien llame a emergencias!

CAPÍTULO OCHO

VIAJE POR CARRETERA

La ambulancia se disponía a marcharse cuando Kay llegó por fin a la sala de interrogatorios. Estaba vacía. Lanzó una rápida mirada al agente Hobbs. Él era a quien Logan le había encargado antes que vigilara a su ex.

Hobbs trató de mantener una cara seria.

—Si estás buscando a tu, um, sospechoso, lo he llevado a tu coche, detective, todo listo para salir.

Kay le dio las gracias con un gesto de la cabeza. Pasaría un tiempo antes de que la fábrica de rumores se detuviera tras la inesperada excursión de Brian por su vida. Hasta entonces, todo el mundo sonreiría, cuchichearía y haría todo tipo de comentarios. No podía hacer nada al respecto.

Al pasar junto a su escritorio para recoger su chaqueta, Kay frunció el ceño al ver la alfombra manchada donde el señor Lorentz se había desplomado con un ataque de hipoglucemia. Se culpó por no haberse dado cuenta antes de las señales. Había estado pálido y sudoroso a pesar del frío, ansioso, inquieto, a veces arrastrando las palabras. Todos los síntomas habían estado ahí, y aun así, no lo había notado.

En un día normal, en un día sin Brian Hanlin en su mente, se habría percatado. Cualquier padre cuyo hijo hubiera sufrido una dura caída y luego hubiera desaparecido se habría sentido ansioso, tembloroso y jadeante, pero no pálido. No sudaría tanto. El pobre hombre debió esforzarse buscando a su hija hasta casi morir.

Salió corriendo, ansiosa por volver a sacar a Brian de su vida. La

ambulancia seguía allí, con el señor Lorentz sentado en el parachoques trasero con una vía intravenosa en el brazo. Se levantó cuando ella se acercó; parecía firme sobre sus pies, su sudor había desaparecido y su cara había recuperado un color más saludable.

—¿Detective?

—Señor Lorentz, mi compañero viene justo detrás de mí. Se reunirá con la unidad K-9 en las coordenadas de emergencia proporcionadas por el dispositivo, cerca de las cataratas Frozen Falls. Otros dos agentes ya están buscando en el lugar.

El señor Lorentz se sacó la aguja del brazo, haciendo señas al sanitario que intentaba detenerlo.

—Estoy bien. Suéltame. —Se bajó la manga de la camisa y se colgó la chaqueta de los hombros. Un punto rojo manchó su manga—. No voy a sentarme más aquí; ya hemos perdido bastante tiempo. Voy con usted.

Elliot oyó la última frase al salir de la comisaría con las llaves del coche en la mano. Kay lo buscó con la mirada y luego se volvió hacia el señor Lorentz.

—Muy bien, señor Lorentz, irá con mi compañero.

Esperó a que Elliot llegara hasta ellos antes de darse la vuelta para marcharse.

—Kay —dijo Elliot, y luego se detuvo como si no supiera qué más decir.

Ella sonrió débilmente.

—Estaré bien, Elliot. Y volveré antes de que te des cuenta —susurró. Mirándolo a los ojos, sintió la tentación de llamar a la policía de San Francisco y decirles que recogieran a su sospechoso, y al diablo con Brian Hanlin. Pero ¿y si más tarde se enterase de que había sido condenado a cadena perpetua por un delito que no había cometido? ¿Cómo podría vivir consigo misma?

Su ex arruinaba todo lo que tocaba; eso era seguro. Solo con

aparecer.

—Por fin —dijo Brian en cuanto Kay se puso al volante. Estaba encorvado en el asiento trasero, en el centro, inclinado hacia un lado—. Tu colega regordete no se molestó en decirme por qué estoy aquí esposado como un delincuente.

Ella arrancó el motor y se dirigió a la autopista.

—Es el procedimiento típico para sospechosos de asesinato bajo custodia, por si no lo recuerdas.

Brian se burló y sonrió, probablemente sin saber qué funcionaría mejor con ella, si el sarcasmo o el encanto. Se conformó con lo segundo.

—Pero ¿de verdad esto es necesario, Kay? ¿Tenerme encadenado como un matón traficante de drogas?

Probablemente no lo era. Temiendo una discusión que no terminaría hasta que le quitaran las esposas, se metió la mano en el bolsillo, sacó la llave de las esposas y se la entregó.

—No hagas que me arrepienta de esto, o haré que te encadenen con alambre de espino.

Las esposas chasquearon y sonaron cuando las dejó caer al suelo. Brian suspiró, aliviado.

—Mucho mejor, gracias. Y ahora, ¿no tienes hambre?

Era como si estuvieran casados de nuevo.

—Maldita sea, Brian, esto no es una quedada entre amigos. Te estoy entregando al Departamento de Policía de San Francisco, no llevándote de pícnic.

Él se inclinó hacia delante y apoyó el antebrazo en el respaldo de su asiento. Podía sentir su aliento tocándole el pelo.

—San Francisco está a dos horas, y no me están esperando precisamente con un almuerzo y una taza de café, ¿verdad? Llevo

encerrado desde las siete y media de la mañana y nadie se ha molestado en preguntar. —Se detuvo un momento al notar que ella ponía los ojos en blanco por el retrovisor—. Lo último que sé es que la gente se desmaya y convulsiona bajo tu custodia por una bajada de azúcar.

No iba a parar. Podría haberle tapado la boca con cinta adhesiva, pero tenía razón. Aquella mañana se había saltado el desayuno, ya que llegaba tarde a su entrenamiento de tiro con Elliot, y se había conformado con el café que él le había llevado.

Aun así, estaba cediendo a los caprichos de Brian, y eso la enfurecía sobremanera.

Gruñendo, marcó el teléfono de la cafetería Katse en su pantalla multimedia. Tommy MacPherson, el propietario, contestó al primer timbrazo.

—Hola, Tommy, soy Kay Sharp.

—Buenos días, detective —respondió, alzando un poco la voz para tapar la charla de fondo y el silbido de una cafetera cercana—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito dos croissants grandes y dos cafés para llevar.

—Dos croissants para mí, por favor —intervino Brian—. Y calentitos.

Kay apretó la mandíbula durante un breve instante.

—Vale, tres croissants. Pero que uno de los cafés sea descafeinado y muy aguado, por favor, Tommy. Algunas personas no necesitan estímulos. ¿Y puedes sacarlos fuera, a mi coche? Llevo a un sospechoso. —Entró en el aparcamiento de Katse mientras hablaba.

—Claro. Un minuto o dos, detective.

—Eso ha sido cruel —dijo Brian en el momento en que ella terminó la llamada—. Antes no eras así. Eras dulce y gentil, querías hacer sonreír a la gente.

—Bueno, tú cambiaste todo eso, Brian. Te conocí, y cinco segundos después, descubrí que algunas personas eran escoria.

Tommy golpeó contra su ventana, sobresaltándola. Kay bajó la ventanilla y cogió la bolsa de croissants y luego un vaso de café. Cortés como de costumbre, pero probablemente deseoso de echar un vistazo a su pasajero, Tommy metió la mano en el interior para entregarle el segundo vaso de café a Brian.

—Aquí tiene, señor Sharp, su descafeinado.

Brian se echó a reír.

—Gracias.

Kay echó humo.

—No se llama Sharp —aclaró, con sus ojos fríos como el hielo mirando fijamente a Tommy para que retrocediera, disculpándose.

—Lo siento mucho, detective. Todo el mundo dice... Um, no importa. He cometido un error. —Bajó la cabeza y levantó las manos como si Kay fuera a dispararle. No era culpa suya que la gente hablara.

—Está bien, Tommy. Por favor, cárgalo a mi tarjeta.

—Claro que sí. —Dio otro paso atrás—. ¿Qué está pasando ahí abajo? —preguntó, señalando la carretera hacia el valle—. ¿Puedo haber oído que alguien ha desaparecido?

—Taylor Lorentz, tal vez la conoces. Desapareció esta mañana temprano mientras salía a correr. ¿Sabes algo de eso?

—Sí, no, quiero decir, la conozco solo de pasada, porque pasa por aquí muy a menudo. Pero no sabía que había desaparecido.

—Bueno, llámame si te enteras de algo.

—Lo haré. Y perdón por el... —Señaló hacia el vehículo con cara de vergüenza—. Todo el asunto del nombre.

A Kay se le había quitado el apetito; se dirigió hacia la autopista pisando el acelerador. En el retrovisor, las lejanas luces rojas y azules de varios vehículos parpadeaban donde había comenzado la búsqueda de Taylor Lorentz.

Un fuerte sorbo interrumpió sus pensamientos.

—Uf, este café está asqueroso —se quejó Brian—. Eres vengativa, ¿eh? ¿Sigues enfadada, tal vez? ¿Solo un poco?

—Para ser alguien que está a punto de ir a la cárcel, pareces muy relajado, Brian. ¿Qué demonios hay en tu cerebro? ¿Te das cuenta de lo grave que es tu situación? —Bajando la ventanilla un par de centímetros, se obligó a tomar una bocanada de aire frío y tranquilizador en los pulmones. Dejó descansar los ojos durante un instante en el contorno de los picos rocosos de la montaña contra el cielo azul, tomando prestada la serenidad de la montaña. Brian siempre había sido un poco irresponsable.

—Te tengo de mi parte —respondió con voz sombría—. Sé que no me dejarás a mi suerte.

—Eso no lo sabes, Brian. Estuve a punto de llamar a la policía y lavarme las manos. —Levantó la mano, con el pulgar a veinte centímetros su índice—. Eso aún puede suceder.

Unos instantes de hosco silencio indicaron a Kay que había dado en el clavo.

—¿Quién es la víctima?

Él no respondió de inmediato. Al mirarlo a través del espejo, se dio cuenta de que tenía la cabeza baja.

—Mi prometida —dijo por fin—. Íbamos a casarnos en diciembre. Ella quería una boda navideña, todo blanco, todo perfecto. —Se le quebró un poco la voz—. Tal vez no quieras oír esto, Kay, pero yo la amaba. De verdad que sí.

Dejó pasar el amargo comentario. Por lo que a ella respectaba, podía amar y casarse con cualquiera. Había dejado de importarle hacía mucho tiempo. Sin embargo, una pizca de celos le punzó el

corazón, haciéndole preguntarse si también habría engañado a su nueva prometida. Si la querría más que a ella. Si esa chica muerta habría sido la indicada para él.

Ahuyentó los pensamientos no deseados. Era mejor ceñirse al caso.

—¿Por qué eres sospechoso de matarla? ¿Qué tienen contra ti?

—Dudo que tengan algo...

—¿Todavía eres policía, Brian? ¿Lo fuiste alguna vez? Un juez debe firmar esa orden basándose en pruebas y declaraciones de testigos. No se emite así como así solo porque alguien lo quiera.

Se sentía igual que cuando estaban casados y ella trataba de obtener una respuesta directa de él cuando le preguntaba dónde había estado.

—Llegué al rango intermedio de detective hace dos años, después de varios trabajos encubiertos. Así que, sí, soy detective, como tú. Uno suspendido con una orden de asesinato a su nombre, pero detective al fin y al cabo —dijo, con un toque de orgullo en la voz, pero también de frustración, amargura y miedo—. Tienen mis huellas en la escena, pero era mi prometida, así que es normal que estén ahí, ¿no? Y no tengo coartada para la hora de su muerte. No creo que tengan nada más; no hay nada más que puedan encontrar.

No había tocado sus croissants. Seguía sosteniendo la bolsa en la mano, el papel crujía de vez en cuando, el aroma a bollería caliente y mantecosa llenaba las fosas nasales de Kay.

—¿Cuándo fue asesinada?

—El viernes pasado, sobre las seis de la tarde —respondió, volviendo la tristeza a su voz—. Tal vez he hecho algunos enemigos en el departamento de policía. Ascendí en el escalafón y encerré a gente muy mala, algunos con contactos. Crimen organizado, redes de drogas, un par de policías corruptos... —La bolsa de papel crujió, luego dio un mordisco a un croissant y lo masticó—. Esto está bueno —murmuró, con la boca aún llena.

—¿Crees que te han tendido una trampa? ¿O simplemente te han

acusado porque «siempre es el cónyuge»? ¿La detención fácil del policía perezoso?

Él dio otro mordisco al croissant.

—No sé. Puede ser.

—Debes tener alguna idea de quién mató a tu prometida —dijo, tocando el claxon a un conductor de un Dodge Ram que no estaba prestando atención. Llevaba un minuto conduciendo detrás de él con los intermitentes encendidos. Sobresaltado, el conductor se apartó tan bruscamente que casi choca contra el quitamiedos.

Brian se aclaró la garganta como solía hacer después de comer y bebió un trago de café.

—Se suponía que ella iba a entrar en el Programa de Protección de Testigos la noche que fue asesinada. Una agente de los US Marshals iba a recogerla a las siete.

—Bien, repítemelo —dijo Kay. Había varias cosas inusuales en su historia—. Desde el principio.

—Había presenciado un crimen, un tiroteo callejero aparentemente aleatorio el día anterior, y ya había hablado con el fiscal del distrito al respecto.

—¿Por qué creyeron que su vida estaba en peligro?

Hubo un instante de silencio.

—No estoy seguro. No estuve presente en toda la conversación. Supongo que los detalles que dio debieron apuntar a algún sospechoso en algún caso activo. No quisieron compartir nada de eso conmigo. Ese fiscal es un gilipollas, uno de los grandes; abusa de su autoridad como ningún otro.

—Si consideraron que estaba en peligro, ¿por qué se fue a casa? La mataron en casa, ¿no? Dijiste que tus huellas estaban allí.

—Sí, la mataron en casa.

—¿De ella? ¿O la tuya? —Casi había dicho «la nuestra».

—La suya. —Se mordió el labio un momento, aparentemente pensando qué decir—. No sé por qué la dejaron ir. No me di cuenta de lo grave que era porque no me dijeron lo que sospechaban. Ella pidió un día más para poner las cosas en orden antes de entrar en el programa. Un día más de normalidad, había dicho. No creo que se diera cuenta de la gravedad de su situación.

—¿Qué te dijo?

—Odiaba la idea de entrar en eso, aunque fuera por poco tiempo. Había visto un tiroteo y luego hizo lo que creyó correcto sin preguntarme primero. Le habría dicho que lo dejara. Que le den al sistema judicial cuando se trata de nuestras familias, ¿no? Los testigos se exponen a un peligro inmenso. Yo le habría dicho lo que en realidad significaba testificar, y ahora seguiría viva.

Condujeron en silencio durante un rato. Kay se preguntó por qué la policía de San Francisco había emitido con tanta rapidez una orden de arresto contra Brian cuando se trataba claramente de un caso de manipulación de testigos.

—Entonces, ¿por qué tú, Brian? ¿Por qué nombrarte como principal sospechoso? ¿El fiscal no suma dos y dos?

—No es el mismo. Una diferente está en mi caso, una zorrita ambiciosa y políticamente motivada.

—¿Quién investigó el asesinato de tu prometida?

—Un veterano, un detective de nuestra comisaría que está obsesionado conmigo, al parecer. No puedo estar seguro de que no sea un soplón. No me fío de él. —Aplastó la bolsa de papel vacía y la abandonó en el portavasos del compartimento central, junto al croissant sin tocar de Kay—. Creo que me están tendiendo una trampa, Kay. Si no puedes averiguar quién lo hizo, estoy acabado. Moriré en prisión.

CAPÍTULO NUEVE

SU NOMBRE

Kay esperó junto al todoterreno mientras el combustible entraba en el depósito zumbando a gran velocidad y llenando la zona de un leve olor a gasolina. Estaban casi en el puente Golden Gate, a no más de veinte minutos de la comisaría de Brian, y ella había pensado que lo mejor era parar. Una vez que se adentraran en la ciudad, no se detendrían hasta llegar a su destino.

En contra de su buen juicio, había permitido a Brian entrar en la gasolinera sin escolta para ir al baño. Habían pasado casi diez minutos y empezaba a preocuparse. ¿Se había marchado? ¿Había decidido de repente que no quería ir a la cárcel y había hecho autostop para salir del condado de Marin hacia donde fuera?

La manivela de la bomba sonó y se detuvo. La puso de nuevo en el surtidor y cogió el recibo. Cuando levantó la vista de su cartera, Brian estaba allí con una sonrisa de suficiencia y un capuchino helado coronado con un remolino de nata montada cubierta de sirope de chocolate y caramelo.

Dos mil calorías en un vaso de plástico. Justo lo que ella necesitaba.

Por desgracia, Brian estaba a punto de terminar de tomarse un café solo, y eso significaba que pronto se mostraría terco, hostil e incluso más impulsivo que de costumbre.

—Gracias —dijo, apartando la mano que llevaba la ofrenda de paz.

—Insisto. Si no vas a beberlo, tendré que sacrificarme.

Todo lo que necesitaba Brian era un subidón de azúcar. Con un sonido de frustración, le quitó el vaso de la mano, más para

apartarlo de él que para otra cosa. Aunque la nata montada cubierta de caramelo mojada en café estaba para chuparse los dedos.

Kay se sentó al volante mientras él subía a regañadientes al asiento trasero después de que el gesto de enfado de ella desinflara su iniciativa de viajar en el asiento del copiloto.

—¿Tienes abogado? —Cediendo a la tentación, probó el café. Estaba delicioso, se mirara por donde se mirase, aunque fuera de gasolinera.

—Hay alguien a quien podría llamar, sí. No puedo permitirme mucho para un abogado, pero supongo que puedo pedir un favor o dos.

Ella viró hacia el acceso a la autopista. El tráfico aumentaba, se volvía denso.

—Que se reúna con nosotros en la comisaría. Digamos, ¿en treinta minutos?

Él no dijo nada. Al cabo de un rato, Kay miró por el retrovisor y vio que estaba escribiendo un mensaje en su teléfono. Probablemente ya tenía a alguien en mente; ya debía haberse dado cuenta de que necesitaba un abogado. Unos instantes después, un timbre interrumpió los pensamientos de Kay.

—Mi abogada dice que estará allí, aunque puede que llegue un poco tarde. —Parecía aliviado.

—¿Abogada? —Kay no pudo evitar una risita—. Por supuesto.

—Oh, vamos. —Brian se lanzó hacia atrás, golpeando su mano contra el asiento trasero—. ¿Ahora no puedo tener una relación profesional con una mujer porque eso significa que me la estoy tirando?

Kay murmuró un improperio. ¿Por qué sacaba lo peor de ella? Aún le guardaba rencor, aún le odiaba por lo que le había hecho, por lo insignificante e impotente se había sentido por su culpa. A veces, deseaba poder atarlo con cinta adhesiva a una silla para gritarle hasta quedarse sin aliento y terminar de limpiar la mancha de Brian

Hanlin de su alma.

—Puedes tener las relaciones que quieras con quien quieras. Ha sido un error por mi parte hacer ese comentario.

Durante un rato, las ruedas silbando sobre el asfalto y golpeando rítmicamente fue el único sonido que oyó.

—No pasa nada —dijo él al cabo de un rato, con aire desanimado —. Como dije antes, aceptaré lo que quieras recriminarme.

Ella no respondió, aún sumida en sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer después de entregarlo al Departamento de Policía de San Francisco? ¿A dónde iría? ¿Con quién hablaría? El sheriff Logan tenía razón. No podía irrumpir y hacerse cargo de una investigación. No tenía derecho a solicitar acceso a la escena del crimen, hablar con la familia de la víctima, examinar pruebas, nada de eso. No tenía ningún plan.

Se dirigió hacia la comisaría. Solo faltaban unos minutos, pero el tráfico era denso. Pronto se llevarían a Brian para procesarlo, y probablemente al día siguiente tendría su comparecencia y pagaría la fianza. Entre esos dos días tendría tiempo para pensar qué hacer, cómo llegar al fondo del asunto. Un largo paseo junto al océano para despejar su cabeza de la locura que él había propagado y se le ocurriría algo.

Merecía arder en el infierno, pero no pudrirse en la cárcel por un asesinato que no había cometido.

—Otra cosa —dijo con el tono sombrío de su voz todavía pesado—. Supongo que debería decirte su nombre.

Kay lo miró por el retrovisor, con una sensación de fatalidad descendiendo por su estómago al darse cuenta de que, de alguna manera, se las había arreglado para no mencionar el nombre de su prometida hasta entonces. ¿Cómo había hecho semejante gilipollez?

—Es mejor oírlo de mí, aquí, que durante la lectura de cargos. Estarás allí mañana, ¿verdad? ¿Para la lectura de cargos?

—¿Quién era, Brian? —preguntó fríamente, sintiendo la garganta

seca, constreñida.

Él se detuvo un momento. Kay contuvo la respiración.

—Rachel —susurró—. Sé lo que vas a decir...

—¡Miserable saco de mierda mentirosa! —gritó, golpeando con ambos puños el volante—. ¡Era mi mejor amiga! ¿Y no se te ha ocurrido mencionarlo hasta ahora? —Se detuvo un momento, jadeando, tartamudeando, queriendo decir más palabras de las que podía pronunciar—. Me mentiste hace ocho años cuando te pregunté si te habías acostado con ella. Sé lo que vi en aquella fiesta, pero me juraste... —Se atragantó con su rabia, sintiendo el ardor amenazador de las lágrimas en los ojos. No iba a llorar... no allí, no con él mirando.

—No fue así...

—Cállate —dijo ella—. Esta mañana en la comisaría, y de camino aquí, cuando hablábamos del caso, ¿en qué pensabas al ocultarme su nombre? ¿Que no lo descubriría? ¿Que de algún modo te saldrías con la tuya? —Respiró hondo, dispuesta a calmarse, pero no lo consiguió—. Siempre has sido un cobarde, Brian. Un cobarde, un mentiroso y un tramposo. Y no sé qué demonios estoy haciendo aquí.

Detuvo bruscamente el todoterreno en el aparcamiento de la comisaría de policía de San Francisco y apagó el motor.

—Kay, por favor...

—No te atrevas —dijo ella, volviéndose hacia el asiento trasero y fulminándolo con la mirada—. No digas mi nombre ni te muevas ni un centímetro hasta que vuelva. No digas ni una maldita palabra o me largo, y si te fríen, que así sea. Ya no me importa.

Ella lo miró fijamente hasta que él bajó los ojos y juntó las manos, aparentemente subyugado. Luego bajó del vehículo, aturdida, sin saber qué quería hacer. Lo único que sabía era que tenía que alejarse de él lo antes posible.

—Espera, ¿a dónde vas?

—A llorar la pérdida de mi mejor amiga —contestó Kay con frialdad, y luego cerró la puerta del coche tan fuerte como pudo.

CAPÍTULO DIEZ

SANGRE

Elliot se detuvo junto a la carretera, detrás del vehículo del agente Novack. Había otros dos patrulleros señalizados y otro bloqueando el acceso al tráfico en dirección norte. Un kilómetro al norte, un cuarto coche bloqueaba el tráfico en dirección sur, reteniendo a varios vehículos que probablemente se dirigían a Redding. No iban a llegar a tiempo.

Salió del todoterreno y tiritó, luego se subió la cremallera de la cazadora vaquera hasta arriba.

Hacía un frío que cortaba hasta los huesos.

El viento aullaba en el fondo del valle, bajando de las vertientes del monte con ráfagas heladas. Los altos abetos se doblaban en las puntas, y de sus ramas se desprendían hojas y piñas, ensuciando la carretera. Unos kilómetros al este, los picos rocosos estaban cubiertos de nieve fresca, brillando al sol. Si no fuera por el perfecto cielo azul, Elliot habría pensado que se avecinaba una tormenta de nieve.

Primero había llevado al señor Lorentz a su casa para recoger una prenda de ropa de su hija para el perro rastreador, y también para conseguir todo lo que necesitaba para mantener su azúcar en sangre bajo control. Lorentz había cogido un par de barritas de proteínas y su kit de insulina, y luego había roto a llorar mientras veía cómo Elliot sellaba la camiseta del pijama de Taylor dentro una bolsa de plástico para pruebas.

—Haremos todo lo que podamos, señor Lorentz —lo había animado Elliot, ayudándolo a subir al coche—. Es muy pronto, y tenemos la mejor unidad K-9 en camino para ayudar. —Arrancó el motor y

preguntó—: ¿Hay alguna señora Lorentz a la que podamos llamar?

—Mi mujer falleció el año pasado. De cáncer. Luchó con valentía, aguantó todo lo que pudo —dijo débilmente el señor Lorentz, con la voz entrecortada por momentos—. Taylor es todo lo que me queda en este mundo, detective. No puedo soportar la idea de perderla.

El trayecto desde la granja de Lorentz hasta las coordenadas de emergencia duró menos de dos minutos. Elliot pasó junto a Katse a setenta kilómetros por hora.

En cuanto se detuvo, Elliot se volvió hacia su pasajero y le dijo:

—Por favor, quédese aquí, señor Lorentz. Hace calor en el coche y necesitamos que esté seguro mientras hacemos nuestro trabajo.

—Pero no puedo sentarme aquí y no hacer nada...

—Por favor, señor Lorentz, confíe en mí. Es mejor así. Si tenemos preguntas, sabemos dónde encontrarle. En cuanto sepamos algo, vendré a avisarle. —Miró a los ojos llenos de lágrimas del hombre, intentando infundir algo de esperanza en su alma cansada.

—De acuerdo, me quedaré aquí.

Elliot le dio las gracias y corrió hacia el agente Novack. Era un buen policía, minucioso e ingenioso, el siguiente en la lista para ser detective si quería. Alto y en forma, con un cuerpo firme y musculoso, nunca se quitaba las Ray-Ban, ni siquiera cuando llovía. Elliot sospechaba que se debía a que se parecía mucho a Stephen Dorff en el papel del sheriff Bill Hollister en una popular serie de televisión, y Novack estaba sacándole todo el partido al look, con barba de cinco días y todo. Sin embargo, eso no hacía que Novack fuese un mal policía. Como no era una persona vanidosa, probablemente el parecido le divertía tanto como a sus colegas.

—Dime lo que tienes —dijo Elliot, pisando enérgicamente en su sitio. Su lugar de nacimiento tejano incluía odiar el frío y no tolerarlo demasiado bien. Se le habían entumecido un poco los pies, y solo llevaba allí unos minutos.

—Hemos empezado a cuadricular aquí, junto a la carretera, y a

adentrarnos en franjas de seis metros de ancho hacia el norte y el sur, pero solo somos nosotros cuatro. No hemos llegado muy lejos y aún no encontramos nada.

Las hierbas eran altas y espesas junto a la carretera. Varias flores de color fucsia seguían en pie, esparcidas a lo largo de la vía. Unas cuantas noches de heladas habían empezado a marchitar la hierba, convirtiéndola en jorobas amarillentas con manchas rojas de hojas caídas y flores silvestres marchitas. Aún se veían varias huellas de pasos, probablemente de Lorentz o de los agentes. Si eso era la escena de un crimen, ya estaba pisoteada y adulterada. No podía culpar a un padre desesperado por intentar encontrar a su hija; él habría hecho lo mismo.

Tras sacar su teléfono, comprobó las coordenadas GPS de su ubicación. Estaban un poco lejos de lo que había indicado el mensaje de emergencia.

—¿Tienes la localización exacta fijada?

—Sí, es por allí. —Novack señaló el camino unos metros más abajo.

Habían marcado el lugar con una pequeña bandera roja en un alambre. Elliot se dirigió hacia allí mientras Novack reanudaba la búsqueda en el bosque junto a la carretera. El dispositivo había advertido de un radio de cuarenta metros, pero Elliot decidió confiar en la tecnología.

En algún momento del pasado reciente, cuando estaban trabajando en un caso distinto, Kay había explicado cómo funcionaba el GPS, el cual necesitaba una línea de visión directa con tres satélites de posicionamiento para ser preciso. Los dispositivos situados entre edificios altos o cerca de una montaña podían sesgar los resultados. O algo así... No sabía de tecnología tanto como su compañera.

Entrecerró los ojos hacia el cielo azul para ver cuántos obstáculos podía haber para los satélites; se quitó el sombrero y estudió el paisaje. A ambos lados de la carretera se alineaban altos abetos. El monte de Mount Chester se alzaba hacia el este, sus vertientes estaban lo bastante cerca como para obstaculizar una buena sección de la línea de visión directa. Las cosas no pintaban bien para un

posicionamiento preciso.

Pero los aparatos son coherentes, no caprichosos como las personas.

Comprobó las lecturas del GPS del teléfono para saber dónde se encontraba y esta vez le mostraron las coordenadas en un mapa con el terreno. El dispositivo, que utilizaba el mismo sistema de geolocalización que el de Taylor —y todos los demás—, mostraba su ubicación con una precisión asombrosa. A menos de tres metros de donde estaba realmente, a juzgar por la distancia a la roca de Frozen Falls y en qué carril de la carretera aparecía su punto azul.

Eso era lo bastante preciso. Debía haber una multitud de satélites de geolocalización justo encima de sus cabezas haciendo su trabajo.

Si Taylor hubiera estado corriendo en dirección norte, porque hacía poco que había salido de casa y normalmente corría ocho kilómetros, habría estado en el lado este de la carretera. Elliot se acercó al borde del asfalto y empezó a mirar detenidamente, examinando cada brizna de hierba, cada centímetro de asfalto, y moviéndose en una espiral de apertura a partir de aquellas coordenadas precisas.

A unos dos metros al norte, en el borde mismo de la carretera, donde el asfalto se había desmoronado, encontró una gota de sangre. Se arrodilló para acercarse y examinó la caída en busca de pistas direccionales. Otras gotitas diminutas la rodeaban, apenas visibles a simple vista. Formaban una ligera línea, cuya dirección apuntaba hacia donde había ido Taylor.

Al este.

Al bosque.

Había sufrido una dura caída, se había hecho daño y se había adentrado en el bosque. Pero ¿por qué? No tenía sentido. Si se hubiera hecho daño al caer y estuviera sangrando, se habría quedado en el arcén para avisar a un coche y pedir ayuda. Habría llamado a casa. No habría ido al bosque a esconderse.

Tal vez su caída no había sido tal, después de todo.

Levantó el brazo en el aire y silbó lo suficientemente fuerte como para hacer que todos le prestasen atención.

—¡Por aquí! —gritó cuando vio que Novack lo miraba.

Colocó un marcador de pruebas amarillo con el número «1» junto a la gota de sangre y la agente Farrell empezó a hacer fotos. Novack y otros dos oficiales peinaron las hierbas altas y dobladas, con cuidado de no perder ni una sola prueba.

—He encontrado algo —llamó Novack. Se encontraba parado en el borde de la carretera, a unos metros al sur de la gota de sangre.

Elliot corrió hacia allí y vio lo que Novack le estaba mostrando. Dos senderos apenas visibles, paralelos y muy próximos entre sí, alborotaban las hierbas que partían del asfalto y desaparecían en el bosque. Como si un cuerpo hubiera sido arrastrado lejos de la carretera.

—Oh, mierda —murmuró Elliot, mirando las marcas de arrastre. No quería que esa primera gota de sangre le desanimara, pero las pruebas parecían sombrías.

Siguió las marcas de arrastre hasta que desaparecieron, la hierba escaseaba donde la sombra de los altos árboles impedía que la luz del sol llegara al suelo. Una gruesa capa de hojas de aguja de abeto ocupaba su lugar, pero las marcas de arrastre ya no eran visibles. A partir de ahí, no había forma de determinar dónde buscar, pero tenían un punto de partida.

Estaba a punto de marcharse cuando algo llamó su atención. Sobre la cubierta marrón rojiza de hojas secas de abeto había un coletero marrón claro de tela parecida al terciopelo. Varios mechones de pelo aún se aferraban a él. Tras recogerlo cuidadosamente con una mano enguantada, lo colocó dentro de una bolsa de pruebas, que cerró y se metió en el bolsillo.

El sonido de voces discutiendo llamó su atención. Levantó la vista y vio al señor Lorentz luchando contra la agente Farrell para soltarse de su agarre.

—¡Sé que han encontrado algo! —gritó—. ¿Qué es?

—Señor Lorentz, por favor, déjenos trabajar —suplicó Farrell, sujetándolo por ambos brazos.

Elliot le hizo una señal para que soltara al hombre. Aquella mañana ese hombre había pasado por más de un infierno. El detective volvió a la carretera y ordenó a Novack que peinara la zona.

Casi corriendo, el señor Lorentz acortó la distancia que los separaba sin aliento, con una expresión de miedo paralizante en el rostro.

—Dígame, ¿qué ha encontrado? —preguntó en cuanto llegó a Elliot.

—Nada de qué preocuparse por ahora, señor. Solo una gota de sangre que podría ser más antigua o pertenecer a otra persona. Nada definitivo todavía. —La experiencia le había demostrado que la honestidad funcionaba mejor en casos como ese—. Ahora, por favor, espere en el coche.

El hombre sacudió violentamente la cabeza.

—No. Por favor, esperaré aquí, no haré ruido, pero, por favor, no me envíe de vuelta.

Elliot gruñó. Los procedimientos estaban claros; el hombre no tenía nada que hacer en medio de una investigación activa. Ya se había saltado las normas a la torera solo por tenerlo en su coche, más arriba en la carretera.

—Lo siento, no podemos. Espero que lo entienda. Cada momento que pasamos discutiendo con usted, no lo pasamos buscando a Taylor.

Esa afirmación tuvo el efecto de un cubo de hielo vertido sobre la cabeza del hombre. Instantáneamente sometido, susurró con voz temblorosa:

—Entiendo, detective. Volveré al coche y esperaré.

—Espere un segundo —dijo Elliot, sacando la bolsa de pruebas de su bolsillo—. ¿Esto es algo que Taylor hubiera usado?

Un sollozo ahogó al señor Lorentz. Rápidamente se tapó la boca con la mano, como si tratara de contenerlo.

—S-sí, tiene un juego de tres. Su madre se los dio. Llevaba ese cuando se fue. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Por favor, señor Lorentz, déjenos trabajar. Vendré a buscarlo en cuanto sepa algo. —Le dio una palmada en el hombro, apretándoselo un poco para animarle.

Arrastrando los pies y con la cabeza gacha, el señor Lorentz empezó a caminar cuesta arriba hacia el coche de Elliot.

No llegó muy lejos cuando se detuvo un coche con la insignia K-9. Cuando vio al perro policía saltar del coche, el señor Lorentz se quedó inmóvil, con la mano en el pecho y la boca entreabierta, mirando fijamente.

Elliot fingió no fijarse en él.

Pronto ambos sabrían lo que le había ocurrido a Taylor Lorentz.

CAPÍTULO ONCE

RECUERDOS

Sin mirar atrás, Kay se alejó de su Interceptor con paso ligero, deseando que hubiera tanta distancia entre ella y Brian como fuera posible. Una vez que llegó a la entrada del aparcamiento, miró a la izquierda y luego a la derecha, intentando averiguar a dónde ir.

Unos metros más allá del aparcamiento, encontró una acera parcialmente tapada por dos vehículos aparcados. Se sentó en el bordillo y se abrazó las rodillas, deseando hacerse un ovillo y tumbarse en algún lugar oscuro y tranquilo.

Con el recuerdo de Rachel, las lágrimas acudieron a sus ojos y un sollozo hinchó su pecho. Enterró la cara en el hueco de su brazo y lloró hasta que no pudo respirar más. Uno a uno, los recuerdos olvidados inundaron su mente, cada uno más doloroso que el anterior.

Rachel la había llamado la semana anterior y le había dejado un mensaje. Kay no le había devuelto la llamada enseguida, no hasta más tarde esa noche. Sus llamadas habían ido directamente al buzón de voz; lo mismo había ocurrido a la mañana siguiente.

Y ahora estaba muerta.

Todavía llorando, encontró el mensaje de Rachel en su teléfono y miró la fecha y la hora. El viernes pasado, a las cuatro y cuarenta y dos de la tarde. Si le hubiera devuelto la llamada en ese momento, Rachel aún estaría viva.

Su dedo se detuvo un momento sobre el botón de reproducción y luego lo pulsó. La voz de su amiga cobró vida.

—Hola, soy Rachel. He querido llamarte... durante años. Pero realmente necesito hablar contigo ahora. Yo... espero que me perdones por lo que hice. Por todo. Sé que no tengo derecho, pero te necesito. Por favor, llámame.

La misma voz había dicho lo mismo: «Hola, soy Rachel», el día que se conocieron. Kay empezaba su segundo año en la Universidad de Berkeley y le habían asignado un nuevo dormitorio después de las vacaciones de verano. Había subido dos tramos de escaleras para encontrar una habitación vacía. En unos minutos, se había instalado mínimamente y se había cambiado de ropa; empezaba su turno en su nuevo trabajo. Cuatro días a la semana, más los fines de semana, iba a servir mesas en una concurrida y elegante pizzería a un kilómetro y medio de la carretera.

Estaba a punto de marcharse cuando la puerta se abrió de golpe y una chica enérgica con rizos de fuego y pecas en la nariz irrumpió con una amplia sonrisa en el interior y extendió la mano en señal de saludo.

—Hola, soy Rachel —había dicho—. Tu nueva compañera de cuarto.

Su sonrisa era contagiosa; su risa, irresistible. Su efecto sobre la desconsolada Kay, que seguía cargando con el peso de los recuerdos de su infancia como lastres de una cadena de la que no podía liberarse, fue inmediato. Aunque siempre había pensado que le resultaría imposible, Kay empezó a curarse.

Rachel y ella se volvieron inseparables. Los días laborables, cuando la carga escolar era escasa y Kay no trabajaba, era invitada de honor en casa de la familia Epling. El padre de Rachel había fallecido, solo quedaba su madre, y Rachel se aseguraba de visitarla todas las semanas. Su dedicación a su madre hizo que Kay se sintiera culpable por no hacer lo mismo; su situación era diferente. No podía soportar visitar el hogar donde tanto sufrimiento había soportado a manos de su padre. Muy pronto, Rachel dejó de preguntar a Kay por su familia.

Compartían la misma carrera, Psicología, y asistían a las mismas clases. Se ayudaron mutuamente a estudiar y a hacer frente a la

difícil carga de compaginar las clases y el trabajo para mantenerse económicamente. Los fines de semana, después de que cerrara la pizzería y Kay estuviera libre, iban a bailar o a fiestas con otros estudiantes; nada demasiado loco, solo lo suficiente para sentirse jóvenes y libres, como se supone que uno debe sentirse en la universidad.

Los años pasaron volando. Rachel tuvo una mala relación en su penúltimo año, y Kay la había abrazado mientras sollozaba después de que su novio se esfumara con sus pésimos ahorros y un collar de perlas que le regaló su madre el día que cumplió dieciocho años. Kay sospechaba que Rachel esperaba en secreto que él volviera con ella para perdonarle y vivir felices para siempre. Y ella, un poco más madura que su amiga, había intentado decirle que la vida no funcionaba así. Desconsolada y desilusionada, Rachel sollozó durante los exámenes de tercer curso.

Entonces empezó el último año. El verano había sido bueno, y consiguieron un par de semanas de vacaciones de verdad entre los turnos extra en la pizzería y las primeras clases. Kay tenía en mente entrar en el FBI después de graduarse, porque había presenciado el audaz rescate de un grupo de rehenes durante el atraco a un banco desde la cafetería de enfrente. Aspiraba a estar dentro, a hacer algo que importara para la vida de la gente. El día de la graduación no llegaba lo bastante rápido.

El dinero estaba en dedicarse a asesorar a los ejecutivos de Silicon Valley, pero ella quería que su trabajo tuviera más significado que eso. Rachel iba a trabajar con los agobiados, ricos y poderosos, como a ella le gustaba bromear, y luego se iría con Kay y verían el mundo juntas con su cuantioso dinero.

En su último semestre, el destino decidió poner a Brian Hanlin en el camino de Kay. El profesorado hizo una llamada al 911 tras descubrir que habían entrado a robar en un despacho durante la noche.

Brian llamaba la atención allá donde iba, y él lo sabía.

Vestido de uniforme y con un atisbo de sonrisa en los ojos, se había tomado su tiempo en el lugar de los hechos, tomando declaraciones,

nombres y números de teléfono. Casi todas las alumnas sonreían y movían las pestañas cuando hablaba con ellas. Algunos de los hombres también.

Cuando llegó el turno de entrevistar a Kay, estaba cansada tras un largo día. Lo único que quería era una larga ducha y un libro para leer en la cama. Con ella, el encanto de Brian no funcionó tan bien.

Entonces el sargento Brian Hanlin se fue, dejando a todo el alumnado con los ojos soñolientos durante al menos unos minutos después de su partida.

Nunca llamó a ninguno de ellos con preguntas de seguimiento.

Excepto a Kay.

La siguiente pregunta que le hizo fue cómo le gustaba el café.

Y así, el exuberante, encantador y absolutamente irresistible Brian Hanlin la cautivó.

Su relación con Brian evolucionó como un incendio de en la maleza, devastador e intenso, sin dejar nada a su paso. Rachel había quedado en segundo lugar, pero lo entendía, o eso decía. Había sido muy sincera al confesar que envidiaba a Kay por su relación con Brian. En retrospectiva, sabiendo lo que Kay sabía ahora, Rachel había estado más interesada en su novio de lo que a Kay le hubiera gustado.

Pero siguieron siendo amigas, mejores amigas, y cuando Kay había dado el sí a Brian Hanlin ante un público muy reducido, Rachel había sido su dama de honor, ruborizándose y llorando cuando llegó el momento de que su amiga besara al novio.

Del dormitorio, Kay se había mudado con Brian a una casa unifamiliar de tres dormitorios con un pequeño patio trasero que había heredado de sus padres. Poco después de terminar su luna de miel, Kay pudo graduarse antes de tiempo, mientras que Rachel tuvo que cursar todo el semestre con el resto de su clase.

Habían vuelto de Las Vegas, donde había disfrutado de una suite de hotel para una semana, y Kay estaba tremendamente feliz. Le

gustaba todo de su nuevo marido, excepto, quizá, la atención que siempre recibía de las mujeres, jóvenes y mayores. Por aquel entonces, ella pensaba que no era culpa suya; era un individuo carismático, guapo, inteligente y bien dotado, que sabía cómo desenvolverse y cómo entablar una conversación.

En retrospectiva, Kay se culpó por no haberse dado cuenta de que Brian había estado casi tan interesado en otras mujeres como ellas lo habían estado en él. Probablemente había caminado a su lado, con la mano de Kay en la suya, y había sonreído a otras mujeres, había establecido contacto visual con ellas del modo fascinante y lascivo con que encendía un fuego en la sangre de Kay cada vez que sus miradas se cruzaban. Las pruebas debían estar ahí..., pero Kay estaba ciega ante ellas y se negaba a ver nada que no tuviera que ver con su nueva vida perfecta con su nuevo marido perfecto.

Después de graduarse, a pesar de hacerlo antes que el resto de su clase, Kay quiso celebrarlo con Brian y Rachel. Había reservado mesa en un asador de lujo, Espetus, en San Francisco, y le hacía ilusión estar con las dos personas que más quería.

Sin embargo, la tan esperada cena se vio empañada por el distanciamiento de Rachel. Parecía fría, reservada, no era la de siempre. Sus ojos se desviaban cada vez que Kay la miraba, dirigiéndolos hacia el suelo, como si se sintiera culpable o avergonzada.

Las señales habían estado ahí..., pero Kay, absorbida por su felicidad, aún no les había prestado atención.

En algún momento, entre corte y corte de las apetitosas carnes, al ver lo feliz que estaba Brian por su graduación, decidió darles la noticia de su otro gran logro. Rachel sabía que siempre había querido entrar en el FBI, pero nunca se lo había dicho a Brian. Habían hablado de ello en principio, y él le había deseado buena suerte en su empeño, pero ella se había guardado la noticia de su aceptación como un precioso regalo para él, algo que le hiciera sentirse orgulloso de ella.

Mientras el camarero descorchaba una botella de champán, Brian le había preguntado:

—¿Cuáles son tus planes, cariño? ¿Recursos humanos empresariales? El salario es bueno. Hay muchas grandes empresas entre las que elegir.

Sonriendo ampliamente, ella alargó las manos y cogió las de ambos. La de Brian, con la izquierda, y la de Rachel, fría, casi inerte, con la derecha.

—Tengo más noticias emocionantes para vosotros. He sido aceptada por el FBI. Me voy a Quantico en un par de semanas.

La mano de Brian se retiró con una sacudida.

—Oh, así que ahora vas a ser una federal, ¿eh? —Había engullido el champán sin levantar la copa—. ¿Dónde me deja eso, entonces? Solo soy un policía, un mísero sargento, haciendo su ronda. Y cuando los policías somos demasiado estúpidos para resolver un caso, no te preocupes, el capitán llama a los federales.

Los dedos helados de Rachel se escaparon también de su agarre. Su mejor amiga bajó la mirada y sus mejillas se encendieron. Probablemente con vergüenza, había pensado Kay entonces. Ahora lo entendía mejor.

Aquella noche Brian le había gritado durante todo el trayecto de vuelta a casa por no decir nada sobre sus intenciones, por guardar secretos. Ella se había disculpado y llorado sus primeras lágrimas desde que le conoció. Había creído de verdad que ella era la culpable. Ahora se preguntaba cómo se había graduado en un programa de Psicología de cuatro años y no había sido capaz de detectar a un narcisista.

Su felicidad dichosa era cosa del pasado. Ella y Brian se reconciliaron poco después de su chapucera celebración. Él se disculpó, ella se disculpó, hicieron el amor apasionadamente y luego él la invitó a repetir la cena de Espetus, con Rachel incluida. Kay pasó del plan. Unos días más tarde, se marchaba a Quantico, llorosa en la terminal del aeropuerto pero aliviada por romper con la tensión que había entre ellos.

En el vuelo a la Costa Este, volvió a llorar, con la cara apoyada en

la ventanilla del avión, de espaldas a la anciana que roncaba en el asiento del medio. Desde el anuncio sobre el FBI, Brian había empezado a llegar tarde a casa todos los días y se negaba a responder a sus preguntas, regañándola si insistía. A veces, su ropa olía al más leve rastro de perfume, de varias marcas. Él siempre mantuvo su inocencia y había jurado que no la engañaba. Y ella le creyó.

Sufriendo el momento de mayor lucidez desde que conoció a Brian, Kay se dio cuenta de que no sabía con quién se había casado.

Quantico la envolvió en un torbellino de clases, exámenes, entrenamiento físico y cursos de posgrado que siguió cursando para obtener su doctorado en Psicología. Brian la llamaba todas las noches y la visitaba un fin de semana sí y otro no, convenciéndola de que la echaba mucho de menos. Las veinte semanas de la Academia del FBI no podían acabar lo bastante pronto.

Ella también lo echaba de menos, tanto que la asustaba.

Las clases terminaron la semana anterior a Acción de Gracias, y Kay estaba encantada de volver a casa para las vacaciones. Brian la recogió en el aeropuerto con una docena de rosas rojas y fragantes y la envolvió en un abrazo que no quería que terminara.

En casa, una invitación de Acción de Gracias de la señora Epling, la madre de Rachel, esperaba en la mesa del comedor.

—¿Quieres ir? —había preguntado Brian despreocupadamente.

—Por supuesto —respondió ella, alegre, y luego le besó los labios. Acción de Gracias en casa de la madre de Rachel se había convertido en una tradición en los últimos tres años.

—De acuerdo. Ya pensaremos qué llevar. Probablemente un pastel y una botella de vino estarían bien.

Unos días después, llegaron a la residencia de los Epling. A través de la ventana del salón pudo ver a unas cuantas personas bebiendo, riendo y mezclándose cerca de la festiva mesa puesta. Rachel llevaba un vestido negro sin espalda y tacones, y estaba charlando

con un joven al que Kay no reconoció. Cuando Brian tocó el timbre, ella se giró y se acercó a la puerta, y Kay pudo ver mejor su silueta.

Rachel estaba embarazada.

Visiblemente... al menos de siete meses.

Y nunca le había dicho una palabra a Kay, aunque habían hablado por teléfono mientras ella no estaba.

Kay la felicitó y le dio un fuerte abrazo, decidiendo no arruinar su estado de ánimo interrogándola sobre el embarazo y el secreto que lo rodeaba. Rachel le dio las gracias con voz apagada.

Apreciando estar entre amigos, Kay disfrutó de la velada y bebió un par de copas de vino, charlando animadamente con antiguos compañeros. Se había perdido la fiesta oficial de graduación; estaba en Quantico cuando tuvo lugar. Se lo pasaron muy bien, aunque la echaron de menos. Algunos la rodearon con todo tipo de preguntas sobre su condición de federal. ¿Era tan genial como en las películas? En realidad no, les había explicado. Estos días se trataba sobre todo de análisis de datos y videovigilancia y todo tipo de ciencia y tecnología. Ningún Silencio de los corderos en su carrera, asumió. Pero aun así le encantaba, esperaba con impaciencia poder marcar la diferencia.

Kay recordaba aquel momento como si fuera ayer. En primer plano, respondía a preguntas sobre su nueva y apasionante carrera. Al fondo, Brian hablaba con Rachel, muy cerca de ella. Su mano abandonó su costado y se alzó para tocarle la cara, apartar un mechón de pelo rojo y colocárselo detrás de la oreja con un gesto tierno y familiar. Ella sonrió y bajó los párpados, apoyándose ligeramente en su mano. Luego él acercó los labios a su oído y le susurró algo. Ambos sonrieron, compartiendo una rápida y acalorada mirada antes de que Brian se alejara.

Kay se quedó sin habla. La respiración se le entrecortaba en el pecho mientras el dolor le desgarraba el corazón con garras afiladas y despiadadas. Salió de allí esa noche dispuesta a sacarle la verdad a Brian de una vez. Silenciosa durante el trayecto de vuelta, en cuanto llegaron a la casa, preguntó:

—¿Te acuestas con ella, Brian?

Él fingió ignorancia como el tramposo profesional que era.

—¿Con quién? —Su conducta no mostraba miedo a ser descubierto, solo frustración, irritación por su pregunta. No era la primera vez que ella le cuestionaba algo así. Tampoco era la primera vez que él mentía.

—Con Rachel —respondió ella con calma, concediéndole, por enésima vez, el beneficio de la duda—. ¿Ese bebé es tuyo? —Las palabras le dolieron en el pecho al pronunciarlas. No podía ser verdad.

—No, cariño —dijo él, dejando caer la corbata sobre una silla, y corrió a darle un abrazo tranquilizador—. Te juro que no.

Esa noche Kay no pegó ojo, recordando todos los detalles a los que no había prestado atención cuando debería haberlo hecho. Las miradas acaloradas que Brian intercambiaba con las mujeres todo el tiempo. Las reacciones de las mujeres, aunque se lo hubiera jurado repetidamente. No la podía engañar. El comportamiento de Rachel, su distancia y el hecho de que no hubiera llamado a Kay ni una sola vez en todo el tiempo que estuvo en Quantico; solo Kay la había llamado a ella. Con un poco de esfuerzo, y navegando por el historial de llamadas de su teléfono, podía trazar fácilmente la relación de Rachel con Brian por la línea temporal de su culpabilidad.

Y había estado sucediendo durante un tiempo, incluso antes de Quantico.

Desconsolada, y no dispuesta a vivir una mentira, Kay solicitó el divorcio al día siguiente.

Nunca volvió a ver a Rachel, a saber nada de ella, hasta su mensaje de voz hacía unos días.

Aun así, lamentó profundamente no haberla llamado antes.

Tal vez aún estaría viva.

CAPÍTULO DOCE

CAUTIVA

—Mamá, ¿dónde estás?

Apenas se atrevió a elevar la voz por encima de un susurro entrecortado y ahogado por las lágrimas. Escuchó un rato, y no oyó ningún ruido. Se había despertado de una pesadilla, temblando, con la cara manchada de lágrimas secas.

La cama era estrecha y dura, cubierta con una áspera manta. Olía a algo raro, como a ropa olvidada demasiado tiempo en el armario o a la vieja tienda de campaña que utilizaban para acampar. Tenía el mismo color que la tienda, un tono oscuro de verde oliva como el que llevaban los soldados en las películas.

La almohada tenía bultos y olía a lejía. No tenía funda y la tela a rayas estrechas grises y azules, torcida aquí y allá, estaba gastada y manchada de lágrimas.

No era como mamá le preparaba la cama.

Ella se aseguraba de que las sábanas estuvieran limpias y olieran bien, de que Mickey y Minnie aparecieran en las fundas de sus almohadas y de que la manta fuera suave. Y estaba allí cuando Holly se despertaba, siempre.

¿Dónde estaba ahora?

Temblorosa, se sentó a un lado de la cama y bajó los dedos de los pies hasta tocar el frío suelo de cemento. Agarrándose al abultado colchón, se deslizó hacia abajo. Los zapatos de su madre habían desaparecido; los buscó por todas partes, incluso debajo de la cama, donde vivían unas cuantas pelusas de polvo.

La habitación estaba casi a oscuras; la única luz procedía de una pequeña ventana cercana al techo, cruzada con unos barrotes más gruesos que su dedo. Podía ver un trozo de azul a través de esta y algunas briznas de hierba, como si la tierra tocara el cielo en esos pocos centímetros de espacio.

Estaba en un sótano. La ventana, demasiado pequeña para caber por ella y demasiado alta para alcanzarla, debía estar cerca del suelo, tan cerca que la hierba la tocaba. Un pequeño caracol arrastraba su casa por la superficie, dejando un rastro viscoso tras de sí.

Asqueada al ver la parte inferior del insecto, Holly apartó la mirada.

Una gran chimenea ocupaba la mayor parte de la pared opuesta. Estaba oscurecida por el humo y el hollín; el hogar yermo, descolorido donde el intenso calor había tocado el hormigón. Alguien se había apresurado a barrerla, dejando cenizas alrededor.

En un rincón, una puerta dejaba entrar por una rendija una pizca de luz amarillenta. Holly agarró el picaporte con ambas manos e intentó abrirla. Pero permaneció cerrada, sin sonar ni moverse bajo su peso. Armada de valor, golpeó la puerta con los puños y gritó.

—¡Mami! ¿Dónde estás?

Se detuvo y escuchó. Solo el silencio llenaba la habitación, cada vez más oscura. El color azul de la ventana se desvanecía en los tonos del atardecer. Golpeó un poco más, esperando que su madre la oyera. Esperando que viniera a buscarla, como había prometido.

Pero aquello no era el cobertizo de las herramientas, y ella no se escondía detrás del tractor cortacésped, como su mamá le había dicho.

Al cabo de un rato, resignada y cansada, se subió a la cama y se acurrucó de lado, con las manos entre las rodillas, temblando. Las lágrimas cayeron sobre la almohada, manchándola de nuevo. El corazón le latía contra el pecho cada vez más deprisa al recordar lo que había visto desde el cedro rojo del patio trasero.

Su madre, gritando, corriendo por la cocina. Un destello de luz, un fuerte disparo y luego otro. Su madre, cayendo al suelo.

Entonces ella había resbalado y se había caído del árbol, y no recordaba nada después de eso.

¿Se había levantado mamá del suelo de la cocina? ¿Quién la había recogido después de la caída?

Un gemido tembloroso salió de sus labios. Tiritando, cerró los ojos y lloró hasta quedarse dormida, presa fácil de las pesadillas.

CAPÍTULO TRECE

ABOGADA

Todavía compungida, Kay se dirigió al todoterreno y abrió la puerta trasera. No tenía sentido retrasar lo que había que hacer. Ahora que había decidido ayudar a Brian a defender su inocencia en el asesinato de Rachel, necesitaba hacerlo para poder seguir adelante con su vida. Desenterrar una vieja historia no servía a nadie.

—Fuera —dijo, mirando a otra parte, no a Brian. Con las prisas, sus gafas de sol se habían quedado en su mesa de la comisaría.

—Has estado llorando —dijo Brian. Alargó la mano como para tocarle la cara con una caricia, pero ella negó con la cabeza, cerrando los ojos. Aplastadas entre las pestañas, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Él retiró el gesto.

—Lo siento mucho, Kay —susurró—. Nunca llegué a decírtelo, pero sé que debería haberlo hecho. Te rompí el corazón.

Ella deseaba que dejara de hablar, pero, al mismo tiempo, asimilaba sus palabras como un guerrero herido tomaría morfina, absorbiendo sedienta cada una de ellas, desesperada por el alivio que le proporcionaban.

—Corazones como el tuyo nunca deberían romperse —continuó, acercándose despacio. Kay se negó a abrir los ojos, pero sintió su aliento en la cara, su olor embriagador, peligroso y mortal—. Mi dulce dulce Kay. Nunca dejé de pensar en ti. Todos estos años...

Ella necesitó toda su fuerza de voluntad para dar un paso atrás y recordar dónde estaba y por qué. Entonces lo miró con avidez.

—¿Dónde está tu abogada, Brian? Se está haciendo tarde.

Él le sostuvo la mirada durante un tenso instante; sus ojos cargados, ardientes, anhelantes. Detrás de él, la comisaría de la Policía de San Francisco y su acabado exterior en tonos marinos de azulejos cerámicos azules, grises y aguamarina le recordaban a un baño público de grandes dimensiones en medio de la calle, lo que daba a la situación un toque de aleccionador ridículo.

Kay apartó la mirada, ocultando sus esfuerzos por controlar el impulso de pasarle los dedos por el pelo, de acercarlo. Tomó una bocanada de aire frío y salado y levantó la cabeza. Quizá por eso la destrozó cuando lo dejó. Había sido adicta a él, a su toque embriagador, y en algún lugar debajo de toda esa rabia y dolor, ansiaba otra dosis.

—Ni por asomo —murmuró, avergonzada de sí misma y de su momentáneo error de juicio. ¿Qué tenía este hombre que hacía perder la cabeza a las mujeres?

—Lo siento —dijo—, no pretendía...

—Llama a tu abogada, Brian. Dile que estamos esperando.

Ella lo estudió mientras hacía la llamada. Era atractivo, incluso más de lo que ella recordaba, porque los hombres envejecen de forma diferente a las mujeres, algunos añadiendo sofisticación y carisma con sus líneas de expresión. Era un mujeriego crónico que prosperaba con sus conquistas y vivía para la caza, pero también alguien de quien ella se había enamorado. ¿Había sido solo físico? ¿Qué vio en él entonces?

Aún lo recordaba. Solían pasarlo bien juntos, riendo, explorando, hablando hasta el amanecer. Él la hacía feliz, y ella era fácilmente adicta, vulnerable después de la vida que había vivido con su padre maltratador, anhelando ser amada. La vida con Brian la había ayudado a curarse y a comprender que los abusos que había sufrido a manos de su progenitor no eran culpa suya. Por supuesto, a nivel racional, siempre lo había sabido, pero con Brian lo había sentido.

Hasta que todo desapareció, porque el amor de Brian no era más

que una mentira.

Lo había dejado, pero se había sentido rechazada, indigna, prescindible. Quizá el recuerdo de aquella agonía la impulsó a mantener a Elliot a una distancia prudencial. Probablemente no sobreviviría a otro desengaño así.

—Está a cinco minutos —dijo Brian, terminando la llamada con su abogada—. Kay, quería...

Ella levantó la mano y él dejó de hablar. No quería oírlo más. Sus palabras eran reconfortantes, pero ese era el peligro intrínseco de dejarle hablar. Cuánto necesitaba oírlas.

En lugar de eso, lo miró y le dijo:

—Si vuelves a mentirme, por omisión o de cualquier otra forma, me iré tan rápido que te dejaré dando vueltas a mi paso. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Está claro, Brian?

—Como el agua. —Se metió las manos en los bolsillos—. Juro que seré sincero, al cien por cien.

Kay se acercó hasta que pudo ver que sus pupilas se dilataban ligeramente con su aproximación.

—¿La mataste, Brian? —Él no se inmutó; solo se le aflojó la mandíbula—. ¿Mataste a Rachel?

La mínima reacción de sus pupilas, una ligera dilatación, podría haber sido una respuesta normal de sorpresa.

—Juro que no lo hice —respondió, con un tono bajo, sombrío—. Ya te lo he dicho. —Suspiró y apretó los labios un momento—. No puedo culparte si no me crees. Solo estoy agradecido de que estés aquí.

Un BMW Serie 7 azul entró en el aparcamiento y se detuvo en paralelo al Ford de Kay.

—Ahí está —dijo Brian—, mi abogada, Carly Hosking.

Por fin.

La rubia alta era alguien a quien Kay reconocía, sobre todo de sus días en el FBI, testificando para la acusación en varios casos de crimen organizado. Se rumoreaba que cobraba más de mil dólares por hora. Vestida con un traje negro de Chanel con ribetes blancos y zapatos de tacón de aguja, se tomó su tiempo para recoger sus cosas del maletero de su coche mientras atendía una llamada telefónica.

—¿Hosking es tu abogada? —preguntó Kay con incredulidad.

Brian asintió.

—¿Cómo es que te la puedes permitir con tu sueldo de policía?

Él se rio con amargura.

—No puedo. Los policías acusados de asesinato no son buenos casos para aceptar últimamente, pero ella lo está haciendo pro bono —susurró con rapidez mientras Hosking se acercaba—. Le di una tonelada de mierda de negocios en los últimos años. Pillé a un montón de escoria conectada entre sí.

Carly Hosking se detuvo frente a ellos con una educada inclinación de cabeza y una sonrisa profesional. Sus ojos color avellana permanecieron fríos, concentrados.

—Doctora Kay Sharp, mi exmujer y exagente especial del FBI, le presento a Carly Hosking, mi abogada —expuso Brian.

Kay estrechó una mano de dedos largos, adornada con un anillo de diamantes considerable de, al menos, dos quilates, montado en oro blanco. Tenía un agarre fuerte y ambicioso que le gustó a Kay.

—Por ahora deberías esperar fuera —dijo Hosking, consultando la hora—. Son casi las seis; no podré programar una comparecencia para hoy. Déjame ver qué puedo hacer.

Brian se puso de un pálido enfermizo. La idea de pasar la noche en prisión, a la espera de la lectura de cargos, probablemente le había afectado.

—Sabe defenderse en un juicio —dijo Kay, observando a Hosking mientras pisaba con los tacones y contoneaba las caderas de camino a la entrada de la comisaría—. Es una de las mejores. Tienes suerte de tenerla de tu lado, Brian. Estás recibiendo una defensa de un millón de dólares.

Aparentemente nervioso, se lamió los labios y tragó saliva.

—No, no la tengo. Solo accedió a representarme con la entrega y la comparecencia. Después de eso, voy por mi cuenta. Estoy arruinado y jodido.

CAPÍTULO CATORCE

BUSCAR

—No me creo que se cayera y se arrastrara hasta el bosque —murmuró Elliot—. Es una idea absurda, y ella lo sabía. Ha crecido en este lugar.

—Pero ¿estás pensando en algún crimen? —preguntó Novack, empujando sus Ray-Ban hacia arriba con la punta del dedo—. ¿No en una fuga?

Elliot señaló la gota de sangre.

—Habría apagado sus aparatos para conseguir ventaja. No, algo pasó con esta chica. Espero que siga viva.

—¿Qué delito crees que fue? —preguntó el agente Novack, estudiando de cerca la mancha de sangre. Mascaba chicle despacio, metódicamente, como si tuviera algún significado o lo ayudara a pensar.

Elliot vio cómo el agente Deramus ataba la correa larga al collar de Spartan. El perro gimoteó en silencio y se sentó, con su tupida cola barriendo el asfalto con amplios y entusiastas movimientos.

—Vehicular, si tuviera que adivinar —respondió Elliot, mirando el asfalto sin marcas de derrape—. De lo contrario, estamos jodidos.

—¿Qué quieres decir, detective?

—Taylor Lorentz decidió presentarse hoy por impulso; no había ningún patrón en el comportamiento de su hija. Nadie sabía nada. Eso significa que, si no fue vehicular, fue completamente al azar.

—Y nunca vamos a atrapar al bastardo —gruñó Novack en voz baja —. ¿No hay marcas de derrape? ¿Puede ocurrir eso en un atropello con fuga?

—Eso es lo que estoy viendo. —Elliot se quitó el sombrero durante un breve instante, lo suficiente para rascarse las raíces del pelo, y luego volvió a ponérselo. Agachado junto a la mancha de sangre, le mostró a Novack la dirección de la caída—. No veo ninguna prueba de choque. Digamos que el conductor estaba hablando por teléfono o algo así, no la vio, la carretera es estrecha, había poca luz. Puedo creer todo eso. Pero, cuando el vehículo choca contra algo, el reflejo de cualquier conductor es pisar a fondo el freno. Este no lo hizo.

—Tampoco hay fragmentos ni roturas —añadió Novack.

—Este es el lugar favorito de Leach para trampas de velocidad; todos aceleran cuesta abajo. Ese coche habría ido a setenta, y habría habido pruebas de un choque y largos rastros de goma quemada de los frenos.

Novack miró la mancha de sangre y luego la linde del bosque. Sus razonamientos iban en la dirección correcta.

Elliot se puso en pie y dio varios pisotones para conseguir que las perneras de sus pantalones bajaran de la pantorrilla de sus botas. El movimiento ayudó a mantener el frío a raya.

—Encima, no hay suficiente sangre para un atropello a esa velocidad.

—A menos que el golpe la tirara a un lado de la carretera, donde hay hierba para amortiguar la caída —aventuró Novack—. Entonces el conductor paró y la arrastró al bosque.

—Sí. Pero no lo compro. Habría frenado fuerte. En fin, primero encontrémosla. Luego veremos qué pasa. —Elliot volvió a mirar al oficial K-9 para ver por qué tardaba tanto. Estaba al teléfono.

Todo el maldito mundo estaba al maldito teléfono estos días. Trabajar con ellos era como arrear gatos para que hicieran el trabajo de un perro de trineo. Perder el tiempo era una espina que

tenía clavada, sabiendo que esa chica estaba ahí fuera.

Con paso decidido, Elliot acortó distancias con Deramus, que puso fin a la llamada cuando lo vio acercarse.

—Buenos días, detective. —John Deramus saludó a Elliot con una mano extendida justo por encima de la cabeza del perro. Elliot la sacudió con recelo, pero Spartan no puso objeciones—. ¿Tienes el artículo para el rastreo?

Elliot sacó la bolsa cerrada con la camiseta del pijama de Taylor y se la entregó al agente del sheriff.

—Hay una mancha de sangre junto a ese marcador, pero empecemos por aquí. Veamos a dónde nos lleva Spartan.

Deramus sacó el pijama de la bolsa y lo puso bajo la nariz del perro.

—Huélelo, sí, buen chico —dijo en un tono de voz bajo y apagado. El malinois aspiró el aroma con resoplidos y quejidos impacientes, y empezó a tirar de la correa.

Elliot siguió a Deramus y a Spartan directamente hasta la mancha de sangre, donde el perro se detuvo y gimoteó un momento, resopló un par de veces y luego se dirigió hacia el bosque. El malinois fue rápido, con el morro a varios centímetros del suelo y la correa tensa. Deramus corrió detrás de él, con su cinturón de servicio traqueteando y rebotando a cada paso. El agente del sheriff estaba en buena forma física, probablemente como resultado de trabajar con un K-9 de la policía. Elliot, que ya jadeaba al cabo de unos minutos, envidiaba la aparente facilidad con la que el ayudante del sheriff y su perro mantenían el ritmo de la búsqueda. Detrás de Elliot, Novack y otros dos oficiales se retrasaban a ritmos diferentes.

El perro se detuvo y olfateó la formación rocosa de Frozen Falls. Era alta, se alzaba unos nueve o diez metros sobre el suelo y emergía de la ladera de la colina como una cascada convertida en piedra por el hechizo de una bruja. Formadas por granito oscuro con cristales incrustados de jade negro nefrita que brillaban como tinta cuando los rayos del sol caían sobre ellos en el ángulo adecuado, la cascada de Frozen Falls era una atracción turística poco conocida. La

mayoría de los visitantes se concentraban en la montaña o en la estación de esquí; pocos se aventuraban tan lejos de los caminos trillados de las atracciones de temporada para descubrir Frozen Falls.

Solo unos pocos. Y entre ellos, algunos habían intentado arrancar los cristales de jade negro de la roca, a base de hierros y martillos y quién sabe qué más, pero el granito era resistente y rara vez soltaba los cristales para las manos de los turistas ladrones. Una capa de roca serpentina de color verde grisáceo situada a un par de metros por encima de la cabeza había sido el objetivo principal, con su brillante superficie astillada aquí y allá.

Pero Frozen Falls no era solo un peñasco de gran tamaño y llamativo; el agua brotaba de la ladera de la colina, bañando la formación rocosa con agua cristalina. Cuando llovía, las cataratas cubrían por completo la formación rocosa. Durante los meses secos del verano, el manantial se secaba por completo, dejando la roca estéril, de un gris oscuro con inserciones horizontales de serpentina y cristales de jade. Durante un par de meses cada invierno, el manantial se congelaba, recubriendo la roca con una extensión de hielo blanco con matices azulados, que recorría toda la longitud de la formación y terminaba en un pequeño charco en la base.

—Tengo algo —anunció Deramus, señalando con el dedo un cable blanco mal enrollado que se aferraba a un pequeño arbusto—. Spartan lo ha marcado.

Elliot se puso un guante y se agachó junto al arbusto. Se trataba de un par de auriculares, del tipo que muchos siguen utilizando aunque desde hace años existan versiones inalámbricas. Abrió una bolsa de pruebas y dejó caer dentro los auriculares, luego introdujo el cable restante hasta llegar al final. El cable no terminaba en el enchufe habitual; había sido cortado. Elliot percibió un ligero olor a plástico quemado. Sosteniendo el extremo del cable bajo sus fosas nasales y palpando los bordes ásperos y endurecidos con la punta de su dedo enguantado, confirmó que el cable había sido cortado con algo caliente.

Se apresuró a alcanzar a Deramus y a su perro y se guardó la bolsa de pruebas en el bolsillo. Spartan los guiaba alrededor de Frozen

Falls, en dirección al barranco que se abría tras la formación rocosa, al pie de la colina.

Elliot aún estaba unos metros por detrás cuando Spartan ladró dos veces y se sentó, dando a entender que había encontrado algo.

CAPÍTULO QUINCE

VOLVER

La verdad era que Brian estaba asustado.

Kay podía verlo en su rostro, ahora que la máscara había caído un poco desde que Hosking había mencionado que podría pasar la noche en la cárcel.

Estaba de pie, apoyado en la rejilla del Ford de Kay, con la espalda encorvada y las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Se quedó mirando el pavimento agrietado, con la mandíbula apretada y los músculos del rostro en tensión, sin decir nada, solo esperando. Una imagen de abatimiento y angustia. Kay tenía pocas palabras de ánimo para él; no quería comprometerse a nada que no supiera que podía cumplir. Pero iba a intentarlo. El mal que hubiera hecho, por muy agonizante que fuera, no valía su vida. En el caso de que le estuvieran tendiendo una trampa, haría todo lo posible por llegar al fondo del asunto.

Ojalá al menos dejara de ser un hijo de puta irritante, arrogante y egoísta, y fuera sincero con ella por una vez.

Con un gemido apagado, Kay se dio cuenta de que estaba siendo infantil, esperando a que él se transformara de repente en un adulto maduro, responsable y honesto. No estaba en sus genes. A falta de un trasplante de ADN, no iba a suceder.

—Nunca habría imaginado —murmuró con una risita amarga— que un día tendrías mi vida en tus manos.

—No tengo tu vida en mis manos, Brian, deja de dramatizarlo todo. Tú y yo creemos en el sistema judicial porque funciona. Confía en que lo hará en tu caso.

—¿Y los muchos inocentes que pasan la vida en la cárcel? —Se volvió hacia ella, con las facciones contraídas por el miedo y la angustia—. ¿Cómo les funcionó el poderoso sistema de justicia americano?

Kay se negó a discutir con él. Miró la hora en su teléfono. Hosking llevaba casi una hora dentro de la comisaría.

Y no había mensajes de Elliot. Esperaba haber recibido alguna noticia del caso de Taylor Lorentz.

Empezó a escribir un mensaje de texto a su compañero.

—¿Tienes algún asunto más importante que atender? —preguntó Brian, su voz hundida en su indignación narcisista. Por un momento, ella se había atrevido a ponerse en primer lugar.

Sacudiendo la cabeza, dejó caer el teléfono en el bolsillo y lo miró a los ojos. —Tengo un montón de asuntos más importantes, Brian, pero elegí ayudarte. Eso no significa que te pertenezca.

Él dio un paso atrás.

—Lo siento. Yo solo...

—Lo entiendo. No es fácil. Aguanta y lo solucionaremos.

Un ruido de tacones de aguja sobre el pavimento llamó su atención. Hosking regresaba.

—He negociado la entrega de mi cliente para mañana a las nueve de la mañana —dijo en voz alta, aún acortando la distancia que los separaba—. No tiene que pasar la noche en la cárcel.

Kay apretó la mandíbula. ¿Qué iba a hacer con él hasta mañana?

Un largo suspiro abandonó el pecho de Brian.

—Uf. Eres increíble, Carly. La mejor.

Ella le tocó el antebrazo.

—Aún no he terminado. —Brian se calló, su sonrisa se desvaneció enseguida—. La comparecencia también es mañana, al mediodía. Es probable que tengas que pagar una fianza. Creo que puedo liberarte, pero, para casos de asesinato, la fianza raramente baja del medio millón de dólares.

Brian se burló.

—¿Cómo demonios...?

—Ya se te ocurrirá algo —respondió Hosking con la seguridad y serenidad que solo tienen los ricos en cuestiones financieras—. No me preocupa lo más mínimo.

—Pero yo no...

Ella le dio unas palmaditas en el antebrazo, repitiendo el gesto tranquilizador anterior.

—Encontrarás a alguien que te preste el dinero. Algo que vender. Pero primero, vamos a averiguar cuánto necesitas, y eso será mañana. —Con una sonrisa profesional que no tocaba sus ojos, se volvió hacia Kay—. ¿Se quedará contigo esta noche? ¿O le dejarás marchar?

Kay apretó los labios un momento.

—Técnicamente, es un prisionero que estoy transportando.

—He arreglado su entrega —respondió Hosking, jugando con el llavero del BMW que había sacado de su bolso negro de Gucci—. Legalmente, está fuera de sospecha.

—No lo creo —respondió Kay—. Si decide huir entre hoy y mañana, seguro que a mi jefe no le hará mucha gracia que deje escapar a un sospechoso buscado.

Hosking lanzó a su vehículo azul una mirada anhelante.

—Bueno, esto podría debatirse hasta que ambas seamos viejas y canosas, pero haced lo que queráis. Me da igual lo que hagas con él mientras esté aquí mañana por la mañana, a las nueve en punto. —

Su sonrisa se ensanchó—. No hay excusa.

Se dio la vuelta y se marchó sin dejar que ninguno de los dos dijera nada. En cuestión de segundos, el BMW azul salió del aparcamiento, girando a la izquierda por la calle Turk.

—Prometo que no huiré —dijo Brian.

Kay lo miró fijamente.

Podría estar siendo sincero, pero la mente de Brian funcionaba de formas que ella rara vez encontraba lógicas. Tal vez ahora dijera la verdad y tuviera toda la intención de estar allí según lo acordado, pero esa noche o mañana por la mañana las cosas podrían cambiar. Podría decidir huir a México. Podría volarse los sesos, desesperado, solo e intoxicado.

No iba a correr ningún riesgo.

—Sube —dijo, poniéndose al volante de su Interceptor.

Dudando, Brian abrió la boca para protestar, pero ella lo miró con odio.

—Entra, Brian. No hagas que me arrepienta de esto.

Subió al asiento trasero y se abrochó el cinturón.

—¿A dónde me llevas?

A casa.

Respiró aliviado.

—A mi casa, no a la tuya. Vamos a volver a Mount Chester.

—Gracias —susurró, acercándose a ella y apretándole el hombro. Se puso rígida bajo su contacto, pero no se apartó.

—No tienes nada que agradecerme, Brian. Pasarás la noche encerrado, pero al menos estarás a salvo.

—¿Qué? —Asomó la cabeza entre los asientos, demasiado cerca de

su cara para su comodidad.

Le hubiera gustado que su todoterreno estuviera equipado con una mampara de malla metálica entre los asientos delanteros y traseros, como los de los coches patrulla. Esa cosa habría sido muy útil. Iba a ser un largo viaje de vuelta a casa.

—Estás siendo ridícula, Kay. No voy a huir y tirar mi vida por la borda, convertirme en un fugitivo para el resto de mis días. Sabes muy bien que el asesinato no prescribe. Tengo todo el interés en limpiar mi nombre.

Kay frenó en seco y se detuvo en un semáforo en rojo.

—Eres un sospechoso de asesinato con una orden de arresto abierta. Yo soy policía. No voy a dejarte ir, Brian. Fin de la historia. —El semáforo se puso en verde, y ella aceleró. Al encontrarse con tráfico en el camino hacia la autopista, perdió la paciencia y encendió las luces intermitentes rojas y azules—. Es a mi manera o carretera directa al infierno para ti en este caso. No hay otra opción.

—Bien. Como quieras.

En el espejo retrovisor pudo ver a Brian haciendo pucheros, hosco y sombrío, recostado en el asiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, entonces, ahora que hemos resuelto esto, tengo más preguntas para ti.

—Seguro que sí —murmuró él, aparentemente luchando por contener su resentimiento.

Kay se detuvo un momento, concentrándose en el denso tráfico de la tarde, que sus luces rojas y azules apenas podían desplazar. La pregunta que iba a hacer era difícil; la desgarraba por dentro. La respuesta pondría una línea temporal a su engaño, una más precisa que la de la culpabilidad de Rachel.

Habían cruzado el puente Golden Gate en dirección norte en completo silencio, ambos perdidos en sus pensamientos. Una vez que el tráfico se despejó un poco, apagó las luces intermitentes y

llenó sus pulmones de aire, armándose de valor.

—En esa fiesta, Rachel estaba embarazada. ¿Tuvo a su bebé?

—¿Qué? —murmuró Brian, como despertando de un profundo sueño—. Ah, sí, lo tuvo. Una niña llamada Holly. —Se pasó las manos por la cara y se frotó los ojos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Kay. El miedo se desplegó en sus entrañas. Nadie había mencionado a una niña. Y por nadie se refería a Brian, el hombre que inventó la mentira por omisión. Kay no había hablado con nadie más sobre el caso.

—Está con la madre de Rachel, en Union City, al otro lado de la bahía. Está a salvo.

Kay respiró.

—¿Eres su...?

Silencio, interrumpido por el silbido de los neumáticos contra el pavimento, a veces con estrépito. Silencio exasperante.

—Es una pregunta sencilla, Brian.

—Sí, es mía —respondió, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Argh, maldito seas —murmuró, con los recuerdos aún frescos y dolorosos.

Acababa de volver de Quantico la semana antes de Acción de Gracias, y había estado fuera cinco meses. Si no hubiera completado las veinte semanas de formación como agente del FBI, podría haber pasado por alto las sutiles pistas en su lenguaje corporal, en sus expresiones faciales aquella noche, y él habría seguido jugando a dos bandas sin inmutarse.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

Él no contestó, solo bajó la cabeza, apoyando la frente en las manos. La postura, humilde y llena de vergüenza, irritó a Kay, que

sabía que era otra forma de mentirle.

—Es tu hija, Brian. Debes saber cuándo es su cumpleaños. —El sarcasmo coloreó su voz, haciendo poco para ocultar las inflexiones de dolor. Después de todos esos años, aunque ella pensaba que estaba a salvo, él aún podía hacerle daño.

—Treinta de diciembre —soltó, casi gritando—. Y no, no fue un bebé prematuro, ¿de acuerdo? ¿Qué más quieres saber? Te engañé, y tú ya lo sabes. ¿Qué sentido tiene desenterrar toda esta mierda? Pensé que estabas aquí para ayudarme, no para darme una patada cuando estoy en el suelo por tu propia curiosidad morbosa.

Kay apenas escuchó nada de eso. Había dejado de prestar atención después de que él mencionara el cumpleaños de Holly.

Significaba que se había acostado con Rachel al menos dos meses antes de casarse.

Todo este tiempo se había aferrado al recuerdo del día de su boda, pensando que debía ser el único día en que podía estar segura de que él le había sido sincero. Se había equivocado.

Los votos que había hecho habían sido mentiras desde el principio. Y a su lado, durante la ceremonia, había tenido a su amante como dama de honor.

Contra todo pronóstico, había conseguido herirla de nuevo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ESCENA DEL CRIMEN

Tumbada en la hierba, con los ojos muy abiertos, miraba al cielo despejado, como si aún pudiera ver el azul celeste. Su rostro, bello y sereno incluso en la muerte, estaba pálido, como si el intenso frío que descendía de la montaña hubiera drenado el color de sus mejillas. Sus labios, ligeramente abiertos como para susurrar un último adiós, llevaban los tonos rosados de su brillo labial, intactos a la intemperie, aún inmaculados. Las ráfagas de viento agitaban a veces su pelo, protegiendo sus ojos con mechones rubios como la seda por un momento, para luego dejar que reflejaran de nuevo el azul celeste. Un par de agujas de abeto se habían enredado en su pelo. Algunas más se habían posado en su piel de alabastro, señal de que los elementos habían comenzado su conquista irreversible. Varias gotas de sangre manchaban su rostro. Su pecho estaba empapado donde las balas habían desgarrado la carne, causándole una muerte instantánea.

Elliot se quedó inmóvil, a varios metros de Deramus y su perro Spartan, estudiando la zona con detenimiento, con la esperanza de encontrar una huella aprovechable. Una gruesa capa de agujas secas de abeto cubría el barranco, pero no ayudaba a conservar las huellas. Las fuertes ráfagas de viento jugueteaban incesantemente con las hojas, levantándolas unos centímetros en el aire, arremolinándolas y dejándolas caer de nuevo al suelo, mientras las nuevas que desprendían los altos abetos caían a ráfagas.

Elliot consultó su teléfono después de que un aviso llamara su atención. El doctor Whitmore estaba a pocos minutos. No podía tocar el cuerpo hasta entonces, no podía comprobar si los disparos lo habían atravesado, pero, a pesar de todo, se agachó a su lado.

Era Taylor Lorentz.

Tal como había descrito su padre, llevaba una sudadera gris sobre un sujetador deportivo rojo. El reloj que había enviado la alerta era un bulto apenas visible bajo su manga. Una bala se había estrellado contra el iPhone que llevaba en el bolsillo del pecho, haciendo todo lo posible por intentar salvarle la vida. Había detenido esa bala, pero había recibido dos disparos más. Un trozo corto de cable blanco colgaba del teléfono, donde la bala había cortado el cable de los auriculares, seccionándolo y fundiendo los bordes de plástico del aislamiento.

—Registraremos la zona, buscaremos el arma homicida —dijo Novack—. Hay pronóstico de nieve para más tarde.

Elliot miró el cielo azul con incredulidad, pero el frío del aire y el olor a escarcha dieron la razón al agente.

—Tal vez. —Se puso en pie, quitándose las agujas de abeto de los pantalones donde sus rodillas habían tocado el suelo.

—Supongo que nosotros ya hemos terminado aquí —dijo el oficial Deramus, extendiendo la mano.

Elliot la sacudió.

—Sí, gracias.

Deramus se fue con Spartan, desapareciendo rápidamente en el bosque hacia la carretera. Unos instantes después, la silueta de la furgoneta del forense se hizo visible entre los troncos de los árboles, con tenues destellos.

—¿Sigues pensando al azar? —preguntó Novack, mirando el pecho ensangrentado de la chica.

Elliot se colocó el sombrero en la cabeza, asegurándose de que el viento no se lo llevase.

—No tengo nada más que pensar. Si puedes averiguar por qué alguien dispararía a esta chica mientras corría a las seis de la mañana, adelante.

—Sí. Tampoco es un choque. Tenías razón, sin frenos.

—Vi este tipo de cosas en mi último año en Austin —dijo Elliot, frotándose las manos para calentarlas. El doctor Whitmore estaba tardando en llegar desde la furgoneta. Se preguntaba por qué.

—¿El qué, tiroteos aleatorios al lado de la carretera?

—Iniciaciones de pandillas, eso es lo que eran, allá en Austin. —Cogió una aguja de abeto verde de una rama y se la puso en la boca. Olía a Navidad y al té de cicuta oriental que había tomado cuando visitó a los amigos indios pomo de Kay. Lo ayudó a serenarse.

—¿Disparar a la gente para demostrar su valía?

—Algo así, sí. Las víctimas eran aleatorias, por lo que pudimos ver, y en la mayoría de los casos, nunca atrapamos a los tiradores. —Miró a su alrededor, estudiando el terreno un poco más—. No hay pandillas aquí, en Mount Chester. Estamos demasiado lejos para que alguien conduzca desde Tenderloin y dispare a esta chica como rito de iniciación. No valdría de nada, se reirían de él.

Novack se rascó la frente.

—¿Por qué?

El crujido de las hojas y las ramitas pisadas anunciaron la llegada del forense del condado.

—Porque, mi joven amigo, se supone que las iniciaciones pandilleras demuestran audacia y agallas en el prosélito —respondió el doctor Whitmore, acercándose al cuerpo de Taylor—. Potencial para una atrevida y lucrativa vida criminal. Pero no hay audacia en disparar a alguien en medio de la nada. No hay riesgo..., por lo tanto, no hay gloria. —Dejó la bolsa en el suelo y abrió la cremallera—. ¿Qué tenemos aquí?

Como si le hubieran dado una señal, Novack desapareció y se unió a los demás agentes en la búsqueda de pruebas.

—Taylor Lorentz, diecinueve años —le informó Elliot—. Su reloj

informó de una fuerte caída esta mañana, a las seis cuarenta y siete.

—Oh —suspiró el doctor Whitmore. Un atisbo de tristeza rozó sus ojos. Se agachó al lado de la víctima y le apartó con cuidado un mechón de pelo que le había caído sobre la cara—. La conocía. —Miró a Elliot por encima del hombro—. Su madre falleció el año pasado. Era muy amiga de mi mujer. Conocí a esta pobre joven en el funeral. Era un día frío, como este, sin nieve todavía, pero no faltaba mucho. Shelley esperaba que Taylor siguiera en contacto y nos permitiera ayudarla con su vida, con su padre. Está gravemente enfermo.

Elliot se metió las manos heladas en los bolsillos.

—Lo siento, doctor. Por favor, dale a la señora Whitmore mis condolencias.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

—Entendí este tipo de cosas en San Francisco, con todas las drogas, las bandas y las armas. No puedo contar cuántas víctimas de esos crímenes sin sentido cayeron sobre mi mesa durante mi trabajo allí. Pero ¿aquí? —Extrajo la sonda de temperatura hepática, pero dudó antes de continuar, con la mano sobre el abdomen de la chica—. Elegimos retirarnos aquí para no volver a ver algo así. —Terminando su perorata con una amarga burla, abandonó por un momento la sonda y examinó la herida.

—Los disparos están muy agrupados —dijo Elliot—. ¿A corta distancia?

El forense estudió detenidamente la herida, que dejaba al descubierto parte de la piel.

—No hay punteado, así que diría que a más de medio metro. —Con una mano enguantada, extrajo con cuidado el teléfono del bolsillo y luego le dio la vuelta. La punta de la bala había atravesado por completo la carcasa del teléfono, pero no había llegado a perforar su piel—. Fue con una nueve milímetros. Con menos de metro y medio, puede atravesar varios teléfonos antes de detenerse. —Se mordió el labio y frunció el ceño—. Tendría que hacer algunas

pruebas en mi laboratorio, pero diría que estos disparos fueron hechos de diez a veinte metros de distancia.

Elliot silbó en señal de agradecimiento.

—Pues vaya cantidad de disparos desde veinte metros, doctor. No se ve muy a menudo.

—Sí, es cierto —murmuró, sellando el teléfono y su bala en una bolsa de pruebas—. Estoy dispuesto a apostar que los agentes del sheriff no encontrarán el arma del crimen tirada en algún arbusto. —Volvió a coger la sonda hepática y dejó al descubierto la piel del abdomen de la víctima—. La opacidad de la córnea ha empezado a aparecer —dijo, consultando la hora en su reloj de pulsera—. La temperatura del hígado confirma la hora de la muerte entre las siete y las ocho de esta mañana. ¿A qué hora envió la alerta su reloj?

—A las seis cuarenta y siete —respondió Elliot.

—Bueno, murió en ese preciso momento o poco después. —Limpió la sonda hepática y la guardó en su botiquín. Luego se arrodilló junto a la cabeza de la chica y le hizo una seña a Elliot—. Ven, ayúdame a darle la vuelta.

Una vez expuesta la espalda, el doctor Whitmore comprobó la decoloración de la piel donde su cuerpo había descansado en el suelo.

—Fue arrastrada; hay algunas abrasiones. Las balas aún están dentro del cuerpo. —Se levantó con un quejido—. Vamos a cargarla. ¿Puedes prescindir de un agente? Mi ayudante tenía una cita con el dentista.

Elliot miró a su alrededor para localizar a alguien que ayudara al anciano forense. El doctor Whitmore rozaba los setenta. Su pelo se había vuelto completamente blanco, su barba pulcramente recortada también, pero seguía acudiendo a ayudar siempre que el condado tenía un asesinato o una muerte sospechosa que investigar.

Pensó en pedir ayuda a Novack, pero no aparecía por ninguna parte. En cambio, vio a Farrell a unos metros y a Hobbs a otros

metros al este de ella.

—Denise —llamó a la agente Farrell—, pídele a Hobbs que ayude al forense con el cuerpo.

—Voy.

—Si tú estás aquí, ¿quién vigila al señor Lorentz?

Boquiabierta, Denise Farrell miró a Elliot y se encogió de hombros.

—Parecía estar bien. Pensé que nos necesitabas a todos aquí, buscando a la víctima.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Elliot, corriendo hacia la carretera —. Tenías un único trabajo que hacer —siguió espetando, aunque la agente Farrell estaba fuera del alcance de oírlo. No era propio de ella abandonar una tarea, así que Elliot le puso remedio.

Cuando llegó a la carretera, encontró al señor Lorentz sentado en el asfalto, apoyado en una mano como si intentara levantarse. Elliot cogió su teléfono y se apresuró a llamar a la central.

—Lizzie, envíame una ambulancia a la escena del crimen, rápido como un rayo.

El señor Lorentz tenía la boca abierta y jadeaba, a veces le salían sonidos guturales. Había estado sollozando tan fuerte que se había quedado sin aliento. Su mano señaló temblorosa las marcas de la furgoneta del forense.

—Mi pequeña... se ha ido —se lamentaba. Las lágrimas corrían por su rostro, manchando su piel mortalmente pálida.

—Siento mucho su pérdida —susurró Elliot. Intentó ayudarlo a ponerse en pie, pero luego desistió y se sentó en el asfalto a su lado. Era mejor a que se desplomara y se hiciera daño—. La ayuda está en camino, señor Lorentz.

—No —dijo—. Me quedaré con mi niña.

—No debería ver cómo la cargan en la furgoneta del forense. —

Moviéndose ligeramente, Elliot puso su propio cuerpo entre el de Lorentz y la furgoneta, ocultando la vista—. Debería recordar los buenos tiempos, las risas y la alegría. No... esto.

La mano temblorosa del hombre encontró fuerzas para agarrar la solapa de la chaqueta de Elliot, estrujando la gruesa tela entre dedos huesudos y artríticos.

—Dime... cómo... —Su voz se entrecortó cuando su respiración se quebró bajo el peso de un nuevo sollozo.

—Le dispararon —respondió Elliot con toda la delicadeza que pudo, deseando que Kay estuviera allí. Ella sabría cómo hacer su dolor más soportable—. Murió al instante.

—¿Por qué? —preguntó, su voz un susurro tenso—. Se suponía que hoy no iba a salir a correr. Nadie más que yo sabía dónde estaba. —Agarrándose a Elliot para apoyarse, se giró y lo miró fijamente—. Prométeme...

—Lo prometo —dijo Elliot, sin necesidad de oír más—. No descansaré hasta encontrar a quien hizo esto y hacerle pagar.

Momentos después, vio cómo el equipo de urgencias subía a Gabriel Lorentz a la ambulancia. Sujetó la mano del hombre con las dos suyas mientras le tomaban la tensión.

—Es diabético —le dijo Elliot al técnico en emergencias sanitarias que comprobaba sus constantes vitales—. Ya ha tenido un ataque hoy. Me alegro de que hayáis llegado a tiempo.

El hombre le lanzó una mirada rápida e intensa desde debajo de un ceño fruncido.

—En el momento justo.

CAPÍTULO DIECISIETE

TESTIGO

Kay respiró apresuradamente, bajando la ventanilla unos centímetros para que un poco de aire fresco y gélido la ayudara a combatir las lágrimas que amenazaban con abrumarla. La ira la consumía por dentro, hinchándole el pecho, estrangulándola con un ahogo del que no podía librarse.

—¿Por qué, Brian? —preguntó ella, pisando el acelerador—. ¿Por qué te casaste conmigo en primer lugar?

Él se golpeó los muslos con las manos, consternado.

—Cielos, Kay, ¿qué quieres que te diga?

—La maldita verdad, para variar. No te va a matar.

Hizo una pausa, volviendo a hundir la frente entre las manos, probablemente pensando en qué decir, cómo no dañar su compromiso de ayudarlo a limpiar su nombre.

—Tú eras especial —susurró—. Puede que no me creas cuando te diga esto, pero sigues siendo especial para mí. Y me importas mucho.

Kay se burló en voz alta y lanzó una ráfaga de sirena para apartar de su camino a un camión que circulaba despacio, deseando que fuera aún más ruidosa.

—Sí, claro. Y por eso, porque yo era demasiado especial para ti, buscaste consuelo en los brazos de Rachel.

—No, no es así —suplicó él, adelantando de nuevo la cabeza y

mirándola directamente, no a través del espejo retrovisor—. Mírate ahora, dejándolo todo y ayudándome a mí, tu ex infiel, a limpiar mi nombre. Solo alguien verdaderamente especial haría eso.

«O alguien increíblemente ingenuo —pensó Kay—, un completo idiota».

—Pero no era lo bastante especial para que me fueras fiel, ¿verdad? —Su voz sonaba más dolida de lo que ella hubiera querido. No entendía su amargura; hasta esa mañana, no había pensado en Brian en años, con la excepción de un breve momento tras recibir el mensaje de voz de Rachel el viernes pasado. Pero la herida de su traición seguía ahí, sangrando, en carne viva, dolorosa como si hubiera sido ayer.

—¿Qué puedo decir? Me encantan las mujeres. —Se rio por lo bajo —. Siempre he llevado esto en la sangre. No puedo parar. — Extendió la mano y le tocó el brazo—. Pero tú...

Ella se sobresaltó y se apartó todo lo que pudo sin soltar el volante.

—No me toques.

Brian se retiró al instante.

—Lo siento.

Durante unos kilómetros, viajaron en silencio. Kay se concentró en alejar los viejos recuerdos, sellándolos dentro de una caja de seguridad en su mente, ordenándoles que nunca volvieran a emerger. Uno aún tiraba de su corazón, negándose a rendirse. ¿Cómo pudo equivocarse tanto con Rachel? Parecía una persona honesta y despreocupada, una verdadera amiga. ¿Cómo pudo decir que sí a ser su dama de honor mientras se tiraba a Brian?

Miró por el retrovisor y se fijó en la cara de su ex. Había cerrado los ojos y relajado los rasgos; parecía estar dormido.

El experto manipulador había logrado su objetivo y podía relajarse. Había convencido a Kay, le había dicho lo que necesitaba oír para que no lo dejara en la primera comisaría del camino y se fuera sin mirar atrás.

Porque Brian Hanlin siempre conseguía lo que quería.

Tal vez era hora de poner a prueba su compromiso de ser sincero.

—¿Por qué lo hizo Rachel?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿El qué?

—La boda. El ser mi dama de honor, haciendo todas esas cosas de chicas, fingiendo que estaba feliz por mí mientras se acostaba contigo. No puedo entender por qué.

Brian se removió en su asiento, incómodo por la pregunta.

—Bueno, si quieres saberlo, aunque en realidad no sé por qué no lo dejas pasar ya, yo la convencí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿En serio tienes que preguntarlo? —Murmuró un juramento—. Para que no descubrieras que teníamos una aventura. Si hubiera dejado de hablarte, si hubiera dicho que no a ser tu dama de honor, no habrías encontrado la paz hasta descubrir la verdad. Eras una excelente policía, Kay, incluso antes de serlo.

Ella tragó saliva.

—¿Estaba embarazada entonces? ¿En la boda?

—Supongo que llevaba... unos dos meses. Si sirve de algo, yo no lo sabía. Me lo dijo el día que volvimos de nuestra luna de miel. —Se mordió un instante la punta del dedo, un gesto que había copiado de Kay—. Estaba destrozada, lloró a moco tendido cuando insistí en que se presentara a la boda actuando con total normalidad. Me suplicó que no la obligara a hacerlo.

—Vale —suspiró Kay—, pobrecita Rachel. Perdóname que no se me rompa el corazón por ella ahora mismo.

Pero se dio cuenta de que sí se le estaba rompiendo y parpadeó para

ahuyentar las lágrimas. Brian había sido un gilipollas sin corazón con las dos, no solo con Kay. Había obligado a Rachel a asistir a su boda y a jugar un papel en ella. Debía haber sido un infierno. Cómo deseaba que su amiga hubiera tenido el valor de contarle lo que estaba pasando.

—Ella me llamó —anunció Kay con calma, pasando junto a un cartel que ponía Mount Chester a cien kilómetros de distancia.

Brian se sobresaltó.

—¿Cuándo? —Estaba invadiendo su espacio de nuevo, inclinándose entre los asientos delanteros.

—La semana pasada, el viernes. Me pilló durante un interrogatorio de sospechosos y no pude coger la llamada, pero me dejó un mensaje de voz. Cuando le devolví la llamada, ya se había ido.

—No tenía ni idea. ¿Te había llamado antes? ¿Desde... entonces?

—No, nunca. —Kay pasó junto a un remolque de tractor lleno hasta los topes de tomates maduros—. ¿Cómo es que su hija está con la señora Epling?

Brian se recostó en el asiento y respiró.

—¿No te dije que Rachel había presenciado un tiroteo? Ella quería testificar. Yo no estaba con ella cuando ocurrió; seguía trabajando. Cuando llegué, ya había hablado con la policía y les había contado lo que había visto. Le hicieron prometer que iría al día siguiente para hacer una declaración formal.

—Todavía no me has dicho cómo acabó su hija con su abuela. Guíame por lo que pasó con ese crimen que ella presenció y su posterior testimonio.

Él gruñó.

—Está empezando a difuminarse en mi mente. No he dormido mucho últimamente. —Se pasó ambas manos por el pelo, una tras otra—. El jueves por la noche, estaba aparcada al lado de la carretera, esperando. Entonces...

—¿Esperando qué?

Hubo un instante de silencio.

—A mí. Habíamos quedado para cenar, pero no pude salir del trabajo a tiempo. Un detenido tardó demasiado en comparecer.

—¿Qué vio, otra vez?

—Un tiroteo desde un coche, relacionado con bandas. Un traficante de drogas fue abatido en la esquina. Para empeorarlo, Holly estaba con ella.

—Y después, ¿qué pasó?

—Vino la policía. Para entonces, debería haberse ido hacía tiempo, pero se quedó. Sabía que no debía involucrarse en delitos relacionados con bandas como testigo, pero...

—¿Dónde fue eso? ¿En qué esquina?

—En la calle Haight. —Se aclaró la voz—. Con Gough.

Una punzada de doloroso recuerdo la dejó sin aliento.

—Ahí es donde solíamos...

—Sí, el asador brasileño que tú y yo solíamos visitar. A ella también le gustaba ese lugar. Es bueno.

—Vale, no importa —dijo ella, deseando que de verdad no le importara—. Entonces, vino la policía, ¿y qué pasó?

—Nuestra comisaría atendió la llamada. Reconoció a uno de los policías, amigo mío, se bajó del coche y empezó a soltar barbaridades. «Oficial, oficial, lo he visto todo». —Se tapó la boca con la mano y ahogó un sollozo. Su burla no era más que una máscara para su dolor—. Cuando llegué, ya le habían tomado declaración y habían concertado una reunión con el fiscal a la mañana siguiente, todo el tinglado. Era demasiado tarde para hacerle dar marcha atrás. Pero no me rendí.

Un convoy de camiones con el logotipo de Walmart pasó zumbando en dirección sur hacia la ciudad, ruidoso y rápido, levantando remolinos de polvo en el aire. Kay subió la ventanilla.

—¿Qué hiciste?

—Insistí en que se retractara a la mañana siguiente. Le rogué que le dijera al fiscal que no recordaba gran cosa. Conseguí asustarla lo suficiente como para que cruzara la bahía esa noche en coche hasta casa de su madre, para dejar a Holly con ella mientras yo volvía a la comisaría a averiguar más cosas sobre el tiroteo. —Se detuvo un momento, apartando la mirada de Kay, aparentemente ordenando sus pensamientos—. Ya sabes, de quién sospechaban, cómo de arriesgado era testificar para ella.

—¿No fuisteis a cenar?

—Cuando terminó todo el circo, el local ya había cerrado por la noche. Pero ya no teníamos ganas de comer. Se llevó a Holly a casa de la señora Epling. Yo volví a la comisaría. —Otro sollozo estremeció su respiración—. Oh, Dios...

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Kay con suavidad.

—Teníamos que vernos en la oficina del fiscal a la mañana siguiente. Llegó temprano y no me esperó. Estúpido de mí... En los diez minutos que pasaron hasta que llegué, la habían convencido para que testificara y entrara en el Programa de Protección de Testigos con Holly. Momentos después de mi llegada, le presentaron a la agente de los US Marshals que iba a llevársela.

—¿Qué les llevó a ofrecer el programa de protección? No es tan común que se lo ofrezcan a alguien que acaba de ver un tiroteo al azar en una calle de San Francisco.

Lo que Kay quería decir es que rara vez ocurría. Con recursos limitados para el Programa de Protección de Testigos, los fiscales de distrito normalmente tenían que luchar para poder inscribirlos. O detectives, sabiendo que de otro modo el testigo no declararía, y el perpetrador saldría libre. Pero parecía que Rachel no había rehuido de hacer declaraciones.

—No lo sé —contestó finalmente Brian. Su voz estaba cargada de tristeza. Hasta entonces lo había reprimido todo, pero revivir los hechos parecía haberlo llevado más lejos de lo que podía soportar —. En cuanto aparecí, se callaron y dijeron que se la llevarían de inmediato en custodia preventiva. Fue entonces cuando ella enloqueció y les suplicó unas horas, un día más de normalidad, para poner su vida en orden antes de tener que desaparecer. —Sacudió la cabeza, incrédulo, con la mirada baja y los labios apretados—. Quedaron en recogerla a las siete.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ella se fue a su casa a prepararse, y yo volví a la comisaría para... —se aclaró de nuevo la voz—, bueno, para espiar los avances en el caso del tiroteo. Quería entender qué había visto, a quién había visto para que su vida corriera tanto peligro. Sí, siempre que abres la bocaza y testificas sobre un asesinato, cualquier asesinato, te juegas la vida. Pero había algo raro en todo aquello.

Algo olía mal, Kay tenía que estar de acuerdo. Habían ofrecido el programa de protección demasiado rápido. Se habían negado a discutir el asunto con Brian presente, aunque era policía y, técnicamente, casi un familiar del testigo.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó ella, aunque Brian parecía necesitar un descanso.

En el espejo retrovisor pudo ver que tenía la cabeza gacha. Cuando hablaba, apenas podía oírlo.

—La encontré cuando llegué, a eso de las seis.

—Dios mío, Brian, no sabía que fuiste tú quien la encontró. Lo siento mucho. Debe haber sido terrible. —Una lágrima rodó por el rabillo de su ojo. Mujeriego o no, Brian había mantenido una relación con Rachel todos esos años; tuvo que ser devastador.

—La encontré en el suelo de la cocina en un charco de sangre. La mesa estaba puesta; la comida, intacta. Nos había hecho un asado. Verás, yo no iba con ella al programa. Estábamos despidiéndonos por un tiempo. —Moqueó y respiró hondo, tranquilizándose—. Le

dispararon al estilo ejecución, a muy corta distancia.

—¿En la nuca? —preguntó Kay, apartando de su mente la imagen de Rachel tendida en el suelo de la cocina, muerta.

—No... ¿Por qué?

—Porque eso es lo que los policías suelen llamar estilo ejecución. Un disparo en la nuca.

Brian frunció el ceño y se pasó la mano por la cara. Kay lanzaba miradas al espejo cada vez que podía, estudiando su lenguaje corporal.

—Tienes razón. No... recibió uno en la frente y dos en el pecho. Fueron minuciosos.

—¿Qué hiciste después? —Kay mantuvo la voz baja, resistiendo el impulso de apretarle la mano y ofrecerle algo de consuelo.

—Llamé al 911. Llegaron en pocos minutos.

Kay apretó el volante todo lo que pudo, concentrándose. Necesitaba acceso a las pruebas, a la escena del crimen y a los testimonios de los testigos. Pero eso no iba a ocurrir. La investigación parecía haber sido llevada a cabo a toda prisa por alguien a quien no le importaba a quién acusar con tal de pasar a otro caso.

—¿Han liberado ya la escena del crimen?

—No lo sé —respondió—. He estado ocupado huyendo de mis compañeros y manteniéndome fuera de la cárcel.

—¿Te interrogaron? ¿Formalmente?

—Sí, esa primera noche, cuando la encontré. El viernes pasado.

—¿Había un abogado presente?

Él se frotó la frente con nerviosismo.

—No... Son las personas con las que trabajo. Pensé que podía

confiar en ellos. Fui un tonto. Hijos de puta —murmuró, con voz amarga—. Me tendieron una trampa. Ayer, un amigo del cuerpo me avisó de la orden. Hui... y luego acudí a ti.

Kay reflexionó en silencio durante un rato. Parecía que se habían apresurado en la investigación, con premura por encerrar a Brian. El informe de la autopsia normalmente llevaría más de los cinco días que habían pasado desde el viernes anterior. En San Francisco, el forense tenía cola con los cadáveres, que a veces esperaban semanas antes de ser examinados. Brian había encontrado su cuerpo, tenía una razón legítima para visitar su casa y dejar huellas por todas partes... ¿De qué iba todo aquello?

—¿Encontraron el arma homicida?

—Ninguna, que yo sepa.

Kay no se atrevió a preguntarle si tenía todas sus armas. Era lo bastante listo como para darse cuenta por sí mismo.

—Necesito ver la escena del crimen. ¿Quién es el detective al mando del caso?

—Un viejo amargado, el detective Brockett. Es duro, un bruto y bastante estrecho de miras. Sirvió en los Marines durante veinte años. Se sospechaba que tenía vínculos con la mafia local, pero nunca hubo pruebas. Solo rumores, coincidencias, ese tipo de cosas.

Fabuloso. El vejestorio la echaría de la comisaría en cuanto se atreviera a pedir permiso para visitar la escena del crimen. Si tenía las manos manchadas, como Brian insinuaba, ella debía tener cuidado de no empeorar las cosas. Para los dos.

—Hay algo más —dijo Brian, solo unos instantes después de que hubieran pasado la señal de límite de la ciudad de Mount Chester—. ¿Cómo supo el asesino que Rachel nunca llegó a contarme lo que vio aquella noche?

El silencio se hizo pesado entre ellos.

—No lo sabe —añadió con voz resignada—. Por lo que yo podría ser su próximo objetivo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

SOPA

El sonido de los cubiertos chocando contra la porcelana despertó a Holly de un profundo letargo. Con los párpados aún cerrados, imaginó a mamá preparando algo bueno para comer en la cocina. Su estómago se revolvió y gruñó, recordándole que tenía hambre.

Sonrió antes de abrir los ojos y llamó:

—Mami. —Luego se estiró y esperó, con los ojos cerrados, a que llegara el beso en la frente.

Nadie respondió. Nadie tocaba su piel con dedos tiernos y labios suaves que olían a fresas.

El recuerdo del lugar donde se había quedado dormida invadió su mente, despertando brutalmente sus sentidos. Su sonrisa desapareció al incorporarse con brusquedad, con los ojos muy abiertos, y mirar fijamente a la mujer sentada junto a la cama.

Era regordeta y respiraba raro por la boca, como si hubiera tenido que subir escaleras o perseguir el autobús. Vestida toda de negro, llevaba una camiseta de manga corta y una falda desaliñada y arrugada que le colgaba como si fuera demasiado grande para su talla. Una pequeña cruz con una cadena de plata se escapaba por debajo del cuello de la camiseta, pendiendo de su gran pecho. Tenía la cara redonda y sudorosa, la papada le colgaba un poco a los lados como la de un bulldog. Sus ojos negros miraban a Holly con impaciencia.

Por instinto, la niña se apartó de ella hasta llegar al borde de la cama.

La mujer había arrastrado una silla para sentarse junto a ella. Una bandeja con un tazón de sopa de color rojo que olía a estofado estaba en la cama, a su lado. Había estado removiendo la sopa con una cuchara, con movimientos cortos e impacientes que habían arrojado varias gotas sobre la bandeja, y algunas más sobre la manta. Junto al cuenco, un par de rebanadas de pan moreno, que parecían rancias y olían a cereales podridos.

—No lo hagas difícil —dijo la mujer—. Sé que tienes hambre. Hace tiempo que no comes, ¿verdad?

Su voz áspera recordó a Holly a Cruella de Vil. Probablemente también fumaba como Cruella. Holly podía olerlo en su aliento.

El estómago de la niña asintió, aguijoneándola con una punzada de dolor. No olía tan bien como la sopa que hacía mamá, pero decidió probar, solo un poco. Con las piernas dobladas, se acercó a la bandeja y cogió la cuchara.

Era espesa y olía a pollo, tomates y pimientos. Después de una segunda cucharada, Holly tuvo que admitir que no estaba tan mal. La sorbió con rapidez, pero luego se detuvo. Mamá le había dicho que nunca comiera nada de la mano de un extraño. No era la primera vez que desobedecía, pero era mejor parar antes de que fuera demasiado tarde. Ella se enfadaría.

—Toma un poco de pan —dijo la mujer—. Te llenará.

Holly le dio un pequeño mordisco a una rebanada y descubrió que sabía tan mal como olía. Temerosa de la mujer, no la escupió; se la tragó con una cucharada de sopa; luego se apartó un poco, abandonando con pesar la cuchara en el cuenco.

—¿Dónde está mamá?

La mujer suspiró y puso los ojos en blanco, pero luego sonrió animada.

—Esperaba que me lo preguntaras.

—¿No está aquí? —Holly rompió a llorar—. ¿No vendrá a buscarme?

—¿Qué viste? —preguntó, acercándose a la cara de Holly y estirando la mano para acomodarle el pelo castaño detrás de la oreja.

Ella se apartó sollozando, se abrazó las rodillas y ocultó su rostro.

—La última vez que estuviste con tu madre, ¿qué viste, cariño? —La voz de la mujer era más cálida, más comprensiva—. Vamos, tu sopa se está enfriando.

—Estaba en la cocina y mamá estaba haciendo la cena —susurró Holly con voz compungida. Lanzó a la mujer una mirada temerosa —. No vi nada más.

—Pero no estabas en la cocina cuando te encontraron, boba.

El miedo se extendió por la sangre de Holly como agua helada. La mujer debió haber estado allí, viéndola salir del cobertizo de las herramientas, donde su madre le había dicho que se escondiera. Tuvo que verla desobedecer a su madre al trepar a ese árbol. El corazón le latía con fuerza en el pecho y puso la mano sobre él, como le había enseñado mamá, para calmarlo.

No podía decirle a la mujer lo que había visto.

La mujer se levantó de la silla con un gruñido de rabia y luego se sentó en la cama, más cerca de ella. La bandeja se inclinó, casi derramando la sopa que quedaba en el cuenco.

—Dime, ¿dónde viste a tu puta madre por última vez?

Holly empezó a sollozar con fuerza.

—No lo entiendo.

La mujer acercó su cara a escasos centímetros de la de Holly y le sujetó la barbilla con dedos gruesos como salchichas e igual de grasientos.

—Vale, te lo explicaré. ¿Dónde estabas cuando mataron a tu madre?

Atónita, Holly se quedó callada. Mamá no podía estar muerta. Ella

solo se había caído en el suelo de la cocina. Se levantaría pronto y vendría a buscarla. Tenía que creerlo. Mamá dijo que creer hace que las cosas sucedan.

Tenía que creerlo.

Tenía que dejar de llorar, porque mamá estaba bien y vendría. No había nada por lo que llorar. Tenía que creer.

Al cabo de un rato, y de otras palabras que Holly no entendió, la mujer se marchó dando un pisotón con cada uno de sus pasos, llevándose la bandeja con ella. Cerró la puerta de un golpe y echó el cerrojo desde fuera.

Asustadísima, Holly contuvo la respiración, escuchando con atención cómo se desvanecían sus fuertes pisadas. Entonces la oyó decir unas palabras a alguien, un hombre que le contestaba demasiado rápido y en voz baja para que ella no pudiera captar lo que decía.

No entendió casi nada de lo que dijo la mujer, pero debió hablar más alto porque algunas palabras se oyeron con claridad.

—La pequeña zorra no dirá una palabra. Podría apostar una fortuna a que la niña vio algo, pero está demasiado asustada para decírmelo. Después de todo este tiempo, todavía no confía en mí, estúpida.

Aterrorizada, Holly se apoyó contra la pared, con la mano apretada contra el pecho para calmar los latidos desesperados de su corazón. El pánico se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que había visto a la mujer antes. Comido esa sopa antes. Oyó la terrible mentira de que su madre había muerto.

Obligándose a respirar despacio, como le había enseñado mamá, mantuvo la mano apretada sobre el pequeño bulto de su pecho y susurró sus promesas. «No comas comida de extraños. No digas nada. Respira despacio».

«Si crees que mamá vendrá, lo hará».

CAPÍTULO DIECINUEVE

HOGAR

—Aquí estarás a salvo —dijo Kay, aparcando delante de la oficina del sheriff del condado de Franklin.

Tras el comentario de Brian sobre el peligro potencial que corría su vida, había estado comprobando obsesivamente el espejo retrovisor para ver si alguien les seguía. No había nadie. Unos kilómetros después, respiró tranquila justo cuando pasaban por delante de un nuevo hotel La Quinta Inn & Suites, construido el año anterior.

—Podríamos quedarnos aquí —había dicho Brian, con voz vacilante, poco convencido, consciente de que su petición sería rechazada de inmediato.

—No, no podríamos —respondió Kay—. Eres un detenido bajo custodia policial. No puedes pasar la noche en un hotel. Lo harás encerrado. Ya conoces las reglas, qué demonios. —Se estaba cansando de sus incesantes discusiones, de sus insistencias, de su negativa a aceptar su nueva realidad.

Se estaba cansando de él.

—A decir verdad, esperaba pasar desapercibido aquí, en tierra de nadie, mientras averiguabas quién había matado a Rachel. —Se inclinó hacia delante y volvió a meter la cabeza entre los asientos delanteros. Captó su sonrisa por el rabillo del ojo, el olor a caramelos de menta en su aliento—. Estoy más que dispuesto a saltarme todo el asunto de la entrega y la comparecencia que tenemos pendiente para mañana.

Kay aceleró, ansiosa por recorrer los pocos kilómetros que le quedaban y terminar por hoy.

—No albergaré a un fugitivo, ni siquiera por tan poco como encerrarte en el calabozo del condado —gimió, y puso los ojos en blanco—. Y esta tierra de nadie de la que hablas es mi hogar.

En cuanto apagó el motor, salió del cálido todoterreno y se adentró en el frío vespertino, donde el viento helado le producía escalofríos. Abrió la puerta trasera y sacó a Brian, luego lo llevó al interior de la comisaría.

El lugar estaba casi desierto. Iluminado tenuemente por las luces del pasillo y una lámpara de escritorio en el cubículo donde se recibían las llamadas, había un silencio espeluznante. Olía a palomitas rancias y a café del día anterior. Un toque de lejía provenía de los aseos, que era el primer destino de Brian. Esperó fuera hasta que terminó, lo acompañó a una de las dos celdas y le mostró el interior.

Mientras se frotaba los ojos, el agente Hobbs se acercó vacilante, viniendo desde atrás. Por las profundas arrugas estampadas en su rostro sudoroso, se había quedado dormido en alguna parte, probablemente en la sala de suministros, en uno de los catres.

—Hola, detective —dijo, el sueño ralentizando un poco sus palabras —. Me había parecido oír algo.

—Te he traído un detenido —dijo, sintiéndose cansada y dolorida de repente.

Hobbs frunció el ceño en la penumbra.

—¿No es...?

Kay se rio con amargura.

—Sí. Es él. —Su cruz. Cerró la celda y le dio la llave a Hobbs—. No le pierdas de vista. Podría estar en peligro. Ha estado involucrado en un tiroteo entre bandas. O algo así —añadió, sintiendo la necesidad de aclarar más las cosas, pero sin energía para hacerlo—. Y, si dice que yo he dicho que está bien que le deje salir para hacer cualquier cosa, no es verdad. Debe permanecer encerrado en todo momento hasta mañana a las seis de la mañana, cuando lo recogeré

y lo llevaré a San Francisco. —Suspiró, temiendo otro largo viaje con Brian detrás—. Otra vez.

—Recibido, detective —dijo Hobbs, alegre—. ¿Debería traerle algo de comida? —Sus ojos brillaron un poco cuando preguntó. Probablemente buscaba una razón para pedir pizza a cuenta del sheriff.

Kay contuvo una sonrisa.

—Yo diría que sí. Pide algo.

Brian se agarró a los barrotes, observando el intercambio con los ojos entornados por la incredulidad.

—No me puedo creer que me hayas encerrado como si fuera un delincuente, joder —murmuró—. Soy policía, y me conoces. Podríamos habernos quedado en ese maldito hotel, habernos duchado para sentirnos seres humanos una noche más antes de que me encierren mañana. Puede que nunca salga de ahí, Kay. Podrían apuñalarme antes de que aprenda dónde están los meaderos. Sabes muy bien lo que les pasa a los policías en prisión.

Normalmente preocupado por las apariencias, no era propio de él usar palabras malsonantes, a menos que estuviera presionando a un sospechoso. Lo más probable era que estuviese cansado, asustado, tal vez al límite de su ingenio.

—Estarás a salvo ahí dentro —dijo Kay, alejándose unos pasos de la celda—. El agente Hobbs cuidará bien de ti.

Brian golpeó la mano contra los barrotes tan fuerte como pudo. Estos traquetearon un poco.

—¡Vamos, no me dejes aquí! No es que no hayamos dormido juntos antes. Me acostaré en el suelo.

En la celda contigua se oyó una fuerte carcajada. Un rostro sucio con los ojos inyectados en sangre, cubierto casi por completo por mechones de pelo sudoroso y mugriento, emergió de debajo de una manta.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó, arrastrando las palabras. Sus palabras llenaron el aire de olor a alcohol rancio y vómito.

—¿Quién es este? —preguntó Kay.

—Un borracho y alborotador, lo ha detenido Novack. Le dejamos dormir la mona hasta mañana.

—Fantástico —espetó Brian—. Apesta a pis, Kay.

El borracho se acercó a un lado de su celda y extendió la mano entre los barrotes, casi tocando el hombro de Brian.

—Nunca he estado encerrado con un cerdo antes. Bienvenido al antro. ¿Tienes pelotas para vivir aquí? —Estiró el brazo todo lo que pudo, pero no llegó a tocar a Brian. Este se apartó, maldiciendo en voz baja—. No está tan mal, ¿sabes? Tres comidas y un catre, incluso para perdedores como tú. —Luego volvió a carcajearse, aplaudiendo emocionado—. Claro, puede que tengas que chupar alguna polla de vez en cuando, pero...

—Cierra el pico. —Brian lo fulminó con la mirada y se retiró al otro extremo de la celda, con los puños apretados en el pecho como si estuviera listo para abalanzarse—. Kay, por favor...

—Que pases una buena noche, Brian. Te sugiero que descanses un poco. Mañana será un día largo y nada fácil.

Le dio una palmada en el hombro a Hobbs al irse, ansiosa por salir de allí, por librarse de Brian, de todos los recuerdos y del inquietante olor de su maldito aftershave.

Al salir, se detuvo en lo alto de la escalera y respiró el aire frío, despejando sus pulmones y su mente. Contempló las estrellas durante un rato, preguntándose por qué brillaban con más intensidad esa noche, probablemente a causa del aire frío. Las había visto así cuando hacía senderismo en las cumbres de Mount Chester. Eran hermosas, lejanos faros de luz que calentaban su alma.

Cuando bajó los ojos del cielo, Elliot estaba allí, apoyado en el lateral de su Interceptor y mirándola con un atisbo de sonrisa en los labios. A Kay se le hinchó el corazón. Tuvo que hacer acopio de

toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre él y enterrarle la cara en el pecho.

—Empezaba a preocuparme —dijo ella, incapaz de dejar de sonreír —. No es propio de ti no responder a un mensaje.

Frunciendo el ceño, Elliot miró su teléfono.

—No tengo ningún mensaje tuyo. Estaba a punto de llamarte cuando vi que habías vuelto y pensé en esperar. —Kay creyó que se había ruborizado un poco, pero la luz que provenía de la única farola del aparcamiento era tenue y amarillenta—. Solo para asegurarme de que estás bien.

Comprobó su teléfono y encontró el mensaje que había escrito sin terminar y sin enviar. Brian la había interrumpido y ella, de alguna manera, lo había olvidado todo. Levantando los ojos de la pantalla para mirar a Elliot, sonrió disculpándose.

—Culpa mía. No le di a enviar.

Elliot se acercó un poco más.

—¿Has tenido tiempo de comer algo? —Miró la hora en su teléfono —. Apuesto a que en Hilltop aún nos harían unas hamburguesas.

La sonrisa de Kay se amplió.

—En marcha, compañero.

CAPÍTULO VEINTE

CENA

El olor de las patatas fritas recién hechas le era indiferente, al igual que la apetitosa hamburguesa con queso servida en un gran plato blanco en la mesa frente a él. La mirada de Elliot se centró en el rostro pálido de Kay, sus ojos atormentados, las ojeras que no estaban allí por la mañana en el campo de tiro. Hacía solo catorce horas, su compañera reía y bromeaba y entrenaba sus competencias armamentísticas bajo el sol temprano, sin preocuparse de nada.

Podría enseñarle a ese pedazo de mierda que había vuelto a su vida una valiosa lección, al estilo tejano.

Los dedos de Kay rodeaban la taza de té caliente que había pedido en lugar de su cerveza habitual. Al igual que él, ella ignoraba su comida, aparentemente perdida en sus pensamientos, respirando el vapor con aroma a manzanilla infusionada.

Un maldito día, eso era todo lo que había necesitado ese engreído hijo de puta para borrarle la sonrisa de la cara.

Kay levantó los ojos y, por un momento, lo miró fijamente. Podía perderse en esos ojos; le hacían sentir cosas que no podía explicar. Con una sonrisa vacilante, ella dijo:

—Tengo mucha hambre. —Y una ligera risita—. Lo disimulo bien, pero es así. —Lanzó una mirada al plato sin tocar—. Y esto tiene muy buena pinta.

Elliot se pasó los dedos por el pelo, preguntándose por qué no había mencionado ni una sola vez a un exmarido. Se lo había preguntado ya mil veces, pero no había obtenido respuesta. Solo suposiciones, teorías y una pizca de ilusiones.

Pero, si se enteraba de que el hijo de puta era un maltratador de mujeres, sería carne muerta esperando a que le echaran sal antes de que acabara el día.

—¿Te crees su historia? —preguntó, evitando que su voz reflejara sus pensamientos.

Kay lo miró.

—¿De quién, de Brian?

Él asintió y se encogió de hombros. ¿De quién si no?

Kay se mordió el labio un momento, probablemente pensando qué decir, aunque ya debía haberlo hecho. Desde que su ex se había presentado en la puerta de la comisaría, se había mostrado retraída, callada, reservada. Como avergonzada de algo, profundamente avergonzada. Había una tensión entre ellos que no solía existir, sustituyendo su química tácita, borrándola casi sin dejar rastro.

—Vaya pregunta —dijo al fin, pinchando una patata frita con el tenedor, pero sin llegar a metérsela en la boca—. Es un policía, uno decente. Ha trabajado sobre todo con el crimen organizado, redes de drogas, contrabando, ese tipo de cosas. En San Francisco, donde hay mucho en juego. —Bajó la mirada un momento, todo su rostro envuelto en tristeza—. La mujer de cuyo asesinato se le acusa era mi mejor amiga. Bueno, ex mejor amiga. —Sus mejillas se encendieron—. Y su prometida —añadió, visiblemente incómoda, removiéndose en su asiento y abandonando el tenedor con la patata frita apuñalada a un lado de su plato—. Y antigua amante cuando estábamos casados. —Un suspiro de dolor terminó su declaración. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos lagrimeaban.

Diablos. Sí, el hijo de puta se merecía una buena paliza, sin duda. Tal vez la cárcel era justo lo que el médico había recetado para el tramposo despreciable.

—Lo siento mucho, Kay —dijo, cogiéndole la mano. Apretó sus dedos helados y ella agradeció su tacto durante un largo instante. Luego se apartó despacio.

—No pasa nada —respondió al cabo de un rato—. Es una historia del pasado. —Tomó un sorbo de té y echó un vistazo al tenedor, pero no lo tocó—. No hay muchas razones para creerle o ayudarlo, como puedes ver. Pero no es un asesino. De todos modos, el caso apunta en una dirección totalmente diferente.

El ceño de Elliot se frunció un poco. ¿Había estado investigando el caso?

—¿Qué sabes hasta ahora?

—Rachel, así se llamaba la chica —aclaró con una mirada—, había presenciado el tiroteo de un traficante de drogas la noche antes de que la mataran. Hizo una declaración a la policía, se reunió con el ayudante del fiscal y se suponía que esa noche iba a entrar en el Programa de Protección de Testigos. —Sacudió la cabeza—. Con sinceridad, no se me ocurre ni una sola razón por la que arrestarían a mi ex por eso. Le están tendiendo una trampa. —La patata frita apuñalada por fin encontró su camino a la boca. La masticó despacio al principio, luego con entusiasmo—. Esto está bueno —murmuró como si nunca antes hubiera comido patatas fritas en Hilltop—. Háblame de Taylor Lorentz —dijo entonces, pinchando unas cuantas patatas fritas más con decisión—. ¿Dónde la han encontrado?

Se hizo un largo momento de silencio. Elliot apartó su plato.

—¿Tan malo fue? —preguntó Kay con suavidad. Como siempre, podía leer su mente como un libro abierto.

—Le dispararon en el pecho y la arrastraron al barranco que hay detrás de Frozen Falls. —Volvió a pasarse las manos por el pelo, dándose cuenta de que Kay podía leer su gesto, pero aun así lo hizo —. No hay motivo aparente ni nada que apunte a otra cosa que no sea un tiroteo al azar a un lado de la carretera. Encontramos sangre donde ocurrió.

Ella lo miró atentamente con la frente algo arrugada, masticando.

—¿Dices que alguien pasó y le disparó? ¿Para qué? ¿Por gusto? ¿Para divertirse?

—Eso parece, sí. —Tomó un trago de cerveza, el líquido frío sació su sed y calmó un poco su angustia—. Nadie sabía que iba a salir a correr ese día; fue una decisión improvisada. Seis de la mañana, no hay mucho tráfico a esa hora.

—Pobre señor Lorentz —susurró Kay—. ¿Cómo lo lleva?

—Como era de esperar. Está en el hospital; tuvo un colapso total cuando encontramos el cuerpo.

—Vaya. ¿Qué piensas hacer?

La miró durante un rato, aprovechando que ella desviaba la mirada, para estudiar de nuevo su rostro cansado, sus hombros encorvados, la palidez de su piel. Si en algún momento su compañera había necesitado su ayuda, era ese.

—De hecho, voy a llamar al jefe por la mañana para pedirle un par de días libres. E iré a San Francisco contigo.

Sorprendida, lo miró fijamente.

—¿Qué? Elliot, no. No hay necesidad de eso. Además, Logan explotará. No puede tener a sus dos detectives fuera con un caso de asesinato activo sobre la mesa. Pero muchas gracias.

—El caso que describes, el lío en el que está metido tu ex, me suena a asunto peligroso. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas. Sabes que puedes confiar en mí —añadió, preguntándose por qué lo había dicho en cuanto le salieron las palabras. Su confianza en él nunca había sido el problema.

—Con mi vida —respondió ella con una cálida sonrisa, tocándole la mano un instante—. No voy a meterme en problemas...

—Las famosas últimas palabras.

Kay se rio.

—No, lo digo en serio. No puedo investigar esto de todos modos. Lo único que pienso hacer es hablar con el ayudante del fiscal y llamar su atención sobre el otro caso, el tiroteo que presenció Rachel. —

Debió ver la confusión en la cara de Elliot, porque continuó—: Son distintos ayudantes del fiscal. No parece que hablen mucho entre ellos. Es San Francisco, ¿qué puedo decir? La comunicación se pierde en la confusión. He visto cosas peores. —Se encogió de hombros y recogió las últimas patatas fritas con los dedos—. Eso es todo lo que puedo hacer. Pero te necesitan aquí. Taylor Lorentz merece toda tu atención ahora, cuando el caso está fresco. Las primeras cuarenta y ocho horas, ¿recuerdas?

Tozuda e independiente, luchadora e intrépida. Esa mujer lo volvía loco.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios al darse cuenta de que las cualidades que refunfuñaba en su mente eran las mismas que hacían a Kay tan condenadamente atractiva.

—De acuerdo —dijo, sabiendo que cualquier insistencia sería descartada al instante—. Pero llámame en cuanto me necesites. Si tienes cualquier presentimiento, aunque sea sin motivo, llámame.

—Entendido —respondió ella, dando un bocado bastante grande a su hamburguesa con queso y masticándola con los ojos entrecerrados. Unos instantes después, preguntó—: Bien, Taylor Lorentz. ¿Qué vas a hacer? ¿Alguna pista ya?

Elliot tomó otro trago de cerveza, mirando su plato sin tocar. El hambre empezaba a roerle el estómago.

—Visitaré al doctor Whitmore mañana para ver qué ha encontrado hasta ahora. Tal vez tengamos suerte. Una bala se alojó en su teléfono, podría haber algunas huellas utilizables ahí. Luego, ya sabes, lo de siempre. Averiguar sobre su vida, quién habría tenido motivos para quererla muerta. Tal vez alguien la acechaba y aprovechó la oportunidad para dispararle cuando salió de casa tan temprano por la mañana, sola, y eligió correr por un tramo de bosque desierto. —Mordisqueó una cuarta parte de la apetitosa hamburguesa cubierta de queso, la masticó con rapidez y bebió con otro trago de cerveza—. Si no hay huellas o ADN, y no hay conexión real con la víctima, estamos jodidos. Si fue al azar..., puede que nunca encontremos a quien lo hizo.

El escenario aleatorio le preocupaba en demasía. Había trabajado en un caso de tiroteo al azar en Austin que no pudo cerrar. Todavía le atormentaba el recuerdo de la madre del niño, que le culpaba de que el asesino de su hijo estuviera libre. Ese expediente abierto había permanecido en su mesa durante años. Para el niño al que habían disparado desde un coche que pasaba, aún no había justicia.

Kay negó con la cabeza y levantó la mano.

—El azar de hoy no es lo que solía ser, sobre todo aquí, en nuestra zona. Hay mucho menos tráfico que en una gran ciudad. Pasan menos coches, aunque también haya menos cámaras. —Se limpió los dedos en una servilleta de papel, terminó su comida y apartó el plato vacío—. Lo atraparemos, compañero, no te preocupes. Si fue al azar, el sudes condujo hasta allí. No caminó. Y conducir deja rastros que podemos seguir.

Elliot terminó su hamburguesa con rapidez y su cerveza justo después.

—¿Por qué no vienes mañana por la mañana a dar un paseo a caballo? He oído que va a hacer un día precioso. Cielo despejado, aunque un poco fresco, pero sin nieve todavía.

Una oleada de tristeza bañó el rostro de Kay.

—No puedo, Elliot. Mañana no. ¿Lo dejamos para otro día? Tengo que llevar a Brian a San Francisco a las seis de la mañana.

—¿Ha vuelto aquí? —El tono elevado de su voz delataba sus sentimientos.

Ella evitó sus ojos.

—Sí... Está encerrado en la comisaría. No quería pasar la noche en la cárcel de San Francisco, así que su abogada, en su infinita sabiduría, organizó una entrega mañana por la mañana en su lugar. Me vi entre la espada y la pared.

—De acuerdo. Entonces, otro día —respondió él, dolorosamente consciente de que le rechinaban los dientes—. Estaré aquí cuando estés disponible.

La mirada que Kay le lanzó parecía llena de pesar y algo más que él no podía leer, una especie de intensidad, algo que le llegó al corazón. Pero ella se paró en ese mismo momento, lista para irse, y él perdió la oportunidad de averiguar lo que era.

A ese engreído hijo de puta le faltaría tiempo para largarse de allí.

CAPÍTULO VEINTIUNO

RUMBO AL SUR

Tenía un déjà vu inquietante.

Con tan pocos cambios y tan diminutos, parecía surrealista.

Salió de la comisaría a la mañana siguiente con Brian Hanlin siguiéndola. Discutieron junto al todoterreno porque iba en la parte de atrás. Se detuvieron en Katse para recoger un pedido telefónico de café y croissants, que el propietario le entregó en el aparcamiento.

Esta vez, Tommy MacPherson no se atrevió a mirar dentro del vehículo y no hizo ningún comentario sobre el pasajero de Kay.

Luego, condujo hacia el sur por una autopista atestada de camiones cargados de productos agrícolas.

—Al menos paremos en una gasolinera para que pueda asearme —suplicó Brian, pasándose la mano por la barba incipiente con cara de asco—. No sabes cómo te juzga la gente hoy en día si te ven desaliñado. Los idiotas creen que pueden salirse con la suya con barbas despeinadas y moños de pelo largo y mierdas, pero es su generación la que tuvo que inventar la palabra «incel».

Ella no contestó. Lo último que ella quería era una parada de minutos en una gasolinera en medio de la nada para que él pudiera comprar artículos de belleza y luego pasarse la vida acicalándose. Estaba segura de que lo encerrarían en la cárcel igualmente sin afeitar.

—Ya sabes, celibato involuntario —insistió, apoyando el antebrazo en el respaldo de su asiento. Kay se mordió el labio para no gritarle

—. Tengo que ir al juzgado hoy, por el amor de Dios. Ya es bastante malo si me presento con la ropa de ayer y apestando a encierro rural, pero no puedo presentarme en el juzgado así. Ninguna mujer...

—¿Lo dices en serio, Brian? —espetó—. ¿Vas al juzgado a que te vean mujeres en tu comparecencia? ¿Esa es tu preocupación?

Él respiró con dificultad, enfadado por sus comentarios.

—Los jueces también pueden ser mujeres. Y si el juez es un hombre, es aún peor, a menos que resulte ser fan de Jason Momoa.

Tenía razón. Con un largo suspiro, comprobó la visualización del GPS en su pantalla multimedia. Mostraba que llegarían a las ocho y cuarto, cuarenta y cinco minutos antes de su cita. Tal vez podrían disponer de diez minutos. Al menos olería a cualquier aftershave barato que vendieran en las gasolineras, no al Dolce & Gabbana que aún le traía recuerdos que quería olvidar.

—Estoy bastante seguro de que si me presento a la comparecencia con aspecto de matón, la fianza será el doble. ¿Me harías eso, Kay? ¿Cuando no estoy seguro de poder pagar nada?

—De acuerdo —dijo, apretando el volante hasta que le dolieron las articulaciones—. Pararemos para que puedas afeitarte.

A la velocidad del rayo, le dio un beso en la mejilla.

—Eres la mejor.

—Vuelve a hacer eso y te ficharé por agresión a un policía —susurró, con la voz cargada de rabia. Era propio de él, coger lo que no podía conseguir, aporrear e insistir hasta que, agotada y harta de todo, ella cedía.

—¿Se puede detener a un policía por agredir a otro policía? —preguntó con serenidad, sonriendo mientras Kay aparcaba en una gasolinera y se detenía en el surtidor. Era grande, recién construida en las afueras de Redding.

—Tienes veinte minutos —dijo severamente—. Después de lo cual,

te sacaré de allí esposado, y no me importará si estás a medio afeitar.

Ya se había marchado, cerrando la puerta tras de sí, pero la saludó al entrar en la estación de servicio. Repostó el Interceptor y esperó mirando el reloj con impaciencia.

Dieciocho minutos más tarde, salió con una camisa nueva que había comprado dentro, una corbata nueva, bien afeitado y oliendo a Old Spice. No era su fragancia, pero funcionaba. Como si su estado de limpieza le hubiera infundido confianza en sí mismo, caminaba con energía y llevaba la ropa del día anterior enrollada bajo el brazo en una bolsa de la compra transparente con el logotipo de la gasolinera.

—¿Y bien? —Posó para ella hasta que Kay le señaló el todoterreno con un gesto firme—. ¿Qué piensas?

Odiaba admitirlo, pero la parada había marcado la diferencia.

—Sí, así mejor.

Arrancó el motor y se alejó, abrochándose el cinturón mientras aceleraba.

—No pareces un padre de familia —dijo tras conducir uno o dos kilómetros en silencio.

—Sí, bueno, supongo que son las consecuencias de mi estilo de vida.

—¿De verdad eres el padre de la hija de Rachel? —preguntó Kay, sabiendo ya la respuesta.

—Envío los cheques de la pensión a tiempo, si eso es lo que preguntas.

—No es eso lo que pregunto. —Se detuvo un momento, pensando en qué era lo que le había causado esa sensación en el estómago—. Tu hija acaba de perder a su madre y te parece bien que esté con su abuela.

Brian se encogió de hombros.

—Soy un delincuente buscado, Kay. Sería un idiota si arrastrara a una inocente niña de ocho años conmigo en esto. Mi hija está mejor donde está. —Se aclaró la garganta—. Apuesto a que hay un coche patrulla aparcado delante de la casa de la señora Epling esperando a que yo sea tan estúpido de aparecer por allí.

El tráfico se volvió denso a medida que se acercaban a la ciudad. Preocupada, Kay no perdió de vista el GPS mientras zigzagueaba con las luces intermitentes encendidas.

—Pero ¿ibas a hacerlo bien? ¿Casarte con Rachel, darle a tu hija una familia?

—Sí. —Enterró la cara en la palma de la mano.

—¿Por qué ahora, Brian? Después de todos estos años, ¿qué había cambiado?

Él se apartó.

—Fue Holly, en realidad. Ella creció, empezó a hacer preguntas, y, um, no merecía preocuparse por mí, por nosotros.

Al oírlo hablar se dio cuenta de que no tenía que preguntar; lo más probable era que no le hubiese sido más fiel a Rachel que a ella. Seguramente había querido a Rachel tanto como era capaz de querer a alguien a su manera, de una manera egoísta y narcisista.

Aun así, había algo que le preocupaba: el acuerdo que Rachel había alcanzado tan rápidamente con el fiscal sobre el programa de protección. Nadie hacía esos tratos con gente que solo tenía la descripción de un vehículo, una matrícula de coche o algo así. ¿Había reconocido una matrícula concreta conocida por la policía? ¿Una especie de vehículo oficial? ¿Una celebridad?

—Nos quedan unos veinticinco minutos y tengo más preguntas. —Miró por el retrovisor y vio que él estaba apoyado en el asiento trasero con los ojos cerrados.

—¿Podríamos saltárnoslas, por favor? Necesito prepararme para lo

que viene.

—¿Qué vio esa noche en realidad? ¿Solo el vehículo? ¿O reconoció al conductor?

Brian abrió los ojos y la miró a través del espejo.

—No me lo dijo. Posiblemente porque no le pregunté. —Levantó la voz cada vez más mientras hablaba—. Estaba demasiado ocupado echándole la bronca por hablar con la policía, en primer lugar.

—¿Cuándo ocurrió el tiroteo? El que ella presenció.

—El jueves por la noche —respondió con un suspiro frustrado. Ya se lo había dicho antes.

—¿Y tú qué viste?

—Cielos... Me vuelves loco con estas preguntas —se quejó, pero luego habló despacio, con paciencia—. Cuando llegué, estaba histérica y ya había hecho una declaración. No oí lo que dijo, y lo único en lo que podía pensar era en hacer desaparecer esa declaración. Le rogué al policía que la había tomado que la dejara pasar, pero ya había informado a la fiscalía.

—¿Y no tienes ni idea de lo que vio?

—¡Ninguna! —La palabra chasqueó como un látigo en el aire tenso en el interior del vehículo.

—De acuerdo —respondió ella en tono apaciguador. Le había contado la misma historia sin importar cuántas veces le preguntara o cómo retorciera sus preguntas—. Y sospechan de ti porque... — Dejó las palabras en el aire, esperando a que él retomara y continuara lo que en ese momento solo podían ser especulaciones.

—Diría que me están tendiendo una trampa, así que es corrupción, básicamente. —Se pasó la mano por la cara como para rasgar un velo que la cubría con el espectro del miedo—. También podría ser un trabajo policial chapucero, venganzas personales, cualquier cosa en realidad. —Miró un momento por la ventana, distraído. El familiar paisaje urbano de San Francisco a primera hora de la

mañana, cuando el sol empezaba a quemar la densa niebla de la noche, aparecía a la izquierda del puente Golden Gate, adornado con los reflejos dorados de la bahía. —Mira, todo lo que sé es que yo no maté a Rachel. Y, sin ti, no tengo ninguna oportunidad. Si no puedes... —Se le quebró la voz y sus palabras se entrecortaron. Se cubrió la cara con las manos para ocultar una respiración agitada—. No puedo creer que se haya ido. Sigo queriendo volver a su casa, imaginando que sigue allí, viva, sonriendo. Pero se ha ido. —Un sollozo ahogado se le escapó—. Y no puedo borrar el recuerdo de su cuerpo tendido en un charco de sangre en el...

—Silencio, Brian —susurró. Algo más le había llamado la atención en el retrovisor, aparte de la cara crispada de su ex. Desde que habían llegado a la ciudad, un Chevrolet Suburban negro sin placas en el parachoques delantero les había estado siguiendo, manteniéndose detrás a unos treinta metros. El tráfico era denso; ese coche debería haberla seguido de cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó Brian, volviéndose para mirar hacia atrás —. ¿Cuánto tiempo lleva ese coche siguiéndonos?

—Desde que salimos del puente.

En un tenso silencio, Kay giró varias veces a la derecha para comprobar si el todoterreno les seguía. Cuando volvió a girar en la avenida Van Ness para continuar hacia la comisaría del distrito norte de la policía de San Francisco, el coche giró tras ella.

Había dado un giro completo. Ahora tenía su respuesta.

Con el ceño fruncido, comprobó la pantalla del GPS. Aún les faltaban doce minutos para llegar a la comisaría.

—Llama a tu abogada —dijo, encendiendo la sirena—. Dile que nos están siguiendo.

Brian acababa de terminar la llamada de treinta segundos cuando el coche negro abrió fuego. Las balas, al chocar contra el Interceptor, sonaron como el granizo durante una tormenta, solo que más fuerte.

Más mortal.

Detrás de ellos, el tráfico se convirtió en un puro caos a ambos lados de la carretera. Los conductores, presas del pánico o distraídos por la visión de un vehículo policial tiroteado, estrellaron sus coches contra montones de metal retorcido, bloqueando el acceso en ambos carriles. Uno embistió a un autobús escolar, empujándolo a la mediana cubierta de arbustos. Aterrizó bocabajo, con las ruedas delanteras aún girando en el aire. Otro coche chocó contra una farola de la acera, inclinándola hacia un lado.

Una bala se estrelló contra la carrocería del todoterreno. El sonido del plástico al romperse le dijo a Kay que debía haber roto una de sus luces traseras.

—¡Dame tu pistola! —gritó Brian, extendiendo la mano abierta—. ¡Dámela ya, y baja las ventanillas traseras!

Su vacilación duró hasta que otra bala destrozó la barra de luces policiales, a escasos centímetros de su cabeza. Sacó la pistola de la funda y se la entregó a Brian.

—No hagas que me arrepienta —dijo, dando un bandazo hacia delante cuando el vehículo que la precedía se subió a la acera para dejarla pasar.

A través de la ventanilla de la puerta del pasajero, Brian empezó a disparar al coche, manteniéndolo a raya. Podría haberle acertado a alguien dentro, quizá al conductor; Kay no estaba segura. Su parabrisas estalló en un millón de trozos de cristal templado, y el todoterreno giró bruscamente a la derecha, desapareciendo de la vista.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

INFORME FORENSE

Casi a las nueve, Elliot entró en el aparcamiento de la oficina del forense. Hacía frío, estaban casi bajo cero. Todavía quedaban restos de escarcha en la hierba, donde los rayos del sol aún no habían llegado. Solo otros dos vehículos estaban allí: el Acura del doctor Whitmore y el sedán de su asistente.

Elliot aspiró una bocanada de aire fresco de la montaña, preparándose para el olor a podredumbre humana y formaldehído que le esperaba en el interior de la morgue. No había superado su reticencia a visitar el feudo del médico; probablemente nunca lo haría. Sentía escalofríos al contemplar los cuerpos de los muertos, expuestos en las camillas bajo potentes luces.

Y era mucho peor cuando la víctima era alguien tan joven e inocente como Taylor Lorentz. La injusticia de su destino le pesaba en el pecho, llenándole de una sensación de impotencia que odiaba. Pero esa sensación no iba a durar mucho, solo hasta que descubriera quién había acabado con su vida.

Entró en el depósito con paso decidido y se quitó el sombrero cuando la puerta se cerró tras él. La zona de recepción estaba desierta; se dirigió directamente al depósito de cadáveres, utilizando la puerta batiente de la derecha para entrar. Tras dejar caer su sombrero en una silla cercana, se acercó al doctor Whitmore.

—Buenos días, doctor —dijo.

El médico no levantó los ojos del microscopio; solo agitó un poco la mano, reconociendo su presencia. Sin apartar los ojos de la espalda encorvada del médico, Elliot cambió el peso de un pie a otro,

esperando con paciencia. A su lado, echó un vistazo al cuerpo de Taylor, que yacía desnudo sobre el frío acero inoxidable y bajo una sábana blanca, y luego apartó la mirada con rapidez, sintiendo como si su escrutinio no fuera más que un descarado fisgoneo.

—Muy bien —dijo el doctor Whitmore, poniéndose de pie y apartando el taburete de cuatro patas, que chocó contra la mesa de autopsias con un ruido seco y se detuvo en su sitio—. Tengo algunas cosas para ti —dijo, quitándose los guantes, y los tiró a un cubo de basura marcado con el símbolo de residuos peligrosos—. Sabemos la hora de la muerte; puedo confirmar que coincide con la marca de tiempo de la alerta de emergencia enviada por su reloj. La causa de la muerte, de nuevo, no hay duda. Herida de bala en el pecho. —Gimió y apoyó una mano en su lumbar, luchando un poco por enderezar la columna. Probablemente toda una vida encorvándose sobre cadáveres en todo tipo de condiciones meteorológicas, y luego sobre mesas de autopsia y equipos de laboratorio, le había pasado factura—. Ambas balas impactaron en su corazón; murió al instante.

—Pequeños milagros, ¿verdad, doctor? —preguntó Elliot, esforzándose por encontrar algún rastro de consuelo en el hecho de que no hubiera sufrido, y fracasando. Para empezar, esa chica no debería estar allí. Con diecinueve años, su vida acababa de empezar.

Al parecer, el médico pensaba lo mismo, porque no contestó; se limitó a sacudir la cabeza en silencio, con los labios apretados en un gesto de decepción.

—Qué pérdida sin sentido —murmuró—. Espero poder darte lo que necesitas para hacer tu trabajo con rapidez y eficacia —dijo, dirigiendo su atención a la pantalla colgada en la pared. Al pulsar el mando a distancia, mostró algunas imágenes. El teléfono de Taylor, el que había evitado que la tercera bala le atravesara el pecho. Esa misma bala, extraída y colocada en una bandeja de laboratorio. A continuación, se mostraba una huella dactilar parcial ampliada, con una línea recta que atravesaba las crestas, los verticilos y los bucles de la misma, y terminaba en una especie de mancha rugosa.

Se acercó a la pantalla y entrecerró los ojos.

—La mayoría de la gente no se da cuenta de que deja huellas en las balas y los cartuchos al llenar los cargadores. Quizá simplemente no piensan en ello, o no esperan que las balas con las que cargan el arma se empolven en busca de huellas. Solo los asesinos a sueldo usan guantes al llenar los cargadores. Y también recogen los casquillos. —Hizo una pausa y miró a Elliot a los ojos, donde se reflejaba una pregunta tácita—. Si la bala da en el blanco, la fricción contra el cuerpo de la víctima y la sangre de la que se empapa destruyen todas las huellas. —Señaló la punta de la bala, que sobresalía de la carcasa agrietada del teléfono—. En este caso, la punta de la bala rompió el casquillo. Los fragmentos y los bordes afilados no dañaron mucho la huella.

—¿Eso es esta línea? ¿Un fragmento o algo que arañó la huella?

—No, eso es una cicatriz. —El doctor. Whitmore sonrió con picardía —. Una cicatriz muy reconocible que tiene nuestro perpetrador, muy probablemente en la punta del pulgar de su mano dominante. —Pulsó el mando a distancia y mostró un casquillo, cubierto de polvo de huellas dactilares y que mostraba una huella clara con la misma línea que recorría los verticilos—. También tenemos esto.

—¿Cómo? —preguntó Elliot. Habían buscado el día anterior y no habían encontrado ningún casquillo gastado entre las espesas hierbas junto a la carretera.

—El agente Novack fue allí esta mañana temprano con el detector de metales de su hijo y encontró esto justo al lado de la mancha de sangre, en la zanja.

Elliot asintió sonriendo.

—¡Vamos, Novack! Ese joven tiene un futuro brillante. A pesar de su aspecto —no pudo evitar añadir, riendo. Era alivio y gratitud lo que alimentaba su risa, y un toque de orgullo.

—Es asombroso lo mucho que se parece a ese sheriff de la tele — dijo el doctor Whitmore—. Vi algunos episodios porque todo el mundo hablaba de ello. El programa tampoco está mal. En cualquier caso, nos encontró un casquillo lleno de huellas. Bueno, solo una, una parcial de cuatro puntos, pero muy distintiva. Al

parecer, el tirador encontró sus otros dos casquillos y los recogió. El tercero estaba escondido en la raíz de algún matorral; tuvo que haber renunciado a buscarlo. Novack puede decirte más.

—¿No se destruyen las huellas dactilares por el calor al que se expone la bala durante la descarga?

El doctor Whitmore asintió con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Gran pregunta. Solo en algunos casos, dependiendo en gran medida de una serie de factores. La composición química de la propia huella dactilar y la forma en que reaccione, o no, con el material del casquillo. La edad de la huella dactilar. Otras condiciones como la humedad ambiental, la temperatura alcanzada durante...

Elliot levantó las manos.

—Muy bien, doctor, me queda claro. ¿Alguna coincidencia en el sistema de identificación de huellas?

—No. La búsqueda ha terminado y no hay coincidencias. Eso significa que el autor no tiene antecedentes, no es empleado federal ni solicitante, no ha servido en el ejército y no es un extranjero que haya solicitado la residencia temporal o permanente desde 2003. —Hizo una breve pausa mientras se rascaba la frente—. Eso si recuerdo bien la fecha. Puede que fuera 2002 cuando Seguridad Nacional empezó a recoger las huellas dactilares de todos los extranjeros a su entrada en Estados Unidos. Al menos, poco después del 11-S.

—¿Qué hay de la bala? ¿Alguna coincidencia balística?

—Te lo habría dicho si tuviera algo, hijo. —La voz de Whitmore se había vuelto un poco sombría—. Ahora, hablemos de Taylor —dijo, volviéndose hacia la mesa de autopsias.

Elliot siguió al forense a regañadientes, manteniendo su respetuosa distancia de la mesa.

—Te escucho.

—El livor mortis confirmó que fue arrastrada y arrojada inmediatamente después de la muerte. —El doctor Whitmore levantó el brazo de la chica y le mostró la mancha violácea que decoloraba la parte posterior, cerca del hombro—. El análisis toxicológico salió limpio. Sin actividad sexual reciente, y por reciente me refiero a las últimas cuarenta y ocho horas. Aunque hay un par de hallazgos inesperados. —Levantó su muñeca derecha en el aire—. Una fractura en espiral aquí... —Señaló con el dedo por encima de la muñeca, dibujando líneas en el aire junto a la piel—. Curada, diría que hace poco. Unos dos meses, quizá más, quizá un poco menos. —Tomó una bocanada de aire mientras profundas arrugas se asentaban en su frente—. También estaba embarazada de ocho semanas.

—¿Embarazada? —dijo Elliot—. No me lo esperaba. Su padre dijo que no veía...

—Bueno, los padres no siempre se enteran tan pronto de los embarazos, sobre todo cuando la chica es joven y no está casada. Y no hace falta que preguntes: estamos analizando el ADN del feto.

Elliot se tomó un momento para pensar. El forense había mencionado una fractura en espiral hacía dos meses y un embarazo en un plazo similar.

—¿Crees que están conectados?

El doctor Whitmore lo miró con ojos amables y cansados.

—Eso es trabajo tuyo averiguarlo. Yo solo puedo exponer hechos y pruebas. Pero encuentro la fractura de cúbito y el momento de la fecundación lo bastante cercanos como para justificar cierta atención investigadora por tu parte. Algo le pasó a esta chica hace dos meses, algo lo bastante violento como para romperle el hueso.

El médico forense pulsó el mando a distancia y rebuscó entre las imágenes hasta localizar las radiografías de la muñeca y el antebrazo de Taylor. Luego señaló las pálidas formas blancas de la pantalla.

—¿Ves esto? Esto ocurre cuando se retuerce así la mano de una

persona —demostró con la otra mano— para someterla o inmovilizarla.

—Entonces, ¿no pudo haber sido una especie de accidente? Era físicamente activa.

—Los accidentes rara vez causan fracturas en espiral en la muñeca y el antebrazo, aunque podría ocurrir. En la pierna, les ocurre a los esquiadores y practicantes de snowboard cuando se les tuerce la extremidad al quedar atrapada en la bota. A los jugadores de fútbol también. Pero en la muñeca y el antebrazo, como vemos en Taylor, estaría dispuesto a apostar que no fue un accidente.

Elliot miró la cara de la chica como si sus pálidos labios pudieran compartir los secretos de su muerte. Ya había hablado, a través de la voz del doctor Whitmore.

—Unas cuantas cosas más —añadió el médico—. El coletero que recuperaste de la escena. —Pulsó el mando a distancia hasta que apareció el coletero marrón—. Debo decir que este tejido de terciopelo sintético es pegajoso para las fibras capilares, casi tanto como el velcro. Tenía todo tipo de pelos, no todos pertenecientes a la víctima. Hay un pelo más corto y oscuro que aún tenía el folículo pegado. Lo estoy analizando. Y había múltiples pelos felinos y caninos en su ropa, de diferentes razas y colores.

—Su padre mencionó algo de cuidar mascotas cuando pasamos por su casa. —Elliot revisó sus notas—. Una pregunta más, doctor. ¿Pudiste confirmar la distancia desde la que se hicieron los disparos?

—Ah, sí —dijo, volviéndose hacia su ordenador—. Sabía que olvidaba algo. La distancia depende en gran medida del arma utilizada. Cuanto más largo sea el cañón, más poder de penetración. Pero examiné de cerca las estrías de la bala del teléfono y reduje las posibilidades a varias armas potenciales. ¿Sabes?, odio adivinar o aventurarme en cualquier tipo de estimación, en lugar de un resultado de prueba real. Ese tipo de prueba balística comparativa podría llevar...

Elliot sonrió. El médico era muy riguroso en su planteamiento.

—Solo tu instinto, doctor, es todo lo que necesito por ahora.

Whitmore suspiró.

—De acuerdo, pero no me cites. Diría que le dispararon desde una distancia de entre doce y quince metros. Ah, y había restos de pólvora en su hombro y su nuca, probablemente una transferencia del tirador cuando arrastró su cuerpo por el bosque.

Elliot dio las gracias al forense y se marchó. Al salir a la fresca brisa de la mañana de diciembre, respiró el aire frío y agradeció el aroma a abeto. Tenía balística, huellas dactilares y ADN; el caso debería ser fácil de cerrar.

Pero los casos de asesinato rara vez lo eran.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

DISPARO

Después de conducir el resto del trayecto sin ningún incidente, Kay se detuvo en el aparcamiento de la comisaría y apagó la sirena. La segunda llamada que Brian había hecho a su abogada había resultado eficaz. La comisaría del distrito norte estaba lista para su llegada.

Varios agentes habían tomado posiciones detrás de las puertas abiertas de sus vehículos, de espaldas al edificio, preparados para un tiroteo con cualquier posible atacante. Dos furgonetas de los SWAT se colocaron en las esquinas del edificio, flanqueándolo estratégicamente. En el tejado, varios francotiradores estaban en posición en decúbito prono, listos para disparar.

Kay se detuvo en medio del aparcamiento, con el morro del todoterreno orientado hacia el edificio, y apagó el motor. Permaneció quieta, observando en busca de una señal de las unidades de la policía de San Francisco. Unas plazas de aparcamiento más a la izquierda, el BMW de Carly Hosking estaba parado a la sombra de una gran secuoya, junto a la alambrada. No estaba al volante; debía haber entrado ya en el edificio de una sola planta. Mujer inteligente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Brian. Parecía irritado con toda la situación, pero Kay sospechaba que era una bravuconada para ocultar lo asustado que estaba.

Por desgracia, había tenido razón. Quienquiera que matara a Rachel iba ahora a por él. Estaban atando cabos sueltos.

—Ahora esperamos —respondió Kay, susurrando—. Haz como un ratón cuando el gato está en la casa. Quédate quieto, no hagas

ruido.

Cuando el teléfono de Brian sonó en el pesado silencio de su espacio, ambos se sobresaltaron.

Maldijo en voz baja y luego dijo:

—Es Carly.

—Cógelo y pon el altavoz.

Él la obedeció.

—Brian, tengo al señor Díaz, el jefe del departamento de policía, aquí conmigo. —La voz de Carly sonaba un poco temblorosa. Se oyeron algunos ruidos apagados cuando la abogada le pasó el teléfono a Díaz.

—Detective Hanlin. —Se escuchó la voz firme y enérgica de un hombre con un leve acento hispano y un matiz de preocupación.

—Sí, señor —respondió Brian—. Tengo a la detective Sharp del condado de Franklin conmigo. Díganos cómo quiere que se desarrolle esto.

—Te hemos tenido en cámara desde que pasaste Van Ness y Greenwich. Ya no te seguían.

—Es bueno saberlo. ¿Tenemos permiso para entrar en el edificio?

Un momento de silencio, luego unos susurros que Kay no captó.

—Sí, por favor, proceda. Despacio. Algún novato podría estremecerse con el dedo en el gatillo.

—Entendido —respondió Brian—. Procediendo con precaución.

Kay abrió la puerta, esperó unos segundos y salió del todoterreno. Miró atentamente a su alrededor, pero no vio nada fuera de lugar, salvo dos docenas de agentes de la policía de San Francisco y SWAT preparados para la Tercera Guerra Mundial. Contuvo la respiración y escuchó: silencio perfecto en su proximidad, con el telón de fondo

de los lejanos ruidos del tráfico procedentes de la ciudad. La sección de Van Ness más adelante y más allá de la calle Turk había sido bloqueada y asegurada. La calle Turk corría en un solo sentido desde Van Ness hacia el oeste. Estaba desierta.

Y aun así, algo no encajaba. Los pelos le hormigueaban en la nuca, donde se le erizaban. Quizá por hipervigilancia o por instinto, pero no se le ocurría qué podía salir mal. Moviéndose despacio para no asustar a nadie y que apretasen el gatillo, cerró la puerta principal con suavidad y luego abrió la puerta trasera para dejar salir a Brian.

Con la misma lentitud, él se bajó, levantando las manos. Durante unos segundos más, esperaron en su sitio mientras Kay cerraba la puerta trasera y estudiaba de nuevo los alrededores, y luego echaron a andar hacia la comisaría.

Oyó la bala surcando el aire y quiso gritarle a Brian que se agachara, pero le desgarró la carne antes de que pudiera abrir la boca, atrapando el aliento dentro de sus pulmones. El impulso de la bala la hizo girar en el sitio y perder el equilibrio. Ella agarró el brazo de Brian para hacer que se agachase, pero él se resistió, aún de pie, sosteniéndola a ella en su lugar.

En una fracción de segundo, se dio cuenta de que no había oído ningún disparo. Solo el silbido del proyectil cortando el aire.

Un francotirador.

Entonces oyó la segunda bala cortando el aire a medida que se acercaba. Brian gritó y se abalanzó sobre ella, haciéndola caer bajo el peso de su cuerpo. Le protegió la cabeza con los brazos y sus caras se tocaron.

Se oyeron disparos por todas partes. Alguien gritó: «¡Francotirador!», pero eso no detuvo los disparos. Debían haber visto a quién estaban disparando. Aunque el francotirador podía estar a más de un kilómetro de distancia, disparando desde algún tejado lejano donde no llegaría ninguna bala disparada con una pistola, al menos les estaban ofreciendo fuego de cobertura, dándoles un tiempo precioso.

Con el brazo izquierdo palpitante de dolor, Kay se zafó del cuerpo de Brian y le miró a la cara. Jadeaba con fuerza, hacía muecas de dolor; estaba vivo y consciente. Comenzó a arrastrarse hacia la parte delantera del coche para cubrirse, a solo unos metros de distancia.

—¿Dónde te han herido?

—Me han dado en la pierna —gimió. La sangre goteaba entre sus dedos, donde mantenía la mano apretada contra el muslo derecho. La bala le había atravesado la carne, de parte a parte, dejando dos agujeros ensangrentados en el suave tejido de sus pantalones.

—Vivirás —anunció ella, tirando de su chaqueta—. Si mueves tu culo fuera de la línea de fuego.

—¿De dónde viene?

Kay señaló hacia el oeste.

—Por ahí —dijo, apoyándose en el parachoques delantero del Ford. Estaban protegidos por el todoterreno, a salvo por el momento, pero inmovilizados. Asomó la cabeza por encima del capó para mirar hacia la calle Turk, de donde creía que procedían las balas. Comprobó todos los tejados que podía ver más allá de las copas de las secuoyas que bordeaban el aparcamiento—. No veo nada.

Brian se sentó a su lado, jadeando.

—¿No te alegras de estar conmigo?

Kay se rio entre dientes.

—En absoluto.

El chirrido de unos neumáticos acelerando a unos cientos de metros llamó su atención. Kay se levantó de un salto y corrió hacia la calle.

—¡Quédate ahí abajo! —oyó gritar a Díaz—. ¡Alto el fuego! —ordenó a su gente con urgencia en la voz. Un par de balas todavía estallaron después de que él diera la orden—. ¡Alto el fuego, maldita sea!

De puntillas al borde de la calle Turk, parcialmente protegida tras la carrocería de una furgoneta de reparto, vislumbró un gran todoterreno negro que doblaba la esquina tan rápido que casi volcó de lado.

Al cabo de unos instantes, varios vehículos de la policía de San Francisco salieron en su persecución con un alboroto de sirenas, dejando marcas en el asfalto del aparcamiento y el olor a neumático quemado en el aire.

Probablemente nunca atraparían a ese francotirador.

Hasta ahora, había estado dos pasos por delante de ellos todo el tiempo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

UNA VIDA

No era la primera vez que Elliot visitaba la casa de los Lorentz. Había estado allí el día anterior con el señor Lorentz para recoger su insulina y una prenda de ropa para el perro K-9.

Era una vieja y pequeña granja, visiblemente desordenada por sus últimas circunstancias; la casa no era muy diferente a la de Elliot. De una sola planta y situada bastante cerca de la carretera, la casa se había construido con gruesos muros de ladrillo y grandes ventanales con vistas a los prados de detrás. El césped delantero estaba invadido por la maleza, pero recortado un par de centímetros. La valla, podrida por partes, estaba torcida hacia un lado, con algunos tablones sueltos que pronto caerían bajo la fuerza de las ráfagas invernales.

Elliot llamó a la puerta. El timbre estaba oxidado y agrietado, y Elliot ni siquiera intentó comprobar si funcionaba. Una voz débil que apenas reconoció dijo:

—Pase. Está abierto.

La puerta chirrió cuando Elliot la abrió. El lugar olía a humo de cigarrillo rancio, el aire era azulado y espeso. Entró, pero dejó la puerta abierta tras de sí. Un poco de aire fresco no iba a hacer ningún daño.

El señor Lorentz estaba tirado en el sofá, con las piernas hinchadas colgando del borde. Iba vestido con la misma ropa que el día anterior, que estaba manchada de tierra y hierba de cuando había buscado a su hija por el bosque. Una foto enmarcada estaba bocabajo sobre su pecho y la sujetaba con la mano, que subía y bajaba con cada respiración.

En la mesa auxiliar, un paquete de cigarrillos vacío y un cenicero lleno hasta los topes de colillas y ceniza contaban la historia de cómo había pasado la noche. Una botella vacía de bourbon barato mostraba otra cara del asunto, el olor a alcohol rancio y sudor era apenas perceptible bajo la espesa capa de humo que aún lo envolvía todo.

Las cortinas estaban cerradas, dejando entrar muy poca luz para hacerle compañía. Elliot miró, pero no había indicios de que el hombre hubiera comido nada desde que había vuelto del hospital. Ni un solo envoltorio de comida ni un plato sucio en el fregadero o en la mesa del comedor.

—¿Cuándo le dieron el alta?

—Anoche —respondió el hombre, cerrando los ojos—. No quise pasar la noche allí. Mi lugar está aquí, con ellas.

Elliot no tuvo que preguntar. La mano del señor Lorentz apretó con más fuerza la foto enmarcada contra su pecho mientras hablaba.

—Esperaba que viniera a hacerme más preguntas. —Su voz era un susurro áspero y dificultoso—. Preguntas diferentes a las de ayer.

Elliot dejó el sombrero sobre la mesa y se sentó en una silla.

—Háblame de Taylor. ¿Cómo era? ¿Cómo pasaba el tiempo?

Una lágrima rodó por el pálido rostro del hombre. Mantenía los ojos cerrados como si la realidad hubiera dejado de ser soportable.

—Mi esposa falleció el año pasado... Creo que ya lo mencioné.

—Sí, así es. Mi más sentido pésame. No puedo ni imaginar cómo se debe sentir.

Un débil gesto con mano temblorosa dio las gracias a Elliot.

—Taylor luchó con el dolor tras el fallecimiento de su madre. Ella no decía nada, pero yo lo sabía. —Una respiración entrecortada abandonó su pecho—. Cambié de trabajo para estar en casa todas las noches, aunque eso supusiera un recorte salarial. Se acabaron los

camiones de dieciocho ruedas por todo el país; ahora hago entregas locales con una plataforma por menos de la mitad del sueldo. Pero no iba a dejar que mi hija lidiara sola con la pérdida de su madre.

Elliot se levantó y se dirigió al fregadero de la cocina, buscó un vaso limpio y lo llenó de agua. Luego lo colocó sobre la mesita, al alcance del hombre. Este no lo tocó; ni siquiera abrió los ojos al oír a Elliot caminar.

—Terminó el instituto con matrícula de honor y la aceptaron en la universidad. Estudiaba por las noches, muy alicaída, diciendo que quería que su madre se sintiera orgullosa. —Otra lágrima escapó por el rabillo de su ojo cerrado—. Así era mi hija, detective. Un ángel. Una buena niña.

Sus palabras hicieron aún más difícil para Elliot soltar lo que estaba a punto de decir. No tenía elección.

—Lo que voy a contarle probablemente sea una sorpresa —dijo. Su vacilación hizo que Lorentz abriera los ojos enrojecidos y llorosos y lo mirara—. Taylor estaba embarazada.

El hombre se incorporó apoyándose en los cojines del sofá.

—No me lo creo. Lo habría sabido. Mi niña me lo habría dicho.

—El embarazo estaba en sus primeras fases —dijo Elliot. No haría ningún daño si omitía ciertos detalles—. Es posible que ni siquiera ella fuera consciente de ello.

—Oh. —Cerró los ojos durante un largo momento—. Pero no salía con nadie.

—¿No tenía novio?

—No. —La respuesta fue rápida—. Estaba ocupada estudiando. Hable con su profesor de ciencias, Frank Livingston. Le ha estado enseñando a seguir sus pasos, a ser profesora cuando se gradúe. —Se tapó la boca con la mano como si quisiera ahogar un sollozo—. No puedo hablar de ella en pasado. Simplemente no puedo.

—¿Y por las noches? ¿Iba a algún sitio? ¿Salía con amigos?

—Ella mantenía la casa, conmigo trabajando y enfermo y todo eso. Por las tardes, trabajaba como cuidadora de mascotas y de casas, cualquier cosa que pudiera encontrar como trabajo extra, incluso cortar el césped de la gente; mi niña aceptaba lo que fuera para ayudar. Mis ingresos eran muy bajos. He estado enfermo, cogiendo días libres, pero no porque yo quisiera. Me obligaban a quedarme en casa si tenía el azúcar demasiado alto.

—¿Le importa si veo el dormitorio de Taylor?

El señor Lorentz negó, señalando hacia la parte trasera de la casa.

—Es la última habitación, por allí. Le gustaba despertarse con la vista del bosque por la mañana.

Las botas de Elliot repiqueteaban contra la madera dura, seca y arañada que cubría el pasillo. La habitación de Taylor era ordenada y casi monacal, desprovista de casi toda la decoración que habría indicado que allí había vivido una adolescente. La cama estaba hecha y cubierta con una manta desgastada con motivos nativos. El mobiliario minimalista se reducía a un pequeño escritorio con tres cajones de madera vieja, descolorida y arañada, y una silla de madera con respaldo recto y varillas en el mismo. Solía estar lacada, pero el asiento y los bordes se habían desgastado más allá de la laca hasta la fibra de madera.

Un ordenador portátil, cerrado, estaba colocado sobre la superficie del escritorio en medio de papeles, cuadernos y libros de texto sobre física, química y matemáticas, pulcramente organizados. También había esparcidos varios útiles de escritura, aunque algunos se recogían en una vieja taza de cerámica con el asa rota. Era blanca y llevaba impreso el dibujo de un gato arañando la superficie de la taza y las palabras «DISEÑADO PARA RASCAR» en negrita. La taza parecía haber sido un objeto preciado, tal vez un regalo de alguien a quien había querido.

Elliot abrió los cajones sin hacer ruido y encontró los tesoros habituales de la vida de una joven. Varias piezas de joyería, todas de baja calidad, hechas de metal barato o plástico. El material escolar ocupaba el gran cajón central. El último cajón contenía unas cuantas fotos que Elliot cogió y miró. Taylor y su madre delante de

la terminal del telesilla de Mount Chester. Toda la familia, cuando Taylor tenía unos nueve años, en alguna playa. Taylor y un joven escuálido de pelo largo y gafas de montura fina, sonrientes. Su brazo rodeaba el hombro de la chica y ella se inclinaba hacia él, disfrutando de la cercanía.

Elliot tomó la foto con el desconocido y el portátil, y volvió al salón. El señor Lorentz seguía como lo había dejado, sin darse cuenta de su presencia.

El aire se había despejado un poco, y ahora la casa estaba fresca. Elliot cerró la puerta principal y se acercó al sofá.

—Señor Lorentz, ¿podría mirar esta foto? ¿Sabe quién es este chico?

Abrió los ojos y miró la imagen.

—Es un antiguo compañero de clase de Taylor. No recuerdo su nombre; hace tiempo que no lo veo. —Frunció el ceño como si estuviese rebuscando en su memoria—. ¿Walter? ¿Wally? Algo así.

—De acuerdo. ¿Y esto? —Levantó el portátil en el aire—. ¿Tengo su permiso para llevármelo? Nos ayudaría a arrojar algo de luz...

—Por supuesto —susurró. Parecía débil, consumiéndose—. No tiene contraseña; normas de la casa. —Sonrió débilmente—. Puedo darle también acceso al registro de llamadas de su teléfono.

Elliot cogió la información que le proporcionó y anotó los nombres de usuario y las contraseñas de las cuentas telefónicas y de las redes sociales de Taylor.

—¿Quién mató a mi niña, detective? —preguntó cuando terminaron —. Ya debe tener alguna idea.

—No lo sé —respondió Elliot con sinceridad—. Pero puedo decirle una cosa: vamos a atraparlo y a hacerle pagar muy caro lo que ha hecho. —Sus miradas se cruzaron en una promesa tácita.

Entonces el señor Lorentz volvió a cerrar los ojos.

—Cierre la puerta cuando salga, detective.

Elliot deseaba que Kay estuviera allí para ayudar a Lorentz a superar su pena. No sabía cómo manejarlo, no con la delicadeza de ella. Pero de una cosa estaba seguro. Si no decía nada, se iba a arrepentir. Quizá no en ese momento, pero sí dentro de uno o dos días, cuando recibiera la llamada del 911 con su dirección y los técnicos en emergencias sanitarias encontraran al hombre fallecido por un shock hipoglucémico.

—Necesito algo de usted, señor Lorentz —dijo con severidad—. Levántese de ese sofá y prepárese algo de comer. Dese una ducha. Viva.

Un sollozo sacudió los hombros del hombre. Despacio, giró hacia Elliot la foto enmarcada que sostenía contra su pecho. Mostraba a su difunta esposa sentada en una manta de pícnic y a la joven Taylor con los brazos alrededor del cuello de su madre; sus mejillas juntas, sus sonrisas llenas de alegría. Un cielo azul despejado y la silueta del monte de Mount Chester servían de telón de fondo para esa foto.

—Eran mi razón de vivir —sollozó—. Ya no me queda nada.

—Sí, sí le queda —dijo Elliot con firmeza, acercándose al hombre, y le tendió una mano—. El estar ahí cuando lleve al asesino de tu hija ante la justicia.

CAPÍTULO VEINTICINCO

PUNTOS

—Lo siento, detective —dijo la joven técnico en emergencias sanitarias, probablemente viéndola hacer una mueca de dolor—. Un par de pinchazos más y ya no sentirá que le estoy cosiendo. —Era una chica negra atlética de unos veinte años, con una melena negra y rizada atada en una coleta. En su identificación ponía «Nia».

Kay apretó la mandíbula intentando mantener la compostura. La anestesia escocía como el infierno. No era demasiado doloroso, solo irritante, rozando los nervios que alcanzaba antes de adormecerlos.

—Debería ir al hospital, detective —dijo la técnico en emergencias, sacando por fin la aguja de su carne—. Esta herida es profunda y sangra profusamente.

—No puedo ir al hospital —murmuró Kay por tercera vez—. Solo ponme unas tiras de sutura y estaré bien. —»Y no vuelvas a mencionar el hospital», pensó, pero se quedó callada, no quería molestar a la mujer que jugaba con instrumentos quirúrgicos afilados cerca de su herida abierta.

—Eso no va a ocurrir —respondió Nia—. Tengo que limpiar esta herida y darle unos ocho o nueve puntos. —Mantuvo el rostro serio, sus ojos oscuros se centraron en el hombro sangrante de Kay—. La bala ha atravesado el deltoides, aquí. Si quiere volver a levantar el brazo, puedo arreglarlo.

—Gracias. —Kay respiró, agradecida por la desaparición del dolor en su brazo. La anestesia empezaba a hacer efecto—. La verdad es que me sorprende que seáis capaces de suturar heridas in situ.

—No lo somos —sonrió tensa durante un breve instante—. Mi

compañero de trabajo y yo nos formamos como médicos a distancia y tenemos las certificaciones necesarias para intubar y suturar heridas sobre el terreno, pero la mayoría de los técnicos en emergencias sanitarias no pueden. Se habrá fijado... —Se detuvo un momento, concentrándose en su trabajo—. Mi compañero, Danny, ha ido a la otra ambulancia para coser a su, um, lo que sea. El otro tipo. —Se rio, un poco avergonzada.

A estas alturas, incluso los técnicos en emergencias sabían quién era ella para Brian.

—Gracias. —Kay mantuvo la vista al frente, era mejor que mirar cómo cosían su carne sangrante—. Estamos en una situación difícil, si no, habría aceptado la oferta de ir al hospital. Te agradezco la excepción que estáis haciendo por nosotros.

—El jefe del departamento de policía ha movido algunos hilos —respondió Nia—. En realidad, no se nos permite hacer esto. Las heridas podrían infectarse, hay polvo por todas partes, este estúpido viento lo está esparciendo. —Frunció el ceño ante una hoja de roble caída en su regazo—. Ojalá me dejara llevarla dentro, al menos podríamos cerrar las malditas puertas. —Ella cortó el hilo después de atarlo en un nudo limpio—. Pero supongo que no han cogido al tipo que va a por ustedes, ¿por eso estamos improvisando?

—Sí, se ha escapado. Podría estar en cualquier parte; podría seguirnos hasta el hospital para terminar el trabajo y arriesgaría la vida de todos los que están allí —replicó Kay, aprovechando para moverse un poco cuando Nia no le estaba atravesando la piel con una aguja. Se encontraba sentada en el parachoques trasero de la ambulancia, donde podía girar la cabeza y verlo llegar. Tal vez. A menos que oyera otra bala rasgando el aire, y luego nada. El final.

Estaba siendo paranoica. Las ambulancias habían aparcado de espaldas a la comisaría, y los vehículos de los SWAT añadieron más cobertura en los laterales. Tenía que ser un francotirador del demonio para volver a intentarlo en esas circunstancias. Aun así, se había negado a que la cosieran dentro de la comisaría o dentro de la ambulancia con las puertas cerradas. Como si de repente hubiera desarrollado claustrofobia, quería sentir el aire libre a su alrededor, tener la sensación de que podía verlo llegar.

Miró a la izquierda, donde el otro técnico en emergencias, Danny, trabajaba en la pierna de Brian. Su ex estaba tumbado en la camilla, con los puños bajo la barbilla, parecía abatido y dolorido. Le habían cortado una parte del pantalón, dejando al descubierto una laceración en el muslo de unos dos centímetros de profundidad.

—Detective Sharp, ¿verdad? ¿O es doctora Sharp?

Reconoció la voz del jefe de policía. Kay estrechó la mano del hombre.

—Ambas, en realidad.

—Gustavo Díaz, jefe del departamento de policía —se presentó cortésmente, aunque sus ojos le disparaban dardos. Debía ser nuevo; ella no lo había conocido durante sus años de servicio como agente de la oficina de San Francisco—. Entonces, ¿qué sucede, detective? ¿Por qué está aquí? ¿Como la exesposa de Brian Hanlin? ¿Como su doctora?

Kay se echó a reír al imaginarse a Brian viéndola como una psicóloga, tumbado en un sofá, hablando de sus miedos más íntimos. Eso nunca podría ocurrir. El mundo dejaría de girar en el momento en que su ex buscara ayuda para su crecimiento personal.

—Quédese quieta, por favor —la amonestó Nia.

Kay se quedó helada, recordando la aguja curva que no dejaba de pellizcar y tirar de su piel.

—No estoy aquí como doctora de Brian, solo como amiga.

Díaz apoyó las manos en las caderas. Era un hombre delgado y huesudo, de mandíbula firme e inminente calvicie en los laterales.

—No la necesitamos aquí, detective. Usted lo ha traído, y eso es genial. Ahora es el momento de que se ponga al volante de su Interceptor y vuelva a su rincón del quinto infierno.

—Oh, vaya —susurró, sorprendida por el nivel de hostilidad—. ¿Tiene miedo de que pueda hacer algunas preguntas incómodas?

Su comentario provocó una oleada de oscuro enrojecimiento en el rostro del hombre.

—Aquí no tiene jurisdicción. —Se acercó un paso y se elevó sobre ella, clavándole sus ojos ardientes—. Si la veo dando vueltas sin marcharse de mi ciudad, le quitaré la placa. ¿Está claro?

Kay le sostuvo la mirada y sonrió.

—Como el agua. Estoy aquí para asegurarme de que se entregue tal y como hemos hablado, de que su abogada esté presente y de que no se juegue con sus derechos. —Su sonrisa se agitó un poco, luego se desvaneció en una expresión de tranquila determinación—. Luego iré a visitar a la madre de una buena amiga. Ha perdido a su hija hace poco. La visita es personal, no profesional; presentaré mis respetos.

—Ya está —anunció Nia con orgullo después de vendar la herida—. Que lo vea un médico cuanto antes. Probablemente le receten antibióticos.

Le dio las gracias a Nia y pasó junto a Díaz, sin importarle estar vestida con un sujetador deportivo con el frío que hacía. Su camisa, rota y ensangrentada, estaba ensuciando el suelo de la ambulancia.

Caminó deprisa sintiendo a Díaz justo detrás de ella y se detuvo junto a la camilla de Brian.

—¿Qué fiscal entrevistó a Rachel después del tiroteo?

—Detective —gritó Díaz antes de que Brian pudiera responder—. Esta es mi última advertencia. Váyase ya, o estará poniendo multas de aparcamiento el resto de su carrera.

—No lo escuchará —murmuró Brian para beneficio de Díaz. Este tenía chispas en los ojos—. Antes era una federal, una de las mejores que tenía la oficina regional; se le subió a la cabeza. Le ruegan que vuelva, pero es un poco testaruda.

«Genial, Brian —pensó Kay—. Añade más leña al fuego».

Pero el cambio de actitud de Díaz demostró que Brian sabía lo que

hacía. Su rabia disminuyó.

—Sea lo que sea, es hora de que tu señora se vaya a casa.

—No soy su señora y lo sabe. Deje de ridiculizarse. Tengo que hablar con la agente US Marshal asignada al caso de Rachel —dijo Kay, palpándose la herida del hombro a través del grueso vendaje. No le dolía mucho.

—¿A santo de qué? —espetó Díaz.

—La hija de Rachel podría estar en peligro, y su madre también. Necesitan ser puestas bajo protección inmediatamente.

—Oh, Dios —murmuró Brian, enterrando la cara entre las manos—. ¿Crees que irán a por mi niña? Ella no sabe nada. Tampoco la señora Epling.

Kay le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—No podemos correr riesgos con esta gente, Brian. Yo me encargaré.

—Usted se encargará de ir directa a casa, detective. No tiene nada que hacer aquí, metiéndose en mi caso. Cuidamos de los nuestros, y seguro que no la necesitamos.

—¿Cuál es su caso, jefe? —preguntó Kay despacio, disfrutando de verlo nervioso y enfurecido. El hombre era un tonto testarudo, o tal vez un policía corrupto que jugaba a serlo—. ¿Qué caso le importa en realidad? ¿El asesinato de Rachel? ¿O el tiroteo en la esquina de la calle que ella presenció?

La mandíbula de Díaz se aflojó y sus ojos se encendieron de rabia.

—Esta es mi última advertencia, detective. Después empezaré a hacer llamadas.

Kay sonrió.

—No estoy infringiendo ninguna ley. Haga todas las llamadas que quiera. Tampoco estoy aquí para hacer su trabajo, jefe.

—¿Cree que puede entrar aquí y hurgar, y, boom, los cargos contra su maridito se retiran? ¡Debe pensar que somos idiotas!

—Yo no he dicho eso —respondió ella con serenidad—. Lo ha dicho usted. —Kay hizo una pausa para que asimilara sus palabras—. Solo hago mi trabajo como amiga de la familia con preocupaciones legítimas por su bienestar. Casi nos matan hoy aquí, jefe. Si eso no le dice que algo va mal en su cuidadosamente construido caso contra mi ex, entonces nada lo hará. No voy a perder otro momento tratando de convencerle.

—¡Bien! —Díaz dio una palmada y luego se frotó las manos en un gesto de fingido entusiasmo. Profundas arrugas se dibujaban en su frente—. Entonces, puede irse a casa ahora mismo, o haré que la arresten.

Dio un paso amenazador hacia ella. Kay no se inmutó.

—¿Con qué cargo? —preguntó con un atisbo de sonrisa.

—Llevar una investigación sin jurisdicción.

—No. —Dejó que su sonrisa floreciera y le tocara los ojos—. Soy una simple ciudadana que quiere hablar con los agentes locales sobre un posible delito que afecta a la seguridad de una niña de ocho años. ¿Está seguro de que quiere detenerme? —Inclinó la cabeza provocativamente—. Imagine ese titular... Destrozando carreras.

Díaz gruñó y apretó los puños a escasos centímetros de su cara, pero luego bajó los brazos.

—Entonces enviaré al detective Brockett con usted. Ya sabe, por su propia seguridad. —Díaz sonrió con malicia. Sabía jugar tan bien como ella.

—No a menos que esté bajo arresto, jefe.

El detective Brockett se acercó a Brian, que se levantó e hizo una mueca de dolor al apoyar el peso en la pierna. Carly Hosking caminaba unos metros detrás de él, esforzándose por seguir la gran zancada del exmarine.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Kay, apretando el antebrazo de Brian.

—Como nunca —respondió. Estaba pálido y temblaba con el viento fresco—. Cuida de mi hija. Estaré bien. Y... Kay.

—Dime.

—El nombre del fiscal es Leonetti. Palmer Leonetti. Se encarga del crimen organizado, principalmente.

—Entendido.

El detective Brockett empezó a leerle a Brian sus derechos. Kay podría jurar que lo estaba disfrutando. Su voz lo delataba. Estudió a Brockett durante un momento. Un hombre alto y fornido de unos sesenta años, en forma y de aspecto feroz, con un corte rapado que apenas disimulaba las canas. Las gafas sin montura hacían que sus ojos parecieran un poco más grandes de lo que eran. Un bigote le cubría el labio superior, canoso y manchado de amarillo por el humo del tabaco.

No iba a compartir ningún detalle sobre el caso ni por qué procedía a la detención tras el tiroteo de esa mañana. No parecía alguien con quien Kay pudiera razonar.

Era un viejo bulldog.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

NOVIO

La secretaria de admisiones del instituto Franklin, una mujercita regordeta de ojos saltones y sonrisa lasciva, no tuvo dificultad en reconocer al amigo de Taylor en la foto que Elliot le puso delante.

—Oh, le conozco —dijo con una sonrisa torcida, y lanzó a Elliot una mirada por encima del borde de sus gafas—. ¿Qué ha hecho?

—Nada, que yo sepa —respondió Elliot. La emoción dejó paso a la decepción en el rostro de la mujer. Por desgracia, no iba a haber mucho material de cotilleo en la visita del detective al instituto—. Todo lo que necesito es su nombre y una dirección, si la tiene.

—Tengo eso para usted, detective, y mucho mucho más —dijo ella, batiendo las pestañas y bajando la mirada, coqueteando abiertamente con él.

A Elliot le incomodaba ser el centro de atención femenino, sobre todo cuando la mujer no era alguien a quien él invitaría a salir.

Tecleó algo con sus uñas rojas y brillantes, mirando la pantalla, y luego volvió a centrar su atención en Elliot.

—Se llama Walter Edward Finley. —Le dio la dirección y luego añadió en un susurro bajo y conspirativo—: He oído que trabaja de leñador en la montaña, donde están talando árboles para el nuevo aparcamiento del hotel. Él no es exactamente muy aplicado en los estudios, si me entiende.

El trayecto hasta el hotel Winter Lodge era de unos veinte minutos, pero Elliot lo hizo en quince. No le costó encontrar al equipo de desbroce; se oía el ruido de las motosierras y los troncos de los

árboles cayendo desde varios kilómetros de distancia.

Un capataz señaló a un chico delgado de piernas largas y mechones de pelo rizado y sudoroso que salían de debajo de un casco blanco. La barba incipiente y suave de unos tres días daba al hombre una espesa sombra en el labio superior, pero no le hacía parecer más maduro de sus casi veinte años.

Estaba ocupado cortando ramas de los troncos de los árboles, preparándolas para cargarlas en la plataforma más abajo. Su motosierra, blandida con destreza, llenaba el aire de olor a pino recién cortado y serrín.

Una palmada en el hombro llamó la atención del joven. La motosierra dejó de zumbar y quedó abandonada en el suelo.

—Detective Elliot Young, de la oficina del sheriff del condado de Franklin —se presentó, mostrando su placa durante un breve instante—. ¿Walter Finley?

El chico le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Necesito hacerte unas preguntas sobre Taylor Lorentz —dijo.

Finley se quitó el casco y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Oh. ¿Por qué?

—Siento tener que decirte esto, pero Taylor fue encontrada muerta ayer por la mañana.

El casco cayó al suelo. La mandíbula del chico se aflojó un poco y su barbilla tembló ligeramente. Sus ojos, que al instante se llenaron de tristeza, desviaron la mirada un momento y luego se fijaron en sus botas con puntera de acero.

—¿Fue ella a quien encontraron ayer en Frozen Falls? No tenía ni idea. —Juntó las manos en el pecho como si rezara.

—¿Qué puedes decirme de ella?

—¿Cómo murió? —Se llevó la mano a la frente, aún conmocionado por lo que había oído.

—Rápido —respondió Elliot, negándose a dar demasiados detalles —. Le dispararon en el pecho.

—Hace unos seis meses que no la veo. —Se mordió el labio con nerviosismo—. Rompimos cuando terminó el instituto. Ella siguió su camino, yo el mío.

—¿Por qué? No es como si vivierais a cientos de kilómetros de distancia.

—No ese tipo de caminos separados, señor. —Avergonzado, cambió su peso de un pie al otro—. Es lo que ella eligió hacer.

—¿El qué? ¿Ir a la universidad? —preguntó Elliot con sorna.

El joven suspiró amargamente.

—Trabajar de stripper, si necesita saberlo —dijo bajando la voz, aunque nadie podía oírlos. El leñador más cercano estaba al menos a veinte metros y manejaba una motosierra el doble de grande que la de Finley.

—¿De stripper? ¿Como en un club, bailando?

—Si así quiere llamarlo, claro.

—Su padre dijo que cuidaba mascotas, casas, ese tipo de cosas. Y que iba a ir a la universidad.

Finley estudió sus uñas mugrientas con interés.

—Esa sí lo hacía, lo de la universidad. Y cuidaba niños, lo suficiente como para bailar solo cuatro noches a la semana. —Acentuó la palabra como si le estuviera haciendo un favor personal a Elliot al no llamarlo striptease—. No me malinterprete —añadió con rapidez, juntando las manos, y se retorció y giró los dedos como si quisiera rompérselos—. Sé por qué lo hacía. Necesitaba el dinero.

Su madre murió de cáncer tras gastar todo lo que tenían en facturas médicas. Su padre está enfermo, no puede pagar su insulina durante mucho tiempo. No puede trabajar cuando tiene el azúcar alto, porque se marea y puede desmayarse y todo eso. Ya no le dejan conducir. La pobre Taylor no veía la hora de terminar el instituto para llevar dinero a casa.

—¿Cuándo empezó, um, a hacer striptease? ¿Y dónde?

El chico parecía perdido en la historia que contaba, pateando la tierra en ocasiones con la punta de su bota con puntera de acero.

—Me ofrecí a ayudarla; aquí pagan bien, casi treinta la hora, y con prestaciones. Podría haberse mudado conmigo, seguir cuidando mascotas y estudiando para la universidad, y ayudar a su padre a salir adelante. Pero mintió y tomó su propia decisión a mis espaldas. Y empezó a trabajar allí, en ese lugar espantoso.

—¿Dónde?

—En el... el Velvet Puss. —Bajó los ojos y se sonrojó, avergonzado al pronunciar el nombre del club—. Yo no podía soportarlo... Todos esos hombres, algunos con los que trabajo, tocando su cuerpo, poniendo sus viscosos ojos en ella de esa manera. Solo seguí mi propio camino, eso es todo.

—Nadie te está juzgando —dijo Elliot, al ver la confusión por la que estaba pasando el joven. Probablemente también se culpaba de su muerte—. ¿Siguió haciendo de canguro todo este tiempo?

—Hace tiempo que no hablábamos. Solía hacerlo, o al menos eso me dijo. Me mintió, y también mintió a su padre. —Se rascó las raíces del pelo sudoroso y miró hacia la cima de la montaña, cubierta de nieve blanca y fresca, perfecta contra el cielo azul—. Puede que sea el mayor idiota de esta ciudad, pero siempre la he respetado por lo que hacía. Nunca la desprecié..., la respetaba.

—¿Por qué lo dices?

—Ella hizo lo que tenía que hacer para cuidar de su familia, a eso me refiero. Nunca se quejó, nunca lloró, simplemente lo hizo.

Taylor era más fuerte que la mayoría de los hombres que hay en esta montaña. Tenía agallas.

—¿Sabías que estaba embarazada? —preguntó Elliot.

Finley lo miró con incredulidad.

—No... ¿cómo iba a saberlo? No hemos hablado desde junio, más o menos.

—¿Estás seguro de eso? —presionó Elliot, aunque no veía al joven como el que había embarazado a Taylor, tal vez rompiéndole los huesos al mismo tiempo al inmovilizarla.

Una mueca de desprecio curvó por un momento el labio del chico. Se arrancó unos cuantos cabellos de la cabeza con un gesto rápido y los sostuvo en el aire. —Tome. Cójalo. Descártenme. Sé de ADN y esas cosas. No quiero que pierdan el tiempo conmigo en lugar de atrapar al asesino de Taylor.

Elliot sacó una bolsa de pruebas y selló las fibras capilares en su interior.

—Gracias, señor Finley.

—El señor Finley es mi padre. Yo soy Walter.

—Walter. Siento mucho tu pérdida. —Estrechó la mano del joven y se volvió para marcharse.

—La perdí hace mucho tiempo —dijo, pero la tristeza deshilachó su voz, contradiciendo sus palabras—. Le sugiero que le haga algunas preguntas al gerente del local de striptease. Tal vez pueda revisar sus cámaras de vigilancia. Dicen que hacen mucho más que bailar.

Recogió su casco y se lo puso en la cabeza, luego encendió la motosierra y reanudó el corte de ramas de árbol, una tras otra, metódicamente.

Cuando Elliot llegó a su coche, miró hacia Walter Finley una vez más. El chico abandonó la motosierra y se sentó en el tronco derribado, sollozando.

Luchando contra una fuerte sensación de fatalidad, Elliot arrancó el motor de su coche, y estaba a punto de irse cuando un mensaje de texto de Lizzie sonó, llamando su atención.

Han disparado a Kay, pero está bien. Nada de que preocuparse.

Elliot pisó a fondo el acelerador para salir del aserradero, lanzando al aire una nube de piedrecitas y polvo.

—Maldito sea ese escurridizo y astuto hijo de puta —murmuró—. Sabía que causaría problemas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

CÁRCEL

En más de quince años como policía, había metido a innumerables delincuentes entre esos mismos barrotes, con la pintura amarillenta arañada y abollada apestando a desechos humanos y desolación. Ahora Brian se estremeció cuando la puerta se cerró con un golpe, encerrándolo dentro, empujada por un agente que conocía bien.

—Es solo hasta que pueda comunicarse con su abogada, detective —se disculpó el joven oficial del sheriff.

Brian se sentó en el catre con un gemido, presionándose el muslo para mantener la venda en su sitio, como si fuera a soltarse sin que él la sujetara. El dolor remitió en cuanto descargó el peso de la pierna herida, pero estaba inquieto, ansioso. Apoyándose en la mano, volvió a ponerse en pie y empezó a pasearse por la pequeña celda cojeando, agarrándose a veces a los fríos barrotes.

Otro detective apareció unos minutos después con una chocolatina Hershey y una Coca-Cola. Las deslizó entre los barrotes de acero, mirando primero a derecha e izquierda como si estuviera infringiendo la ley al darle de comer. Brian lo entendía; cualquier contacto con él era kriptonita para la carrera de un policía que quería seguir en el lado bueno de los poderes establecidos: Díaz y sus secuaces.

A ninguno de esos tipos le importaban las pruebas. Había pedido dos veces a Díaz que le concediera la cortesía de saber qué tenían contra él, que le dijera por qué le habían detenido.

—¿Por qué huiste si eres inocente? —había preguntado Díaz, mientras Brockett, ese pedazo de escoria de nariz marrón, se reía a carcajadas.

—No he huido —había respondido Brian—. Cuando supe que había una orden de detención contra mí, opté por entregarme en una comisaría donde los policías son honrados. ¿Tiene algún problema con eso?

Díaz había sonreído, una sonrisa de suficiencia que hubiera querido borrar de su cara con un puñetazo bien asestado.

—Pues debería —había continuado Brian imprudentemente. Ver a Díaz enfadado le calmaba los nervios de alguna manera. Esperaba que Díaz cometiera un error si se enfurecía lo suficiente, y su castillo de naipes torcidos, cuidadosamente construido, se derrumbara—. Debería limpiar su casa, jefe, empezando por arriba.

Díaz se había reído y se había marchado sin decir palabra. Eso ocurrió casi una hora antes. Desde entonces, le habían tomado las huellas dactilares y lo habían procesado, y su ropa había sido sustituida por un mono naranja que apestaba a lejía mientras Carly Hosking intentaba reprogramar su comparecencia. Inicialmente prevista para el mediodía, el incidente del tiroteo de la mañana había retrasado sus planes varias horas. Se corrió la voz de que el juez tenía problemas con los casos que no se presentaban a la hora y fecha señaladas, y no estaba dispuesto a reprogramarlos para el mismo día.

Otro joven detective pasó por allí y, con discreción, le dejó en la mano una revista enrollada.

—Buena suerte —había susurrado antes de desaparecer.

Pero no podía leer. La luz era tenue en el calabozo, y su mente estaba en otra parte.

—Lo tenemos. —La voz alegre de Carly le pilló por sorpresa—. Hoy, a las tres.

Su mente había divagado durante un rato, tratando de reconstruir lo que había oído de Brockett y Díaz en los últimos días que podría explicar su orden de detención. Estaba obsesionado con eso, aunque se daba cuenta de que era absurdo. Probablemente no se enteraría hasta que Carly recibiera el paquete de revelación de pruebas, y

quizá ni siquiera entonces.

—Vamos —dijo, esperando a que un agente abriera la puerta de la celda—. Tengo algunas preguntas que hacerte antes de eso.

Cojeando detrás de sus caderas bamboleantes, abrazadas con fuerza por una falda que le decía que llevaba tanga o tal vez nada debajo de la tela azul oscuro, Brian entró en una de las salas de interrogatorios y se negó a sentarse.

La habitación era pequeña y estaba pintada de un beige descolorido. En una de las paredes se habían rayado obscenidades, algunas de ellas con representaciones gráficas de órganos masculinos y nombrando a varios policías más. Cada semana, más o menos, los conserjes se quedaban hasta tarde e intentaban taparlas con pintura fresca, pero aún quedaban hendiduras.

Carly comprobó la cámara y lanzó una mirada desconfiada al espejo unidireccional.

—Cámaras y micrófonos apagados —ordenó al agente con voz firme —. O pediré su placa y el pellejo de su supervisor por violar los derechos constitucionales de mi cliente.

El oficial asintió, nervioso, y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Acercó una silla y la colocó de espaldas a la cámara y al espejo. Luego invitó a Brian a ocupar la otra silla a su lado, no al otro lado de la mesa, como dictaba el protocolo.

—Hablemos de declaraciones —dijo, yendo directamente al grano, como siempre—. Inocente, supongo.

Brian se burló.

—Por supuesto. —Comprobó la hora. Les quedaban casi dos horas antes de la comparecencia.

—¿Qué tal una fianza? —preguntó, consultando notas en su teléfono—. ¿Puedes con medio millón?

Él silbó.

—Como si creciera en los árboles, Carly. ¿Qué demonios...? Mejor bajarlo de ahí. Cien, tal vez cincuenta puedo conseguir, pero ¿quinientos? Ni de coña.

—¿Algún amigo o familiar al que deba llamar? —Le lanzó una rápida mirada de apoyo.

—No. —Juntó las manos, retorciéndolas de vez en cuando—. Mejor sácame, Carly. No puedo cumplir condena. Me matarán ahí dentro.

Ella respiró hondo y lo miró con severidad.

—Es la entrega y la comparecencia, Brian. Eso es lo que discutimos. Eso es lo que acordamos.

—Carly, no puedo...

—No puedo llevar tu caso, y sabes por qué. —Apretó los labios un momento y luego dijo, bajando la voz—: A la gente a la que suelo representar no le hará mucha gracia que defienda a un policía. No puedo arriesgarme. Tengo dos hijos. —Le apretó la mano para darle ánimos—. Pero te recomendaré algunos buenos abogados que necesitan visibilidad y podrían aceptarte pro bono.

Brian rio.

—Visibilidad, ¿eh? ¿Esa es mi moneda de cambio estos días?

Ella se apartó.

—Bueno, no te pienses que esto no llegará a los titulares, salga como salga.

No reaccionó; con la cabeza gacha y los hombros encorvados, se miró las manos, preguntándose cuántos años llevaría cadenas. Pero eso a ella no le importaba. No tenía ningún problema en abandonarlo, dejándolo allí enjaulado como un animal, mientras ella volvía a su facturación de mil por hora con los mejores criminales profesionales de San Francisco.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Carly, dibujando una sonrisa profesional en sus labios.

—Mi hija. Necesito saber que está a salvo.

—Oh —dijo ella, su sonrisa disminuyendo. Su mano fría encontró la de él y la apretó suavemente—. ¿No está tu ex investigando eso?

—Estoy preocupado por ella —respondió Brian, ignorando la pregunta de su abogada—. Pensé que estábamos bien: yo, Holly, Kay... —Sus palabras se interrumpieron cuando su voz se quebró—. Pero Kay y yo casi morimos hoy, Carly. Es un milagro que no lo hiciéramos. No puedo asumir que no irán a por Holly. No puedo correr ese riesgo.

—Guau... ¿Estás diciendo...?

La miró fijamente.

—Sean quienes sean, ya han matado antes y no dudarán en volver a hacerlo. —Tragó saliva—. Quizá sea mejor que no me representes, Carly. Vendrán a por mí y a por todos los que puedan estar implicados, una y otra vez hasta que el trabajo esté hecho.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ORGANIZACIÓN

La Fiscalía de San Francisco estaba a poca distancia en coche de la comisaría. Su única parada fue una tienda de ropa, donde compró una camisa blanca nueva y una sudadera azul con cremallera. Kay respiró tranquila cuando entró en el edificio tras considerar brevemente una parada para tomar una taza de café recién hecho. Starbucks estaba en la otra esquina de la manzana, tentador y cómodo.

Al final había renunciado a ello; el incidente del tiroteo anterior le había crispado los nervios más de lo que se atrevía a admitir y, prudente, comprobaba con inquietud cada tejado y cada todoterreno negro que pasaba por allí.

Una vez dentro del edificio gris de aspecto lúgubre, la llevaron al despacho del fiscal Leonetti tras decirle un par de veces que estaba ocupado y que era probable que no pudiera atenderla sin cita previa.

Probablemente lo estaba, pero eso no le impidió a Kay llamar a su puerta abierta. Leonetti estaba sentado detrás de un gran escritorio cubierto de pilas de carpetas y papeles. Se había remangado la camisa de rayas y se había aflojado la corbata, inmerso en la lectura de un expediente. Kay lo reconoció vagamente; sus caminos debieron cruzarse alguna vez en algún pasillo del juzgado.

El despacho era grande y tenía una ventana que él mantenía con las persianas cerradas casi por completo, protegiendo su espacio de trabajo del sol. De una lámpara de escritorio salía una luz amarillenta. Era vieja y estaba desgastada; debía haberla heredado con el resto de los muebles. En la pared del fondo, junto a la ventana, el fiscal había colgado una gran pizarra. Estaba llena de

imágenes pegadas y notas garabateadas, dispuestas ordenadamente en lo que parecía la jerarquía de una organización criminal.

De pie en la puerta, esperó un momento y volvió a llamar. Leonetti levantó la mirada del expediente.

—Oh —dijo, abandonando la carpeta, y se puso de pie con rapidez —. Es usted. —La invitó a pasar y le estrechó la mano—. Estábamos hablando de usted, Hanlin y el tiroteo. Está en todas las noticias.

—¿En las noticias? ¿Tienen nuestros nombres? —Pensó en Elliot, en cómo reaccionaría si se enterara de que le habían disparado.

—En esta ciudad no se puede guardar un secreto, ¿recuerda? —El hombre alto y moreno sonrió, señalando los dos sillones de cuero frente a su escritorio. Debió notar que a ella le intrigaba su familiaridad, porque añadió—: Puede que no lo recuerde, pero yo llevé un par de los casos en los que trabajó como federal. Estaban muy bien documentados y apoyados con pruebas. Fácil de condenar a sus detenidos.

—Ah, eso explica por qué me resulta familiar —respondió ella, un poco avergonzada por no recordarle mejor—. Lo siento.

—No se preocupe, detective. Yo era un novato entonces, sentado en el segundo banquillo. —Cruzó las manos sobre el escritorio—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Ya se ha enterado de lo que ha pasado esta mañana con el tiroteo —dijo Kay, sintiéndose como si tuviera que andar con pies de plomo—. Mire, no tengo jurisdicción aquí, y no estoy para causarle problemas ni a usted ni a nadie. —Él asintió en silencio. Sus ojos inteligentes permanecían fijos, interesados—. Solo quiero saber qué dijo Rachel la noche del tiroteo o a la mañana siguiente. —Ella hizo una pausa, dándole un momento para responder, pero él había arrugado su alta frente y apretado los labios con fuerza—. Es mucho pedir, lo sé, pero...

—Déjeme enseñarle algo, detective —dijo, poniéndose de pie y señalando la pizarra que había junto a su mesa—. Esto es a lo que nos enfrentamos. —Golpeó la pizarra con la punta de los dedos—.

La Vida Sangrienta. ¿Se acuerda de ellos?

El nombre de la temida banda de San Francisco sonaba familiar a cualquiera que hubiera trabajado en la aplicación de la ley en la ciudad en la última década. Sin embargo, sintió la necesidad de explicar su superficial conocimiento de la organización criminal.

—Trabajé en otra división, en Análisis del Comportamiento.

—Sí, lo recuerdo —le respondió el fiscal—. Trataba sobre todo con asesinos en serie. Son psicópatas que se excitan con el dinero y la sangre y matan a la gente con drogas callejeras. —Volvió a dar golpecitos contra la pizarra más cerca de la parte superior de la jerarquía. Había dibujado un rectángulo con rotulador rojo y un signo de interrogación en su interior. Arriba, el nombre «BARRACUDA» estaba escrito en letras mayúsculas. —Este hombre es su jefe. Nadie ha sido capaz de poner nombre cara al líder de La Vida Sangrienta. Ofrecemos tratos a todos los pandilleros que atrapamos. Intentamos coaccionar la información, incluso comprarla. Nada... Solo el entendimiento de que esta gente teme más al Barracuda que a nosotros. —Hizo una pausa—. Sabemos que este hombre, el Barracuda, ha instigado la lucha entre otras dos bandas, debilitándolas, y luego se ha hecho con el poder y ha unido bajo su reinado lo que quedaba.

Kay miró la pizarra con gran interés. Justo debajo del rectángulo de Barracuda, otro, también vacío, enlazado en línea recta desde él, con la palabra «CIGUATERA» y un signo de interrogación después de las letras mayúsculas y otro signo de interrogación dentro, donde debería estar la foto del hombre.

Una tercera fila tenía una mezcla de fotos, todas identificadas. El primer hombre, Edmundo Buendía, tenía dos fotos; una era un primer plano del tatuaje de su cara: cuatro gotas de lágrimas esparcidas bajo el rabillo del ojo izquierdo, en el pómulo y debajo. Definitivamente tatuaje de prisión. Las fechas debajo de su nombre confirmaban las veces que había estado encerrado. El segundo hombre era José DeFranco, apodado Big J, un latino con sobrepeso vestido con el atuendo naranja de la prisión y que posaba para la foto de su ficha policial de hacía varios años. El tercero era otro latino, Trinidad Cuadrado, apodado como su apellido.

Una cuarta fila albergaba una combinación de retratos y cajas vacías. Encima de cada uno de ellos, escritos en rojo o negro, figuraban sus nombres. Dos estaban atravesados con una línea roja diagonal, y sus fechas de defunción se habían anotado debajo de sus nombres. Otras eran fotos de fichajes, y la respectiva escritura indicaba la fecha de sus detenciones y los lugares donde estaban encarcelados.

La jerarquía continuaba dos filas más, cada casilla era una foto con un nombre o un signo de interrogación, pero la mayoría habían sido identificadas. Las cajas estaban conectadas a otras en distintas filas con líneas de rotulador negro, algunas de las líneas adornadas con comentarios sobre casos y acontecimientos relacionados.

Ver la pizarra le trajo recuerdos. Solía tener una igual en su despacho del FBI; la llamaba «el muro de los locos». Sobre todo porque podría volverse loca mirándolo mientras intentaba relacionar a las víctimas con los sudes y sus firmas.

—Vaya —susurró, estudiando la loca pared del fiscal—. No puedo creer cuántos siguen sin identificar. —Volvió los ojos hacia el hombre—. ¿Cree que el alguien expuso información del Programa de Protección de Testigos? ¿Que filtró la identidad de Rachel como testigo en el tiroteo de la semana pasada?

El fiscal bajó la mirada.

—No lo sé. —Sonaba sincero—. Me lo he estado preguntando desde que ocurrió. Podría haber sido alguien del Distrito Norte de la Policía de San Francisco, o incluso de aquí, de mi propia oficina. —Levantó los ojos y los mantuvo en la pizarra, la expresión de frustración en su rostro era inconfundible—. Pensé en someter a todo el mundo a una prueba obligatoria con el polígrafo, pero ¿de qué serviría? Esas pruebas no son admisibles en los tribunales por una razón: no son fiables.

—Temo que vayan a por la hija de Rachel y su madre. Tenemos que hacer algo para protegerlas. No creo que los que nos dispararon hoy hayan terminado de hacer su trabajo.

—Gracias a los medios de comunicación, saben que no han

terminado —refunfuñó el fiscal—. Téngalo por seguro, detective, volverán. Y ahora usted está en su lista de asesinatos solo porque estaba con Brian Hanlin en el mismo coche.

Justo lo que necesitaba, estar en la lista negra de una banda, cortesía de su ex, por algo de lo que no sabía nada.

—¿Qué podemos hacer por la familia de Rachel? —Hizo una pausa, dándole tiempo para pensar. El hombre tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa, pero no habló—. Para serle honesta, me sorprendió que le ofreciera a Rachel la reubicación en el programa tan rápido. ¿Firmó ella algo? ¿Una declaración, algo que me indicara una dirección por donde tirar, extraoficialmente?

Kay creía que ya se habían relacionado de alguna manera; habían estrechado lazos por casos pasados e intereses mutuos. Contuvo la respiración, esperando la respuesta que bien podría ser una invitación a abandonar el despacho precedida de un sermón sobre jurisdicciones y la promesa de presentar una queja formal ante el Departamento de Justicia de Estados Unidos. Pero Leonetti se quedó mirando la pizarra con una intensidad inusitada, como si estuviera debatiendo qué hacer. Como si estuviera averiguando si se podía confiar en ella.

—Debió decirle algo —insistió, manteniendo la voz suave, tranquilizadora.

Dio un golpecito en una de las fotografías pegadas en la fila inferior de su pared de locos. Tenía una línea diagonal roja que lo cruzaba y una fecha de defunción marcada debajo de su nombre.

—Oliver «Ollie» Galaz fue la víctima del tiroteo que presenció Rachel Epling la semana pasada. Muy abajo en la organización de La Vida Sangrienta. Era un traficante callejero que había escalado posiciones y fue ascendido a jefe de barrio. Se rumoreaba que lo habían visto hablando con un policía el día anterior. Mi investigador se puso en contacto con las comisarías y, sí, estaba dando información sobre una prostituta desaparecida que trabajaba en las mismas calles. Al día siguiente, le dispararon. El mensaje es claro: nadie en La Vida Sangrienta puede hablar con ningún policía.

Kay frunció el ceño.

—No estoy segura de entender el papel que Rachel jugó en todo esto.

El fiscal apoyó las manos en los muslos y examinó durante un rato el dibujo de la alfombra.

—Voy a confiar en usted con esto, detective. —Hizo contacto visual brevemente, y ella asintió—. Rachel vino a mi despacho el viernes por la mañana, preparada para hacer una declaración. La posibilidad de ingresar en el programa no estaba sobre la mesa en ese momento. Pero hizo exactamente lo mismo que usted cuando ha llegado: se quedó un rato mirando la pizarra. Pude ver que se iba poniendo pálida, temblando. Pensé que iba a desmayarse. —Se rio por lo bajo—. En lugar de eso, apuntó al nombre del Barracuda y dijo: «Creo que sé quién es. Fue a él a quien vi anoche, el tirador que mató a ese chico».

—Vaya... No sé qué decir. —¿Cómo sabía Rachel que el hombre que había visto esa noche era el líder de la banda? La chica que una vez conoció y quiso era una estudiante de Psicología de voz suave y amante de la diversión. Los relámpagos y los golpes repentinos en su dormitorio la asustaban. También los callejones oscuros y los taxistas que no se afeitaban a diario. Era una miedosa. Ni siquiera se acercaría a conocer a los pandilleros por su nombre.

Leonetti negó con la cabeza.

—Entonces señaló esto. —Dio unos golpecitos en la caja vacía de la segunda fila, y dijo—: «Ciguatera no es una persona. Es lo que pasa si cruzas la Barracuda. Es el veneno que te matará, y no hay escapatoria». Verás, ella ya había dado a la policía la descripción del vehículo implicado en el tiroteo, y coincidía con lo que teníamos fichado como uno de los vehículos preferidos de Barracuda.

—Pero no tiene sentido —dijo Kay, aún conmocionada por lo que había oído—. ¿Por qué iba a arriesgarlo todo el jefe de una organización tan poderosa disparando a un traficante de poca monta? Seguro que el jefe de La Vida Sangrienta tiene decenas de

lugartenientes deseosos de cumplir sus órdenes.

Leonetti se encogió de hombros.

—Tal vez quería hacer una declaración de intenciones.

—Ahora entiendo por qué abrió el cajón y sacó los documentos para el programa de protección.

—Eso fue lo que hice. Llamé a una agente del servicio US Marshals y le pedí a Rachel que se sentara. Pero tuvo el efecto contrario. En lugar de tranquilizarla diciéndole que la protegeríamos, se asustó. Debió darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Empezó a retroceder, a retractarse, pero seguimos adelante. Al final accedió a decirnos lo que necesitábamos saber y empezó a firmar los documentos. Fue entonces cuando llegó Brian Hanlin y dejamos de hacer preguntas. —Apretó los puños y se los metió en los bolsillos —. No quería exponerla a una persona más, aunque estoy seguro de que ya lo sabe todo, pero no hablará. —Se rio con amargura en la voz—. No le culpo; probablemente yo tampoco hablaría. El programa no es fácil. Cambia la vida, y no para mejor.

—Entonces, ¿dejó ir a Rachel? —Kay no podía creer que hubiera cometido un error de novato.

—Ella insistió. —Se aclaró la voz y añadió—: No. Nos chantajeó para que la dejáramos marchar y tener unas horas más para cerrar sus asuntos, antes de que la agente US Marshal fuera a recogerlas a ella y a su hija. Esas fueron sus condiciones para aceptar testificar. Quería llamar a un amigo que es federal. Supongo...

Kay se señaló a sí misma.

—Me dejó un mensaje de voz. Yo estaba en interrogatorios y no pude coger su llamada. Más tarde la volví a llamar, pero ya era demasiado tarde.

—¿Dijo algo que pudiéramos usar?

Kay reprodujo el mensaje de voz de Rachel. Leonetti se lo había ganado. Escuchó, visiblemente intrigado por los remordimientos que Rachel había expresado en el mensaje, pero luego pareció darse

cuenta de qué iba el asunto.

—No me había dado cuenta hasta ahora; Hanlin era su marido y ella, su amiga de la universidad. Lo dijeron en las noticias. ¿Era Rachel Epling...? —empezó a preguntar, pero se detuvo.

A Kay se le secó la garganta.

—Está bien. Es una vieja historia. —Le echó otra mirada a la pared loca—. Entonces, ¿nunca supo lo que quería decirle? ¿Quién es el Barracuda?

—No. Lo único que nos dio, en una declaración firmada, fue la marca y el modelo de ese vehículo, y un par de números de su matrícula. Era un Chevrolet Suburban negro. La Vida Sangrienta los usa mucho.

Así que ese era el francotirador. Brian tenía razón; no pararían hasta que estuvieran todos muertos. Brian, Holly, la madre de Rachel. Incluso ella misma.

—Me dijo una cosa más —añadió Leonetti—, algo sobre ver un destello rojo cuando el tirador había sacado la mano por la ventanilla para disparar el arma. Sugerí que podría haber sido un puntero láser, pero ella dijo que no, que era otra cosa, algo más cerca del coche, no de la víctima. No sabíamos qué pensar, y ella tampoco parecía saberlo. Quizá fuera el reflejo de los faros de otro coche, quién sabe.

—Gracias por confiar en mí —dijo Kay, sintiendo un profundo cansancio. El día había sido difícil, y aún no había terminado—. ¿Podría decirme cómo puedo encontrar a la agente US Marshal que...?

—No diga más —respondió Leonetti, y luego pulsó un botón de su teléfono. Cuando su asistente contestó, dijo—: Dile a Debra que venga.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Kay mientras esperaban.

Leonetti se esforzó por ocultar un suspiro de decepción.

—No queda nadie para testificar. Si metemos a la familia de Rachel en el programa, no hay final previsible. Podrían pasar años... Y tenemos un topo que no podemos identificar, ni aquí ni en la comisaría del distrito norte. Procesalmente, estamos en un aprieto.

Un rápido golpe en la puerta y Leonetti hizo pasar a la agente US Marshal, una mujer de unos treinta años, vestida con equipo táctico negro y un chaleco caqui con la insignia de su servicio. Estrechó la mano de Kay con firmeza, pronunciando su nombre.

—Debra Buscher.

Kay la estudió un momento. La mujer le sostuvo la mirada con seguridad.

—Creo que la madre y la hija de Rachel Epling están en peligro. Necesito su ayuda...

—Ve —dijo Leonetti cuando Debra lo miró en busca de aprobación.

En unos momentos, estaban de camino a la residencia Epling.

Kay esperaba que no llegaran demasiado tarde.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EL VELVET

Elliot había llamado a Kay una docena de veces, y cada vez le saltaba el buzón de voz. No se le ocurría qué decir en un mensaje en un contestador cuando lo que quería era oír su voz, saber si estaba bien.

Al salir de la montaña, luchó consigo mismo durante un rato. ¿Debería poner a Novack a cargo de la investigación y dirigirse a San Francisco para cubrir las espaldas de Kay? Ella le había dicho específicamente que se quedara allí. Pero ¿y si las cosas hubieran cambiado desde entonces y ella lo necesitara?

Cuando sonó el teléfono, pulsó el botón del volante sin mirar la pantalla multimedia.

—¿Elliot? —La voz de Kay llenó el silencio en su vehículo. Sonaba preocupada, tensa, pero era ella. Viva.

Respiró, la sensación de alivio era estimulante.

—Kay. —Se detuvo un momento, sin palabras—. Solo estaba...

—Intenté llamarte antes, pero las cosas aquí han sido un lío. Me vi envuelta en...

—Oí que te dispararon. ¿Estás bien?

—Sí, es superficial. Nada de qué preocuparse.

—Estoy a punto de poner a Novack en el caso y pedirle un día libre a Logan. Estaré allí en tres horas como mucho.

—No, Elliot, no lo hagas. —Sonaba casi en pánico, desesperada—.

Pronto me marcharé —añadió, y la vacilación de su voz delató algo que no estaba diciendo. A otros los podía engañar, pero no a él.

Ella simplemente no lo quería allí, y no iba a ser honesta al respecto.

—¿A dónde vas? —preguntó, dejando salir el aire de sus pulmones poco a poco como un globo que se desinfla después de una fiesta.

—Quiero decir que vuelvo a casa en breve.

—¿Ya has terminado allí? —Intentó ocultar lo aliviado que le hicieron sentir sus palabras, pero fracasó. Su voz sonaba alegre, como la de un adolescente a punto de ir a una cita.

Hubo un silencio.

—Voy a ver a la madre de Rachel para ponerlas a ella y a su nieta en custodia preventiva. Voy con una agente US Marshal.

—¿Está ahí, en el coche, contigo?

Kay se rio.

—Me está siguiendo en su propio vehículo. Recogerá a Holly y a la señora Epling, y luego probablemente me vaya a casa justo después de la comparecencia de Brian. No hay mucho que pueda hacer aquí.

—¿Todavía lo están acusando?

—Sí. —Volvía a sonar tensa, el momento de risa había desaparecido —. Si no ven el tiroteo de hoy como lo que es, no sé qué les haría pensar diferente. —Dejó de hablar, el silencio entre ellos estaba cargado de preguntas no formuladas—. Una vez que salga bajo fianza hoy, será libre de resolver las cosas por su cuenta. No hay razón para que vengas.

No creía ni una palabra de lo que decía. Puede que los detalles de lo que había dicho fueran ciertos, la comparecencia, que el señor Totalmente Equivocado saliera bajo fianza y todo eso, pero ella no quería que fuera por otra razón. Y eso tiñó su voz con matices de miedo.

—Si algo cambia, estaré en mi coche dirigiéndome al sur lo bastante rápido como para llegar ayer. Lo sabes, ¿verdad?

Le pareció oírla resoplar.

—Sí, lo sé —susurró—. Hablamos pronto, ¿de acuerdo?

—Cuídate, compañera —contestó él, pero ella ya había colgado y le había dejado preguntándose qué demonios había ocurrido para que Kay Sharp tuviera lágrimas en la voz.

Aún se preguntaba qué ocultaba cuando llegó a la ciudad. Unos minutos después, entró en el aparcamiento del Velvet Puss. El local abría a las seis de la tarde, pero había varios coches aparcados, uno de ellos un Audi Q7 azul, el coche del propietario.

Larry Melby ya se había cruzado antes en el camino de Elliot. Un cincuentón baboso con problemas de peso y el pelo de punta y grasiento, había sido detenido un par de veces. Había conseguido eludir la acusación más reciente, que habría sido la tercera, alegando que no sabía que en su club se traficaba con drogas. Novack lo había detenido, pero más tarde llegó a un acuerdo con el fiscal, dando nombres de traficantes de poca monta a cambio de que se retiraran todos los cargos.

La puerta estaba cerrada. Elliot tuvo que golpearla con el puño hasta que por fin llamó la atención de alguien, un joven que trabajaba allí como mozo de barra. El hombre no abrió la puerta; frunció el ceño al ver la placa de Elliot, y luego corrió hacia la parte trasera del edificio. Poco después apareció Melby.

Vestido con unos Levi's con tirantes y una camiseta blanca sin mangas, se quedó mirando a Elliot a través de la puerta de cristal con cara de desprecio.

—Abre, Melby —dijo Elliot—. No tengo tiempo que perder con tus quejas.

El comentario de Elliot no hizo sino aumentar la mirada de desdén en los ojos inyectados en sangre del hombre, pero este abrió la puerta.

—Se trata de Taylor, ¿verdad?

—¿Sabes algo de ella?

—Por cortesía policial, no. —Escupió sobre el cemento, sin tocar la bota de Elliot por unos centímetros—. Algunos de mis clientes hablaban anoche cuando no apareció. Lo habían visto en las noticias.

Malditas noticias. Daban tiempo a escoria como Melby para prepararse, descartar pruebas y ensayar cualquier sarta de mentiras que estuviera a punto de empezar a recitar.

Melby se apartó y Elliot entró. El club estaba iluminado a tope con luces fluorescentes blancas, y varias personas fregaban el suelo, las mesas y los mostradores, todo. Utilizaban cubos con agua tan sucia que casi parecía negra, y no ponían mucho empeño en su trabajo. El resultado fue una capa de brillo húmedo añadida a años de suciedad en capas.

El lugar apestaba a sudor, humo y suciedad. Había un tenue halo alrededor de las lámparas del techo reservadas para las horas de mantenimiento del club. Probablemente, el deficiente sistema de ventilación del edificio no podía soportar el humo que desprendían sus clientes durante la noche. El club, uno de los pocos de la zona que aún permitía fumar en su interior, había ganado popularidad cuando el estado de California prohibió encender cigarrillos en restaurantes y bares. Con el tiempo, el humo había manchado las paredes y el techo, dando al club un aspecto envejecido y decrépito.

—Confíe en mí, se ve mejor cuando la música está encendida, y las chicas están ahí arriba, meneando sus culitos apretados —dijo Melby, riendo con fuerza y manteniendo una mano presionada sobre su abdomen rebotante como para estabilizarlo—. Estoy seguro de que tienen lugares como este en Texas, ¿no es así, detective? No hay necesidad de arrugar la nariz en el mío.

Elliot dejó sin respuesta su comentario.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Melby se rascó la perilla manchada con dedos regordetes.

—Anteayer. Solo cerramos los lunes.

—¿Notaste que alguien se metiera con ella, que le hiciera pasar un mal rato?

Pete puso los ojos en blanco.

—De vez en cuando, algún tío no conoce las normas de la casa, pero tengo gorilas para eso. Yo cuido de mis chicas. Talento como el de Taylor es difícil de encontrar en esta zona. La echaremos de menos. —Una sonrisa lasciva floreció en sus gruesos labios.

—¿Qué hacía aquí exactamente? —Elliot examinó palmo a palmo el techo sobre el escenario hasta que encontró lo que buscaba.

—Bailaba. ¿Qué más iba a hacer? —Melby se burló, probablemente pensando que Elliot era un imbécil.

—¿Qué tal si me enseñas un vídeo? —preguntó Elliot, señalando la cámara situada en el poste de acero inoxidable del centro del escenario—. De Taylor, quiero decir.

Melby lo miró con ojos entrecerrados y llenos de veneno, sopesando sus posibilidades si se negaba. Luego hizo señas a Elliot para que le siguiera mientras se dirigía hacia la parte de atrás. Elliot estudió la disposición de la zona durante un momento, fijándose en la ubicación de todas las cámaras de vídeo, hasta que un empleado encontró la grabación y la introdujo en el ordenador de Melby.

—Aquí. —Melby llamó la atención de Elliot con voz ronca y malhumorada—. Regálese un espectáculo gratuito.

Elliot necesitó toda su fuerza de voluntad para no golpear con el puño la sucia boca de Melby. Miró el vídeo echando humo en silencio, prometiéndose a sí mismo que algún día metería a Melby entre rejas. El hombre había estado siguiendo la línea con cuidado, pero eso no cambiaba quién era. Un día, cuando resbalara un poco, Elliot estaría allí para atrapar su gran trasero. Y a la tercera va la vencida; no iba a patinar tan fácilmente cuando se produjera ese tercer tropiezo.

La pantalla del ordenador presentaba huellas grasientas de dedos de Melby, pero era lo bastante grande para que Elliot pudiera captar con detalle lo que ocurría en ella. Taylor bailaba y se desnudaba con lascivia, aparentemente indiferente a los abucheos, vítores y gritos. De vez en cuando, alguien se acercaba a ella con billetes de un dólar en la mano, y ella se acercaba, contoneando las caderas y dejando que el hombre deslizara los billetes por debajo del borde de su bikini.

Otra bailarina actuaba a unos dos metros a su izquierda, apenas visible en la pantalla. Era tan joven como Taylor, apenas dieciocho años. Elliot aceleró la grabación hasta que se dio cuenta de que varios de los hombres se habían agrupado en dos equipos, dos de ellos en el lado de Taylor y tres en la esquina de la otra bailarina. Ambos equipos gritaban con fuerza, levantando fajos de billetes en el aire. El resto del público parecía enardecido, animando a uno de los equipos como si estuvieran viendo fútbol.

Melby estaba cada vez más inquieto, con los ojos clavados en la pantalla.

—¿Ha visto suficiente? Tengo un negocio que atender.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Elliot, señalando a los dos grupos de hombres.

—¿Eso? No es nada. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Venga, vamos.

—No me vaciles —dijo Elliot en voz baja y amenazadora.

—Hijo de puta —murmuró Melby, apenas audible—. Es para bailes privados —dijo finalmente—. Si los clientes quieren un baile privado, tienen que pujar por él. —Apretó los labios con rabia—. Nada ilegal; le pregunté a mi abogado. Mis chicas solo hacen uno por noche cada una.

Elliot sintió que le hervía la sangre.

—¿De verdad son bailes eróticos? ¿O debería denunciarte por prostituir a estas chicas al mejor postor? Estoy seguro de que el

fiscal del distrito haría su agosto con esto; las subastas de esclavas sexuales se consideran trata de seres humanos. —Se quedó mirando a Elliot, aparentemente confuso—. Son veinte años, Melby. Necesitarás pañales para cuando salgas.

Melby extendió la mano como para detener a Elliot.

—No, no, detective, le juro que solo son bailes eróticos, ¿de acuerdo? Nada más.

—Quiero ver un vídeo de ese baile privado. Ahora mismo.

Melby sacudió la cabeza con tanta fuerza que su papada rebotó.

—No, señor. Lo que ocurre a puerta cerrada no es asunto mío. Para eso pagan los clientes: un baile privado con la chica de su elección.

Elliot se quedó mirando a Melby un momento. Le costaría un par de llamadas y algunas órdenes judiciales, pero iba a hacer pedazos ese lugar hasta llegar a la verdad.

No había forma de que un pedazo de estiércol baboso como Melby respetara la privacidad de nadie.

Elliot señaló la pantalla.

—Quiero hablar con esta chica. ¿Cómo se llama?

CAPÍTULO TREINTA

HOLLY

Conducir por la calle de Ciara Epling le trajo recuerdos, algunos dulces, otros dolorosos. La fiesta de Acción de Gracias de hacía ocho años, en la que Kay se había enterado del embarazo de Rachel, había tenido lugar allí, en el acogedor bungalow con ramos de citronela y árboles de cítricos plantados junto al borde del camino de entrada. Pero antes de eso, innumerables cenas de domingo, días festivos o simplemente tardes en las que Rachel y ella habían deseado una comida casera habían sido felices, serenas y apreciadas.

A Kay le latía el corazón en el pecho, preocupada por si llegaban demasiado tarde. Al acercarse, vio un vehículo policial con el rótulo de la oficina policial del distrito norte de San Francisco aparcado delante de la casa y respiró tranquila. El jefe Díaz lo había dicho en serio: «Cuidamos de los nuestros».

Se detuvo en la acera y esperó a que Debra la alcanzara.

—Entraré y hablaré con Ciara —dijo Kay—. Siéntete libre de acompañarme, pero que sepas que es una querida amiga a la que hace tiempo que no veo. No un caso cualquiera.

Debra era una mujer de pocas palabras. Asintió y esperó a que Kay la guiara.

Llamó al timbre, un poco ansiosa ante la idea de volver a ver a Ciara. Había echado de menos a la mujer de cuya amabilidad y hospitalidad había disfrutado en la universidad. Su desencuentro con Rachel le había pasado factura, incluso en su relación con Ciara. Aunque se preocupaba mucho por ella, Kay pensó que lo mejor era desaparecer de su vida tras el divorcio. Habría sido

incómodo no hacerlo.

Ciara abrió la puerta. Se le iluminó la cara cuando reconoció a Kay.

—Mi dulce niña —dijo, abriendo los brazos. Inesperadamente, Kay se vio envuelta en un abrazo familiar que había echado mucho de menos a lo largo de los años.

—Ciara, siento mucho lo de Rachel —susurró mientras se separaba.

La tristeza inundó el rostro de la mujer como una nube pesada antes de la lluvia.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Esperaba que vinieras. —Se apartó, invitando a Kay y Debra a entrar. Parecía un poco confusa y lanzó una mirada inquisitiva al atuendo táctico de Debra.

—Ciara, ella es la agente US Marshal Debra Buscher. —Kay las presentó mientras cerraba la puerta tras de sí.

Ciara estrechó la mano de Debra con una mirada de preocupación en los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Venga, sentémonos —le pidió Kay, indecisa de soltarle una noticia desagradable a la pobre mujer tan bruscamente. Había pasado por muchas cosas; su rostro demacrado y las ojeras evidenciaban su lucha contra el dolor.

Ciara iba vestida de negro y no llevaba más joyas que un pequeño crucifijo en una cadena de plata. Había engordado unos kilos desde la última vez que Kay la vio y se movía despacio, como si luchara contra la artritis. Su pelo rojo fuego se había suavizado con numerosos mechones blancos. Una vez en el salón que Kay recordaba bien, se sentó en su sillón habitual y señaló hacia el sofá.

—Siéntate y dime qué pasa.

Kay no se sentó enseguida. En lugar de eso, se acercó a la pequeña chimenea. La estrecha repisa de mármol estaba cubierta de cuadros enmarcados. Rachel y su madre en su cumpleaños, el año anterior a

la boda de Kay. Rachel con Kay, vestidas de fiesta, con serpentinas de colores en el pelo. Rachel con una niña pelirroja de ojos azules chispeantes y pecas en la nariz, riendo.

Cogió la foto y la estudió detenidamente, observando las similitudes entre madre e hija. Tenían la misma sonrisa, el mismo hoyuelo en la barbilla, la misma alegría en los ojos.

—Esa es Holly Flynn Epling —dijo Ciara—. La luz de mi vida.

—¿Flynn? —Kay se rio—. Es un nombre inusual para una chica, ¿no?

—Lo es, pero no debería serlo. En irlandés significa «el descendiente del pelirrojo» —aclaró haciendo comillas con los dedos—. Puede ser para ambos sexos.

—Es preciosa —dijo Kay, con un tirón en el corazón que le hizo preguntarse qué habría sido de su vida si hubiera tenido un hijo con Brian y un matrimonio normal. Volvió a mirar la cara de la pequeña y no notó ningún parecido con Brian, como si la niña fuera solo de su madre—. Estoy deseando conocerla.

Ciara asintió y sonrió con timidez.

—Mi hija siempre lamentó lo que te hizo —susurró, con la voz cargada de pena—. Quería llamarte, pedirte que no fuéramos unas extrañas entre nosotras, pero pensé que tal vez era demasiado doloroso para ti hablar conmigo.

Kay se acercó, se agachó junto al sillón de Ciara y le apretó la mano.

—Yo también te he echado de menos.

—¿Has perdonado a mi hija por romper tu matrimonio? —La voz de Ciara era suave, sin pretensiones—. No te culpo si no lo has hecho.

—Lo hice, hace mucho tiempo —respondió Kay—. No creo que fuera culpa suya, la verdad.

—Eres demasiado buena, querida. Siempre fuiste amable. ¿Te has vuelto a casar?

—No. —Kay desvió la mirada—. No creo que el matrimonio sea para mí. Mi trabajo y la vida que vivo, con sus riesgos, no creo...

La mano de Ciara tocó la cara de Kay y luego le alisó suavemente el pelo.

—No dejes que ese desamor defina quién eres, Kay Sharp. Te mereces ser feliz. Te mereces una familia. —Una lágrima asomó al rostro de Ciara. Kay se la limpió con la mano y se obligó a sonreír —. Ella nunca quiso que sufrieras. Me lo dijo muchas veces, siempre que me preguntaba cómo vivir con lo que había hecho. Todo ese asunto la arruinó tanto como a ti, querida. Algunos hombres son así. —Un sollozo rompió su aliento—. Si ella estuviera aquí hoy, te suplicaría tu perdón y rezaría para que estuvieras bien.

—Lo sé —respondió Kay, apoyando la cara en la cálida mano de la mujer. Las lágrimas le quemaban los ojos, amenazando con abrir las compuertas—. Si me hubiera hablado de Brian entonces, de lo que estaba pasando en su vida, tal vez podría haber hecho algo...

—No te culpes, Kay. Fue la voluntad de Dios llevársela, y nada de lo que hubieras podido hacer habría importado. Pero echo mucho de menos a mi niña —susurró—. No sé cómo vivir en un mundo donde ella no está.

Por un momento, Kay compartió el silencio lleno de lágrimas de Ciara. Parecía haberse olvidado de Debra, y Kay temía el momento en que tuviera que agarrar a la mujer y a su nieta y arrojarlas a la vorágine de la Protección de Testigos.

—Brian, um, estaba engañando a Rachel. —La suave voz de Ciara ganó una vena de amargura—. Igual que te engañó a ti. Intenté advertir a Rachel desde que me dijo que estaba embarazada de él. Estaba horrorizada, desconsolada por ti, y temía por la felicidad de mi hija. Él no iba a cambiar; ningún hombre lo hace.

—Ya se ha acabado —respondió Kay en voz baja—. No importa. Sé que Brian la quería mucho. A su manera, que no siempre incluía

fidelidad, la amaba. —La mirada escéptica de Ciara encontró los ojos de Kay—. De lo contrario, no se habría prometido con ella.

—Eso no me gustó nada. —Ciara cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo pucheros—. No es un hombre honesto y sabía que la haría sufrir, como hizo contigo. Pero ya era hora de que hiciera de mi hija una mujer honrada.

Kay se mordió el labio, frunciendo el ceño.

—Brian dijo que se casarían en diciembre, el día de Navidad.

Ciara cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sé que es el padre de mi nieta, pero no sé nada de él. Nunca se puede confiar en un hombre mentiroso, ni siquiera es de fiar cuando recita sus oraciones. Solo lo aprobé por Holly. Bueno o malo, es el padre de la niña.

—¿Qué sabes de las circunstancias que rodearon la muerte de Rachel? ¿Qué te dijeron?

—Brian me dijo que alguien entró en su casa y le disparó. —A Ciara se le quebró la voz—. Es todo lo que sé. —Miró a Kay con ojos suplicantes—. ¿Sabes algo más? —Luego miró a Debra, que estaba sentada impacientemente en el borde del sofá, haciendo rebotar de manera silenciosa el tacón de su bota contra la alfombra persa—. Por favor, dime lo que sabes. Todo. Por favor.

Kay llenó sus pulmones de aire y apretó la mano de Ciara.

—Rachel presenció un tiroteo relacionado con drogas la semana pasada. Habló con la policía sobre lo que vio. Estaba dispuesta a testificar, y creo que la mataron por eso.

—Dios mío. —Su mano cubrió su boca abierta, pero los sollozos seguían saliendo—. Me contó lo que vio la noche que ocurrió. Vino aquí justo después, todavía temblando como un cachorrillo. Fue valiente, mi pequeña.

—Sí, lo era. —Kay recordó cómo solía ser en la universidad, antes de que la vida interrumpiera su amistad, antes de que Brian

apareciera en sus vidas. Valiente cuando se trataba de las cosas importantes, aunque muerta de miedo por el más mínimo ruido—. Brian ha sido acusado de su asesinato —añadió con suavidad.

Ciara la miró incrédula.

—¿Brian? ¿Por qué? Si dices que fue por lo del tiroteo de drogas que ella presenció, ¿por qué él?

—Estoy segura de que pronto estará limpio, no te preocupes.

La mujer se quedó mirando a la nada durante un rato, pensando, con los hombros agitados por la respiración jadeante.

—Es un tramposo, y no soy fan de Brian Hanlin, pero no puedo imaginarlo matando a mi niña. Simplemente no puedo.

—Ciara, hay más —dijo Kay, un suave apretón en la mano de la mujer la obligó a concentrarse. El miedo estaba escrito en sus ojos, miedo de lo que Kay aún tenía que decir—. Tenemos que ponerte en custodia preventiva. Hay un coche de policía fuera, garantizando tu seguridad, pero tenemos que irnos ya.

—¿Por qué a mí?

Kay tragó saliva y le apretó la mano, esperando que su gesto infundiera valor y fuerza en el corazón de la mujer.

—Ha habido otro tiroteo hoy. Los mismos que mataron a Rachel vinieron a por Brian y a por mí. Nos dispararon a los dos, pero tuvimos suerte.

Ciara jadeó.

—¿Estás herida? ¿Por qué no me lo has dicho?

—No pasa nada. Es solo un rasguño —dijo Kay, poniéndose la mano en el hombro, donde el vendaje hacía bulto a través de la tela de su sudadera—. Brian resultó herido en la pierna, pero estará bien también.

Desviando la mirada hacia Debra, Ciara susurró:

—Oh, querida. ¿Crees que podrían venir aquí? —Su mano temblorosa le tapó la boca.

—Hay un coche de policía aquí delante de tu casa, y Debra también está con nosotras. Ella os llevará a ti y a Holly...

Ciara se quedó boquiabierta y sus ojos se abrieron de par en par con una mirada de pánico que dilataba sus pupilas.

—¿Qué quieres decir con Holly? ¡No está aquí!

Sus palabras agudas helaron la sangre de Kay. Debra se puso en pie de un salto, dispuesta a luchar contra un enemigo invisible.

—¿No está? —Kay tragó con fuerza, sintiendo la garganta seca—. ¿No vino Rachel aquí después del tiroteo que había presenciado?

—Sí, para despedirse. Iba a entrar en el programa de testigos con Holly. Creía que la tenían los US Marshals —sollozó, inclinada hacia delante en el sillón como si su columna vertebral no pudiera sostenerla más. Se agarró y tiró del cuello de su camisa como si se estuviera ahogando, incapaz de respirar—. Oh, Dios, no... Pensé que estaba a salvo. Mi pobre niña... Oh, Señor, ten piedad.

—La encontraremos —dijo Kay, lanzando a Debra una mirada preocupada. Habían pasado seis días desde la desaparición de Holly y nadie parecía saber nada al respecto. Pero ¿por qué nadie sabía que había desaparecido?—. ¿Quién te notificó la muerte de Rachel?

—Brian —susurró—. Me dijo que fueron a por Rachel antes de que él llegara a casa, y...

Kay recordó que Brian había dicho que después del tiroteo, Rachel había llevado a Holly a casa de su madre. Ahí es donde pensaban que estaba la niña.

—¿Le pediste hablar con la niña? —Ciara negó con la cabeza. Las lágrimas caían de sus ojos, manchando su blusa negra—. ¿Le preguntaste por Holly esa noche después de que te dijera que Rachel se había ido?

—No me acuerdo —gimoteó, retorciéndose las manos

desesperadamente—. Estaba en shock... Debí preguntar... No lo sé. —Se secó los ojos con las manos—. Rachel me dijo que ella y Holly estarían a salvo, y que había una agente US Marshal... —Su voz se cortó al darse cuenta de quién era Debra—. Eras tú, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió Debra—. Siento mucho su pérdida.

—Pensé que Holly estaba contigo. Rachel me llamó sobre las tres el día que murió. Me dijo que Holly estaba a salvo y que no me preocupara. Me dijo que durante un tiempo no podríamos hablar, ni siquiera por teléfono. No pensé...

—Así es —afirmó Debra con sencillez—. El programa no permite llamadas telefónicas a familiares o amigos. Las llamadas pueden rastrearse.

Ciara cerró los ojos con fuerza, como negándose a admitir su realidad.

—Debería haberle preguntado a Brian sobre Holly. Yo solo... Tal vez lo hice, no lo sé. —Un sollozo de dolor escapó de su pecho.

—La encontraremos —dijo Kay, cogiéndole la mano, y la ayudó a levantarse—. Pero ahora tenemos que irnos. Haz una maleta pequeña con lo estrictamente necesario, algo de ropa, tus medicinas, uno o dos objetos personales, y Debra te llevará a un lugar seguro.

Ciara se levantó y miró a Kay, un temblor en la barbilla le decía que apenas estaba conteniendo las lágrimas.

—Prométeme que encontrarás a Holly. Ella es todo lo que me queda.

—Te lo prometo. —Le dio un fuerte abrazo a Ciara. Luego la vio coger la foto enmarcada de Rachel y Holly como el primero de varios objetos que estaba recogiendo.

En cuanto entró en su dormitorio para hacer las maletas, Kay llamó a la comisaría del distrito norte y preguntó por el detective Brockett.

—Brockett al habla —dijo la voz ronca del hombre—. ¿Quién es?

—Soy Kay Sharp, la ex de Brian Hanlin.

—Ah, la que no deja de molestar —refunfuñó.

Kay ignoró su comentario.

—Tenemos un problema serio, y necesito que no cuentes nada hasta después de la comparecencia de Brian.

—¿Necesitas que no cuente nada? —Se rio con ganas—. Bueno, si tú lo necesitas, eso es lo que haré. Adiós, detective. Búscate una vida en tu propio código postal.

—Espera, no cuelgues —dijo Kay con rapidez—. ¿Sabías que la hija de Rachel está desaparecida?

El largo y confuso silencio que siguió le dio a Kay su respuesta.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

PLAN

Había un lugar junto a la chimenea apagada por donde Holly podía oír lo que discutían los mayores. Nunca se limitaban a hablar, solo discutían, y todas las conversaciones acababan en gritos, insultos y muchas palabras que ella no entendía.

En el momento en que la mujer salió de su habitación y cerró la puerta, Holly saltó de la cama, se dirigió hacia allí y apoyó la oreja contra la pared. Durante un rato, no oyó nada más que las fuertes pisadas de la mujer que se alejaban, desvaneciéndose escaleras arriba y en la distancia.

Esperó paciente, con los pies descalzos congelados por el contacto con el frío suelo de cemento.

Había pasado otro día, otra vez la pequeña ventana donde vivía el caracol había perdido la luz del sol. La mujer le había traído comida dos veces hoy, la primera por la mañana, un poco de pan duro con mantequilla de cacahuete y mermelada. No comió mucho, lo justo para que no le gritara. Le había hecho muchas preguntas, como antes, pero no dijo nada. Las reglas eran las reglas, y ella no las rompía.

Pero mamá aún no había venido a buscarla. Creyó con todas sus fuerzas, tal y como mamá le había dicho que hiciera, y aun así nada. Todo el día había transcurrido así, esperando a que viniera mamá, luchando contra su miedo, intentando no temblar ni llorar. Tenía que ser valiente.

Entonces la mujer regresó cuando la luz empezó a atenuarse en la habitación. Trajo un plato de sopa caliente y muchas preguntas. Esta vez estaba enfadada.

—¡Basta de esta mierda! —había gritado nada más abrir la puerta —. Vas a decirme lo que quiero saber o te golpearé con este cinturón. —Tiró de su cintura, donde un ancho cinturón de cuero serpenteaba entre las trabillas de sus vaqueros sucios—. ¿Cuándo viste a tu madre por última vez?

Holly tembló, se abrazó las rodillas y ocultó su rostro del feo ceño fruncido de la mujer. Debió odiar aquello, porque agarró un puñado del pelo rojo de Holly y la obligó a mirarla a los ojos.

—Dime lo que necesito saber, pequeña zorra. ¿Viste quién disparó a tu madre?

Holly cerró los ojos y empezó a llorar a gritos, con el pecho agitado por los espasmos.

—No, eso no es verdad —gritó después de que sus sollozos remitieran un poco—. Mamá vendrá a buscarme. Espera y verás.

—Tu madre está muerta —dijo, soltando el pelo de Holly, y la empujó con fuerza. Cayó de espaldas, jadeando, y luego se retorció alejándose de ella hasta llegar a la pared.

—¡No! —gritó, sin lágrimas ya—. ¡No es verdad! —La mujer era mala. No iba a comer de su sopa.

—Está muerta, estúpida, y te quedarás encerrada aquí hasta que recuerdes todo lo que pasó.

Holly mandó el plato de sopa al suelo de una patada y gritó:

—¡No!

La mano de la mujer cayó con fuerza sobre su cara. Cayó de lado, viendo las estrellas, sollozando, aunque se había prometido a sí misma que no iba a llorar más.

La mujer la levantó por el pelo y le mostró el líquido derramado en el suelo.

—Vas a lamer esto hasta dejarlo limpio, maldita cerda. —Luego la empujó tan fuerte que le sangraron las rodillas.

Holly no se atrevió a mirarla ni a levantarse. Jadeando con fuerza, esperó otro golpe, pero no llegó. Al cabo de un rato, se retiró al fondo de la habitación y se subió a la cama. El suelo estaba demasiado frío.

Luego levantó la vista.

La mujer la miraba, con el ceño fruncido y una mirada de odio en los ojos como Holly nunca había visto. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación, murmurando palabras que Holly no entendió.

En cuanto oyó girar la cerradura, Holly se acercó a la chimenea para oír lo que iba a decir la bruja. Iba a delatarla, iba a decir que había derramado la sopa a propósito.

No oyó nada en absoluto durante un rato, luego unos débiles pasos. Entonces una voz de hombre preguntó:

—¿Sabe algo o no?

—La zorrita sabe algo, pero no lo dice. No confía en mí y estoy perdiendo el tiempo con ella. Es testaruda. Mañana le daré una bofetada y conseguiré que hable. ¿Sabes lo que ha hecho?

—Hija de perra —respondió el hombre. Sonaba enfadado. Holly se estremeció, gimiendo débilmente—. No me importa lo que ha hecho. Solo lo que vio.

—No lo sé, ¿vale? —gritó. Ahora también estaba enfadada, más que por la sopa derramada.

—Sabes lo que tiene que pasar.

—Por favor, Edmundo, es solo una niña. —Unas pisadas fuertes que iban y venían indicaron a Holly que la mujer se paseaba por el piso de arriba—. Incluso si ha visto algo, no es como si pudiera señalar en una rueda de reconocimiento o testificar. No deberías preocuparte por eso.

—¿Me quieres muerto? —El hombre alzó tanto la voz que sonó como si estuviera al otro lado de la puerta, sobresaltando a Holly—. ¿Es eso? ¿Quieres que me maten a un lado de la carretera o aquí, en

esta casa, en plena noche? —El silencio fue todo lo que oyó por un momento—. Entonces ocúpate de ello, o lo haré yo. Ponle una bala en la cabeza. Toma, usa mi arma. Tiene silenciador.

Escuchó un poco más, pero no pasó nada. Ni una palabra más desde arriba ni un susurro o una maldición. Con el corazón palpitándole en el pecho, Holly se metió en la cama y se acurrucó de lado, temblorosa, con las manos heladas metidas entre las rodillas para mantenerse caliente.

—Mamá viene a buscarme —se susurró para armarse de valor.

En su voz y en los muchos pensamientos que se agolpaban en su mente, el más mínimo atisbo de duda empezó a esparcir carámbanos por su sangre.

¿Y si no venía?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

NOMBRE

—¿Cómo demonios ha desaparecido? —La voz de Brockett se oyó furiosa, rompiendo el silencio en el todoterreno de Kay—. ¿Cómo es que nadie lo sabía?

—Es una muy buena pregunta, detective. —Arrancó el motor y se marchó. Ya llegaba tarde a la comparecencia—. Por lo que sé, Brian creía que Rachel había dejado a la niña con su madre el día que presenció el tiroteo. Y la señora Epling creía que la niña ya estaba bajo protección. Al parecer, Rachel llamó a su madre el día de su muerte, a eso de las tres de la tarde, y le dijo que Holly estaba a salvo, ya en Protección de Testigos.

Oyó el tintineo de un teclado al otro lado de la llamada.

—Espera un segundo, puedo comprobarlo. Tengo los registros telefónicos de la víctima —murmuró Brockett—. Sí, esa llamada de las tres ocurrió de verdad. Pero ¿por qué demonios mintió sobre su hija?

—Quizá quería que su madre no se preocupara por la niña. —Kay salió del tranquilo vecindario en dirección al Puente de la Bahía. Eran casi las tres de la tarde, iba a ser un infierno cruzarlo, incluso con los intermitentes y la sirena encendidos. A lo lejos, el paisaje urbano de San Francisco estaba envuelto en el tinte dorado del sol de la tarde, los altos rascacielos empezaban a iluminarse en puntos brillantes reflejados en las tranquilas aguas de la bahía—. En este punto, solo puedo especular, detective, y eso no ayudará.

—Claro que no. Tu trabajo está hecho. En el momento en que me lo notifiques, habrás terminado aquí. Vete a casa, señorita Sharp.

—Doctora Sharp o detective, y no, todavía no. Voy a la comparecencia de Brian. Por favor, no le digas que su hija ha desaparecido. Deja que se centre primero en su liberación.

Un largo momento de silencio, luego un gemido frustrado.

—Ya se ha ido, pero está bien. Díselo tú. De paso, pregúntale por qué no tuvo la curiosidad o el interés de hablar con su hija durante seis días después de que mataran a su madre. ¿Cómo explicará eso?

Ella pensaba justo lo mismo, pero tuvo un indicio de una idea.

—No es exactamente el padre del año, detective. Por lo que pude averiguar, no estaba muy involucrado con Holly como padre. Estuve casada con él el tiempo suficiente para aprender que, para Brian Hanlin, solo hay una persona que importa en todo el mundo, y esa es...

—El propio Brian Hanlin, lo entiendo.

—¿Vas a involucrar a los federales? —preguntó Kay, girando en la rampa de la interestatal—. ¿Quieres que lo haga?

—No es tu trabajo. Si te enteras de algo nuevo sobre esto, mantenme informado —añadió, hablando en voz baja y dolida, como si pronunciar esas palabras le cortara la carne y le hiciera sangrar—. No vayas a ningún sitio que no sea el juzgado; no investigues esto ni un solo momento. ¿Está claro?

Ella sonrió en silencio ante la territorialidad del hombre, aunque justificada.

—Por supuesto.

La llamada terminó sin previo aviso. Podía imaginarse a Brockett golpeando el auricular contra el soporte, un lujo terapéutico que no ofrecían los teléfonos móviles. Kay encendió la sirena y avanzó entre el tráfico el resto del trayecto hasta el Tribunal de Justicia Penal de San Francisco.

Cuando entró en la sala, la vista ya había comenzado. Brian, vestido con un traje que ella no había visto antes, con camisa blanca y

corbata a juego, había sido invitado a levantarse. El juez, un hombre de unos sesenta años con nariz aguileña y ojos de buitre, lo miró fijamente a través de los gruesos cristales de sus gafas. Debían estar flojas en la sien o ser demasiado anchas para él, porque cada pocos segundos se subía el puente de la montura a la nariz con un gesto rápido.

El juez cambió su enfoque a Carly Hosking. Ella estaba junto a su cliente, esperando con paciencia.

—Señorita Hosking, ¿está su cliente listo para responder a los cargos en este momento?

—Sí, Señoría...

La mirada de buitre se desvió hacia la izquierda.

—Bien, señor Hanlin, ¿cómo se declara?

—Inocente, Señoría. —La voz de Brian sonaba fuerte, decidida, inocente.

—Así queda registrado —reconoció el juez—. ¿Fianza, abogados?

La fiscal fue la primera en hablar. Kay reconoció a la ambiciosa y prometedora Donna McCollister de sus años en el FBI de San Francisco. Era ferozmente inteligente pero carente de escrúpulos, y solo buscaba ganar y mostrar un gran historial de condenas cuando llegara el momento de avanzar en su carrera y presentarse como candidata al puesto de fiscal del distrito del estado. La justicia era un segundo pensamiento para ella, si acaso.

—Pedimos prisión preventiva, su Señoría. Se le acusa del brutal asesinato de una joven con la que mantenía una relación sentimental. Tiene los medios para huir y el conocimiento y la habilidad para evitar ser capturado.

El juez se subió las gafas a la nariz.

—¿Qué dice la defensa?

—Pedimos la libertad bajo palabra, Señoría. Mi cliente es detective

titular del Departamento de Policía de San Francisco y tiene un historial impecable. No hay riesgo de fuga. Tras conocer la orden de detención, mi cliente se entregó voluntariamente. Además, el tiroteo de esta mañana corrobora el hecho de que el asesinato del que se le acusa está, de hecho, relacionado con una banda...

—No estamos para escuchar el caso ahora, abogada. Solo recomendaciones de fianza. Y ya he oído suficiente.

Hosking apretó los labios durante un breve instante bajo la mirada del juez.

—Sí, Señoría...

—La fianza se fija en seiscientos mil. —El martillo cayó. Momentos después, el juez abandonó la sala. Parecía que la comparecencia de Brian era la última del sumario.

En el rostro de Brian se dibujó una expresión de consternación.

—¿Seiscientos mil? No tengo tanto dinero —le dijo a Carly. Parecía no darse cuenta de la presencia de Kay—. Ayúdame, Carly.

—Brian —dijo Kay, tocándole el brazo para llamar su atención.

Se giró y se iluminó al verla.

—Bien, estás aquí. ¿Tienes algo de dinero que me puedas prestar hasta que llegue a casa?

Era propio de él preguntar así. Debería estar agradecido de que solo tuviera que pagar el diez por ciento de la fianza.

—No, Brian, no tengo. Tendrás que pensar en algo. Ahora soy policía rural, no gano casi nada.

En los labios de Carly se dibujó una sonrisa arrogante. Su traje probablemente valía lo que Kay ganaba en un mes, si no más.

—Yo me ocuparé de esto —dijo la abogada, apretando la mano de Brian un momento más de la cuenta—. Me pagas cuando llegues a casa.

Kay enarcó una ceja, pero sus preguntas eran para otro momento y lugar.

Dos alguaciles se acercaban, listos para volver a encerrar a Brian. Fuera de tiempo, Kay se cruzó en su camino y dijo:

—¿Sabías que Holly ha desaparecido?

Él se tapó la boca con la mano mientras sus ojos, muy abiertos, la miraban con incredulidad.

—¿Desde cuándo? ¿Han llegado hasta ella? —gritó, llamando la atención de todos—. Lo prometiste, Kay, dijiste que estaría bien.

—Lleva desaparecida desde el viernes, Brian, no hay nada que pudiera haber hecho. Brockett lo está investigando. Los federales se involucrarán.

Brian se quedó mirándola como si no pudiera procesar lo que había oído.

—Brockett no es de fiar. Él es el que me tendió una trampa. No encontrará a Holly. Hará que la maten. —Le agarró el antebrazo y apretó con fuerza, mirándola con los ojos muy abiertos por el pánico—. No puedo perderla a ella también.

No estaba siendo racional, pero ella no podía culparle.

—Los federales están involucrados. Son buenos en esto.

Brian hizo una burla. Su ardiente mirada estaba llena de desprecio.

—Yo debería estar ahí fuera, buscándola. No Brockett ni los malditos federales.

—¿Cómo es que no la llamaste ni una vez desde que Rachel murió?

Brian la miró como si no entendiera la pregunta.

—¿Te refieres a Holly? ¿Por qué no la llamé? ¿Es eso lo que preguntas? —Se pasó las manos por la cara casi frenéticamente—. ¡Dios, Kay!

Ella inclinó la cabeza.

—Habría esperado que llamaras a tu hija y a Ciara para pasar un tiempo con ellas tras la muerte de Rachel. La gente que sufre a menudo se reúne.

Él sacudió la cabeza con fuerza.

—Yo no. Estaba enloqueciendo, Kay. Fui yo quien la encontró, ¿recuerdas? —Cojeaba inquieto en su sitio, confinado en el pequeño espacio junto a la mesa de la defensa—. ¿Y qué más da? La vieja me odia, eso nunca fue un secreto. Me odia por tu culpa. Por lo que te hice. Y Holly... no hablamos tan a menudo. No sé muy bien cómo ser un buen padre, pero lo intento. Esperaba que, cuando viviéramos juntos, Holly y yo tuviéramos un vínculo más fuerte. —Agarró los hombros de Kay, apretando con fuerza, enviando fragmentos de dolor a través de su herida—. Tienes que sacarme de aquí, Kay, por favor. Tengo que encontrar a mi hija. Sé dónde buscarla.

Ella dio un respingo y se apartó, y él la soltó enseguida, susurrando una apresurada disculpa, con los ojos clavados en los de ella, suplicantes aún. Un alguacil lo cogió del brazo, pero él se liberó.

—Suéltame —dijo, mirando a su alrededor como si buscara una salida—. Se han llevado a mi hija.

A los alguaciles no les importó. Con movimientos expertos, le inmovilizaron las manos a la espalda y le colocaron un par de esposas. Entonces empezaron a llevárselo, sujetándolo por los brazos mientras se resistía y chillaba.

—¡Kay! —gritó cuando estaban casi en la puerta—. ¡Sácame de aquí! Sé quién tiene a mi niña.

Por un momento, se preguntó si de verdad sabía quién tenía a Holly. ¿Tenía algún sospechoso en mente? ¿O solo a la organización La Vida Sangrienta en su conjunto? No podía esperar a que lo liberaran, no cuando aquella dulce niña llevaba seis días desaparecida.

Cuando la puerta se cerró tras los dos alguaciles que llevaban a Brian de vuelta al calabozo, Kay y Carly eran las únicas que quedaban en la sala.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kay.

La abogada recogió todas sus cosas y sacó su talonario de cheques. Luego extendió uno por valor de sesenta mil dólares y lo rasgó por la línea de puntos con dedos expertamente cuidados.

—Ahora depositamos esto. Tardarán una hora en procesarlo, luego lo dejarán ir.

No había tiempo que perder. Kay sonrió y miró a Carly como si fuera la heroína del día.

—Eso es maravilloso. Eres una verdadera amiga, justo lo que Brian necesita en este momento. ¿Puedo pedirte que lo recojas cuando salga? Hay algo que tengo que hacer primero, luego le llamaré.

Se marchó antes de que la desconcertada abogada pudiera negarse. Cuando llegó a su coche, llamó al número de Brockett.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CARMELA

La chica, de apenas dieciocho años, palideció al ver la placa de Elliot. Con los ojos llenos de miedo, dio un paso instintivo hacia atrás, levantando la mano como para impedir que se acercara más.

Llevaba un top negro de lentejuelas sin mangas, una diminuta braga bikini negra y medias blancas con rayas negras, como las de una colegiala, pero mucho más altas, hasta medio muslo. Unas plataformas ridículamente altas de tacón y con correas transparentes daban la ilusión de que caminaba sobre el aire. Elliot se preguntaba cómo se las arreglaba para pasear o bailar sobre aquellos artilugios sin romperse el cuello.

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo Elliot—. Tengo algunas preguntas sobre Taylor, eso es todo.

La chica pareció aliviada. Melby estaba sentado en su escritorio, observando la interacción con una mueca amenazadora.

—Melby, déjanos solos, por favor —pidió Elliot, y luego se acercó a la puerta del despacho y la mantuvo abierta, invitándolo a salir con algo más que sus palabras.

—Es mi empleada —replicó el hombre—. Tengo derecho a...

—¿Mantenerte en silencio? —preguntó Elliot, dejando clara la amenaza en su tono de voz y en la ligera inclinación de su cabeza.

Melby comprendió y salió del despacho dando un portazo tras de sí.

—Uf —dijo Elliot, apoyándose en el escritorio de Melby—. Ahora se respira mejor, ¿no?

La chica sonrió.

—Mucho mejor, sí. —Tenía una bonita sonrisa y el pelo largo y castaño con la mitad inferior de algunos mechones decolorados de rubio.

—¿Me ayudarás a averiguar qué le pasó a Taylor?

La chica miró a su alrededor como para ver si era seguro hablar.

—Tiene cámaras por todas partes.

—No creo que haya puesto micrófonos en su propia oficina, ¿verdad? —Lo había comprobado antes y no había encontrado nada, pero quería asegurarse—. Pondremos música y hablaremos en voz baja. Así no nos arriesgamos. ¿Te parece bien?

Ella dudó, todavía asustada.

—No lo sé. —Ansiosa, se mordió el labio—. He visto lo que pueden hacer sus cámaras. La música está alta en el club y, aun así, puede captar las palabras de la gente hablando. —Echó una nueva mirada sospechosa a las paredes—. Este lugar es un basurero, pero su tecnología es supercara.

Extraño. Lo que Elliot había visto hasta entonces no parecía un equipo de vídeo de primera clase. Más bien, cámaras de veinte dólares compradas en eBay directamente de China. ¿Qué demonios intentaba grabar Melby para que mereciera la pena la inversión? ¿A quién le importaba lo que esas chicas hablaran entre ellas?

—Vamos fuera, entonces. —De buena gana la habría llevado a la seguridad de la comisaría, pero no quería abandonar el despacho de Melby antes de que llegaran las órdenes judiciales y los agentes del sheriff para apropiarse de todas las pruebas, de todas las grabaciones que había hecho. No confiaba en que Melby no destruyera las pruebas que quedaban sobre las actividades de Taylor en el club.

Elliot se dirigió hacia la puerta, pero la chica lo detuvo. Se puso detrás del escritorio de Melby, donde varias ventanas oscurecidas se ocultaban tras una horrible cortina, una tela azul oscura estampada

con siluetas eróticas de chicas en estridentes y fluorescentes tonos rojos, amarillos, verdes y magenta. Corrió las cortinas y abrió uno de los ventanales con cierta dificultad, justo cuando Elliot estaba a punto de prestarle algo de su fuerza.

La luz del día se abría paso a través de la semioscuridad de la oficina. El humo y el polvo suspendidos en el aire espeso se arremolinaban, diluyéndose por segundos. Era como si hubieran abierto una tumba que no había visto la luz en miles de años.

La chica le hizo señas a Elliot para que la siguiera mientras lanzaba la pierna por encima del alféizar de la ventana y salía al exterior, agarrándose al borde hasta que su sandalia de tacón ganó firmeza. La ventana daba a una zona ligeramente arbolada detrás del edificio. Eligió con cuidado dónde pisar y se alejó unos veinte metros del edificio antes de decir:

—Soy Carmela. —Sonrió torpemente y extendió una mano delgada con dedos largos y uñas acrílicas multicolores—. Ahora podemos hablar.

—Gracias. ¿Taylor y tú estabais muy unidas?

Se encogió de hombros, con los hombros delgados y huesudos asomando por la tela de lentejuelas de su top. A la luz del día, Elliot se dio cuenta de que su ropa estaba desgastada, le faltaban lentejuelas aquí y allá, la tela estaba rota y rasgada en algunas partes.

—Somos las únicas bailarinas aquí, y ella era amable, no como algunas zorras con las que he trabajado en el pasado.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó, sorprendido por su comentario. Había hablado como una veterana del negocio.

Carmela se sonrojó bajo el pesado maquillaje.

—Casi diecinueve.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

El miedo nubló su mirada.

—Por favor, no me obligues a hablar más de la cuenta —susurró—. No quiero problemas.

Elliot decidió dejarlo pasar. No era una sorpresa que Melby contratara a chicas menores de edad como bailarinas. Levantó las manos para tranquilizar a Carmela.

—Está bien. Solo cuéntame lo que te haga sentir cómoda. —Ella asintió con una sonrisa de agradecimiento—. He visto un vídeo de Taylor bailando, y me he dado cuenta de que grupos de hombres pujaban por bailes eróticos. ¿Es eso lo que pasa?

Aparentemente avergonzada, apartó la mirada.

—Sí —murmuró—. Melby hace que pujen. En otros clubes nos daban más propina y les hacíamos el baile erótico, allí mismo, en la sala principal del club.

—¿Cómo funciona? —preguntó Elliot con suavidad.

Carmela se retorcía las manos y, de vez en cuando, miraba a su alrededor como si esperara ser sorprendida y castigada por hablar con Elliot. Se mordió el labio y pareció pensar qué decir.

—Se anuncia en los medios locales. Y lo hace a escondidas. Los anuncios son así: «Lánzate a por la chica de tus sueños, solo esta noche». Solo ocurre una o dos veces por semana.

—¿No todos los días?

La chica se rio con amargura.

—No duraríamos mucho si pasara todos los días. Apenas podemos soportarlo tal y como es.

Sus palabras confundieron a Elliot. Melby había pintado un cuadro diferente.

—¿Y entonces qué pasa?

Ella bajó la cabeza. Se colocó un largo mechón de pelo detrás de la oreja con dedos temblorosos. Una lágrima cayó de sus pestañas,

estropeando un poco su maquillaje—. Cuando llegan aquí para la subasta, ya están borrachos o colocados, dispuestos a liarse a mamporros para conseguir algo de acción. —Miró a Elliot y luego apartó la vista, avergonzada—. Entonces pujan. El ganador se queda con la chica de su elección, el segundo con la otra. —Se paseó, un poco inestable sobre los tacones en el suelo blando cubierto de agujas de abeto y conos—. Y luego bailamos. —Apretó los labios y miró a Elliot por un momento, con la mirada llena de un dolor indescriptible.

—¿Qué pasa en esas habitaciones, Carmela?

Gimió y apartó la mirada, indecisa.

—La mayoría de los clientes están bien. Se limitan a mirar, a veces tienen exigencias extrañas y enfermizas, o quieren un final feliz, pero en su mayoría nunca nos tocan. Otros son terribles. Violentos, fuera de control. —Luchó con todas sus fuerzas para no llorar y respiró hondo varias veces, parpadeando con rapidez—. A Melby no le importa que nos den una paliza mientras paguen por lo que hacen. Coge el dinero, cierra la puerta y, durante veinte minutos, nos quedamos a solas con ellos para que hagan lo que quieran. No hay portero, no hay salida. Incluso si gritamos, la música está lo bastante alta en el club como para taparlo.

Elliot apretó los puños y se los metió en el bolsillo. Melby iba a caer por eso. Sintió el impulso de volver corriendo al club y ponerle las esposas, pero tenía unas cuantas preguntas más para Carmela. Melby no iba a ninguna parte.

—¿Sabías que Taylor estaba embarazada?

Carmela negó con la cabeza, luego se tocó suavemente el ojo con el dedo, donde una lágrima amenazaba con emborronar su delineador.

—Hace unos dos meses, se rompió la muñeca. ¿Te suena?

La chica miró hacia el aparcamiento, donde empezaban a llegar los clientes más madrugadores. Aún no eran las seis; todavía había algo de luz, pero las sombras ya se habían alargado.

Un escalofrío sacudió su delgado cuerpo.

—Un baile en una subasta salió muy mal hace un par de meses —dijo mirando al suelo—. Taylor lloró durante días después de esa noche, no vino a trabajar. Melby no la despidió, lo que fue raro. Normalmente, si no apareces una vez, te vas. —Juntó las manos un momento y luego cruzó los brazos sobre el pecho, temblando. Hacía frío, casi helaba, y ella iba vestida solo con aquel delgado top sin mangas.

Elliot se quitó la chaqueta vaquera y la colocó alrededor de los hombros de la chica. Ella le dedicó una pequeña sonrisa de gratitud.

—¿Quieres entrar? —preguntó Elliot.

Rachel sacudió la cabeza. Sus largos pendientes tintinearon.

—Cuando volvió, tenía la muñeca envuelta en una venda elástica y el maquillaje muy cargado, ocultando moratones en la cara, los muslos, las muñecas, por todas partes. Creo que esa noche la violaron. —Carmela soltó un sollozo—. Había un hombre esa noche, un cliente habitual. Melby pagó a Taylor para que no denunciara el incidente, como él lo llamó. Le prometió que no volvería a dejar entrar a ese hombre en el club. Yo estaba allí. Lo escuché hacer esa promesa. Sé que le pagó, y sé cuánto. —Lanzó a Elliot una mirada de disculpa, como si todo aquello fuera culpa suya—. Melby hizo que pareciera que había tenido suerte de haber sido asaltada porque así es como se gana dinero en realidad.

—¿Quién era, Carmela?

—No lo sé —respondió ella, con la voz llena de tristeza—. Melby juró que no volvería a poner un pie en el club, pero ha vuelto. No ha pujado por una chica, pero se queda sentado entre la multitud, en silencio, mirando a Taylor de forma extraña, como un psicópata. Sin animar, sin dar propina, sin acercarse a ella. —Se volvió hacia el club—. Puedo mostrártelo en el vídeo que estabas viendo. Estuvo allí el martes por la noche.

Volvieron andando y, antes de que ella pudiera trepar por el alféizar de la ventana para volver al despacho de Melby, Elliot le

ofreció la mano para que se apoyara en ella. Ella la cogió y le dio las gracias. Luego se detuvo frente al monitor y pulsó el botón de reproducción. Unos instantes después, puso el vídeo en pausa y señaló la cara de un hombre entre la multitud que rodeaba el escenario de baile.

Elliot se sentó en una silla, se apoyó en el respaldo y clavó los ojos en la joven. Elliot reprodujo el vídeo y observó al hombre con la mirada fija, completamente inmóvil, durante todo el baile. No encendió un cigarrillo, no dio un sorbo a su bebida. Nada. Solo la miraba.

Elliot sacó su teléfono e hizo una foto de la pantalla con la cara del hombre.

—Toma, gracias —dijo Carmela, devolviéndole la chaqueta.

—Sabes que me voy a llevar a Melby, ¿verdad? —Se puso la chaqueta. Olía a jazmín, a maquillaje y a loción corporal—. Esta noche. Puedes irte a casa si quieres.

Carmela asintió, envolviéndose en un abrazo.

—Me quedaré sin trabajo. —Suspiró y se encogió de hombros—. Necesito el dinero. Pero ya no puedo hacer bailes eróticos. No después de lo que le ha pasado a Taylor.

—Estarás bien, Carmela —dijo, ofreciéndole su tarjeta de visita—. Tienes lo que hace falta para sobrevivir. Si recuerdas algo o necesitas ayuda, no lo dudes.

—Gracias, detective. Eres un hombre amable. Algún día harás muy feliz a una mujer afortunada. —Salió de la oficina taconeando hacia la parte trasera del edificio.

Elliot caminaba hacia Melby justo cuando Novack y otros dos agentes del sheriff entraban en el club portando unos papeles. Elliot puso una mano pesada en el hombro del hombre.

—Queda arrestado por tráfico sexual. Agente Novack, por favor, léale sus derechos.

Melby aflojó la mandíbula.

—Lo prometiste —murmuró, agitándose un momento hasta que el agente del sheriff le cerró los brazos con fuerza y lo esposó—. Hijo de puta, lo prometiste —gritó mientras lo llevaban al Interceptor de Novack.

El aparcamiento estaba casi vacío. Todos los clientes habían desaparecido al ver un coche de policía. Después de que Novack cerrara la puerta, metiendo a Melby en el asiento trasero, se volvió hacia Elliot.

—¿Y ahora qué hacemos, detective?

—Destrozad este lugar. Encontrad todas las cámaras y asegurad cada minuto de grabación y cada disco duro que encontréis. Revisad a fondo las habitaciones traseras.

—Entendido, detective —dijo Novack, y luego ordenó a los otros dos ayudantes que aseguraran el local e iniciaran el registro.

Elliot estaba a punto de volver a la comisaría cuando se le ocurrió una forma más rápida de identificar a su sospechoso. Se acercó al Interceptor de Novack, abrió la puerta trasera y tendió el teléfono ante los ojos saltones de Melby.

—Quiero su nombre.

Melby se burló.

—¿A cambio de qué?

Elliot agarró de las solapas de Melby y apretó hasta que se ahogó.

—Puedes mantener la lista de cargos más corta. Retiraré el de tráfico sexual.

—¿Y se supone que debo confiar en ti? —Escupió en las botas de Elliot—. Eres un mentiroso saco de mierda de cerdo.

—O puedo empezar a añadir cargos a la lista y recomendar que se cumplan consecutivamente.

—Hijo de puta —murmuró Melby.

—Muy bien, suerte —dijo Elliot, dándose la vuelta para marcharse.

—¡Darrell Bates! —gritó Melby—. Ese es su nombre. Es un hombre de negocios importante; es todo lo que sé. Y será mejor que cumplas tu promesa.

La puerta se le cerró en las narices.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

BROCKETT

La comisaría del distrito norte de la policía de San Francisco estaba a pocas manzanas al oeste del tribunal. Kay condujo hasta allí lo más rápido que pudo y entró en el aparcamiento de la comisaría cuando Brockett salía del edificio, dirigiéndose hacia su vehículo.

Apagó el motor y se apresuró a interceptarlo, el vigoroso movimiento le recordó su herida en el hombro con rítmicas punzadas de dolor.

—Detective —llamó, y saludó para llamar su atención.

Acortó la distancia con un paso rápido que parecía fuera de lugar para alguien de su edad y complexión voluminosa. Se detuvo frente a ella y apoyó las manos en los muslos.

—¿Y ahora qué ocurre?

Kay se dio cuenta de que llevaba un chaleco antibalas bajo su chaqueta de cuadros antiguos en tonos marrones.

—¿Ya han liberado la escena del crimen?

—¿La casa de Rachel Epling?

Ella asintió.

—No, todavía está sellada. Los forenses necesitan más tiempo. Hay dudas sobre la cronología de ciertas huellas.

—Necesito acceso. —Sus palabras encendieron la ira del hombre al instante. Pudo ver sus ojos brillar de rabia—. Vas tras Holly, ¿verdad? A hablar con la gente de la calle, tus informadores,

¿verdad?

—¿Qué quieres, doctora Sharp? Ya has hecho suficiente. Ahora, tienes que irte.

Ella juntó las manos en un gesto de súplica.

—Escucha, los conozco a los dos muy bien. Ella era mi mejor amiga y él, mi marido. Puede que vea cosas que tú te perdiste, cosas que solo yo captaría o entendería.

Brockett dejó escapar un gemido frustrado.

—Sí, porque los policías de San Francisco somos unos malditos idiotas que no sabemos hacer nuestro trabajo. Menos mal que has venido, doctora. —Su voz estaba impregnada de veneno—. Me haces perder el tiempo, y esa niña no puede permitírselo —le dijo por encima del hombro mientras se marchaba rápidamente.

—La última vez que estuviste allí, no estabas buscando a una niña desaparecida —dijo Kay, apresurándose a alcanzarlo.

Se quedó inmóvil y se volvió despacio hacia ella.

—¿Qué estás diciendo? —La miró con el ceño fruncido, impaciente.

—Estoy diciendo que esa no es solo la escena del crimen del asesinato de Rachel. Creo que es la escena del secuestro de Holly. Nadie sabía que está desaparecida. Déjame buscar pruebas de quién pudo llevársela.

—Procesamos todo. Huellas de neumáticos, huellas dactilares, salpicaduras de sangre. No nos hemos perdido nada. Contrariamente a tu opinión, no somos idiotas.

—Nunca he dicho que lo sean, detective. Solo digo que, si queremos entender quién se la llevó y por qué, tenemos que volver a esa escena. Y tú tienes mejores cosas que hacer que hablar con esos informantes. Mientras que yo no tengo muchas tareas en este momento.

—Qué conveniente. —El sarcasmo en su voz era inconfundible.

—No me entra en la cabeza por qué no mataron también a Holly —confesó Kay. La pregunta le preocupaba desde que supo que la niña había desaparecido—. Es la primera vez que oigo de un golpe dado a un testigo de un caso capital que deja cabos sueltos.

El rostro de Brockett se arrugó ligeramente.

—Continúa.

—Secuestrar a un niño no es tarea fácil. Gritan, patalean, arman jaleo. El ADN de todos está codificado para responder a los gritos de ayuda de los niños. Sé que piensas distinto, detective, y que crees que Brian Hanlin disparó a Rachel, pero yo miro las pruebas y veo a unos pandilleros limpiando cabos sueltos tras el tiroteo de ese traficante la semana pasada.

—¿Y?

—Piensa en ese escenario. Supongamos que hay un pandillero involucrado que fue enviado a eliminar al testigo del tiroteo de la semana pasada. ¿Puedes pensar en algún escenario, no importa lo inverosímil que sea, en el que secuestraría a la niña en lugar de dispararle en la escena?

Brockett rompió el contacto visual y dio un pisotón, enfadado.

—¿Ha desarrollado conciencia? ¿Tiene algún código ético personal que le impide matar niños?

—¿Y se la llevó sin ser visto ni oído? ¿Para hacer qué con ella? —El silencio se mantuvo ininterrumpido durante un momento.

—¿Y entonces qué?

—Tal vez huyó, se escondió en algún sitio y tiene miedo de salir. O su madre la dejó con alguna amiga cercana para que la cuidara hasta que estuviera lista para entrar en el programa de protección. Hasta que Debra fuera a recogerla.

—Debra, ¿eh? Vaya, vaya, qué bien te has sumergido en este caso. Lo sabes todo. —Se frotó el bigote con la punta de los dedos—. Juraría que te habían advertido que no te metieras en esto.

—Sí, bueno, firmaré el descargo de responsabilidad diciendo que he sido debidamente advertida. Pero escúchame, puedo ir allí y averiguar si hay algo en la escena que podamos usar para entender por qué se la llevaron en vez de matarla.

—Muy bien, detective, tengo que admitir que tu ex parece cada vez menos culpable —respondió Brockett, llamándola «detective» por primera vez.

Kay respiró.

—¿Por qué sospechaste de él en primer lugar?

Brockett se rascó la cabeza y apartó la mirada, probablemente deseando no tener que responder a aquella pregunta.

—Ha habido rumores de que Hanlin es corrupto. Nada probado, nunca. Sé con certeza que Díaz lo tuvo vigilado durante un tiempo. —La miró un momento, como si quisiera que reconociera su voto de confianza—. Te estoy confiando información que no debería contarte. Espero que sepas mantenerlo en secreto.

Ella inclinó la cabeza.

—Cuenta con ello.

—Vive por encima de sus posibilidades, no lo suficiente para justificar un interrogatorio oficial, pero sí para levantar sospechas. Trajes caros, ese coche deportivo suyo.

Kay se encogió de hombros.

—Su casa está pagada. La heredó de sus padres antes de casarnos. En esta zona, la vivienda gratis es un cambio de vida.

Brockett silbó.

—¿Y tú qué sabes? Si le hubiéramos interrogado, habríamos quedado como idiotas. —Suspiró y sacó un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo e inhaló con avidez, como si sus pulmones no pudieran soportar un momento más sin la nicotina—. Pero esa no era la única razón por la que Díaz y yo sospechábamos de él. El

noventa por ciento de las veces, en estos casos, es el cónyuge, ¿verdad? O el novio. —Echó el humo con fuerza y luego dio otra calada—. No tenía coartada. ¿Sabías que «encontró el cadáver»? —preguntó, haciendo comillas con los dedos—. Llegué a la escena en cuestión de minutos. No estaba allí... había huido.

—Espera... ¿qué? —preguntó Kay. No era así como Brian había descrito la secuencia de acontecimientos de aquella noche—. ¿Qué quieres decir con que huyó de la escena?

—Lo que suelo querer decir cuando digo eso —contestó, mirándola con curiosidad—. Llegué allí; se había ido. Volvió en unos minutos, y me dio una razón por la que había huido...

—¿Qué dijo?

—Dijo que quería ver si podía atrapar al asesino —se burló, con la voz llena de desprecio—. Como si pudiera saber qué camino tomó después de salir de su callejón sin salida.

—Cierto. —Las preguntas se agolpaban en la mente de Kay, pero Brian no estaba allí para responder a ninguna.

—Su comportamiento no era el adecuado —añadió Brockett, cada vez menos convencido.

—¿Y eso fue suficiente para emitir una orden de arresto contra un colega detective? —En el mejor de los casos, se habían apresurado a hacer el trabajo y lo habían dado por terminado, pero a Kay le sorprendió que el fiscal del distrito hubiera dado el visto bueno a algo tan chapucero. Incluso un abogado pro bono habría desestimado los cargos por falta de pruebas concluyentes.

—Tenía sangre en las manos, restos de pólvora en la ropa y sus huellas estaban por todas partes.

—Sí, porque vive allí —contestó Kay, sonando un poco más dura de lo que pretendía.

Brockett frunció el ceño.

—No me insultes, detective. He dedicado veinticinco años a este

trabajo y lo he hecho bien. A mí me pareció culpable. —Inhaló una última vez antes de tirar la colilla junto a la papelera—. Tengo que decir... que ya no lo sé. Puede que me haya equivocado. Hoy han venido a por él.

—¿Quién más podría haber matado a Rachel? —preguntó Kay—. ¿Tenías otros sospechosos que estabas buscando?

—Con sinceridad, no. Estuvo allí, actuó raro, no tenía coartada y abandonó la escena. Fue suficiente para emitir la orden. Nadie sabía nada de su niña.

—Hay una fuga en alguna parte —dijo Kay con prudencia—. ¿Quizá alguien en la oficina del fiscal, que haya podido pasarle información a La Vida Sangrienta?

—Podría ser —dijo, aún negando con la cabeza. Era evidente que tenía sus dudas sobre el caso. Todo buen policía tiene dudas; solo los testarudos y arrogantes no las tienen.

—¿Qué pasa con esta banda? ¿Son nuevos? No había oído hablar mucho de ellos antes de irme de San Francisco.

—Son la peor escoria que se ha arrastrado por esta parte de la tierra. De organización relativamente reciente, a partir de restos de otras bandas. Quizá recuerdas cuando las bandas se disparaban unas a otras en las calles hace unos años.

Ella asintió. Lo recordaba con vaguedad; parecía que había pasado toda una vida.

—Algunos de estos tipos son antiguos Street Kings, otros son Norteños, pero están más locos que cualquier otro pandillero con el que hayamos tratado.

—¿Cómo es eso?

Suspiró y se miró los pies un momento.

—Matan con rapidez y eficacia, sin dejar rastro de pruebas. Ejecutan a sus propios miembros con la misma rapidez por el más mínimo error. —Se encogió de hombros—. Siempre hay más

jóvenes ahí fuera, listos para apuntarse y unirse a «the bloody life». —La miró con visible preocupación—. Si estos tipos se llevaron a la hija de Brian, no creo que la encontremos viva.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

BATES

Estaba completamente oscuro cuando Elliot salió del club. El frío del aire se había convertido en ráfagas de viento casi heladas que cortaban su vaquero y hacían nubes de vaho en el aire con cada respiración. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban como en las noches claras de invierno.

Una rápida búsqueda en su ordenador portátil mientras estaba sentado dentro de su todoterreno, soplando en sus manos y frotándoselas, reveló la dirección de Darrell Bates. Para cuando terminó de revisar los antecedentes del hombre, las rejillas de ventilación del Ford soplaban aire caliente y pudo bajarse la cremallera de la chaqueta.

Bates tenía cuarenta y cuatro años y un historial intachable. Ni siquiera le habían puesto una multa de aparcamiento en toda su vida; era, al menos sobre el papel, un ciudadano modelo. En Internet había muchos artículos sobre él, en los que se destacaba su carrera como prometedor vicepresidente de un importante banco.

—Banquero —murmuró Elliot—. No hay mayores mentirosos en esta verde tierra. —Salió del aparcamiento del Velvet Puss y condujo de nuevo hacia la montaña.

El señor Bates vivía en una de las cabañas modernas de gran tamaño, cerca del pie de la montaña, de las pistas de esquí. Le habría costado un par de millones de dólares. Se habían construido hacía un año, una comunidad cerrada dedicada a los esquiadores pijos de San Francisco que querían escaparse el fin de semana y pasar un rato en la nieve.

Sus pensamientos se dirigieron a Kay. Eran casi las siete y media y

no le había devuelto la llamada. ¿Estaba de camino a casa? La comparecencia del señor Escurridizo ya debía haber terminado. Se le dibujó una sonrisa en los labios al pensar que podrían haberle puesto en prisión preventiva. Inocente o no, Elliot no quería a ese hombre cerca de Kay.

El código policial funcionó a la perfección en la puerta. Un ancho tramo de valla de hierro forjado se desplazó a un lado sobre unas ruedecillas, abriéndose silenciosamente. Un minuto después, Elliot se detuvo frente a la casa de Darrell Bates. Estaba bien iluminada con focos azules que realzaban su diseño moderno y contemporáneo. Tendría al menos trescientos metros cuadrados y estaba rodeada de una cuidada arquitectura paisajística en varias hectáreas, que incluía callejuelas tipo parque con bancos. Sin embargo, el señor Bates vivía allí solo, y solo parte de la semana, cuando no estaba robando a gente en su trabajo diario.

Elliot llamó al timbre y esperó. Una secuencia de suaves campanadas anunció su presencia. Un momento después, la puerta se abrió y el señor Bates dirigió a su placa una mirada contrariada.

—¿De qué va esto? —Llevaba una chaqueta de chándal gris claro sobre una camiseta blanca. Se subió la cremallera con rapidez tras la primera ráfaga de viento.

—Detective Young, de la oficina del sheriff del condado de Franklin —se presentó Elliot—. Tengo algunas preguntas. ¿Puedo pasar?

Bates soltó una carcajada rápida y sincera.

—Diablos, no. Llamaré a mi abogado.

—¿Aquí? ¿O en comisaría? —preguntó Elliot con calma.

Bates no se inmutó ni pestañeó ante la velada amenaza de Elliot.

—Aquí está bien. Yo haré la llamada. Usted márchese y espere en el coche hasta que llegue.

Elliot dio dos pasos hacia el vehículo y luego se detuvo.

—Será mejor que lo haga en quince minutos. Si no puede,

trasladaremos este pequeño espectáculo a la comisaría.

Bates no contestó; se limitó a hacer un gesto con la mano, que en gran medida podría haberse interpretado como «sí, lo que tú digas».

Elliot lo vio cerrar la enorme puerta mientras hablaba por teléfono. En cuanto cerró, se subió al Interceptor. Luego sacó su teléfono y llamó a Kay.

—Hola, compañero —respondió ella. Su voz sonaba cansada, con el silbido del tráfico y los neumáticos sobre el asfalto de fondo. Iba conduciendo.

—Kay —dijo, y luego se detuvo, dándose cuenta de que estaba a punto de sonar como un marido ansioso—. ¿Cómo va todo?

—¿Quieres decir si ya estoy de vuelta?

Se rieron juntos.

—Sí, eso es justo lo que quiero decir —respondió, agradecido de que ella no estuviera allí para verlo ponerse más rojo que una remolacha. ¿Cómo se las arreglaba para saber lo que pensaba desde el sur del Golden Gate?

Suspiró con fuerza, aparentemente despreocupada pero sin conseguir hacerlo creíble.

—Bueno, pues no, Elliot. Aún no puedo volver a casa. —Esperó con paciencia durante un momento en silencio—. La hija de ocho años de Rachel ha desaparecido. Tengo que...

—Recuerda lo que dijo Logan —interrumpió Elliot. Pero conocía a Kay lo suficiente como para saber que nunca antepondría su carrera al destino de una niña desaparecida. Arriesgaría cualquier cosa para encontrarla.

—Sí, lo recuerdo. —Podía sentir la sonrisa en su voz—. Voy a mirar algunas cosas y volveré. ¿Cómo va todo por allí?

—Estoy a punto de entrevistar a un sospechoso, luego iré para allá. Necesitas comer, ¿verdad? Encontraremos un lugar que permanezca

abierto hasta tarde.

—No. —La voz de Kay sonaba casi asustada, la urgencia en ella inconfundible—. Elliot, no puedo —añadió, un poco más relajada—. Esta niña lleva desaparecida desde el viernes pasado. No puedo perder ni un momento hasta que la encuentren. En realidad, me tengo que ir. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

Terminó la llamada antes de que Elliot pudiera responder. El miedo que había percibido en su voz en ese no imperativo, casi de pánico, no era algo que Elliot pudiera olvidar con facilidad.

Los potentes faros de un Lincoln interrumpieron sus pensamientos. El vehículo se detuvo en la acera frente al suyo, y un hombre se apeó, jadeando pesadamente y portando un pequeño maletín. Era Ackerman, un abogado con el que Elliot se había cruzado en el pasado reciente, y estaba allí para representar a Bates.

—Vamos, detective, no tengo toda la noche para perderla en estas tonterías —dijo Ackerman, corriendo hacia la puerta—. Estaba a punto de ver el partido con mi hijo.

Bates abrió la puerta y los invitó a pasar. El vestíbulo era enorme, de dos pisos de altura, y estaba decorado solo con una moderna lámpara de araña. Bates los invitó a pasar al salón con un gesto de la mano. Elliot lo siguió y tomó asiento en una mesa de comedor de doce plazas, frente a Bates y su abogado.

—Muy bien, detective, ¿qué quiere saber? —preguntó Bates. Se había puesto unos vaqueros blancos y una camisa negra abotonada casi hasta el cuello.

—¿Conoce a esta joven? —dijo Elliot, empujando su teléfono a través de la mesa donde los dos hombres podrían verlo. La pantalla mostraba la foto de Taylor.

—¿De qué va esto? —preguntó Ackerman.

Los abogados siempre dificultaban las cosas.

—La encontraron muerta ayer por la mañana en Frozen Falls. —Hizo una pausa, observando las reacciones de los dos hombres.

Bates frunció el ceño y se tapó los ojos con la mano, apoyando despreocupadamente la frente en la palma mientras miraba el teléfono. Ackerman no reaccionó de otro modo que inclinándose y susurrando algo al oído de su cliente.

—No sé nada de esto —respondió Bates. Ackerman asintió como si aprobara la declaración de su cliente.

—¿La conocía, señor Bates?

—No —balbuceó, lanzando una mirada a su abogado.

—Señor Ackerman, por favor, recuérdele a su cliente las consecuencias de hacer una declaración falsa a la policía.

Ackerman frunció el ceño, pero se inclinó y susurró un poco más, levantando la mano para tapar el movimiento de sus labios. Entonces Bates murmuró algo y Ackerman asintió.

—No la conozco personalmente —dijo Bates—. No sé su nombre. Nunca he socializado con ella, nunca la he llamado.

—Entonces, ¿de qué la conoce?

Algunos susurros más.

—Puede ser una bailarina de un club que a veces frecuento. No estoy seguro.

Elliot reprimió un gemido. ¿No podía estar seguro? Si eso no era mentira, no había visto un mentiroso en toda su vida.

—¿El nombre Taylor Lorentz significa algo para usted?

Sacudió la cabeza con demasiado entusiasmo.

—No.

—¿Dónde estaba ayer por la mañana entre las cinco y las ocho?

Parecía aliviado. El señor Bates temía otra cosa, no el asesinato de la chica.

—Estaba aquí, durmiendo. No me levanto tan temprano cuando no tengo que conducir hasta la ciudad. —La mano de Ackerman se posó en el antebrazo de Bates, como diciéndole que fuera breve en sus respuestas.

—¿Alguien puede confirmarlo?

Brian se encogió de hombros.

—Vivo solo, detective. Pero hay videovigilancia en esta casa, y estoy seguro de que se podría obtener alguna información de localización de mi teléfono...

—Mi cliente ha respondido a sus preguntas —intervino Ackerman, y se puso en pie, dispuesto a marcharse—. Creo que hemos terminado aquí, ¿no?

Elliot negó con la cabeza, fingiendo arrepentimiento.

—Por desgracia, sin una coartada verificable, su cliente tendrá que venir conmigo. Le detendremos...

—¿Solo por ver a una chica desnudarse en un club? No imagino a un juez dispuesto a firmar esa orden.

—No voy a arrestarle todavía —dijo Elliot, viendo cómo crecía la ansiedad de Bates—. Puedo retenerlo un rato hasta que arreglemos las cosas. Venga, señor Bates, vámonos. Su abogado tiene un partido que ver con su hijo.

Bates se volvió desesperado hacia su abogado.

—Ackerman, haz algo, por el amor de Dios. Ya te pago bastante.

—Detective, está a punto de cometer el error de su carrera. Ningún juez firmará esa orden de arresto y mi cliente lo demandará por acoso.

Elliot se encogió de hombros y suspiró con fingida indiferencia.

—Solo hago mi trabajo. —Sacó las esposas, viendo cómo se dilataban las pupilas de Bates.

Este saltó de la silla y retrocedió unos pasos, distanciándose de Elliot.

—¿Lo ve, señor Ackerman? —dijo Elliot—. Justo por eso estoy deteniendo a su cliente. Es asustadizo, y podría huir. Tiene los medios para desaparecer. No quiero estar persiguiéndolo por todo el país cuando podría hacerlo esperar encerrado un día o dos. —Hizo una pausa—. Tres, como mucho.

—Detective, está haciendo el ridículo.

Bates se apretó las sienes con las manos, paseándose furiosamente como un animal enjaulado.

—Esto no está pasando.

Elliot jugó con las esposas, haciéndolas tintinear.

—Hay otra forma, pero es probable que no la considere.

Bates se acercó con rapidez a la mesa y se inclinó sobre ella, con las manos apoyadas en su brillante superficie.

—¿Qué otra forma?

—Hemos encontrado pruebas de ADN en la escena. Podría darnos una muestra para descartarlo.

Ackerman levantó la mano.

—Señor Bates, le aconsejo encarecidamente que no proporcione su ADN sin una orden.

—¡Al diablo, Ackerman! —gritó Bates—. Yo no maté a esa chica, y te aseguro que no voy a pasar la noche en la cárcel si puedo evitarlo. —Luego se volvió hacia Elliot—. ¿Qué quiere? ¿Pelo?

Elliot volvió a guardarse las esposas en el bolsillo trasero y extrajo un hisopo para tomar muestras.

—La saliva servirá.

Ackerman agarró el antebrazo de su cliente, reteniéndolo.

—Señor Bates, no...

—Basta. No puedes hacer nada. Está bien, lo haré. —Bates abrió la boca y dejó que Elliot le cogiera una muestra del interior de la mejilla, conteniendo su rabia y su respiración dentro de los pulmones.

Elliot selló el vial en una bolsa de pruebas y se la metió en el bolsillo.

—No salga de la ciudad en los próximos días.

—Tengo que ir a trabajar —dijo Bates, con la frustración hirviendo en su voz aguda.

Elliot se detuvo en la puerta.

—Diga que está enfermo, señor Bates. No me haga ir detrás de usted.

Un momento después, Elliot se marchó en dirección al despacho del forense. Bates podría haber parecido aliviado cuando escuchó las preguntas sobre el asesinato de Taylor, pero probablemente no estaba pensando en su asalto.

Se palpó el bolsillo donde había deslizado el vial de ADN y murmuró, satisfecho:

—Siempre funciona.

No había nada tan eficaz como la amenaza de pasar unas cuantas noches en la cárcel para convertir incluso a las personas más obstinadas en un modelo de colaboración y ayuda.

Ahora lo único que tenía que decidir era si debía irse a San Francisco.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LA CASA DE RACHEL

La casa de Rachel era pequeña, incluso más pequeña que la de su madre, y del mismo estilo. Un bungalow de ladrillo de no más de ciento treinta metros cuadrados con garaje para un solo coche y macetas en el porche delantero parecía encajar con lo que ella recordaba que le gustaba a Rachel. La puerta principal estaba asegurada con un precinto policial, que impedía la entrada a cualquier persona no autorizada.

Kay miró atentamente a su alrededor, esperando que en cualquier momento la detuviera un policía furioso de la policía de San Francisco o le dispararan desde algún tejado cercano. En el camino de entrada aún se veían huellas de neumáticos anchos entre una multitud de otros más estrechos y de tamaño estándar. Uno de los neumáticos anchos había dejado una marca en el césped, donde no llegó a tocar el pavimento. Kay tomó fotos, aunque Brockett había sido minucioso y la huella mostraba rastros azules de silicona, la sustancia que los equipos forenses utilizan para tomar moldes de huellas de neumáticos.

Estaba dispuesta a apostar a que el neumático ancho pertenecía a un Chevrolet Suburban último modelo como el que usaba el francotirador.

Dispuesta a entrar, sacó del bolsillo una pequeña navaja de muelle y expuso la hoja. Luego cortó el precinto limpiamente justo donde la puerta tocaba la jamba. Al hacerlo, se aseguraba de que, cuando estuviera dentro y la puerta se cerrara, el precinto pareciera intacto a cualquiera que lo comprobara desde unos metros de distancia, como un coche patrulla de la policía de San Francisco.

Su Ford Interceptor aparcado en la calle delataba su presencia, pero

no llevaba la insignia del condado de Franklin, sino que era un todoterreno negro sin matrícula con intermitentes incrustados en la parrilla y en el parachoques trasero. La mayoría de los detectives de San Francisco conducían unidades idénticas.

Se puso un par de guantes nuevos antes de entrar. Aunque la escena del crimen había sido procesada, no quería arriesgarse a contaminar una escena que aún no había sido liberada. Una vez dentro, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo, por si acaso.

La casa estaba inquietantemente silenciosa. Kay encendió las luces y la respiración se le entrecortó en el pecho. Era tal y como había imaginado que sería la casa de Rachel. Recordó que a su amiga le gustaban las alfombras orientales; ahora tenía una delante del sofá de cuero, acompañada de dos sillones y una mesita baja. Dos estanterías llenas de libros porque le encantaba sentir una novela en sus manos y se había resistido a adoptar un lector electrónico. Y dondequiera que mirara Kay, el color azul, el favorito de Rachel. Cortinas azules en las ventanas. Una manta azul a un lado del sofá. Cojines azules con mensajes cursis, como los que tenía en el antiguo dormitorio. El cojín que le había comprado a Rachel en su cumpleaños, con la inscripción «Live, Laugh, Love» (Vive, ríe, ama) en letra cursiva azul, un poco manchada y descolorida, pero todavía allí, en el centro de su sofá. Lo había conservado.

Las fotos de las paredes y de la estrecha repisa de la chimenea eléctrica eran de Rachel, Holly y Ciara. Brian no aparecía por ningún lado. Tal vez Rachel había decidido no mostrar fotos suyas, conociendo la aversión de Ciara al hombre que amaba.

Kay lo asimiló todo, cada detalle, cada remolino de polvo de huellas dactilares aún visible en los pomos de las puertas y las superficies planas, incluso en el mando a distancia del televisor. El salón no mostraba signos de lucha, y la cerradura de la puerta principal estaba intacta, sin forzar. Un panfleto le llamó la atención en una mesita junto a la ventana. Lo había publicado la Asociación Americana del Corazón y se titulaba «Vivir con su marcapasos». Kay frunció el ceño y se lo metió en el bolsillo. Rachel no tenía problemas del corazón, que ella supiera. ¿Quién tenía el marcapasos? ¿Ciara? ¿O Holly?

La impresión de que Brian no se quedaba allí muy a menudo se vio reforzada al recorrer los dormitorios. En el grande había una cama de gran tamaño, pulcramente hecha con sábanas limpias. Todas las cómodas habían sido empolvadas en busca de huellas, y Kay abrió varios cajones, buscando las cosas de Brian. No había demasiadas. En un pequeño cajón, algunas mudas de ropa interior y calcetines. Una sola muda de ropa en el armario principal y un par de zapatillas para correr. En el cuarto de baño, un par de cepillos de dientes de viaje aún en sus envoltorios y una maquinilla de afeitar eléctrica junto a un bote de aftershave, la marca favorita de Brian, que olía tal como como ella recordaba. El bote había sido desempolvado en busca de huellas. Lo cogió y lo sopesó. Estaba casi lleno, y el cabezal del pulverizador estaba limpio. Sin usar.

Todo lo que Brian guardaba en casa de Rachel eran objetos «por si acaso». Eso explicaba por qué no estaba muy unido a Holly. El padre y la hija vivían vidas separadas en lugares separados. No entendía por qué Brian se casaba con Rachel. Había seguido viviendo en su propia casa con su hija cuando podría haberse ido a vivir con Brian si él iba tan en serio con ella.

Entonces Kay recordó quién era: el tramposo crónico, el mentiroso compulsivo. Necesitaba espacio para sus innumerables asuntos. ¿Por qué casarse con ella entonces? ¿Y por qué se había casado con Kay hacía ocho años?

Era lo mismo. La misma lógica, o falta de ella. O puede que esta vez fuera más.

Recordó cómo a Brian cuando le habló de Rachel, de su muerte. Estaba enfadado de verdad. Tal vez Rachel había soportado sus muchas aventuras y había aprendido a aceptarlo tal como era, y eso la había hecho única, la mujer que podía convertirse en su esposa sin esperar mucha fidelidad. Quizá lo aguantara por Holly, para que su hijita tuviera un padre.

Con un suspiro, Kay admitió que sabía muy poco sobre la relación de Brian con Rachel. Cuando Kay se retiró de sus vidas ocho años atrás, Rachel estaba embarazada de Holly y desesperadamente enamorada de Brian. Quizá las cosas habían seguido igual... quizá no.

La cocina fue lo siguiente. Iluminado por los rayos de sol que entraban por la ventana, el suelo estaba visiblemente embadurnado en tonos carmesí. Se encogió de hombros.

—Oh, Rachel —susurró.

El resto de una mancha de sangre era visible donde había caído. El equipo de limpieza de la escena del crimen había hecho un trabajo apresurado, sin molestarse en eliminar la mancha por completo.

La pequeña mesa estaba preparada para una persona, con un mantel individual y un plato y cubiertos limpios. Los únicos objetos que había sobre la mesa eran una rejilla, de las que se usan para poner guisos calientes, y un guante de cocina. Kay hizo una nota para preguntarle a Brockett si podía ver algunas fotos de la escena del crimen. Tal vez había algo más en esa mesa, algo que ya no estaba allí, algo que el equipo de limpieza podría haber quitado.

En cualquier caso, Kay estaba segura de que Rachel nunca habría comido sola con toda ceremonia, como ella solía decir. Si hubiera estado sola, habría cogido un par de galletas untadas con mantequilla de cacahuete y se habría puesto a masticar delante de la puerta abierta de la nevera. En ese sentido, Kay y Rachel podrían haber sido hermanas.

Al portacuchillos de la encimera, ennegrecido por el polvo de las huellas dactilares, le faltaba el cuchillo más grande. Kay lo buscó en los cajones, pero no estaba en ninguna parte. Tal vez nunca estuvo ahí para empezar, roto y desechado hace quién sabe cuánto tiempo. La cocina estaba limpia y el horno también.

La puerta del lavavajillas estaba cerrada. Kay agarró la manilla y tiró, pero no se abrió más que un par de centímetros. Traqueteaba y se resistía, por mucho que Kay lo intentara. Mirando al lavavajillas como si eso pudiera cambiar las cosas, Kay se arrodilló en el suelo, con cuidado de no tocar la mancha de sangre. Metió la mano debajo del lavavajillas y buscó el objeto que impedía abrir la puerta. Había algo ahí debajo, atascado. Bajó la cabeza hasta que pudo mirar debajo, alumbrando con la linterna para ver mejor.

Un cuchillo. Atascado a unos centímetros de profundidad,

probablemente empujado más adentro cuando alguien había intentado abrir el lavavajillas. Kay cogió una espumadera de uno de los cajones y luego metió la mano por debajo del lavavajillas con su mango, tirando y deslizando el cuchillo hasta que pudo sacarlo.

No había rastros visibles de sangre en el cuchillo y tampoco polvo de huellas dactilares. Lo selló en una bolsa de pruebas que había cogido de su todoterreno y lo puso sobre la mesa. Entonces por fin abrió el lavavajillas.

Un mantel individual de plástico, que combinaba con el de la mesa, se desplegó al abrirse la puerta, dejando a la vista un cuchillo y un tenedor. Los dos cubiertos tintinearon al caer al fondo del lavavajillas. Un plato, perfectamente limpio, yacía plano en el estante inferior, no vertical como se colocaría para lavarlo.

Cogiendo otra bolsa de pruebas, selló el plato y los cubiertos que encontró dentro del lavavajillas. Entonces, cuando estaba a punto de cerrar la puerta del lavavajillas, otro objeto llamó su atención, caído en el fondo del lavavajillas. El teléfono de Rachel.

Lo cogió con cuidado y miró la pantalla. Estaba oscuro. Lo tocó, esperando que se quedara a oscuras, pero se iluminó apenas, mostrando un uno por ciento de carga restante. Corrió al dormitorio principal en busca del cargador que había visto en la mesilla de noche de Rachel, volvió y enchufó el teléfono, conteniendo la respiración hasta que oyó la campanilla.

El código de acceso que tenía en la universidad ya no funcionaba. Kay lo intentó con el día de su cumpleaños y fracasó por segunda vez, lo que la dejó con un solo intento. El cumpleaños de Holly era el treinta de diciembre. Lo intentó y el teléfono desbloqueó sus secretos.

Una rápida revisión de su correo electrónico y mensajes de texto no reveló nada relevante. Otra bolsa de pruebas selló el teléfono y su cargador; quizá la policía de San Francisco tuviera más suerte con él.

Kay colocó la bolsa sellada sobre la mesa y estudió los objetos con una ceja levantada. La única explicación posible era que Rachel no

iba a cenar sola cuando le dispararon, pero había tratado desesperadamente de ocultar que tenía compañía. Lo había hecho con unas prisas terribles, tirando todo al lavavajillas y esperando que el inesperado visitante no mirara.

Estaba protegiendo a alguien.

A Holly.

Kay empezó a visualizar la escena. Rachel debía saber que el asesino iría a su casa. Escondió los cubiertos de Holly y la mandó esconderse... ¿Dónde? Fuera, en el patio trasero. Luego había luchado valientemente contra el sudes con un cuchillo de cocina contra una pistola.

Sabiendo que perdería la batalla, pero dándole a Holly el tiempo para correr y esconderse.

Entrecerrando los ojos por el sol, Kay abrió la puerta y salió. El patio era pequeño, parte de él tenía una cubierta de madera con bancos empotrados. Un estrecho camino de losas de hormigón conducía a un pequeño cobertizo en la parte trasera. A su lado, a la izquierda, un alto cedro de ramas bajas.

De camino al cobertizo encontró una pequeña huella donde Holly había pisado el suelo húmedo, descalza. Un par de metros más allá había una huella parcial arrastrada de una zapatilla de tamaño adulto. Solo se veía la parte delantera, como si alguien hubiera caminado de puntillas. O como si una niña llevara los zapatos de su madre, arrastrando los pies para no descalzarse.

La puerta del cobertizo estaba entreabierta. Kay miró dentro y no encontró nada fuera de lugar. El cobertizo albergaba un cortacésped y algunas herramientas de jardinería. No había signos de lucha ni huellas discernibles.

De vuelta al exterior, comprobó el resto del patio en busca de pistas sobre dónde podría haberse escondido Holly. Encontró varias ramas caídas bajo el alto cedro. Volviendo hacia la casa, pudo seguir, con su mente, a la niña mientras salía corriendo de la casa para esconderse en el cobertizo, probablemente porque Rachel le había

dicho que lo hiciera. Pero debió escabullirse; Kay había encontrado la puerta del cobertizo un poco abierta, lo suficiente para que se colara una niña de ocho años. La policía de San Francisco no había buscado huellas; no tenían motivo para hacerlo.

La niña debió trepar al árbol para mirar dentro de la casa. Desde allí, podría haber visto con facilidad lo que sucedía a través de la ventana de la cocina. Luego debió caerse, quizá asustada por los disparos. Las ramas caídas en la raíz del cedro contaban esa historia claramente, aunque sin final.

Y entonces, ¿qué pasó?

¿Habían oído los vecinos los disparos? Por lo que sabía por Brian e, implícitamente, por Brockett, nadie había oído nada. ¿Por qué?

Tal vez se usó un silenciador. No era sorprendente para un golpe de bandas callejeras.

Gimiendo, Kay entró en la casa, dispuesta a marcharse. No tenía nada que la ayudara a encontrar a Holly, solo un escenario incompleto y especulativo para su secuestro.

La única explicación viable era que la niña había gritado o llorado al caer, y el asesino debió oírla. Así de simple. Una rama de árbol rota, y Holly se había convertido en un cabo suelto.

Entonces, ¿por qué no estaba muerta, su cuerpo en la morgue y una mancha de sangre como la de la cocina marcando el lugar donde la habían matado?

Recogiendo las pruebas que había embolsado, Kay estuvo a punto de cruzar la puerta cuando se dio cuenta de que necesitaba un dato más. Abandonando las bolsas de pruebas junto a la puerta, empezó a rebuscar en los cajones de la cocina y el baño, en los armarios, hasta que encontró lo que buscaba.

Un pequeño pastillero naranja con una etiqueta blanca que contenía medicación recetada para la arritmia. Estaba a nombre de Holly.

Ahora tenía su respuesta. La niña era quien tenía el marcapasos.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAFÉ

En un claro caso de déjà vu, Elliot llegó a la oficina del doctor Whitmore temprano por la mañana, como el día anterior. La escarcha del suelo era más espesa, el aire más frío, el viento más furioso, y las diferencias no se detuvieron ahí. El día anterior no había ido a visitar la morgue después de dar vueltas en la cama toda una noche, pensando en Kay Sharp y en la razón por la que ella no lo quería cerca de San Francisco.

Tal vez tenía algo que ver con sus disparos. Ese pensamiento le heló la sangre más rápido que la ráfaga de viento que casi le arranca el sombrero al salir del coche. ¿Seguía corriendo el riesgo de que le dispararan? ¿Qué era lo que no decía?

Se precipitó hacia la puerta y, sujetando dos grandes vasos de café con una mano, la abrió con la otra lo suficiente para deslizarse por ella, con sombrero y todo. Una vez dentro, se quitó el sombrero y se dirigió a paso ligero hacia la sala de autopsias, donde las luces estaban encendidas y por las puertas batientes con bisagras se oía una charla en voz baja.

Empujó una puerta con el codo y entró. Las brillantes luces estaban encendidas con una intensidad cegadora, aunque ningún desventurado cadáver yacía sobre ninguna de las mesas de acero inoxidable. La cháchara provenía de la pantalla de la pared donde el doctor Whitmore solía mostrar información e imágenes de autopsias, no la última reposición de Anatomía de Grey. El forense se afanaba ante el gran microscopio, sentado en un taburete de cuatro patas y encorvado sobre el ocular, murmurando algo que Elliot no captó.

—Me huele a buenos días —dijo el doctor Whitmore; se puso de pie

y, encontrándose con Elliot a medio camino, cogió con ambas manos el café recién hecho que le ofrecía. Una sonrisa de agradecimiento se dibujó en su rostro—. Mi mujer se desmayaría si me oyera, pero me gusta mucho más el brebaje de Katse que su brebaje casero. Hay algo que le añaden para darle ese sabor intenso. —Bebió un sorbo y lo saboreó—. Cáscaras de huevo molidas, le oí decir a alguien.

—Vaya, eso es nuevo para mí, doctor. —Elliot se rascó la cabeza—. Me alegro de que te guste. Creo que hacía tiempo que no te veía sonreír.

—No es solo el café lo que me ha hecho sonreír hoy, mi joven amigo. —Bebió otro sorbo y abandonó el vaso de papel con el logotipo de Katse sobre la mesa, junto al microscopio—. Estoy encantado de darte buenas noticias. Tenemos una coincidencia.

—¿Por el ADN que te dejé anoche? ¿La muestra de Darrell Bates?

—Sí. Lo tuve analizando toda la noche, y esta mañana cantó para mí.

Elliot se le quedó mirando, confuso.

—El timbre del ordenador de «coincidencia encontrada» —aclaró—. Darrell Bates es el hombre que embarazó a Taylor Lorentz; de eso no hay duda.

—No me jodas —murmuró Elliot, y luego le dio una palmada en el hombro al doctor Whitmore—. Me has alegrado el día.

—Para la investigación del asesinato, no sirve nada. Desde un punto de vista forense, no podemos situarlo en la escena. Su coche no salió de la urbanización cerrada hasta las once de ese día. Mi asistente se tomó un tiempo anoche para comprobar las cámaras comunitarias. Ahora está trabajando en la localización GPS de su teléfono, pero no tiene buena pinta. Dejamos el sistema de vigilancia de la casa para el final; su abogado cambió de opinión y está exigiendo una citación para eso.

Elliot no se sorprendió; Bates se había sentido demasiado aliviado al

oír la pregunta sobre el asesinato de Taylor, no era culpable. Pero del crimen del que creía haberse librado no podría escapar.

—La paternidad no prueba la agresión —dijo el doctor Whitmore como si leyera los pensamientos de Elliot—. Es una posibilidad remota.

Elliot se quedó mirando la punta de sus botas. Aún tenía la esperanza de poder hacer algo. Novack y los otros dos agentes habían recolectado montones de vídeos confiscados en el club de striptease y montones de equipos de vídeo de alta gama que encontraron escondidos en el techo de todas las habitaciones. Carmela tenía razón. Melby no escatimaba una moneda a la hora de comprar tecnología.

—¿Alguna novedad sobre el material de vídeo confiscado? —preguntó el doctor Whitmore, demostrando una vez más su asombrosa capacidad para leer la mente de Elliot.

—Todavía no. —Elliot se acercó a la mesa auxiliar, se apoyó en ella y cruzó las piernas por los tobillos. Era lo más cerca que había estado de tocar uno de los muebles de la sala de autopsias—. Estoy pensando en llamar a Bates para una entrevista ampliada.

—¿Y hacerle uno de los famosos interrogatorios con señuelo de Kay?

El comentario de Whitmore le pilló desprevenido.

—¿Qué? No. —Se lo pensó un poco, lo que el forense probablemente malinterpretó como vacilación o confusión.

—Si finges que tienes a otros sospechosos y consigues que admita que él y Taylor tuvieron sexo en el club, entonces... —El doctor Whitmore dejó la frase en el aire—. Pensándolo bien, debería ceñirme a lo que conozco, como el ADN y las huellas dactilares y otras cosas palpables, tangibles y precisas.

Elliot sonrió con un deje de tristeza. Le encantaba hablar de un caso difícil con alguien. Con Kay. Echaba de menos su ingenio, sus ideas, sus planteamientos poco convencionales que daban resultados.

—¿Cómo está, por cierto? —preguntó el doctor Whitmore, rebuscando en un cajón lleno de utensilios metálicos que sonaban al moverse.

—Doctor, ¿lees la mente?

Este abandonó la búsqueda y lo miró.

—No, mi joven amigo. Pero conozco a la gente. Es lo que hago. —Le dedicó una sonrisa alentadora y añadió—: Se pondrá bien. Oí que su herida era solo un rasguño.

—Sí. —Elliot se metió las manos en los bolsillos—. Si no hay nada más, doctor, tengo que irme. —Cogió el vaso de café que había abandonado sobre la mesa del laboratorio y bebió un trago. Ya estaba frío.

—Un momento. —La búsqueda en el interior del cajón terminó con el doctor Whitmore extrayendo un cartucho de inyección de tinta de repuesto. Sacó el cartucho viejo de una pequeña impresora, lo envió con un rápido movimiento directo al cubo de la basura, luego despegó las protecciones de plástico del nuevo y lo colocó—. Bien, ahora podemos imprimir. —La máquina se puso en marcha—. Últimamente no imprimo mucho; todo es electrónico —añadió, probablemente una disculpa por el tiempo que había tardado en hacer funcionar la impresora.

—¿Qué estás imprimiendo? —Con el vaso de café aún en la mano, Elliot se acercó.

—La huella del asesino no estaba en el sistema de identificación de huellas —dijo el doctor Whitmore—, pero esta huella del pulgar es tan característica que creo que deberías llevarla contigo. Quién sabe, quizá te encuentres con alguien que deje la huella del pulgar en una botella de Coca-Cola o algo así. Me gustaría que te fueras bien preparado.

—¿Estás seguro de que la huella parcial es de un pulgar? —Elliot observó cómo el cabezal de la impresora se movía a izquierda y derecha, sacando poco a poco la imagen impresa—. Es lo bastante estrecha como para ser cualquier cosa.

—Sí, estoy seguro. Se quedó ahí cuando llenó el cargador. Durante una hora he intentado meter balas en un cargador utilizando otros dedos para empujarlas hacia abajo, y no funciona. Este hombre o mujer en particular tiene una cicatriz en el pulgar, en su mano dominante. Puedo dar fe de ello.

—Gracias, doctor.

—De nada. Y gracias por el café. Me has ahorrado un viaje por la colina.

Por la colina era por donde Taylor solía correr. Así se lo había dicho el señor Lorentz.

Elliot frunció el ceño, mirando el vaso de café que tenía en la mano. Hacía unos años, Katse había introducido el ridículo diseño floral en sus vasos de papel, margaritas en flor encadenadas. Se podría saber que era una taza de Katse a veinte metros de distancia. Era reconocible, única, y hacía que Tommy MacPherson se sintiera muy orgulloso, aunque la gente seguía riéndose de lo infantil que parecía el diseño. Ese año, le había contado una vez a Elliot, se había gastado una pequeña fortuna en redecorar la cafetería, rediseñar los vasos y el logotipo, adquirir muebles nuevos y utensilios de cocina.

E instalar cámaras de seguridad en la terraza de verano y en el aparcamiento.

Junto a la carretera.

Donde podían captar el tráfico que pasaba, no mucho, tal vez una pequeña parte. Pero aun así, ¿cuántos coches habrían pasado por delante de Katse hacía dos días, de seis y media a siete y media de la mañana? Con un poco de suerte, podría ver la matrícula o al menos la marca y el modelo de los vehículos que pasaban en el momento de la muerte de Taylor.

Uno de ellos podría ser su sospechoso. Los otros podrían ser testigos valiosos que podrían haber visto algo. Cualquier cosa.

Abandonó el vaso de café sobre la mesa del laboratorio y cogió su sombrero, se lo puso en la cabeza y salió corriendo hacia la puerta.

—Tengo que irme, doctor.

—Todavía está imprimiendo —protestó el médico.

Apresurado, Elliot dio media vuelta y tomó una foto con su teléfono de la imagen de la huella dactilar que aparecía en la pantalla. Luego se tocó el ala del sombrero al marcharse, dejando al forense boquiabierto.

Antes de que la puerta giratoria se cerrara, oyó reír al doctor Whitmore y decir:

—Soy un dinosaurio.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

DUCHA

Brian se sentó con mala cara en el asiento del copiloto del BMW, con los brazos cruzados en el pecho sobre el cinturón de seguridad, mirando disgustado y con el ceño fruncido el edificio del juzgado mientras lo dejaban atrás. El Beemer se sumergió en el espeso tráfico de Van Ness en una disonancia de bocinazos y chirridos de frenos. Impasible, Carly Hosking zigzagueó entre el tráfico con elegancia, avanzando con rapidez hacia la casa de Brian para dejarlo allí.

No podía creer que hubiera tenido que pasar otra noche entre rejas, esperando a que se cobrara un estúpido cheque. Pero desquitarse con Carly no tenía ningún sentido. Ella se merecía su gratitud, toda la que pudiera reunir. Poco a poco, el ceño de Brian se desvaneció y resurgió su carisma innato.

—Gracias por hacer esto, Carly. Me has salvado la vida. No estoy hecho para vivir entre rejas. Y por llevarme a casa... Te lo agradezco.

—Claro —sonrió ella—. ¿Para qué están los abogados? ¿Verdad, Brian? —Ella le lanzó una mirada rápida.

—Eso es. —Se rio entre dientes y miró por la ventanilla el tráfico que pasaba—. ¿Estás segura de que no me representarás en el juicio?

—No puedo, Brian. —Extendió la mano y se la apretó—. Lo siento. Esto podría salir increíblemente mal para mí, y lo sabes.

—Entonces, estoy jodido. —Consultó la hora en su teléfono con dedos nerviosos y movimientos bruscos—. Y mi hija ha

desaparecido. —Enterró la cara entre las manos—. Quién sabe si volveré a verla. Carly, no podemos dejar que eso pase. Tenemos que hacer algo. No puedo perder a mi niña.

—¿Tenías una relación cercana con ella?

Hubo un silencio.

—Nos estábamos acercando. No estuve mucho cuando era un bebé, pero hice lo que pude.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a buscarla. Creo que tengo una idea bastante clara de quién la tiene.

—No olvides que estás suspendido. —Carly suspiró—. Hagas lo que hagas, no aumentes tus cargos. Pide ayuda a Brockett. Incluso Díaz se involucraría si señalas un lugar y pides apoyo, ¿verdad?

—Sí —respondió, sonando poco convencido—. No confío en ellos, Carly. Uno de esos tipos me está tendiendo una trampa. Y no sé si es Brockett, Díaz, o ambos. —Carly se detuvo frente a la casa de Brian. Se volvió hacia ella y la miró—. ¿Quieres entrar unos minutos?

Una sonrisa aleteó en los labios de la abogada.

—¿Por qué no?

Nada más entrar, Brian se quitó la chaqueta con gesto enfadado y la tiró al suelo.

—Que se jodan —dijo, frunciendo de nuevo el ceño—. Los matones de mi lista de mierda no sabrán que estoy suspendido. —Carly enarcó una ceja como desafiando su afirmación—. De acuerdo, lo sabrán porque quien les pague ya se lo habrá dicho o lo habrán visto en la tele. Pero la voz de una nueve milímetros habla el mismo idioma, con placa o sin ella.

—Arma no registrada, espero —susurró Carly, aún de pie junto a la puerta, como si no supiera a dónde ir ni qué hacer.

—Por supuesto. —Se acercó a la barra—. Anda, ¿por qué no nos sirves un trago?

Carly abandonó el bolso en una silla y cruzó con los tacones la madera hasta la librería. Varias estanterías tenían fondo de espejo y estaban repletas de alcohol y vasos suficientes para celebrar una fiesta de fraternidad.

—¿Bourbon?

Él asintió, desanudándose la corbata con impaciencia. Pronto, el accesorio de seda encontró la chaqueta en el suelo, junto a la pared.

Carly sacó varios cubitos de hielo de la máquina con sus largos y cuidados dedos y los dejó caer en dos vasos. Luego añadió generosamente bourbon de una botella de Woodford Reserve y le entregó un vaso a Brian.

Lo cogió e inhaló el aroma del alcohol.

—Gracias, Carly, eres la mejor. —Él sonrió, sus ojos vagaron a sus labios carnosos por un largo momento y luego cayeron sobre su escote—. Nunca pensé que le diría esto a alguien, pero gracias por sacarme de la cárcel.

Las copas de cristal tintinearon y ambos bebieron, Brian sediento como si el bourbon fuera agua. Carly lo tomó despacio, saboreándolo distraídamente, como si estuviera preocupada por algo.

—¿Qué hay de Kay? —preguntó después de relamerse los labios. Se sentó en un gran sillón de cuero y cruzó las piernas, sin preocuparse demasiado de que la ajustada falda se le subiera por el muslo.

—¿Qué pasa con ella?

—Parecía ansiosa por ayudarte. Incluso ponerse a tiro contigo, lo que, tengo que decir, supera el récord de la peor entrega de un cliente que he tenido.

Brian se burló y puso los ojos en blanco.

—¿Kay? Es un ángel, pero tuve que amenazarla, chantajearla y rogarle que dejara su acogedor trabajo en un resort de montaña y viniera aquí a hacer trabajo policial de verdad.

—Ella no tiene jurisdicción, Brian. Ya oíste a Díaz.

Una sonrisa ladeada se dibujó en los labios de Brian.

—Sí, pero tiene tal sentido de lo que está bien y mal que se mataría por corregir una injusticia.

—¿Tu injusticia? —La insinuación era clara.

—La de cualquiera. —Brian terminó el bourbon y dejó el vaso sobre la mesa—. Eso es lo que hace a Kay tan especial. Por cierto, déjame llamarla.

—Ah —respondió Carly, luego se apoyó en el respaldo de su sillón y jugó con los cubitos de hielo de su vaso, estudiándolos, haciéndolos tintinear y crujir con el dorado líquido.

Brian marcó rápidamente el número de Kay, paseándose por el salón. En cuanto cogió la llamada, dijo:

—Soy yo. Estoy fuera. ¿Alguna noticia de Holly?

—¿Dónde estás? —preguntó Kay. Sonaba un poco sin aliento.

—Estoy en casa. Nuestra vieja casa.

—Quédate ahí, Brian. Voy para allá. No salgas y hagas nada estúpido.

—No quiero perder tiempo, Kay. Puede que Holly no tenga un momento más.

—Estaré allí pronto, ¿de acuerdo? Prométeme que no irás a ninguna parte hasta que yo llegue. Esa gente quiere dispararte, Brian. No les facilites el trabajo. No te muevas. Cortinas cerradas. Apaga la luz. Sé un ratón.

Los pasos de Brian se aceleraron.

—Sé quién la tiene, Kay, y estamos perdiendo el tiempo. Créeme...

—Creo que tienes alguna idea de quién la tiene, y seguiremos tus pistas. Cuando llegue allí. ¿Está claro?

—Bien, como quieras. Pero no tardes.

Terminó la llamada y dejó caer el teléfono sobre la gran mesa de nogal. Este chocó y se deslizó.

—¿Le hablas así y aun así te ayuda?

Gimió, deteniéndose frente a Carly con los labios firmemente apretados.

—Soy un gilipollas, lo sé. Pero quiere que espere aquí sin hacer nada cuando podría estar ahí fuera, buscando a mi hija.

—Ella es más lista, créeme. —Carly bebió otro sorbo de bourbon mientras observaba cómo Brian se desabrochaba la camisa. Se la quitó y la tiró al suelo, amontonada sobre los demás objetos.

Los ojos de Carly se clavaron en sus pectorales bien definidos. Brian se dio cuenta; sonrió y apartó la mirada.

—Me daré una ducha para quitarme el hedor de la cárcel. Sírvete otra copa si quieres. No me esperes.

La dejó sorbiendo su bebida junto a la ventana y entró en el cuarto de baño, todo su cuerpo ansiaba la limpieza de una buena ducha. Dejó caer las últimas prendas al suelo y entró en el plato de granito.

Puso la alcachofa de la ducha en los chorros más potentes y abrió el grifo. Aguantó, viendo cómo los restos de sangre se arremolinaban en el agua antes de irse por el desagüe, y luego se untó generosas cantidades de gel Dior Sauvage en su cansado cuerpo con enérgicos movimientos de la mano, renunciando a la esponja. El líquido transparente se convirtió en espuma cremosa perfumada bajo sus manos, vigorizando sus músculos, despertándole.

Sintió un soplo de aire más frío cuando se abrió la puerta y entró Carly, desnuda. Ella cogió un puñado de gel con la palma de la

mano y preguntó:

—¿Puedo enjabonarte la espalda? —Su voz era grave, sensual, llena de promesas.

Sonriendo, él apoyó las manos contra las baldosas y le permitió jugar un rato con su cuerpo, luego se volvió hacia ella y la inmovilizó contra la pared con las manos por encima de la cabeza. Ella lo miró intensamente, deseosa, jadeante.

—Ya sabes, los exconvictos recién liberados tienen fuertes impulsos —le susurró al oído, antes de besarle el cuello y observar la reacción de su cuerpo a sus caricias.

Se inclinó hacia él, acogiendo sus hábiles dedos, enroscándose en su cuerpo como una enredadera.

—Es peligroso dejar que un hombre recién salido de la cárcel te vea desnuda.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

EVIDENCIAS

Antes de ir a casa de Brian, Kay se reunió con Brockett delante de la comisaría del distrito norte de la policía de San Francisco. Cuando le llamó para quedar, esperaba encontrarlo por ahí, preguntando a informadores sobre Holly. Afirmó que había estado haciendo eso durante un tiempo y que acababa de volver. Aparentemente intrigado por su petición de reunirse, eligió el aparcamiento y salió, mirando con cautela a su alrededor. El tiroteo del día anterior había dejado a todos un poco nerviosos.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella, aunque la respuesta estaba escrita en su rostro.

Se veía cansado pero impenetrable.

—Nada. Ni una palabra en las calles sobre esa niña.

—Qué raro —murmuró Kay, frotándose la frente. Los detalles de ese caso no tenían mucho sentido, incluso después de unas horas de sueño en la cama llena de bultos de un motel de Redwood City—. ¿Qué dicen los federales?

Brockett parecía disgustado con su pregunta.

—Están estudiando otros enfoques. Deberías saber que consideran a la niña viva hasta que la encuentran muerta; es el procedimiento.

—Ajá, ¿y? —No entendía qué había de malo en ello.

—Ha pasado una semana; sus posibilidades son muy escasas. Y no son precisamente muy comunicativos con la información. Seguro que también lo recuerdas.

Asintió con la cabeza, preguntándose si debería pedir un favor o dos a algunos antiguos compañeros de trabajo y conseguir algo de información. Lo primero era lo primero, estaba allí para hablar con Brockett.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda ver fotos de la escena del crimen, detective?

Su brillante cuero cabelludo se arrugó por encima de sus cejas.

—¿Qué quieres saber?

—Si se encontró algo más en la mesa de la cocina —explicó con un suspiro. Tenía que explicárselo; era exasperante, pero tenía que ser paciente—. Algo que el equipo de limpieza podría haber desechado.

—¿En qué sentido es relevante esto exactamente?

—Hazme el favor.

Murmurando algo ininteligible, el detective sacó su teléfono y empezó a buscar imágenes. Probablemente habría sido más fácil volver a entrar y coger el expediente del caso, pero entonces se habría arriesgado a que lo vieran colaborando con ella. Un pecado mortal en ese recinto, o eso parecía.

—Aquí están.

Cogió el aparato y miró las fotos, entrecerrando los ojos y esforzándose por distinguir algo en la brillante luz del sol. Contuvo la respiración al ver el cuerpo de Rachel en un charco de sangre, desde múltiples ángulos, bajo las potentes luces de la escena del crimen y rodeado de marcadores amarillos numerados. Después habían fotografiado varias veces la mesa de la cocina. Sobre la rejilla que había encontrado sobre la mesa había colocada una cazuela con un asado a las hierbas. Faltaba un trozo de corteza, como si alguien hubiera usado los dedos para despegar un poco del apetitoso asado y comérselo. También había desaparecido de la mesa un bol de plástico rojo con puré de patatas.

Rachel había preparado una cena de domingo para Holly y para ella y había puesto la mesa para que disfrutaran juntas de una buena

comida antes de entrar en el Programa de Protección de Testigos.

Kay le devolvió el teléfono a Brockett.

—¿Sabías que Holly tiene un marcapasos?

El hombre frunció el ceño y apoyó la mano en el muslo.

—¿Cómo? No.

—Este folleto estaba a la vista en el lugar de los hechos. —No pudo evitar mencionarlo, aunque de poco sirvió salvo para erizar la piel del detective—. Si es un dispositivo moderno, podríamos rastrearlo. Tal vez... si tenemos suerte. Tiene que estar registrado, ser lo bastante nuevo y estar en una zona con wifi no segura.

El detective sacó un cigarrillo, lo encendió e inhalando con ansia.

—Pondré en marcha las citaciones. Una para que el hospital revele detalles del dispositivo. Otra para que el fabricante del dispositivo ayude a localizarlo. Llevará días, quizá una semana.

—No es suficiente —espetó Kay—. No es lo bastante rápido. —Su voz sonaba cortante, abrasiva, lo último que ella quería.

—Si encuentras otra forma, detective, entonces adelante con ella. —Llenó sus pulmones de humo y luego exhaló bruscamente.

—Estoy aquí para ayudar —sonrió Kay, tratando de apaciguarlo. No servía de nada que al detective le hirviera la sangre cada vez que hablaban.

—Lo que sea que te saque más rápido de este código postal —dijo, estudiando la punta de su cigarrillo—. ¿Hemos terminado?

—Casi. —Kay abrió el maletero de su Interceptor con el mando a distancia—. Encontré el cuchillo perdido.

Él tiró la colilla con un enérgico gesto de frustración.

—¿Qué demonios? ¿Quién te dijo que nos faltaba un cuchillo?

Ella ladeó la cabeza con incredulidad y soltó una risita.

—No fue tan difícil de averiguar. Gran bloque de cuchillos, una ranura vacía, la más grande. Adivina lo que falta.

Parecía desinflado, con la mirada fija en el asfalto, las manos en las caderas, pisando fuerte en su sitio, visiblemente ansioso por marcharse. ¿Era un hombre de fiar? ¿Estaba dispuesto a encerrar a Brian por el asesinato de Rachel, sin importar lo que demostraran las pruebas? Si era así, ¿cómo había convencido a los demás para que le siguieran? ¿Díaz, el ayudante del fiscal que aprobó la orden de arresto, todos los del sistema de justicia penal? No podían estar todos en el ajo, ¿verdad?

Sin embargo, su postura y su lenguaje corporal no hablaban de un policía corrupto, sino más bien de uno cansado y descontento, instalado en sus propias formas arcaicas de investigar el crimen, quemado hasta el punto de que ya no le importaba una mierda lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Eso no es todo lo que encontré. —Cogió las bolsas de pruebas de su maletero y se las entregó—. El teléfono de Rachel, con poca batería. También he metido el cargador. El código de acceso es 1, 2, 3, 0.

—¿Cómo demonios lo sabes? —La miró con incredulidad, pero Kay creyó percibir un destello de respeto en el brillo de sus ojos castaños—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace ocho años. El código de acceso es el cumpleaños de su hija. No es ciencia espacial. Pensé en ahorrarte el tiempo que pasarías intentando desbloquearlo.

—¿Y esto qué es? —Levantó la bolsa que contenía el mantel y los cubiertos.

—Esto lo encontré en el lavavajillas, y también el teléfono. Rachel intentó...

Brockett se burló y dio una palmada de fastidio.

—Claro, porque ahí es donde la gente guarda sus malditos

teléfonos, en el lavavajillas. —Visiblemente amargado por haber pasado por alto tantas pruebas en la escena, encendió otro cigarrillo —. Dios..., el mundo se ha vuelto loco.

Kay esperó a que terminara de despotricar a la defensiva y volvió a intentar transmitir su mensaje.

—Rachel escondió el mantel individual, el plato y los cubiertos de su hija en el lavavajillas, y luego se enfrentó a su atacante con ese cuchillo para darle tiempo a la niña para escapar. En el momento de su muerte, Holly estaba allí.

Un destello de verdadero interés brilló en sus ojos.

—Ahora tenemos una línea de tiempo.

—Sí, exacto.

—¿Qué crees que pasó? Recorrí la escena, pero no podría decirlo. —Dio otra calada a su segundo cigarrillo. El humo se arremolinó en el aire durante unas décimas de segundo antes de ser disipado por el viento helado.

—No buscabas a una niña, detective. —Ella se detuvo un momento, dejándole asimilarlo—. Pude imaginarme lo que pasó. Rachel vio que alguien se acercaba. Debió darse cuenta de que el visitante era problemático, quizá porque se había dado cuenta del riesgo que había corrido al aceptar testificar, al contarle al fiscal lo que vio la noche en que dispararon a ese chico. Quizá por eso llamó a su madre y le dijo que Holly ya estaba en custodia preventiva... Por si acaso estaban controlando sus llamadas, para lanzarles una bola curva y proteger a su hija. Estoy especulando; quizá nunca lo sepamos.

Se detuvo un momento, procesando lo que acababa de decir. No debía contarle a Brockett lo que había averiguado de Leonetti, no antes de estar segura de que no era un soplón. Era mejor atenerse a lo que había averiguado en la escena del crimen.

—Envió a Holly al patio trasero, descalza. Creo que luego le dio a Holly sus propios zapatos, porque el cuerpo de Rachel fue

encontrado descalzo y encontré huellas en el patio trasero que indicaban que la niña estaba descalza y después que llevaba los zapatos de su madre.

Brockett escuchaba atento, con el cigarrillo encendido colgando entre los dedos y la cabeza ligeramente baja.

—Sí, llovió antes esa noche y ha estado seco desde entonces. Las huellas podrían seguir allí.

—Entonces Rachel debió recoger todo lo que hablaba de la presencia de Holly en la casa y lo metió donde pudo, el lavavajillas, para darle más tiempo a su hija a correr y esconderse. Luego fue a abrir la puerta.

Brockett asintió.

—Tiene sentido.

—Explica por qué la puerta no estaba forzada ni rota. —Señaló la bolsa de pruebas que contenía el cuchillo—. Y explica esto, y por qué lo encontré debajo del mismo lavavajillas. Cuando Rachel se cayó, el cuchillo también debió caer al suelo y resbaló por debajo. —Dejó escapar un largo suspiro, sintiendo que el pecho se le oprimía como si estuviera agarrado por una garra de acero.

Miedo.

¿Y si Holly ya estaba muerta?

—Por lo que pude ver, la niña subió al árbol y se cayó cuando se partió una rama. Era una rama bastante alta, a unos dos metros del suelo. Debió gritar. No explica por qué el sudes no la mató donde la encontró o en la casa.

Brockett se quedó mirando las bolsas de pruebas que sostenía con una expresión de pura consternación en el rostro.

—Me acabas de joder bien, nada menos que una policía rural. Debo estar haciéndome viejo —se burló con amargura—. Eres algo más que la ex de Brian, la alborotadora de las colinas. ¿Qué planeas hacer a continuación?

—Seguir el marcapasos y esperar que no lleguemos demasiado tarde. Antes de irme, háblame de la huella de neumático levantada de la entrada de Rachel. ¿Es el mismo modelo de Suburban que nos persiguió ayer?

Parecía sorprendido por su pregunta.

—¿Eso? No. Es del coche deportivo de Brian, un viejo Chevrolet Corvette. Fue descartado. —Le estrechó la mano, esta vez vigorosamente—. Buena suerte, detective. Pediré las citaciones, por si las necesitas. Y ahora pasaré unas horas explicando a mi jefe y a los federales por qué no encontré estos objetos la primera vez. —Lanzó una rápida mirada a las bolsas de pruebas.

Kay se puso al volante y arrancó el motor. Brian tal vez sabía algo sobre el marcapasos de Holly, aunque no parecía estar involucrado en la crianza de su hija. Sin embargo, otra persona conocería todos los detalles, y Kay no tenía tiempo que perder.

Conduciendo hacia la casa de Brian, llamó al número de la agente US Marshal. Saltó directamente el buzón de voz.

—Debra, soy Kay Sharp. Tenemos novedades y necesito tu ayuda. Ciara lo sabrá todo sobre el marcapasos que tiene su nieta. Cuándo se implantó, dónde, en qué hospital, qué médico. Sé que no puede llamarme, pero espero que pueda darme esta información. No hace falta que te diga que el tiempo apremia.

Apenas había llegado a la autopista cuando sonó su teléfono. La pantalla mostraba el número de Debra.

—Detective —dijo sombríamente la agente US Marshal—, creía que lo sabías, lo siento mucho. La señora Epling tuvo un derrame cerebral de camino al piso franco. Está en el hospital, en coma.

CAPÍTULO CUARENTA

DISCUSIÓN

Holly se despertó sobresaltada. Las voces de arriba eran más altas que de costumbre, distantes y apagadas, pero esta vez había algo diferente.

La voz de la mujer era penetrante, cargada de lágrimas, sollozante y suplicante, y la del hombre era airada, amenazadora. Golpes apagados que hacían crujir el suelo marcaban cada vez que el hombre se dirigía hacia la parte de la casa, donde estaban las escaleras. El sonido de un portazo de rabia sacudió las paredes.

En el sótano hacía frío, aunque había salido el sol y la habitación estaba iluminada. Temblando, Holly se deslizó fuera de la cama y aterrizó en el frío suelo de cemento con los pies descalzos. Luego se acercó a la chimenea y apoyó la oreja contra la pared.

—No puedo dispararle, Edmundo, por favor —decía la mujer—. Es solo una niña. Está confundida. No creo que haya visto mucho. Me lo habría dicho.

—¡Basta! —Un golpe, y luego algo sonó como si el hombre hubiera golpeado con el puño una mesa llena de platos y cubiertos—. No tenemos elección, Isabela. Es su vida o la nuestra. ¿No lo entiendes? El jefe fue claro al respecto. Si ha visto algo, tiene que morir.

Holly gimoteó, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras mantenía su temblorosa mano sobre su boca para permanecer callada.

—¡Te lo ruego, Edmundo! —gritó la mujer—. Solo es una niña. ¿No podemos decir que escapó y dejarla ir?

La esperanza llenó el pecho de Holly durante un breve instante,

hasta que oyó el sonido de un golpe y la mujer chilló y luego empezó a sollozar con fuerza.

—¡No te hagas ideas locas, zorra! O tendré que acabar contigo también.

Se paseó un rato mientras la mujer seguía sollozando. Entonces los sollozos se convirtieron en gemidos sin aliento.

—Iremos directos al infierno por esto —dijo ella.

Su comentario hizo estallar en carcajadas al hombre.

—Has matado a gente antes. ¿Qué te hacía pensar que ibas a ir a otro sitio? —Unos golpes más apagados—. Hicimos un juramento, querida, los dos, de obedecer todas las órdenes. Quiere que le dispares. Probablemente quiere ponerte a prueba.

—Por favor, Edmundo, no me obligues. No así, a una niña.

El sonido de metal raspando contra metal resonó con fuerza.

—No podemos arriesgarnos a que la tontita abra la boca y nos mande a todos a la cárcel. Estoy cansado de esto. Yo lo haré. —Una pausa, lo bastante silenciosa como para que el corazón de Holly latiera con fuerza y fuera lo único que la niña oyera—. Me has decepcionado, querida. Nunca te tomé por una cobarde.

Entonces una puerta chirrió como si se abriera, y Holly se quedó congelada, el miedo la estrangulaba, deteniendo la respiración en su pecho. Desesperada, miró a su alrededor pero no encontró ningún lugar donde esconderse. Debajo de la cama, sí, pero sería el primer sitio donde mirarían.

Las pisadas se acercaban mientras uno de ellos bajaba, probablemente el hombre. Sin opciones, Holly se coló en la chimenea y empezó a trepar por ella, con los pies descalzos usando los ladrillos como apoyo, la espalda contra las estrechas paredes y las manos empujando la pared para levantarse. Dejó de moverse cuando se abrió la puerta del sótano y contuvo la respiración, esperando haber subido lo suficiente.

El hombre entró en la habitación y se paseó.

—¿Dónde coño está? —Su voz era aguda, confusa, enfurecida—. ¿Isabela? —llamó en voz alta, y luego dio un puñetazo a la pared junto a la chimenea. Pequeños trozos de ceniza cayeron al hogar, algunos sobre la cabeza de Holly—. ¡Baja aquí, mujer!

Pisadas fuertes y apresuradas bajaron las escaleras.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer, y luego chilló de dolor.

—No me digas que no sabías nada de esto —gruñó él, y entonces el cuerpo de la mujer cayó al suelo con un fuerte golpe—. ¿Dónde diablos está, Isabela? ¿La has dejado huir?

—Te juro que no. Te lo juro por mi vida. Tienes que creerme. —Lloriqueando, se arrastró lejos de donde Holly podía ver parte de su cuerpo—. Estaba aquí cuando la dejé esta mañana.

—¿Se te ha ocurrido cerrar la puta puerta? —Su voz era un susurro bajo y amenazador.

La mujer no contestó, solo volvió a gemir.

Unos pasos se precipitaron escaleras arriba, probablemente los del hombre. Holly le oyó decir algunos nombres y luego le dijo a alguien:

—Encuéntrala. No puede estar lejos.

—Sí, jefe —respondió alguien.

Luego la mujer subió las escaleras, dejando la puerta del sótano entreabierta. Arriba, el llanto se reanudó, pero Holly ya no prestaba atención. No podría aguantar mucho más en esa chimenea. Tenía calambres en las manos y los pies de hacer fuerza y se estaba congelando.

En cuanto se atrevió, bajó con cuidado de la chimenea y se acercó de puntillas a la cama. Necesitaba orinar con urgencia, pero no se atrevía a utilizar el decrépito retrete, temerosa del ruido que haría. En su lugar, se deslizó bajo la cama, donde ya habían mirado antes

y no iban a volver a hacerlo. Y cuando por fin se fueran a buscarla, ella subiría y correría.

Con los ojos fijos en la puerta, no se dio cuenta del rastro de ceniza que había dejado en el suelo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

STACEY

Las lágrimas quemaban los ojos de Kay mientras conducía hacia la casa de Brian. Desde que había llegado al día anterior a la ciudad que había sido su hogar durante más de diez años, había sido un zombi desorientado, perdido, incapaz de ponerse al día, sin aliento, persiguiendo sombras. A veces parecía una experiencia extracorpórea o una de esas pesadillas vívidas que parecen inquietantemente reales. No sabía en quién podía confiar en la policía de San Francisco. Ya no podía fiarse de sus instintos, ni con Brian ni con nadie. Y estaba perdiendo a gente que le importaba mucho, más rápido de lo que podía soportar. Primero Rachel, ahora Ciara. A su edad, un derrame cerebral podría ser devastador y debilitante, incluso mortal. No podía creer que ya hubiera tenido su última conversación con Ciara o compartido su último abrazo.

Necesitaba a alguien con quien hablar y en quien confiar de todo corazón.

Elliot.

Marcó su número en la pantalla del centro multimedia del coche y pulsó para conectar. Él atendió la llamada casi de inmediato.

—Kay... —Sonaba sin aliento—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas? —Hizo todo lo posible por ocultar las lágrimas que la embargaron al oír su voz.

—No, no lo estás. Puedo oírlo. —Hizo una pausa mientras el silencio llenaba el aire entre ellos—. ¿Qué sucede?

Su voz era fuerte, cálida; su presencia en la llamada, un hombro en

el que podía apoyarse incluso desde la distancia. Parpadeó para que no se le saltaran las lágrimas.

—Es Ciara, la madre de Rachel. Ha tenido un derrame cerebral. Tengo miedo de perderla a ella también.

—Ven a casa —le suplicó, la intensidad de su voz no era algo que ella hubiera oído antes.

—Pronto, tal vez esta noche. Lo prometo. —Se secó las lágrimas con los dedos y silenció el micrófono mientras moqueaba y se aclaraba la voz.

—Sé que no me quieres allí, Kay. Pero si cambias de opinión...

—Volveré a casa pronto. Tengo una pista sólida sobre la hija de Rachel. Si eso resulta, no tardaré mucho más. Unas horas como mucho. Si no..., puede que nunca la encontremos.

—¿Descansaste algo anoche? —La conocía demasiado bien.

—Sí, la verdad es que sí. —Intentó poner algo de alegría en su voz, pero sonaba falsa a sus propios oídos, forzada. El silencio se hizo pesado por un momento—. Brian pasó la noche en la cárcel y yo visité un viejo motel que conozco junto a la bahía.

—¿Puedes ser sincera conmigo por un momento, Kay?

—¿Qué quieres decir? —Su pregunta la sorprendió y la hirió, aunque se había estado conteniendo bastante. Era un policía excelente; por supuesto, se daría cuenta de sus mentiras.

—Quiero decir que si puedes darme una respuesta directa a una pregunta directa.

—Muy bien, dispara. —Contuvo la respiración.

—¿Sigues en peligro?

—¿De qué? —La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera pensar en ella. Él le había pedido sinceridad, y ella estaba evitando el tema.

—Kay, por favor.

Forzó la entrada de aire en sus pulmones.

—Sinceramente, no lo sé. Ayer intentaron matar a Brian, no a mí. Creo que fui un daño colateral o quizá el viento soplaba demasiado fuerte y el francotirador falló. —Tragó con dificultad, con la garganta seca, constreñida—. No puedo pensar en una razón por la que me querrían muerta, pero tendré cuidado de todos modos. Lo prometo. —Una sensación de fatalidad se desplegó en sus entrañas, sabiendo que estaba haciendo promesas que no podría cumplir.

—Un francotirador podría estar a un kilómetro y medio de distancia. Nunca lo verías venir, Kay. —Un latido—. No puedo perderte.

Al oír sus palabras, su corazón se hinchó. Por un momento, no pudo hablar, temerosa de las lágrimas contra las que aún luchaba.

—Pronto estaré en camino. En cuanto encuentre a Holly, dejaré este lugar atrás.

—¿Y tu ex? ¿Qué pasa con su acusación de asesinato?

—He hecho todo lo que he podido —dijo, dudando de esa afirmación y de sí misma a la vez—. Está en libertad bajo fianza, y es un buen policía. Tiene tiempo de sobra para averiguar quién mató a su prometida. —Se hizo un breve silencio mientras Kay esperaba a que Elliot dijera algo—. ¿Cena cuando vuelva?

—Te toca. —Todavía sonaba tenso.

Terminó la llamada mientras giraba en la calle sin salida a la que había llamado hogar durante un tiempo, ocho años atrás. Le encantaba el nombre de la calle, Cedarwood Court; siempre le había gustado. Le hizo pensar en las Navidades pasadas en la playa, donde el aire salado del mar desprendía olor a savia de cedro.

La casa de Brian era un bungalow de ladrillo con garaje para tres coches, una rareza en la apretada y sobrevalorada zona de la bahía de San Francisco. Era grande para los estándares locales y estaba bien cuidada, con arbustos recortados y un camino de entrada

limpio. Probablemente tenía personas que cuidaban el jardín; por mucho que lo intentara, Kay no podía imaginarse a Brian cuidando nada que no fuera él mismo.

Un Corvette Stingray rojo de 1967 estaba aparcado en la entrada.

—Stacey —murmuró Kay mientras se acercaba al coche.

Brian había llamado a su coche Stacey por la película 60 segundos. Estaba obsesionado con esa película y con todos los coches que salían en ella. Se sabía los sesenta de memoria, marcas, modelos, años y apodos de chicas. Luego, cuando acababan de empezar a salir, había encontrado el Stingray en venta por una cantidad ridícula de dinero, y se dio el capricho. Pidió dos líneas de crédito en dos bancos distintos y limpió su cuenta de ahorros, pero «pescó a Stacey», según sus propias palabras. Y ahí estaba, orgullosa, brillante y roja. Brian aún no había engañado a Stacey.

Recordando las huellas de neumáticos que había visto en casa de Rachel, Kay se agachó junto al coche y miró las ruedas traseras, comparándolas con la foto que había tomado. Era una coincidencia perfecta. Brockett tenía razón.

Tocó el timbre dos veces, ansiosa por ponerse en marcha. Con Ciara incapaz de ayudar, su única esperanza para seguir el marcapasos de Holly era Brian. Su estrategia tenía mucho más sentido que irrumpir en las casas de los mafiosos con las armas desenfundadas para obtener información.

Brian abrió la puerta y sonrió en cuanto la vio. Olía al mismo gel de ducha que ella recordaba, y su pelo seguía húmedo, cayendo en mechones negros rebeldes sobre su frente. Iba vestido con pantalones de vestir y una camisa limpia, aún abotonada. Antes de que ella pudiera reaccionar, él la envolvió en un abrazo y tiró de ella hacia dentro como en los viejos tiempos; luego cerró la puerta de una patada.

—Oh, Kay, estoy tan agradecido de que estés aquí. —Le dio un beso rápido en los labios, que ella no agradeció—. Te he echado de menos.

—Me cuesta creerlo. —Se apartó, incómoda por lo que el olor de él provocaba en sus sentidos y enfadada porque Brian asumía que estaría siempre disponible para él porque ninguna mujer se le había resistido. Ella no volvería a caer en su vida o en su cama. Se dio cuenta de algo sobre él en ese momento, al verlo dejarse llevar con una confianza en sí mismo inquebrantable, lo que explicaba su éxito con las mujeres. Brian era embriagador para los sentidos, adictivo como la heroína e igualmente ineludible.

La puerta de la habitación se abrió y Carly salió, envuelta en una toalla y secándose el pelo con otra. Sus pies descalzos dejaban huellas húmedas en la madera.

—¿Deberíamos ir a comer mientras...? —Se quedó a medias cuando levantó los ojos y vio a Kay—. Oh.

—Me alegra ver que estás bien representado —dijo Kay, ocultando su sorpresa inicial tras el sarcasmo—. Dios, Brian, eres incorregible. Pero supongo que ya no tengo que preocuparme por tu juicio.

Carly reanudó el secado de su pelo con enérgicos movimientos. Se mantenía erguida e imperturbable, exhibiendo su cuerpo perfecto con arrogante confianza en sí misma. La toalla apenas le cubría las nalgas, pero no parecía importarle.

—No lo defenderé en el juicio.

«Qué extraño». Kay se encogió de hombros, obligándose a no darle importancia.

—No he visto tu BMW en la entrada.

—Está en el garaje —respondió Brian—. Carly no quiere que se le ensucie. —Se apartó caminando con una ligera cojera y cogió un vaso de la mesa. Todavía tenía restos de licor y se lo bebió de un trago, sediento. Sus ojos brillaban con un placer secreto, como si ver a las dos mujeres en su salón le hiciera sentir algo especial, algo que Kay no podía comprender. La abogada semidesnuda que goteaba agua en su piso no le causaba celos, pero quizá él pensaba que sí.

Carly desapareció en el dormitorio sin decir una palabra más, caminando despacio con un vaivén de caderas, y luego cerró la puerta en silencio.

—¿Qué tal el brazo? —Brian siguió abotonándose la camisa con gestos metódicos y luego se puso sus gemelos favoritos, los de oro con cinco rubíes ovalados montados formando una X, un preciado regalo de su padre. Ella le había visto ponérselos innumerables veces, a veces sentado a un lado de la cama, acariciándole la piel antes de irse a trabajar.

—Estoy bien. —Algo indecisa, caminó por el salón que conocía bien, intentando no recordar todas las cosas que se había empeñado en olvidar. Los lugares donde habían hecho el amor. El sofá de cuero que habían elegido juntos en Macy's. El cuadro de un perro blanco y esponjoso que compraron a un vendedor ambulante junto al muelle.

Sin embargo, algunas cosas eran nuevas. Una Roomba último modelo, cargando en su estación en la esquina. Un televisor de ochenta pulgadas en la pared. Copas y botella de cristal tallado Swarovski originales. Y probablemente sábanas de satén en la cama, aunque a Kay no le interesaba verificar su suposición en persona. Parecía que vivía por encima de sus posibilidades, pero no tenía una hipoteca que le agobiara y probablemente tampoco tenía que pagar el coche.

—¿Cómo es que te quedaste con esta casa? —preguntó Kay—. Podrías haber conseguido una fortuna vendiéndola. O alquilándola. —Brian sonrió y le tendió un vaso, que ella se negó a coger—. Esto no es una visita de cortesía.

Él no contestó. Miró por la ventana. Luego abrió un cajón, extrajo una pistola Glock y se colocó el clip de la funda en el cinturón. Sacó el arma de su funda, comprobó su munición y volvió a guardarla.

—Creía que vivirías aquí con Rachel y su hija —insistió Kay.

Él sonrió con inquietud.

—Era nuestro hogar, tuyo y mío. —Su voz era grave, melancólica—.

Odio la idea de no tenerlo, de que nuestros recuerdos se borren, se superpongan con otra vida, con otra persona.

Kay enarcó las cejas, sorprendida, y por un momento se quedó sin palabras.

—¿Y dónde planeabais Rachel y tú...?

—Ya hemos hablado suficiente sobre nosotros, encontremos a Holly. Ella es todo lo que me queda ahora. Estoy listo para partir. —Caminó hacia ella con determinación y urgencia en su paso—. Tiene una enfermedad del corazón. Demasiado estrés podría hacerle mucho daño.

—Háblame de su marcapasos, Brian.

Parecía sorprendido, pero lo disimuló bien. Kay no le había hablado de su visita a la escena del crimen.

—Nada que pueda decir. No me he involucrado mucho en su vida. Sé de ello, pero muy poco. —Se quedó un rato mirando al suelo, parecía avergonzado—. Mis habilidades parentales se limitaban a extender cheques de pensión alimenticia y comprar regalos, y de vez en cuando hacer pasar un buen rato a Holly. —Suspiró y se metió las manos en los bolsillos—. Si tenemos la suerte de encontrarla, supongo que eso tendrá que cambiar.

—Entonces, no eres un verdadero padre para ella. —La voz de Kay era cortante, fría—. ¿Por qué no me sorprende?

—Sí, supongo que podría decirse eso —respondió Brian. Un destello de ira iluminó sus ojos—. No deberías juzgarme. Lo intento. No es que alguna vez hubiera querido tener hijos. Pero en cuanto la vi por primera vez y la tuve en mis brazos, todo cambió. He cambiado. ¿Tan difícil es creer que amo a mi hija con todo mi corazón?

Su mirada se suavizó después de un rato y se desvió, luego miró su reloj. Kay comprobó el suyo. Quedaban muchas preguntas por responder, pero el tiempo se agotaba.

Carly salió del dormitorio completamente vestida pero descalza. Caminó hacia la ventana, donde había dejado los zapatos junto a la

mesita y donde un vaso manchado de carmín aún tenía un dedo de bourbon en el fondo. Se lo bebió sin miramientos mientras se calzaba los tacones y salía con el llavero del coche en la mano.

—Buena suerte, Brian —dijo, justo antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Él no reaccionó. Era como si Carly nunca hubiera estado allí. Volvió a mirar la hora, aparentemente nervioso, pero no dijo nada.

—En el tribunal, después de tu comparecencia, dijiste que sabías quién tiene a Holly. Cuéntamelo.

La miró durante un largo rato, en silencio, como si quisiera saber si podía confiar en ella. A Kay le pareció exasperante su vacilación.

—Sé quién mató a ese macarra callejero, Oliver Galaz, en el tiroteo que presenció Rachel. Ese es mi punto de partida.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

MATRÍCULAS

La cafetería Katse rebosaba de charlas, risas y el sonido de platos y tazas propios de una cafetería concurrida a la hora del almuerzo. El olor a café fuerte y a bollería recién horneada animó el estómago de Elliot, recordándole que no había probado bocado desde la noche anterior, cuando una hamburguesa de Hilltop regada con una Heineken fría fue todo lo que le había dado tiempo a comer.

Detrás del mostrador, Tommy MacPherson se movía increíblemente rápido para su corpulencia, con gotas de sudor cubriéndole la frente. Tenía la cara sonrojada por la exposición constante al calor que desprendían los hornos y las cafeteras. Cuando vio a Elliot, una línea de preocupación arrugó su frente.

—Últimamente recibo mucha atención de los policías, si no le importa que se lo diga. —Pulsó un botón de la máquina de capuchino y el vapor empezó a soplar a través de un pequeño tubo de acero inoxidable hacia una taza de leche, espumando el líquido —. Hago negocio, y lo agradezco, pero, ya sabe, aún tengo estrés postraumático de mi vida anterior.

Elliot se rio entre dientes. Tommy MacPherson había enderezado su vida tras cumplir un par de años de condena por una serie de delitos menores. Recién salido de la cárcel, había llevado el negocio familiar al siguiente nivel, dándose cuenta de que era una alternativa mejor que las temerarias acrobacias que había hecho por dinero en su descarriada juventud. Su humor autocrítico se encendía cada vez que uno de los policías iba a por café y, Dios no lo quisiera, dónuts. Pues cuando se trataba de un pedido de dónuts, se desataba y no había quien lo parase.

A diferencia de muchos exconvictos, Tommy no odiaba a los

policías. Los veinte años de duro trabajo que había dedicado a la cafetería le habían dado sabiduría y perspectiva. Por ejemplo, sabía bien que debía llevar gorra y redecilla en la barba mientras servía comida y café detrás de aquel mostrador, pero rara vez lo hacía. Según sus propias palabras, su aspecto era tan poco atractivo como para necesitar ayuda en empeorarlo.

El dedo de Tommy soltó el botón y el silbido cesó. Satisfecho, cogió la taza de leche espumada y, con un cuchillo, terminó de espumar la parte superior, transfiriéndola a una taza de café recién hecho. Luego se lo entregó a una mujer de mediana edad y ella le dio su tarjeta.

—¿Qué se le ofrece, detective? —Preocupado, Tommy miró el portátil que Elliot portaba bajo el brazo.

—Café, un sándwich y algo de tu tiempo.

—Vaya. —Tommy fingió miedo con diversión en los ojos—. ¿Cuánto tiempo le tengo que preparar?

Elliot no pudo evitar reírse. En un pueblo pequeño como el suyo, todo el mundo conocía a todo el mundo y todo sobre todo el mundo. El enfoque humorístico de Tommy le había servido para calmar los temores de la gente sobre sus antecedentes. De lo contrario, su negocio podría haber fracasado, ya que no muchos residentes locales estaban dispuestos a aceptar café y comida de manos de un exconvicto.

—¿Veinte minutos, más o menos?

—¿De qué quiere ese sándwich?

Elliot se encogió de hombros.

—Lo que tengas preparado. Tengo poco tiempo.

—Bien. —Le sirvió un vaso grande de café, le puso la tapa y luego sacó de la nevera un bocadillo envuelto en film retráctil—. ¿Jamón y queso está bien?

—Perfecto. —Elliot le dio su tarjeta.

Tommy se negó a aceptarla al principio; luego, tras la reticencia habitual que mostraba cada vez que uno de los policías locales hacía un pedido, le cobró. Entonces silbó, y un joven con un delantal blanco manchado de café y cacao en polvo salió de la parte de atrás.

—Cúbreme, ¿de acuerdo?

El joven asintió y tomó el pedido de la siguiente persona de la fila.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Tommy, limpiándose las manos en el delantal.

—Necesito ver las imágenes de la cámara de seguridad del miércoles por la mañana.

Tommy se rascó detrás de la oreja.

—¿De cuando mataron a Taylor Lorentz? Me preguntaba cuándo vendrían a pedírmelas.

Elliot se tragó una maldición. Había tardado en pensar en la videovigilancia de Katse, y solo como medida de último recurso. La escena del crimen, a kilómetros de cualquier cámara y situada en un bosque virgen junto a Frozen Falls, no le hizo pensar enseguida en la videovigilancia.

—Sí, bueno, a ver si hay suerte —murmuró Elliot, siguiendo a Tommy hasta la parte trasera de la cafetería.

El sistema de vigilancia se encontraba en una pequeña mesa apoyada contra la pared, entre suministros ordenados en estanterías de acero. Los granos de café en bolsas de yute marrón llenaban el espacio de un intenso aroma. Un monitor, una unidad de control y un teclado con ratón estaban colocados sobre la pequeña mesa torcida que probablemente formaba parte del antiguo mobiliario de la terraza.

Tommy movió el ratón y la pantalla se iluminó con una vista de varias cámaras: seis enfocaban el interior de la cafetería y solo dos mostraban vistas desde la terraza.

—¿Cuál quiere?

Una de ellas captaba un trozo de autopista, pero desde ese ángulo solo vería los coches que pasaban, tal vez vislumbraría el perfil del conductor pero ninguna matrícula. La segunda apuntaba al otro extremo de la terraza, junto a la carretera y la valla. Apenas captaba un trozo de autopista a distancia, pero en el ángulo justo para caer sobre las matrículas de los vehículos.

—Esta —señaló Elliot—. Ve a las seis de la mañana del miércoles.

Tommy acercó una vieja y oxidada silla de hierro forjado e invitó a Elliot a sentarse. Este permaneció de pie, con su naturaleza curiosa manteniéndolo atento a lo que Elliot estaba haciendo.

Observó el vídeo durante un minuto y vio la silueta de Taylor corriendo junto a Katse a las 6:02 de la mañana, cuando la luz era tan tenue que apenas distinguió su esbelta figura contra el fondo granulado. Después, nada. Ni un solo coche pasó durante un rato.

—¿Hay alguna forma de acelerar esto?

—Claro —dijo Tommy, mostrando cómo hacerlo—. Si pasa el ratón por encima de la imagen, aparecen los controles. Solo tiene que hacer clic en la doble flecha tantas veces como quiera.

Elliot pulsó la doble flecha una vez, aumentando la velocidad, observando que no pasaba absolutamente nada en la pantalla, solo los dígitos del código de tiempo se movían más deprisa. Hizo clic una y otra vez. Cuando por fin pasó un coche, se movió tan deprisa que casi no lo vio, una breve raya roja en la imagen pixelada.

—Ahí está —dijo Tommy con entusiasmo, pero Elliot ya había detenido el avance rápido y estaba rebobinando la señal. Fue fotograma a fotograma, hasta cuando el coche estaba a la vista hasta y se vislumbraba la matrícula. Abrió su portátil, abrió la pantalla del Departamento de Vehículos a Motor, DVM, y buscó al propietario del vehículo. El código de tiempo marcaba las 6:07.

—La conozco —dijo Tommy—. Es la recepcionista del nuevo hotel La Quinta. Miriam algo.

La pantalla de búsqueda del DVM se cargó, mostrando el permiso de conducir y el registro del vehículo. Tommy tenía razón.

—Se dirigía al norte, ¿verdad? —preguntó Elliot, dándose cuenta de que no sabía la orientación exacta de la cámara.

—Sí, cuando va a trabajar. A veces se para a tomar café.

Claro que lo hacía. Todo el condado se detenía a tomar café en Katse.

Los vehículos que iban de izquierda a derecha en la pantalla circulaban hacia el norte; los demás, hacia el sur. Una sonrisa ladeada se dibujó en los labios de Elliot. El valle no tenía otras carreteras ni puntos de entrada; el asesino de Taylor había conducido en dirección norte o sur por esa carretera y había pasado por delante de la cámara de Tommy. A menos que hubiera conducido desde el norte con el propósito de matar a Taylor, y hubiera dado la vuelta y conducido hacia atrás después, cuando el trabajo estaba hecho. No era probable.

Anotó la marca y el modelo del primer vehículo, el horario y la letra N de dirección en un papel que le había prestado Tommy, y reanudó la vigilancia. No había mucho tráfico en el valle a esas horas.

El siguiente vehículo era un Ford sedán blanco en dirección sur, un coche de alquiler, a las 6:15 de la mañana. A las 6:21, le siguió una matrícula de otro estado que probablemente se dirigía a Washington. Pertenecía a un hombre de negocios de Seattle y era un todoterreno Acura gris.

Entonces pasó una camioneta Toyota Tacoma blanca en dirección sur. Tenía matrícula de California, parcialmente oscurecida por el resplandor del sol naciente. Elliot no pudo distinguirla.

—Ese también lo conozco —dijo Tommy, señalando la pantalla—. Es el nuevo camión de Roger. —Elliot frunció el ceño, inseguro de a quién se refería—. ¿Roger el fontanero? He olvidado su nombre comercial. Todo el mundo lo conoce como Roger el fontanero. —Tommy se rio entre dientes. —Igual que a mí me conocen como

Tommy, el chico del café.

De todos modos, Elliot comprobó los dígitos parciales y encontró el camión; estaba registrado a nombre de Fontanería Mount Chester.

A las 6:43 a. m. un Chevrolet Suburban negro pasó zumbando, yendo rápido hacia el norte, probablemente por encima del límite. Elliot miró a Tommy, pero este negó con la cabeza. La base de datos del DVM mostraba que el coche estaba registrado a nombre de una empresa de San Francisco, una sociedad limitada.

Tendría que pedirle a Kay que lo localizara y entrevistara al conductor.

El código horario de las 6:49 a. m. le dio un Hyundai marrón en dirección sur que Tommy reconoció enseguida. Pertenecía al profesor de ciencias del instituto local, un hombre llamado Frank Livingston, el profesor que había mencionado el señor Lorentz. Ya se habían cruzado antes, cuando Elliot y Kay investigaban el asesinato y secuestro de Angel Creek.

Durante unos dieciocho minutos, nadie más condujo por ese tramo de autopista. Entonces pasó un camión de reparto de agua embotellada en dirección norte a las 7:01 a. m.

—Conozco a ese tipo —respondió Tommy antes de que Elliot pudiera realizar la búsqueda en el DVM—. Se pasa por aquí todas las noches al final de su turno, para comprar algunas golosinas para la mujer y los niños. Se llama Bob. Le diré que le llame esta noche.

—Gracias, Tommy. —Elliot dedicó al vídeo de vigilancia otros diez minutos de su tiempo, completando la lista de todos los vehículos que habían pasado por allí. A las 7:09 a. m., el vehículo del agente Leach se dirigía hacia el norte. A las 7:14 a. m., volvió a subir la colina. La búsqueda que Leach había realizado ni siquiera había durado cuatro minutos completos. Elliot detuvo el vídeo cuando Tommy reconoció el coche de Gabriel Lorentz. Sabía por la declaración del hombre que no había encontrado a nadie en el lugar, ni coches parados ni peatones ni un alma. Para entonces, el asesino había desaparecido.

Armado con un montón de datos e imágenes sobre los vehículos que habían pasado aquella madrugada y sus conductores, Elliot dio las gracias a Tommy y le estrechó la mano.

—Encantado de ayudar —dijo Tommy, sonriendo—. Pero ¿y si el perpetrador condujo hacia el sur hasta Frozen Falls, luego dio la vuelta y volvió al norte? Entonces, nunca llegó a pasar por aquí, y no estará en este vídeo.

Elliot se puso el sombrero y abrió la puerta a una mujer apresurada que llevaba cuatro vasos altos de café en una caja de cartón.

—Serías un excelente detective, Tommy.

De vuelta en su coche, miró brevemente la lista de vehículos, pero no perdió mucho tiempo en decidirse.

La Quinta estaba a solo tres kilómetros.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CAPAS

Kay se quedó mirando a Brian con incredulidad. Como siempre, obtener una respuesta directa de él era casi imposible.

—¿Sabes quién disparó a ese traficante callejero, Oliver Galaz? —Se acercó a Brian hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. Sus ojos se clavaron en las pupilas de él—. Pensé que había sido clara, Brian. No más mentiras.

—No estoy mintiendo. —Él permaneció de pie con calma, permitiendo que ella lo escrutara, impávida.

—Me dijiste que no tenías ni idea de lo que Rachel había presenciado.

—Correcto.

—¿Entonces? ¿Qué afirmación debo creer? —Ella gruñó y puso los ojos en blanco—. Estoy cansada de tus juegos, Brian. Estás a punto de ser juzgado por un asesinato que dices que no cometiste. Hay gente ahí fuera buscando meterte una bala en el cráneo, ¿y todavía me ocultas información? Debo ser la mayor idiota del mundo para seguir perdiendo el tiempo contigo. —Su pregunta se había convertido en una perorata que no terminó hasta que se quedó sin aliento.

—Puedes creer las dos cosas porque las dos son verdad.

Muy enfadada, Kay apoyó la mano en la cadera.

—¿En serio?

—Rachel nunca me dijo lo que vio. Más tarde, descubrí quién había matado a Oliver Galaz. Así de simple.

Kay lo miró, preguntándose qué le hacía perder la cordura cada vez que hablaba con Brian. Era sencillo, si ella solo le hubiera creído capaz de decir la verdad. Él había sido sincero, pero ella había supuesto lo contrario. En el fondo, las mentiras que le había contado sobre acostarse con Rachel y otras mujeres cuando aún estaban casados teñían cada declaración que hacía ahora. No podía separar los dos mundos, pasado y presente, por mucho que lo intentara.

Suspiró.

—¿A quién han detenido?

Brian se encogió de hombros.

—A nadie, que yo sepa. —Metió las manos en los bolsillos y permaneció de pie frente a ella con calma—. No creerás que repetiría el error de Rachel y empezaría a abrir mi bocaza ante el fiscal, ¿verdad? —Su voz tenía matices de sarcasmo y tristeza. Debía creer que Rachel había sido asesinada porque había sido estúpida.

Pensar en eso enfurecía a Kay.

—Algunas personas se sacrifican y hacen lo correcto, Brian, y eso es algo de lo que hay que enorgullecerse, no despreciar. —Sacudió la cabeza, dándose cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. El narcisista que había en Brian probablemente estaba resentido con Rachel por haber antepuesto la verdad y la justicia a sus necesidades personales—. Dime dónde encontrar a Holly.

—Puedo decirte por dónde empezar. —Se arregló el nudo de la corbata, se acercó a la botella, vertió más licor en su vaso y se lo bebió de un trago—. Por la banda que se cargó a Oliver Galaz.

—De acuerdo, entonces —dijo Kay, mirando de nuevo la hora—. Dime lo que sabes sobre el tiroteo a Galaz.

Se sentó en un sillón con cierta dificultad, tocándose la pierna

donde la bala le había desgarrado el músculo.

—Se dice por ahí que nuestro amigo Galaz estaba escatimando, quedándose para él una parte de la recaudación. La organización quería darle un escarmiento. —Mientras hablaba, sacó un teléfono del bolsillo y tecleó algo en la pantalla, luego lo volvió a guardar. Un timbre familiar confirmó que se había enviado un mensaje de texto.

—¿Qué organización? —Kay decidió reservarse los detalles de su conversación con el fiscal Leonetti. Se preguntó por qué Brian no le había preguntado por eso. Tal vez había tenido demasiadas cosas en la cabeza con la comparecencia y ahora con Holly desaparecida.

—No trabajaste en el crimen organizado cuando estabas en el FBI, ¿verdad? —Otra campanada anunció la llegada de un nuevo mensaje al teléfono de Brian, pero este no pareció interesado en comprobarlo.

—No, no lo hice.

—Tuvimos guerras de bandas en estas calles durante un par de años. Empezaron después de nuestro divorcio. Los Street Kings se enfrentaron a los Norteños, ¿te suenan esos nombres?

—Sí, sigue.

—Una nueva banda surgió de los restos ensangrentados de las dos. La matanza fue peor en Oakland, no aquí, y es allí donde se centra esta nueva banda. Se llaman La Vida Sangrienta. —Miró a Kay un momento—. No estaba en el grupo de trabajo contra el crimen organizado, y todo lo que aprendí lo reconstruí yo mismo después de que mataran a Rachel. —Se pasó los dedos por el pelo—. Por eso la mataron, por presenciar a La Vida Sangrienta en acción. Entonces Brockett se apresuró a señalarme con el dedo, ese triste saco de mierda. Estoy dispuesto a apostar a que él mismo es de la organización.

Kay esperaba a que terminara, pero Brian dejó de hablar y se miró las manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Y?

—Y Galaz era de LVS —añadió, utilizando las siglas de la banda—. Así que son ellos quienes lo mataron y son quienes están ahí fuera intentando matarme. Tal vez a ti también. Nunca te habría involucrado en esto si hubiera sabido que pondría tu vida en peligro. Lo siento mucho, Kay.

Kay sintió que le volvía la rabia y se burló.

—No me digas que toda la organización apretó el gatillo. ¿Sabes o no sabes el nombre de la persona que mató a Galaz?

—Tal vez. —Ella quería darle una bofetada—. Conozco a unos cuantos de LVS, y quiero que empecemos a golpear puertas esta noche, que vayamos subiendo en la pirámide de los pandilleros. Si Holly está ahí fuera, la tienen; estoy seguro.

—Dime otra vez, ¿por qué Brockett te acusó? ¿Qué tiene?

Brian se levantó y empezó a pasearse por la habitación con rabia y una ligera cojera.

—Por quincuagésima vez, Kay: mis huellas están por toda esa escena.

—No vivías allí, ¿verdad?

—No, pero la visitaba a menudo. A veces, pasaba la noche.

—¿Y Brockett no sabía que Rachel era tu prometida? Deberían saberlo; son tus compañeros de trabajo.

Dejó de pasearse y bajó la mirada un momento.

—Algunos de los otros policías sabían que yo la engañaba. Me habían visto salir con otras mujeres. Brockett dijo que podía ser un motivo, que discutimos por mis mentiras y perdí los estribos. Estúpido.

Kay soltó una risita amarga.

—Por supuesto que la estabas engañando. ¿Qué hay de nuevo en eso? —Respiró, dispuesta a mantener la calma por el bien de la niña. Pero había algo en las palabras de Brian, en su forma de explicar las cosas, que le hacía pensar que no le estaba contando todo lo que sabía—. Brockett me dijo que te habías marchado de la escena antes de que él llegara. ¿Es eso cierto?

—Intentaba alcanzar al asesino. —Pasó junto a la botella de licor en busca de otra dosis rápida—. La sangre aún brotaba de las heridas de su pecho cuando la encontré. Llevaba muerta uno o dos minutos, quizá cinco. —Se le quebró la voz—. Pensé que tenía una oportunidad de atraparlo. Pero Brockett no me creyó. La cámara de la puerta de un vecino captó a mi Stacey abandonando la escena, no el vehículo de nadie más.

—Ah, hay un vídeo —susurró Kay. Obtener la versión de Brian fue como pelar una vieja cebolla amarilla, capa por capa, para llegar al núcleo. Y siempre acababa en lágrimas—. Es la primera noticia que tengo.

—¡No es como si tuviéramos pruebas de vídeo de algo! —gritó, reanudando su caminar renqueante, y luego se detuvo justo enfrente de ella—. ¿Te mataría creerme solo por esta vez, Kay? ¿Eh? ¿Qué pasaría si entendieras que me acuesto con cualquiera, pero que no soy un asesino? No es lo mismo. Tontear no es ilegal. —Se alejó de ella justo cuando bajó la mirada, avergonzada.

Había acudido a ella en busca de ayuda. Le había confiado su vida. ¿Por qué le mentiría?

Kay respiró un par de veces para tranquilizarse.

—Háblame de ese vídeo.

Brian se quedó mirando por la ventana y apoyó la frente en el cristal. Fuera, las sombras se alargaban.

—No sé por qué no aparece el coche del asesino. Tal vez el hijo de puta caminó hasta casa de Rachel. La estúpida cámara solo cubre la mitad de la carretera. —Alzó la voz hasta el punto de gritar, todavía de espaldas a Kay—. ¡No lo sé!, ¿de acuerdo? Yo no estaba allí. —

Golpeó el cristal con el puño. La ventana se resistió.

—Está bien, Brian. —Se acercó y le tocó el hombro—. Te creo.

Se volvió hacia ella, angustiado.

—Le insistí a Brockett en que soy policía. Si quiero a alguien muerto, sé cómo hacerlo para que nadie lo sepa. Nadie encontraría nunca el cuerpo. Pero Brockett está en la nómina de LVS; estoy dispuesto a apostar mi vida en ello. Eso es lo que está pasando aquí. La Vida Sangrienta está atando cabos sueltos, y yo soy uno de ellos. —Tomó sus dos manos entre las de Kay y las apretó, mirándola fijamente—. Por favor, vámonos. Encontremos a Holly.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

SOSPECHA

La Quinta Inn & Suites de Mount Chester estaba a unos tres kilómetros al este de Katse, en la sinuosa carretera que conducía a las laderas de la zona sur de la montaña. Era nuevo y ya había atraído a hordas de turistas, que llenaban el aparcamiento todos los fines de semana desde el jueves por la noche hasta el domingo. El precio de las habitaciones era más asequible que en el hotel Winter Lodge, lo que atraía a un público más joven.

Una joven pareja salía de la recepción a través de unas puertas correderas automáticas mientras Elliot aparcaba bajo el porche y apagaba el motor. La mujer sujetaba la correa de un gran caniche que se interesaba por el Ford de Elliot. Tiró de la correa, pero el hocico del animal parecía pegado a la rueda delantera de su todoterreno.

—Lo siento —dijo, tirando del reacio canino. Para su sonrojada vergüenza, el perro levantó la pata trasera y dejó su marca en el neumático, mirando a Elliot todo el tiempo.

Elliot sonrió, disipando su preocupación, y se dirigió hacia la entrada del vestíbulo. Cuando se abrieron las puertas, oyó que la mujer le decía a su compañero humano:

—No lo parece, pero creo que es policía. He visto su placa.

Tal vez no lo parecía realmente. Se había mantenido fiel a su atuendo tejano: unos Levi's tintados sobre botas vaqueras y camisa, una hebilla de cinturón lo bastante grande como para comer de ella y uno de los sombreros Stetson de ala ancha sin los que no podía salir de casa. Destacaba entre la típica multitud californiana, turistas incluidos. Para los lugareños, siempre había sido el nuevo

policía con pinta de vaquero o simplemente el policía vaquero. Y aquello había llegado a gustarle tanto como el aire de la montaña y los paseos matinales a caballo por los prados neblinosos.

Se acercó al mostrador de recepción y esperó a que la recepcionista terminase de registrar a un cliente. El hotel estaba casi lleno; no era nada sorprendente para un viernes por la tarde. En las pistas de la montaña de Mount Chester, la nieve fresca había caído y brillaba bajo las potentes luces del telesilla, prometiendo a los turistas un excelente fin de semana.

El cliente cogió la tarjeta llave de su habitación y se marchó. Elliot se acercó al mostrador y le enseñó su placa a una pelirroja delgada que llevaba una identificación con el nombre «Miriam».

—Tengo algunas preguntas, si pudiera dedicarme un minuto.

Ella sonrió torpemente.

—Un momento, por favor. —Llamó a un número y susurró al teléfono—: Necesito que te hagas cargo. —Luego colgó y reapareció su sonrisa profesional—. ¿Qué puedo hacer por usted? —Le hizo señas para que la siguiera mientras se apartaba a un lado, fuera del alcance de los turistas.

Un hombre corpulento apareció un momento después y empezó a registrar a los clientes. Llevaba una identificación que decía «Gerente».

Elliot sacó la imagen del coche de Miriam pasando por delante de la cafetería Katse el miércoles por la mañana.

—¿Este es su coche?

Ella frunció el ceño y estudió la foto un momento.

—S-sí, es mío. ¿Qué pasa?

—Esta imagen se tomó hace dos días a las seis y siete de la mañana cuando pasaba en coche por Katse. —Ella escuchó con los ojos abiertos de par en par, mezcla de angustia y curiosidad—. ¿Vio a alguien mientras conducía por el valle?

Se llevó la mano al pecho.

—Oh, Dios... Ya sé de qué va esto. Esa pobre chica, la corredora, ¿verdad? La mataron en ese tramo de autopista. Lo vi en las noticias.

—¿Vio algo? —repitió Elliot.

Ella asintió y tragó saliva.

—Sí. Vi a la pobre chica corriendo. Estaba sola y apenas había luz. Anteayer no era la primera vez.

—¿Dónde estaba cuando se cruzó con ella?

—Acababa de empezar a correr cuesta abajo, pasando Katse.

—¿Vio a alguien más?

Sacudió la cabeza y se mordió el labio con nerviosismo.

—Uh-uh, nadie.

—¿Algún coche tal vez parado a un lado de la carretera?

—No, no había nadie. Me acordaría. Siempre tengo un poco de miedo cuando conduzco por el valle. No hay cobertura telefónica, y si mi coche se estropea... —Sus palabras se interrumpieron.

—¿A qué hora llegó al trabajo esa mañana?

Lanzó a su jefe una rápida mirada de preocupación y bajó la voz.

—A las seis y veinticinco. Llegué tarde.

—Gracias, Miriam. —Elliot sacó una tarjeta de visita y la deslizó sobre el mostrador—. En caso de que recuerde algo más.

La siguiente parada era en la subdivisión de Angel Creek, donde vivía Frank Livingston. De camino, llamó a la empresa de alquiler de coches propietaria del Ford sedán blanco que aparecía en el vídeo. Se lo habían alquilado a una mujer que viajaba con sus dos hijos. El empleado del alquiler de coches vaciló un poco, pero luego

compartió el número de teléfono de la mujer con Elliot. Pero la llamada no aportó ninguna información útil; la mujer, una viuda de Los Ángeles que estaba de vacaciones, no había visto nada. En lugar de eso, le echó la bronca a Elliot por el estado de las carreteras de California, considerándolo personalmente responsable de todos y cada uno de los baches entre Oregón y la frontera mexicana.

La siguiente llamada que hizo fue al fontanero local, en la que un malhumorado empleado llamado Roger Mera admitió a regañadientes que había pasado con el camión por delante de Katse hacía dos días por la mañana. No vio nada, y no, no conocía a Taylor. No recordaba haberla visto corriendo, pero rara vez prestaba atención al paisaje. Su tono hostil y sus respuestas cortas y monosilábicas despertaron la curiosidad de Elliot. Se detuvo y comprobó la base de datos. El señor Mera tenía antecedentes penales por un allanamiento de morada hacía casi diez años. Elliot le dio las gracias y colgó; algo en su tono de voz, por lo demás malhumorado, le decía a Elliot que no era culpable de mucho más que de no prestar atención mientras conducía.

Al bajar de la montaña, pasó por Katse en dirección norte y luego giró a la derecha en la subdivisión, después de pasar por el valle y luego por las cataratas Frozen Falls. Eran alrededor de las dos y media cuando llegó a la residencia de los Livingston, y el Hyundai marrón estaba en la entrada. El profesor de ciencias del instituto estaba en casa.

Se dirigió hacia allí y estaba casi en la puerta cuando Frank Livingston salió con un rastrillo en la mano. Sorprendido al ver a Elliot, abandonó la herramienta, dejándola apoyada en la puerta del garaje.

—Detective —saludó a Elliot, estrechándole la mano—. ¿Qué le trae por aquí?

—Taylor Lorentz —respondió. La sonrisa del hombre desapareció, sustituida por tristeza—. ¿La conocía?

El profesor asintió, juntando las manos.

—Era mi alumna, una de las mejores que he tenido en los últimos

años. Conocía a su familia; qué tragedia. Su padre no volvió a ser el mismo después de la muerte de la señora Lorentz. La pobre chica trabajó duro para graduarse lo antes posible.

—¿Así que siguieron en contacto después de su graduación en el instituto?

—Sí. —La tristeza en su rostro se intensificó—. Yo era su mentor. Quería ser profesora de ciencias aquí, en nuestra ciudad, y yo la estaba preparando para ello. Me faltan pocos años para jubilarme. Habría sido una profesora maravillosa.

Elliot revisó sus notas.

—La videovigilancia le muestra pasando por Katse después de atravesar el valle a las seis cuarenta y nueve.

El hombre asintió con la cabeza.

—Es cierto.

—¿La vio corriendo?

—El miércoles, no. Empezaba a salir el sol y la carretera estaba bien iluminada, pero no la vi. Ese día no.

—¿Otras veces sí?

—Sí, muchas veces. Le gustaba correr por ese camino, aunque le dije que no se arriesgara y corriera después del amanecer. Pero los jóvenes no siempre escuchan.

—¿Vio a alguien más? ¿Un vehículo, tal vez? —Elliot miró la nota que mostraba el Suburban negro que se dirigía al norte a las 6:43 a.m. Debió pasar justo al lado del Hyundai marrón de Frank en algún lugar al norte de Katse, entre la cafetería y Angel Creek.

El profesor se pasó la mano por el pelo blanco, pensativo.

—Creo que sí —dijo, mirando a Elliot con los ojos muy abiertos—. Dios mío, no había pensado en ello hasta ahora, pero vi un todoterreno oscuro, uno grande, que se dirigía hacia el norte. Me

pareció raro en ese momento; creí haberlo visto parado en el fondo del valle, pero arrancó antes de que yo llegara.

—¿Vio algo del conductor?

—El todoterreno aún estaba lejos cuando pasé por la cima de la colina y lo tuve a la vista. Pensé que estaba orinando o quizá dejando a alguien, pero ¿por qué allí, en medio de la nada? —Sonaba arrepentido, probablemente sintiéndose culpable por no haberse detenido a comprobarlo—. Con sinceridad, pensé que se había detenido para atender la llamada de la naturaleza.

—No tenía forma de saber lo que estaba pasando, señor Livingston. No es culpa suya.

—Gracias. Miré a mi alrededor cuando llegué al fondo del valle. Donde pensaba que el todoterreno estaba parado. Pero no vi nada. Por eso...

—¿Era ese todoterreno un Chevrolet Suburban, quizá?

—Estoy bastante seguro de que sí.

—¿Se encontró con alguien más o vio algo más?

—No, lo siento. No puedo creer que estuviera allí cuando... —Se le quebró la voz y se llevó una mano a la boca, luego cogió el rastrillo como si tratara de mantenerse ocupado con algo.

—Ha sido de mucha ayuda, señor Livingston.

Se dieron la mano y Elliot se marchó. Frank Livingston miraba consternado el Ford de Elliot; estaba apoyado en el rastrillo, congelado en medio de su entrada.

¿Por qué un vehículo registrado a nombre de una empresa de San Francisco viajaría hasta allí para matar a una joven aparentemente al azar? ¿El conductor era otro de los postores del club de striptease? Sintió la tentación de parar y llamar al número de la empresa, pero ¿para qué avisar al delincuente? Podría huir.

Era mejor llamar a Kay. Ella podría hacerles una visita.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios.

Él mismo podría conducir hasta San Francisco para interrogar al sospechoso junto a su compañera.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

DISPOSITIVO

—Deberíamos ir a Oakland y empezar a aporrear puertas de La Vida Sangrienta —dijo Brian por quinta vez desde que habían salido de su casa—. No entiendo qué pretendes con este asunto del hospital.

Kay puso los ojos en blanco. Ella ya le había explicado su estrategia, pero él tenía ganas de hacer las cosas a su manera, de tener el control.

—¿Dónde le implantaron el marcapasos a Holly? —Le lanzó una rápida mirada por el retrovisor. Brian se había sentado en el asiento trasero, inclinado hacia delante, agarrado a los reposacabezas del asiento delantero. Su aliento le rozaba la cara a veces, molestándola. No le gustaba su cercanía. Olía fresco, a gel de ducha y a su aftershave favorito, y ella lo odiaba todo. Los recuerdos que le traían. El efecto duradero del olor y cómo persistía durante días después de haber estado allí, pegado a la tapicería como una mancha vergonzosa.

—Fue en el hospital universitario, creo. —La vacilación en su voz era clara.

—¿Crees? ¿No estás seguro de dónde operaron a tu hija para cambiarle la vida?

El gruñó, apartándose, y se dejó caer contra el respaldo.

—Ha pasado un tiempo, ¿de acuerdo? Y no soy el típico padre. —Sacudió la cabeza—. No vivía con ellas.

—¿Dónde, Brian? ¿De qué universidad? ¿Stanford? ¿O la Universidad de San Francisco?

—El Mission Bay de la Universidad de San Francisco —dijo, las palabras soltadas con fastidio en un suspiro fuerte.

—¿Recuerdas el nombre de su médico? ¿Algún otro contacto, algo que podamos usar?

—No, no tengo nada. Ya te lo he dicho, ¿de acuerdo? No estuve allí. —Se pasó las manos por el pelo—. Cielos, Kay, antes no eras así, no me preguntabas lo mismo una y otra vez. ¿Qué soy, un delincuente en un interrogatorio al que estás tratando de hundir?

—¿No te parece ni remotamente intrigante que tú, el padre de Holly, no tengas ni idea de dónde la operaron? ¿Qué se supone que debo creer?

—¡Te he dicho la verdad! Y ahora sigo tu ejemplo, persiguiendo sombras con este asunto del hospital. ¿Qué se supone que vamos a conseguir? Deberíamos estar ahí fuera, atrapando a los de LVS y utilizándolos, golpeándolos hasta que alguno hablase.

—Ya no tienes placa. Has sido suspendido. Y yo no tengo jurisdicción aquí.

—¿Cómo sabrán algo del marcapasos?

Era un caso grave de déjà vu. Ya habían tenido esa conversación, al menos dos veces. Por suerte, el gran campus del hospital Mission Bay apareció a la vista tras otro giro. Kay redujo la velocidad para leer las señales y calcular dónde parar y qué entrada utilizar.

Cardiología parecía un buen comienzo.

Aparcó y corrió hacia la entrada. Brian siguió su ritmo apresurado, murmurando algo sobre acabar con aquella locura para poder ir de verdad a por Holly.

Kay se detuvo ante un gran mostrador de recepción.

—Necesitamos ver a alguien que pueda ayudarnos a rastrear un marcapasos.

La recepcionista, poco impresionada por la placa que Kay mostró,

pareció abrumada por su pregunta.

—¿Rastrear un marcapasos? No sabría decirle. ¿Tiene cita?

Kay quería gritar.

—Necesito ver al jefe de cardiología ahora mismo.

La mujer tecleó algo en su ordenador con unas largas uñas incrustadas de diamantes falsos que le hacían pulsar las teclas inquietantemente despacio, luego llamó a una extensión y habló en voz baja por teléfono.

—Hola, sí, soy Shanice, de recepción. Tengo a unos policías que quieren hablar con el doctor Carruthers sobre un marcapasos. Vale, lo haré. —Terminó la llamada, sin sonrisa—. Ascensor de la izquierda, tercer piso.

Una enfermera los esperaba cuando el ascensor los dejó en la planta de cardiología.

—¿Ustedes son los... policías? —Llevaba el pelo largo recogido en un gran moño retorcido en la nuca. Su peso le levantaba la cabeza, dándole dignidad y clase a su postura.

—Sí, detectives Sharp y Hanlin.

—Síganme, por favor. —Con las manos en los bolsillos de la bata de laboratorio, caminó sin hacer ruido sobre unos zapatos de cuña con suela de goma, avanzando con rapidez por el interminable pasillo hasta llegar a un grupo de despachos agrupados cerca de una pequeña recepción—. Denme un momento.

Llamó dos veces, esperó un segundo y abrió la puerta lo suficiente para meter la cabeza.

—¿Doctor Carruthers? Lo siento, pero es urgente. Tengo aquí a la policía de San Francisco —añadió, y abrió la puerta de par en par para dejarles pasar.

El médico, un hombre de mediana edad con la frente alta y el pelo rapado, se levantó y les hizo señas para que entraran. Llevaba una

bata blanca de laboratorio, impoluta y almidonada, y un estetoscopio doblado en el bolsillo del pecho. Era delgado y alto, sin un gramo de grasa en el cuerpo, probablemente como consecuencia de las lecciones de vida que había aprendido como cardiólogo.

Kay le estrechó la mano y se sorprendió por lo seca y cálida que la sentía.

—Detectives Sharp y Hanlin. Gracias por recibirnos con tan poca antelación, doctor.

—¿Qué ocurre?

—Una niña de ocho años con un marcapasos ha sido secuestrada. Espero que pueda ayudarnos a localizarla usando el dispositivo.

El doctor cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me solidarizo con su búsqueda, detective, pero las leyes de información sanitaria me impiden compartir esa información sin una citación.

—Soy su padre —dijo Brian. El médico enarcó una ceja—. Soy detective del departamento de policía de San Francisco y su padre. Es posible. Puede hacerlo.

El médico frunció el ceño.

—S-sí, por supuesto —respondió el doctor Carruthers, sentado en su escritorio, y tecleó en su ordenador—. ¿Nombre?

—Holly Epling —dijo Brian.

—Holly Flynn Epling —añadió Kay.

El médico tecleó.

—¿Fecha de nacimiento?

—Treinta de diciembre —respondió Brian.

—¿Dirección, para verificación?

Brian dio la dirección de Rachel y el médico pareció satisfecho con su respuesta.

—¿Y su nombre, señor?

—Brian Hanlin.

El médico dudó un momento, frunciendo el ceño ante la pantalla.

—La tenemos, sí. El dispositivo que lleva es compatible con la red y se puede localizar si está conectado a internet. —Kay se acercó más, instándolo en silencio a que le diera algo que pudiera usar—. El dispositivo no está en línea en este momento. Estuvo activo por última vez hace treinta y cuatro minutos.

Kay sintió una punzada de miedo que le desgarraba las entrañas.

—¿Qué ocurre? ¿Sigue viva? —Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar las palabras.

—No estoy seguro —dijo el doctor Carruthers con la voz que probablemente utilizaba para tranquilizar a sus pacientes—. Todo lo que sé es que estaba viva hace treinta y cuatro minutos, y que su dispositivo funcionaba bien en ese momento.

—¿Tiene la ubicación?

El médico sacudió la cabeza con tristeza.

—No. Nuestro sistema no localiza automáticamente a nuestros pacientes. Podemos obtener localizaciones, pero tenemos que solicitarlo de forma manual cuando el dispositivo está en línea. —Se aclaró la garganta en voz baja—. No he de explicarte lo que el estrés de ser víctima de un secuestro puede hacerle a su corazón.

—¿Cómo podemos averiguar dónde está? —volvió a preguntar Kay, dándose cuenta de que su tono de voz era más alto—. ¿Puede ayudarnos?

—Sí, les llamaremos en cuanto el aparato vuelva a estar activo. —Miró brevemente por la ventana que daba al aparcamiento, como si aquella vista contuviera respuestas a sus preguntas—. Tal vez pueda

obtener más detalles en el hospital que en realidad realizó el procedimiento.

Kay miró a Brian con incredulidad. Parecía congelado en su sitio, mirando al doctor.

—¿Qué hospital es? —preguntó ella, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Mount Zion. Todos formamos parte de la misma red y tenemos el mismo sistema, pero puede que ellos sepan más. En cualquier caso, le avisaremos en cuanto el marcapasos vuelva a registrarse en la red. Rastrearemos eso por ustedes, detectives, y esperamos que puedan recuperar a la pequeña sana y salva.

Les estrechó la mano y les mostró la salida después de que Kay le dejara sus números de teléfono.

Caminaron a paso ligero hacia el coche y Kay mantuvo la boca cerrada hasta que llegaron al aparcamiento.

Desbloqueó la puerta y se puso al volante, sintiendo que el sudor le brotaba de las raíces del pelo.

—¿Qué has hecho, Brian? ¿Me has dicho un hospital al azar para callarme? —Su aguda voz rasgó el aire del Ford.

—¡No lo recordaba! Ya te dije que no lo sabía con seguridad. ¿Qué más quieres de mí? Al menos conseguí saber el hospital correcto, ¿no?

Como siempre, tergiversó las cosas, haciéndola parecer la mala de la conversación. Se estaba cansando de ello. Más que cansando.

Condujo en dirección al hospital Mount Zion. En su mente se agolpaban los pensamientos, repasando lo que sabía y lo que no, todas las suposiciones que había hecho, todos los hechos que había comprobado. Dudaba de todo, de cada cosa que su ex había dicho. ¿Cómo podía un padre no saber dónde le habían implantado a su hija un marcapasos?

Pero él ya se lo había explicado, aunque de manera satisfactoria

para él, dejando claro que era un cabrón frío y egoísta que nunca había querido tener un hijo. ¿Qué más se podía pedir o dudar? En su inmenso egoísmo, había sido brutalmente honesto. Su paternidad se había limitado a pagar las facturas y firmar los cheques de la pensión alimenticia, y era un milagro que siquiera hiciera eso por Holly. La filantropía no era lo que Brian practicaba; él era lo que era, todo el tiempo, nada más que un narcisista adicto al sexo siempre en busca de nuevas conquistas.

Un pensamiento tiró de su corazón, provocando una amenaza de lágrimas en sus ojos. Con Rachel desaparecida y Ciara en el hospital con pocas posibilidades de recuperarse, ¿quién cuidaría de Holly una vez que la encontraran? ¿Brian? Algún familiar lo haría.

El Centro Médico Mount Zion no pudo ofrecer más información, solo el compromiso renovado de localizar el dispositivo en cuanto apareciera en línea y la promesa de pedir ayuda al fabricante del marcapasos. Preparándose para empezar a buscar a Holly utilizando el método de Brian de reventar puertas y caras, Kay empezó a conducir hacia Oakland.

—Muy bien, lo haremos a tu manera. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Algún pandillero en particular en mente? ¿Tienes una dirección?

Antes de que Brian pudiera responder a sus preguntas, sonó el teléfono de Kay. La pantalla multimedia mostraba el nombre de la persona que llamaba.

Elliot.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

SÓTANO

—¡Han pasado tres horas! —gritó Edmundo a los dos hombres acobardados—. ¿Tres horas y no habéis podido encontrar a una niña? ¿Corriendo descalza por ahí? —Desenfundó la pistola y la agitó en sus caras—. ¡Mierda! El jefe hará que os fusilen. —Se paseó enfadado. Los sollozos de Isabela le volvían loco—. No, yo os dispararé ahora mismo.

No apretó el gatillo, se limitó a mirar sus rostros sudorosos, disfrutando de la visión del miedo que sacudía sus cuerpos. Sabían que no debían decir nada, pero Isabela no paraba de llorar desde que la había empujado contra la pared.

—Ahora salid ahí, y no volváis sin ella.

—Sí, jefe —murmuraron, y salieron corriendo por la puerta.

Todavía enfadado, Edmundo volvió a llamar a uno de ellos. Pálido como una sábana, el hombre entró a trompicones, con las manos entrelazadas delante de la entrepierna.

—¿Sí? —dijo en voz baja, obviamente esperando que le disparara.

—¿Salió corriendo a la calle?

El hombre sacudió la cabeza tan vigorosamente que su barriga rebotó y su papada tembló.

—No, es imposible. Rico y yo hemos estado ahí fuera todo el tiempo. La valla tiene dos metros y medio de altura, de hormigón sólido, excepto la puerta, y ahí es donde yo he estado. Todo el tiempo.

—¿Te fuiste a tomar café, a mear, algo?

El movimiento de cabeza se repitió.

—Yo estaba allí, jefe, lo juro.

Edmundo le hizo un gesto con la mano y desapareció, dejando la puerta abierta a su paso. Una patada de Edmundo la cerró de golpe, y el golpe avivó los quejidos de Isabela. Había caído de golpe junto a la pared y se había quedado allí, suplicando una piedad que no merecía.

El jefe iba a matarlo por esa niña. Despacio, tomándose su tiempo, dándole un escarmiento para que los demás vieran lo que les pasaba a los que desafiaban sus órdenes.

La ciguatera.

Era lenta, agonizante y mortal cuando los ángeles se apiadaban del alma del pobre bastardo que la recibía y el jefe ponía fin a la indecible tortura con un tiro en la cabeza. Era lo único en lo que podía pensar desde que la niña había desaparecido. En cómo moriría.

—¡Y todo por tu culpa! —bramó. Isabela se estremeció y se retiró al rincón, sollozando más fuerte y levantando las manos para protegerse la cabeza de los golpes que esperaba recibir a continuación—. No podías cerrar esa maldita puerta, ¿verdad?

Ella lo miró con los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Su maquillaje se había emborronado y rodeaba sus ojos de negrura, como las cuencas vacías de un demonio. Se llevó las manos al pecho.

—¡Juro que cerré la puerta, Edmundo! ¿Por qué no me crees?

La mano de Edmundo se levantó, a punto de caer pesadamente sobre la boca mentirosa de ella, cuando sonó el timbre de su teléfono.

—Maldito bastardo —murmuró, y luego leyó el mensaje que había recibido—. ¿Qué demonios? —Se rascó la perilla grasienta, mirando

la pantalla con incredulidad. Isabela lo miró con ojos preocupados. Hay que apagar el wifi. Mantenlo así, ¿de acuerdo?

—Claro, Edmundo —susurró Isabela—. ¿Qué importa ahora el wifi?

Gimiendo, Edmundo entró en la habitación contigua y encontró el módem sobre un gran escritorio lleno de todo tipo de trastos y el ordenador de Isabela. Desconectó el cable de alimentación de la toma de corriente.

—Ya está. Se acabó el wifi. —Se detuvo frente a Isabela, cuyos gemidos habían cesado por un momento—. Este hombre se ha vuelto loco de la cabeza.

Pensó en volver a abofetear a su mujer, pero se sentía demasiado cansado para hacerlo. En lugar de eso, acercó una silla de madera y se sentó en ella pesadamente, mirando a Isabela. Ella mantuvo la mirada baja. En silencio, las lágrimas mancharon su rostro con el delineador corrido.

—Nos va a matar a los dos —dijo Edmundo, rechinando los dientes y apretando las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. No puedo hacer nada al respecto a menos que encuentre a esa chica y la reviente. —Murmuró una larga retahíla de juramentos—. Solo dime a qué hora fuiste allí por última vez. Podría haberse ido hace cuatro horas, y ahora mismo podría estar con la policía, desahogándose. Dime la verdad, Isabela.

Ella se levantó con dificultad, tocando la pared para apoyarse. Luego lo miró fijamente, con atención, durante un largo momento de silencio.

—Edmundo —dijo ella—, por última vez, acababa de bajar a darle de comer a esa zorra, y te juro por mi vida que cerré la maldita puerta. Ojalá pudieras creerme. —Un sollozo le hinchó el pecho, pero se contuvo para no gemir—. O me matas tú, o el jefe, lo que sea. Sé que esto no depende de mí.

—¿Y no la dejaste ir porque eres una estúpida cobarde y no querías que mataran a la niña? —Su voz reflejaba su opinión sobre la anterior preocupación de Isabela por matar a una pequeña.

—No, Edmundo, te lo juro.

Él se levantó con brusquedad y pateó la silla con rabia.

—¡Bajé allí después de ti y la habitación estaba vacía!

Un mínimo atisbo de duda empezó a asomar en su cabeza. Había estado abajo, mirando por todas partes, y la niña se había ido. Había mirado debajo de la cama, en el baño, detrás de la puerta. No había ningún lugar donde pudiera haber estado. No recordaba cómo había encontrado la puerta, si cerrada o no. Después de unos cuantos disparos, no podía pensar con claridad. Pero, con la niña fuera, debía haber estado abierta. Si no, ¿dónde coño estaba?

Bajó las escaleras con rapidez e irrumpió en el sótano, con Isabela rezagada un par de pasos detrás de él. Un rayo de sol entraba por la ventana y atravesó la habitación entre partículas de polvo, haciendo brillar su luz sobre el suelo de hormigón manchado. La cama estaba vacía, y la niña no estaba a la vista, igual que la última vez que lo había comprobado.

Pero algo le llamó la atención.

Observó el hormigón, donde la ceniza había caído de la chimenea como si alguien la hubiera removido. Justo al lado de la chimenea, sobre el cemento, había una pequeña huella parcial en la ceniza, unos dedos y la punta del pie de la niña, como si hubiera pasado de puntillas. La huella se alejaba de la chimenea.

Se agachó, metió la mano bajo la cama y tocó la pierna de la niña. Esta chilló y se zafó, pero Isabela rodeó rápidamente la cama, la agarró por el pelo y la sacó gritando.

—Te tengo, pedazo de mierda.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

INTERCAMBIO

—Ah, ahora lo entiendo. —La risita sugerente de Brian hizo que Kay se encogiera—. ¿Quién es este Elliot?

El teléfono seguía sonando, amplificado por el sistema multimedia del todoterreno de Kay. Dio un golpecito en la pantalla, cambiando la llamada a su dispositivo móvil, y el timbre se redujo a un sonido apenas audible procedente de su bolsillo izquierdo.

Sacó el teléfono y respondió a la llamada de Elliot, manteniéndolo pegado a su oreja izquierda.

—Hola —dijo en voz baja.

Brian volvió a reírse. Se reclinó hacia atrás, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, como si estuviera a punto de ver un programa de televisión muy bueno.

—Kay —dijo Elliot. El sonido de su voz le hizo olvidar a Brian y su exasperante comportamiento—. ¿Cómo va todo? ¿Has encontrado a la niña desaparecida?

—Todavía no, y no tiene muy buena pinta. —Sorteó el tráfico a menor velocidad que antes, con la mente concentrada en la llamada.

—Oh. —Hubo un momento de silencio entre ellos, un silencio cargado de preguntas sin formular y de cosas que había que decir—. Bueno, estoy de camino...

Su mente se puso en marcha. Ella no lo quería en San Francisco, acompañándolos y poniéndose en peligro por nada.

—Elliot, ya hablamos de esto...

—Antes de que me regañes, que sepas que es por el caso.

—¿Qué caso?

—Mi caso. —Podía notar la sonrisa en su voz—. ¿El asesinato de Taylor Lorentz?

Kay respiró, sintiéndose avergonzada por un momento. No todo giraba en torno a ella. Había pasado demasiado tiempo con Brian; empezaba a pensar como él.

—¿Qué pasa con tu investigación?

Kay escuchó el ruido del tráfico durante un momento.

—Bueno, es un caso complicado, compañera. Tenía algunas pistas, pero no me llevaron a ningún resultado; al menos, no para el asesinato. La videovigilancia del patio de Katse me mostró varios vehículos que circularon por la autopista esa mañana. Hablé con la mayoría de la gente, incluido nuestro viejo conocido, Frank Livingston. Su Hyundai era uno de esos coches.

—Lo recuerdo, sí.

—Vio un todoterreno negro parado a un lado de la carretera, luego arrancó y se dirigió hacia el norte a gran velocidad,

Una sensación de fatalidad se desplegó en sus entrañas cuando escuchó la descripción que Elliot hizo del vehículo.

—¿Has comprobado los antecedentes de ese coche? —preguntó, con la voz entrecortada.

—Sí, está registrado a una empresa de San Francisco, una llamada Sueño con Shannon. Un nombre raro, ¿no?

Su sangre se convirtió instantáneamente en carámbanos.

—¿Estás seguro de esa información? —Mantuvo la voz tranquila y mesurada, casi indiferente.

—Lo estoy —respondió Elliot, hablando despacio, probablemente captando la angustia en la voz de Kay—. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Te suena ese nombre?

Ella no respondió, sino que redujo la velocidad buscando un lugar donde detenerse.

—¿Qué dirección tienes de ese sospechoso?

Hubo un momento de pesado silencio.

—Estás con él, ¿verdad? —Sonaba decepcionado y preocupado al mismo tiempo.

—Por ahora, pero estoy trabajando para arreglarlo. —No volvió a preguntar por la dirección; sabía que no tenía por qué hacerlo.

—Es el 11-75 de Cedarwood Drive, en Millbrae.

Cedarwood.

Su antigua dirección. La de ella y la de Brian.

Los recuerdos acudieron a su mente, buenos y malos, abrumadores. Desgarradores.

Como si leyera sus pensamientos, Brian se inclinó hacia delante, estudiando su rostro con una sonrisa inquisitiva.

Se detuvo en un pequeño aparcamiento frente a una tintorería y una pequeña panadería con unas cuantas mesas de hierro forjado colocadas en la acera. Apagó el motor, se volvió hacia Brian y le dijo:

—Quédate aquí. —Luego salió del vehículo y puso unos metros entre el Ford y ella.

—Ya puedo hablar, Elliot —dijo cuando estuvo segura de que Brian no podía oír lo que decía—. Solo estamos tú y yo. —Se mantuvo de espaldas al todoterreno, sabiendo que Brian era experto en leer los labios y las expresiones faciales, como la mayoría de los policías—. ¿Dónde estás?

—Estoy a una hora al norte del Golden Gate.

—¿Recuerdas cuando dijiste que si cambiaba de opinión...?

—Dime lo que necesitas. —Podía oír el motor de Elliot acelerando, y su sirena, que se había encendido—. Llegaré en unos cuarenta minutos.

—No vayas a la dirección de esa empresa, Elliot. Confía en mí y reúnete conmigo al norte del puente Golden Gate. Hay un mirador muy concurrido a tu izquierda según bajas, muy cerca del puente.

—¿Qué es lo que no me dices? —Ella no respondió—. ¿Kay? Por favor, sé sincera conmigo.

Se paseaba mirando al horizonte como una fugitiva atrapada que busca una salida.

—Creo que nuestros casos podrían estar conectados. Esa dirección que me diste era nuestra casa cuando aún estaba casada con él. Él la conservó. —Luchó contra unas lágrimas que no vio venir—. Por favor, no me pidas más, no ahora. Te lo explicaré cuando nos veamos.

Silencio.

—Hecho, compañera —dijo finalmente en voz baja pero cálida—. Podrías encontrar un susurro en un torbellino, Kay. Nadie es mejor que tú en este trabajo, pero vigila tu espalda. Necesito saber que estás a salvo.

—Entendido —respondió ella. Era curioso que las palabras de Elliot le hicieran llorar, lágrimas que no podía explicar—. Hasta ahora —consiguió añadir sin sonar emocionada antes de terminar la llamada.

Mareada y agotada, se sentó en una silla de hierro forjado, de espaldas al Ford donde estaba Brian. Cerró los ojos y trató de dar sentido a sus sentimientos. Traición, una traición indescriptible, peor de lo que jamás había sentido a manos de Brian Hanlin. Culpa y vergüenza y una sensación de presentimiento tan fuerte que le temblaban las manos. Era tal y como Elliot había dicho antes de

dejar Mount Chester. Los pelos se le erizaban, el cosquilleo en la nuca resonaba con la sensación de pavor que se enroscaba en sus entrañas.

—¿Qué te sirvo, cariño? —La camarera sonrió, esperando con un bloc de notas y un bolígrafo en la mano. Era joven, apenas tenía dieciocho años o así, y llevaba un impoluto delantal blanco con volantes sobre unos vaqueros y un top de punto.

Kay salió sobresaltada de su introspección.

—Un café —dijo, sintiendo la garganta seca—. Solo. —Rápidamente echó un vistazo al Ford y vio a Brian mirando por la ventanilla trasera con una expresión de furiosa consternación en el rostro—. Que sean dos, para llevar, y que uno sea un descafeinado largo, por favor —añadió.

La camarera garabateó algo en su bloc.

—Entendido. ¿Algo más?

—No. Gracias...

Momentos después, la camarera trajo los cafés.

—Este es el descafeinado —dijo sonriendo y dejándolo a un lado, luego puso el otro delante de Kay.

—Gracias —dijo Kay, con la mente en blanco mientras sacaba dinero de la cartera—. Quédate con el cambio.

La chica cogió los billetes con una sonrisa y desapareció.

Pero la mente de Kay estaba en otra parte, en uno de sus días más agradables como futura esposa de Brian. Antes de que ella hubiera tenido un indicio de su engaño. Un día en el que había sido feliz, totalmente feliz, inconsciente de lo que estaba pasando en realidad.

En más de un sentido.

Habían visitado el salón del automóvil de San Francisco, paseando de la mano durante horas y mirando todos y cada uno de los

vehículos. Brian hablaba con entusiasmo, sacando de su prodigiosa memoria interminables estadísticas del motor y cifras de rendimiento, mientras ella disfrutaba viéndolo feliz, oyéndolo hablar, estando con él. Aún no estaban casados, pero planeaban hacerlo dentro de un mes.

Ese día almorzaron gofres y cenaron hamburguesas mucho antes de que el espectáculo cerrara sus puertas a las nueve de la noche. Los dos fueron de los últimos en marcharse después de que la exposición empezara a apagar las luces. De camino a casa, él la había cogido de la mano casi todo el tiempo, conduciendo expertamente con una mano, y ella había sido la mujer más feliz del mundo.

Aquella noche habían hecho el amor con pasión: el ansia de ella por él, insaciable; el deseo de él por ella, arduo, consumiéndolos como un fuego compartido. Luego se abrazaron, agotados, pero sin querer dormirse.

—Cuando pueda permitírmelo —susurró Brian, envolviéndola en sus brazos y apoyando la cabeza de ella en su pecho—, me compraré el Suburban más grande, negro y reluciente que jamás se haya fabricado. No hay un todoterreno igual. —Le acarició el pelo con movimientos suaves y rítmicos que hicieron que le pesasen los párpados—. ¿Por qué crees que las fuerzas del orden los usan? Y no me refiero a nosotros, los polis de pacotilla; me refiero al FBI. No van a ninguna parte sin sus Suburbans.

—Ajá —murmuró ella, tratando de mantenerse despierta para que no se acabara el día.

—No, compraré cinco, no uno, y todos negros. Los registraré a nombre de una empresa para poder pagar el alquiler y haré que trabajen para mí.

—¿Qué empresa? —Ella levantó la cabeza y lo miró, sorprendida. Por lo que ella sabía, él quería ser detective algún día no muy lejano, no un empresario.

—Bueno, todavía no lo sé —se rio—. Pero se llamará Sueño con Shannon. —Le dio un beso en la frente—. Muy memorable y único,

¿no crees?

Totalmente despierta de la sacudida de inquietud que le causó el nombre comercial que hacía referencia a otra mujer, se apoyó en su codo para mirarlo.

—¿Quién es Shannon?

Él le tocó las arrugas de la frente, acariciándolas hasta que se nivelaron.

—Nada de qué preocuparse, nena, pero me sorprende que no sepas quién es Shannon.

Le dio un puñetazo en las costillas y volvió a abrazarse a él.

—Dímelo de una vez.

—Shannon es el Plymouth Hemi Cuda de 1971 en mi película favorita de todos los tiempos, 60 segundos. Es una blasfemia que no lo supieras; estoy horrorizado. —Sonaba solo medio en broma.

Se rio de su entusiasmo juvenil, aliviada de que Shannon no fuera una mujer de verdad que pudiera robárselo.

—¿Cómo puedo llevar la cuenta? —Le pasó los dedos por el pecho y sintió que su cuerpo respondía a su tacto—. Stacey está en la entrada, obviamente sueñas con Shannon, ¿hay sitio para una Kay en tu vida?

Él le besó la frente y luego le levantó la barbilla hasta alcanzar sus labios.

—Eres mi sueño hecho realidad, mi dulce Kay. —Besó sus labios, sediento, hasta dejarla sin respiración—. Entonces, ¿qué dices, sociedad limitada o corporación?

Quería enfadarse con él por estropear el momento, pero le encantaba su carácter juguetón.

—Bueno, depende. ¿Qué hará tu negocio?

Brian se rio tanto que le tembló todo el cuerpo.

—¿No es obvio? Encontrar soluciones y trabajar duro, lo que sea, hasta que me haga lo bastante rico para tener a Shannon para mí.

Su voz aún resonaba en su mente mientras se levantaba y caminaba hacia el todoterreno con los vasos de café en las manos. Con una precisión que helaba la sangre, todas las piezas del rompecabezas habían encajado en su sitio, dejándola sin aliento, con el corazón latiéndole en el pecho como un pájaro enjaulado, y miró a Brian como si no lo conociera de antes.

Luego se reanimó y recuperó el control sobre sus emociones. Aún no estaba fuera de peligro. Sonrió con despreocupación, abrió la puerta trasera y le ofreció el vaso alto de papel.

El regalo del café tranquilizó un poco a Brian, aunque enseguida comentó la calidad del mismo.

—¿Otra bazofia descafeinada de mi querida mujer? —Su voz sonaba tensa, cargada de una amenaza tácita.

—Exmujer, Brian. De una vez por todas. —Arrancó el motor y giró hacia el tráfico—. Toma el mío si no te gusta.

—No, está bien. Viviré. —Volvió a apoyar la cabeza entre los asientos delanteros—. ¿A dónde vamos? Creía que por fin íbamos a Oakland a buscar a mi hija. No parece que te preocupes mucho por ella. No digo que te culpe, considerando...

—Sí, bueno, escucha. Si quieres que te ayude con este caso, no puedo trabajar así, en el coche, en la carretera todo el tiempo. Necesito mi ordenador, acceso a la base de datos y todos mis sistemas. ¿Cómo puedo dirigirme a sospechosos así? ¿Cómo podemos encontrar a Holly así?

—¿Qué estás diciendo, Kay? —La miró con indisimulada suspicacia. Aparentemente distraído, sacó su pistola y la comprobó, luego la cargó y la volvió a meter en su funda.

El sonido del metal al chocar le produjo a Kay un escalofrío. Se quedó sin aliento, pero no se inmutó.

—Estoy diciendo que necesitas confiar en mí o estoy fuera. Del todo.

—Oh, vaya, otra vez lo mismo —gimió—. Te he confiado mi vida, Kay. Pensé que ya lo había demostrado.

—Luego iremos a Mount Chester, donde podré trabajar. —Giró hacia Park Presidio Boulevard, en dirección al puente Golden Gate.

—Cojones... ¿En serio, Kay? ¿Vas a volver a meter mi culo en la cárcel de paletos?

—No, esta vez te quedarás en mi casa, siempre que no me vuelvas loca y duermas en el sofá.

—Es una promesa, y tú eres un ángel. —Se recostó contra el respaldo, visiblemente aliviado—. Mi ángel de la guarda. —No parecía importarle que se fueran de la ciudad cuando su hija seguía desaparecida.

El teléfono de Kay sonó, anunciando un nuevo mensaje. Lo hojeó mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde. Era de un número desconocido, una captura de pantalla de un mapa con un punto rojo. El mapa era una sección de West Oakland cerca del pie del Puente de la Bahía. Luego un mensaje de texto diciendo:

El fabricante tenía la última ubicación conocida del dispositivo. Buena suerte. Doctor C.

Habían encontrado a Holly.

La excitación la invadió, pero respiró lenta y tranquilamente, calmándose.

Esperó un rato, ocultando sus emociones y esperando a que sonara el teléfono de Brian, pero no lo hizo. Por alguna razón, el doctor Carruthers solo le había enviado el mensaje a ella.

—Ese Brockett es un estúpido y testarudo hijo de puta —dijo al ver que las sospechas de Brian se reavivaban por el mensaje de texto que había recibido. Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo—. No importa cuántas pruebas le entreguemos, no retirará los cargos.

—Por fin, tú también lo ves —replicó Brian. Le lanzó una mirada mientras pasaba por delante de los lectores de peaje del puente Golden Gate. Miró por el parabrisas, con los codos apoyados en el respaldo de los dos asientos delanteros. Ni una arruga en la frente, ni una pizca de preocupación en los ojos. Ese hombre nunca dejaba de sorprenderla.

Pero, por otra parte, era un experimentado policía encubierto que había pasado años fingiendo ser alguien que no era. Un mentiroso nato que había encontrado su vocación para tejer espesas redes de engaño y llevar a cabo cualquier acto que estuviera representando.

No se sabía lo que Brian Hanlin estaba pensando en realidad.

En cuanto cruzó el puente, giró hacia el área de descanso de Vista Point y condujo despacio, buscando el vehículo de Elliot.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó fríamente Brian—. No es que no confíe en ti, pero me gustaría saberlo.

—He quedado con alguien que puede ayudarme a ayudarte. —Mientras conducía por el carril de aparcamiento en curva, Elliot apareció a la vista, apoyado en la parte trasera de su Ford. Su sombrero negro de ala ancha le ensombrecía la cara y no ayudaba a disimular la tensión de su mandíbula.

—No estoy seguro de eso —murmuró Brian, visiblemente incómodo. El Vista Point estaba concurrido, lleno de turistas que disparaban sus cámaras sin cesar y bajo vigilancia de vídeo. Pareció comprobar con detenimiento el tráfico peatonal y luego se resignó a no hacer otra cosa que poner mala cara y esperar con los brazos cruzados sobre el pecho.

Kay se detuvo a unos metros del coche de Elliot, apagó el motor y se acercó a él con rapidez. Los ojos de Elliot se iluminaron cuando se fijó en ella, y un atisbo de sonrisa aleteó en sus labios.

—Hola, compañera. —Se tocó el ala del sombrero con dos dedos—. Me alegra ver que has seguido mi consejo.

Ella frunció un poco el ceño, insegura de lo que quería decir, pero

decidió dejarlo estar.

—Necesito tu ayuda, Elliot.

—Lo que necesites. —La sonrisa había desaparecido, dejando tras de sí una mirada de determinación y fuerza.

—Por favor, lleva a Brian a Mount Chester y espérame allí. No tardaré mucho, no más de una hora.

—Kay, eso no es lo que hablamos.

—Elliot, por favor —susurró, sonriendo nerviosa al pequeño grupo de turistas japoneses que se había acercado demasiado para su comodidad, disparándoles cámaras a la cara y sonriendo ante el atuendo de Elliot.

Ignorándolos, Elliot se mordió el labio, visiblemente enfadado.

—Muy bien, compañera. Entrega la mercancía y larguémonos de aquí.

Corrió hacia su todoterreno y abrió la puerta trasera, invitando a Brian a salir. Notoriamente incómodo con la situación, su ex frunció el ceño y miró a Elliot con desconfianza.

—Elliot te llevará a casa, Brian —dijo Kay con calma.

—Ah, el famoso Elliot —murmuró, dirigiéndole una mirada de pies a cabeza llena de desprecio no disimulado.

Elliot agarró el brazo de Brian al estilo típico de los policías.

—Vámonos. —Brian se resintió y no se abstuvo de demostrarlo con una mirada cargada y un enérgico tirón del brazo, pero Elliot no soltó su agarre.

—Una cosa más —dijo Kay, levantando la mano para detenerlos—. Mi colega tiene una regla sobre los pasajeros en su Interceptor. Solo él puede llevar un arma. —Con rapidez, llevó la mano al cinturón de Brian y cogió su arma, dejándolos a ambos con la boca abierta—. No te preocupes, te la devolveré esta noche cuando llegue a casa. —

Se metió la pistola en el cinturón, debajo de la sudadera, esperando que no mucha gente se hubiera fijado en el arma.

Un destello de rabia iluminó brevemente los ojos de Brian, que luego bajó los párpados, ocultándolo bien. Elliot lo llevó a su todoterreno y abrió la puerta trasera. Brian se agarró al techo del Ford y gritó:

—¿A dónde vas, Kay?

Varios turistas detuvieron su paseo para contemplar la escena, de espaldas al impresionante puente Golden Gate.

Se acercó al todoterreno de Elliot. Odiaba cada segundo que perdía sabiendo que Holly estaba ahí fuera, pero no tenía elección. Su ex necesitaba mantener la calma un rato más.

—Hay algo que tengo que hacer antes de abandonar la zona —le dijo a Brian. La sospecha aún persistía en su rostro—. Ciara tuvo un derrame cerebral y está en el hospital. Probablemente no lo logre. Solo quiero despedirme.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

ENCONTRADA

Holly sollozó, con la cara ardiendo donde la mano de Isabela la había golpeado. Su corazón latía con fuerza y rapidez, ahogándola, aplastando el aire de sus pulmones. Se apoyó la mano en el pecho e intentó estabilizar la respiración, pero esta vez no funcionó.

Nadie iba a venir a buscarla. Iba a morir allí, en ese sótano.

Petrificada, vio cómo el hombre sacaba una pistola. Se sintió desfallecer, pero creyó que podría salir corriendo si de algún modo lograba esquivarlo. Un torrente de energía, de coraje desesperado, recorrió su cuerpo.

—Mi padre es policía —dijo, mirando al hombre a los ojos. Este la miró con el ceño fruncido y le apuntó a la cabeza con la pistola—. Siempre atrapan a los asesinos de policías y los meten en la cárcel para toda la vida. —Su voz era débil y estaba llena de lágrimas—. Les hacen cosas peores a los que matan a los hijos de los policías.

—Cierra la puta boca, pedazo de mierda —le gritó Isabela, y luego la golpeó en la cara, con fuerza, haciéndola caer por el suelo hasta chocar contra la pared—. Me ha dado una paliza por tu culpa, así que cierra el pico.

Holly jadeó, mirando a su alrededor asustada, todavía viendo estrellas por el golpe. Tenía ganas de vomitar, los golpes en la cabeza la hacían sentirse mal. Tuvo una arcada, pero Isabela la agarró del brazo y tiró de ella.

—Oh, no, mejor que no vomites aquí, donde tengo que limpiar. Llévate el vómito a la tumba. —La empujó hacia Edmundo, que miraba a la chica con cara de extrañeza—. Hazlo ya, Edmundo.

Estoy cansada de esta mierda.

—Tiene razón —dijo Edmundo—. Es la hija de un policía. No pararán hasta encontrar a quien la mató.

Isabela se encogió de hombros.

—¿Entonces?

Edmundo sonrió, mostrando dos filas de dientes torcidos y amarillos.

—Entonces, ¿a quién le echamos la culpa?

Holly observó el intercambio entre ellos, entendiendo solo a medias lo que estaba pasando. Lo único que sabía era que quería correr e ir a un lugar seguro donde pudiera vomitar y hacer que cesaran los insoportables golpes en su cabeza. Tenía miedo, más de lo que creía posible, y sacudía su cuerpo con tanta fuerza que parecía que iba a romperse.

Isabela sonrió y se lamió el labio hinchado, haciendo una mueca de dolor.

—Culpa a Big J, mi amor. Siempre intenta llevar la delantera y te apuñalará por la espalda cuando menos te lo esperes.

—Seguirás yendo a la cárcel —dijo Holly, temblando pero levantándose despacio, esperando otro golpe.

Edmundo la agarró del brazo y ella chilló. Apoyó el cañón del arma contra su sien, presionando con fuerza. Holly intentó zafarse, pero no pudo; su mano era como una garra de hierro aplastando su carne.

Se oyó un alboroto en el piso de arriba. Pisadas apresuradas, uno o dos disparos lejanos, algún grito distante. Edmundo escuchó atentamente, apuntando con la pistola a la puerta y luego de nuevo a la cabeza de Holly.

—¿Quién demonios está ahí arriba? —susurró mirando a Isabela. Sus ojos, muy abiertos por el miedo, fueron la única respuesta que

obtuvo. Entonces se acercaron pasos por las escaleras.

El disparo resonó en el reducido espacio. Un fuerte disparo marcó la caída del cuerpo de Edmundo al suelo, con la sangre brotando de su frente. Holly gritó y corrió hacia la puerta, aterrizando de lleno en los brazos de una mujer, sollozando.

La mujer apartó el arma humeante y rodeó con los brazos el cuerpo tembloroso de Holly.

—Estás bien —susurró, abrazando con fuerza a la niña. Detrás de ella, un hombre alto con bigote canoso y voz grave y áspera ordenó a su gente que cogieran a Isabela y desalojaran el resto de la casa.

—No disparen —dijo Isabela, levantando las manos y sollozando con fuerza con la boca abierta—. No fui yo, fue él. Fue Edmundo. —Forcejeó con los policías que la esposaban, pero fue fácilmente dominada—. Lo habéis matado —sollozó—. Malditos cerdos, habéis matado a mi marido.

La sacaron de allí gritando y pataleando, no sin que antes Holly la mirara con ojos llenos de lágrimas desde la seguridad de los brazos de la mujer y le sacara la lengua.

Como habría hecho mamá.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

EVIDENCIA

—Buen tiro —dijo Brockett, enfundando su arma.

Pero Kay no respondió. Acarició los sedosos rizos rojos de la niña y le secó las lágrimas con los dedos.

—Tu madre era mi mejor amiga. Tienes todas sus pecas, todas, incluida esta. —Tocó la punta de la nariz de la niña. A través de las lágrimas, Holly sonrió.

Kay la cogió en brazos y subió las escaleras. Brockett la siguió con su pesado andar.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó a Brockett, bajando la voz a un susurro.

—Ya conoces el procedimiento. Llamaremos a los servicios sociales, pero antes intentaremos localizar a la familia. Cualquiera que pudiera llevársela. Lástima lo de la señora Epling. Quizá, si mejora, podría intentar conseguir su custodia más tarde.

No había familia. El padre de Rachel había muerto hacía muchos años, al igual que los padres de Brian.

Dejar marchar a Holly le rompió el corazón de Kay, pero la niña necesitaba atención médica inmediata. La confió al equipo de urgencias y le puso su tarjeta de visita en la mano. —Llámame, ¿vale? Por cualquier motivo o solo para hablar. —La niña asintió mientras uno de los técnicos sanitarios le colocaba una cánula nasal.

Entonces Kay volvió para ayudar en la escena del crimen.

Dos cuerpos estaban siendo cargados en la furgoneta del forense. Ella misma había abatido a uno de los matones de Edmundo, mientras que Brockett había acabado con la vida del otro justo cuando este les apuntaba con un arma. Se avecinaba una situación complicada por el tema de la jurisdicción y todo eso, pero merecía la pena.

—¿Y ahora qué, detective? —preguntó a Brockett.

Él sonrió ampliamente, mirando cómo la ambulancia se alejaba.

—Ahora vete a casa, detective Sharp, y haz lo que sea que hagas en tu propio código postal. —Eran palabras que ya había dicho antes, pero esta vez sin la animosidad de antes, solo con humor desenfadado—. Eres una gran policía.

—Tú tampoco estás tan mal. —Le estrechó la mano, soportando el agarre de acero del viejo marine.

—Ni de coña... —murmuró, subiéndose las gafas por la nariz—. Apenas había redactado las citaciones para el marcapasos de Holly cuando tú la encontraste.

Kay sintió que le ardían las mejillas.

—Tuvimos suerte, eso es todo.

Brockett la saludó con la mano, con intención de marcharse, pero se detuvo.

—¿Y tu ex? ¿Qué vas a hacer con él?

Kay se encogió de hombros, sonriendo con amargura. —Nada. Me aseguré de que sea procesado correctamente y representado legalmente en la comparecencia. Salió bajo fianza y mi papel ha terminado.

Brockett se rascó la cabeza y la miró con incredulidad.

—Entonces, ¿no vas a investigar el asesinato de Rachel por tu cuenta?

—No. Me voy a casa ahora mismo. Le dejaré la investigación a Brian. Tiene tiempo libre.

Brockett le dio una palmada en el hombro y se rio.

—Chica lista.

—Déjame preguntarte algo —dijo Kay—. ¿Por qué lo acusasteis? El caso contra él es débil y circunstancial en el mejor de los casos. ¿Qué tienes?

Su bigote canoso se movía como si le picara la nariz.

—Una huella. Una sola.

—¿Qué? —Ella apoyó las manos en las caderas, sin entender—. ¿De quién?

—De Brian Hanlin. —El policía sonrió enigmáticamente.

—Pero la casa estaba llena de sus huellas. Vivía allí la mitad del tiempo.

Él se masajeó la nuca como si quisiera aplastar el dolor que allí anidaba.

—Esta huella en particular estaba en el pomo de la puerta trasera, y había residuos del asado que encontramos en la mesa.

—¿Estás diciendo...?

—Digo que cogió un trozo de asado con los dedos y probablemente se lo comió, luego abrió la puerta trasera mientras su prometida yacía muerta a sus pies. Y tú, la increíble policía rural, de algún modo supiste preguntarme por los objetos que faltaban en esa mesa. —Miró a lo lejos y sonrió, una sonrisa cansada y agotada—. Vete a casa, detective, y conduce con cuidado. Pronto oscurecerá.

CAPÍTULO CINCUENTA

EN LA CAJA

Kay se sintió como si hubiera estado fuera durante meses cuando entró en el edificio blanco de una sola planta de la oficina del sheriff en Mount Chester. Era tarde, casi las siete, pero la mayoría de sus compañeros seguían allí. Novack la saludó y Denise Farrell gritó:

—¡Eh, mirad quién ha vuelto!

Kay sonrió y les estrechó la mano, luego charló con ellos unos segundos hasta que apareció el sheriff.

—Has vuelto —dijo el sheriff Logan. Era una afirmación, no una pregunta. Ella sonrió y asintió. Logan la estudió con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, el mismo ceño que ponen los padres cuando el niño que ha roto el toque de queda vuelve a casa sano y salvo—. ¿Alguna secuela de la que preocuparme?

La sonrisa de Kay se desvaneció.

—Podría haber un pequeño problema, pero eso es solo si el departamento de policía de San Francisco decide investigar un rescate de rehenes en particular que involucra a una niña de ocho años. Un par de pandilleros podrían o no haber sido abatidos durante dichos esfuerzos de rescate.

—Ah —dijo Logan, frunciendo los labios en señal de desaprobación —. Nos ocuparemos de eso si ocurre, y cuando ocurra. Bienvenida de nuevo.

—Gracias. —Pasó junto a él y se detuvo ante su escritorio. Le esperaba una carpeta con una nota adhesiva amarilla en la tapa. De

puño y letra de Elliot, la nota decía: «Esto es lo que tenemos sobre el caso Taylor Lorentz, más lo que conseguimos de un tal detective Brockett a petición tuya. Estamos en la caja».

Se llevó el expediente a la sala de observación contigua a la sala de interrogatorios y lo colocó en la mesita junto al espejo unidireccional. Durante un rato, miró a los dos hombres que estaban dentro de «la caja», como a los policías les gustaba llamar a la sala de interrogatorios. Uno estaba de pie, despreocupado, con el sombrero de vaquero puesto, los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en la pared y las piernas cruzadas por los tobillos. El otro hombre echaba humo, sentado en una silla metálica, con los codos apoyados en la mesa doblada y arañada, su caro traje arrugado y manchado.

Al empezar a revisar el expediente del caso Lorentz, se detuvo en el detalle ampliado de la bala detenida por el móvil de la víctima y en la foto de una huella dactilar ampliada. Otra oleada de recuerdos inundó su mente, de un día que había empezado bien, unas semanas antes de la boda, pero que terminó en la sala de urgencias de un hospital.

Brian había querido abrir una botella de Borgoña para cenar, pero no encontraba el sacacorchos. Sospechando que lo habían tirado por accidente, y no dispuesto a interrumpir la cena para ir a comprar uno, había cogido una almohada de la cama y la botella, y se había dirigido con paso decidido hacia la pared del salón.

—¡Ay, no! —había gritado ella—. No hagas eso. Si el cristal se rompe, podrías cortarte gravemente.

Él se rio, lleno de confianza en sí mismo, y colocó la almohada contra la pared con la mano izquierda.

—No te preocupes, he visto cómo se hace.

Antes de que pudiera decir nada más, la botella golpeó la almohada y se rompió en lugar de escupir el corcho. Brian gritó, sujetándose la mano derecha sangrante con la izquierda y volviéndose hacia ella en busca de ayuda.

Esa noche necesitó puntos para el pulgar, analgésicos y algo que lo ayudara a dormir. Durante días, estuvo malhumorado y la evitó como si fuera culpa suya lo que había ocurrido. Ahora, mientras observaba el detalle de la huella dactilar, se preguntaba si había alguna posibilidad de que coincidiera.

Tenía que ver... con todo lo que significaba Brian, quién era. Sin embargo, su mente se aferró a la duda razonable que aún tenía hasta que comparó las huellas, reacia a aceptar la realidad.

La esperanza es la droga más adictiva de todas.

—¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí esperándola? —dijo Brian al otro lado del espejo unidireccional.

—Ya está aquí —respondió Elliot con calma.

—¿Cómo lo sabes? —Se inclinó hacia delante en su silla, con una expresión de desprecio en el rostro.

Elliot no contestó.

—Así que, dime, ¿cuánto tiempo llevas follándote a mi mujer? —preguntó Brian, obviamente no dispuesto a darse por vencido.

—Maldito seas, Brian —murmuró Kay, encogiéndose mientras observaba la escena como si fuera un choque de trenes a cámara lenta.

El puño de Elliot aterrizó de lleno en la mandíbula de Brian, derribándolo de la silla y lanzándolo contra la pared, donde cayó desplomado. Brian gimió, se palpó la mandíbula y maldijo en voz baja. Elliot se acercó a él y se agachó con una mano detrás de la oreja.

—¿Podrías repetirlo, por favor? No estoy seguro de haberte oído la primera vez.

Brian se levantó del suelo mirando a Elliot, pero manteniendo la boca cerrada. Kay cerró el expediente y se apresuró a entrar antes de que se derramara sangre.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó nada más entrar en la caja, mirando primero a Elliot y luego a Brian.

Elliot se encogió de hombros.

—Se ha caído. Le estaba echando una mano.

—Me he caído —confirmó Brian—. No ha pasado nada.

Kay se sentó en una silla frente a la de Brian, con el ruido del metal sobre el hormigón chirriando en sus oídos.

—Siéntate, Brian.

Él no obedeció. Se apoyó en la mesa, sobresaliendo por encima de ella, con los ojos llenos de rabia.

—¿Por qué estoy aquí, Kay? —La mano de Elliot presionando su hombro lo obligó a sentarse—. ¿Por qué se han llevado mis teléfonos? Necesito mis teléfonos —gritó, con un tono cada vez más alto—. ¿Y si llaman del hospital? Es mi hija la que está ahí fuera. —Intentó levantarse, pero la mano de Elliot encontró su hombro y le hizo cambiar de opinión.

—Siéntate, Brian —repitió Kay.

—No soy un maldito delincuente en tu caja apestosa, Kay —siseó—. Confié en ti. Mi hija está ahí fuera y a ti te importa una mierda.

Ella no se inmutó y no creyó que mereciera la pena ponerle al corriente del paradero de Holly.

—Solo tengo una pregunta para ti. —Hizo una pausa—. El miércoles por la mañana, cuando te entregaste, ¿cómo llegaste aquí?

La pregunta dejó a Brian sin habla por un momento, con los ojos muy abiertos, mirando a Kay como en estado de shock.

—¿Cómo lle...? Cielos, ¿qué clase de pregunta es esa? —Se pasó los dedos por el pelo revuelto con nerviosismo, presionándose con fuerza el cuero cabelludo en un gesto característico que ella conocía

bien, cuando la impotencia y la frustración se apoderaban de él.

—Sí, es una pregunta sencilla. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Cogiste un Uber? —Él siguió mirándola incrédulo, con la boca abierta—. No fue con Stacey, ¿verdad? —Kay sonrió mirándolo directamente a los ojos, notando la ligera dilatación de sus pupilas.

El miedo.

—Ese vehículo estaba en casa, en tu entrada, ¿no? —Kay sonrió burlonamente—. Porque no podías soportar la idea de que lo condujera otra persona. Entonces, Brian, ¿cómo llegaste aquí?

Su consternación se convirtió enseguida en rabia, incendiándose más rápido que el heno seco en un día ventoso.

—No tienes derecho a interrogarme, Kay. No tienes jurisdicción, y de todas formas estoy en libertad bajo fianza. ¿Qué demonios intentas conseguir? —Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Elliot le cerró el paso, señalando en silencio la silla que acababa de dejar libre. Se apartó de su camino, pero permaneció de pie, paseándose inquieto de un lado a otro—. Sigo diciéndote que no maté a Rachel. Sigues encontrando pruebas de que no lo hice, y aun así, eres igual que ese pedazo de mierda de Brockett, sospechas de mí. Estás celosa de Carly, ¿no? ¿Es eso?

La sonrisa ladeada de Kay se ensanchó. No iba a satisfacer esa ridícula pregunta con una respuesta.

—Esto no es sobre la muerte de Rachel, Brian. Es sobre la mañana en que apareciste aquí. Esa mañana mataron a una chica joven y esperábamos que hubieras visto algo, algo que pudiera ayudarnos. —El alivio de Brian era visible en la línea de sus hombros y en la tensión menguante de su mandíbula—. Mi compañero —señaló a Elliot—, al que ya conoces, dijo que debíamos preguntarte.

—Oh —dijo Brian, deteniendo su agitado caminar y tomando asiento causalmente como si estuviera en un salón, a punto de pedir bebidas—. No vi nada. Estaba oscuro cuando llegué. Alguien me trajo.

—¿En qué coche? ¿En uno de tus Suburbans negros? —Sus pupilas se dilataron y la sangre desapareció de su rostro, tornando su piel cenicienta.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué Suburban?

Ella lo observó con asombro. A diferencia de antes, cuando era una joven ingenua profundamente enamorada, ahora sabía cuándo él mentía. Aun así, salvo la reacción de sus pupilas y la palidez que había envuelto su rostro, no había mostrado signo alguno de engaño. Sin inquietarse ni tocarse la cara. Ningún movimiento o reacción que no encajara con su historia, a la que se aferraba, de inocencia injustamente acusada.

Muchos policías que trabajaban encubiertos durante largos periodos de tiempo desarrollaban esa habilidad, pero algunos nacían con ella, con un talento innato, capaces de llevar varias vidas a la vez sin ningún fallo. Él era uno de esos pocos.

Una punzada de indecible tristeza le dio un tirón en el corazón.

La chica que había sido ocho años atrás no había tenido ninguna oportunidad una vez que el carismático depredador puso sus ojos en ella. Y tampoco Rachel.

Había necesitado años de formación en el FBI y trabajar en innumerables casos para desarrollar las habilidades que necesitaba para ver a través de sus mentiras, y aun así, se dejaba engañar por él. Al principio, y con cierta reserva, había confiado en él.

Otra vez.

Como si la lección de hacía ocho años no hubiera sido suficiente.

Un pesado suspiro salió de su pecho, limpiando los restos de tristeza de su corazón. Era hora de hacérselo pagar.

—¿Sabes lo que hay a la vuelta de la colina desde aquí?

Él sacudió la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándola como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Es el fondo de un valle, un lugar que los lugareños llaman Frozen Falls por unas formaciones de piedra y un pequeño arroyo. —Él frunció el ceño y se encogió de hombros, visiblemente impaciente —. Bueno, al sur de Frozen Falls, a un kilómetro y medio, está la cafetería Katse. Es muy agradable, con una terraza y todo. —Puso las manos sobre la cubierta del expediente del caso—. Y tiene videovigilancia.

Brian se levantó de un salto y golpeó la mesa con ambos puños. Su silla cayó hacia atrás con un ruido sordo.

—¿En medio de la puta nada? Tiene que ser una broma. —Los pasos agitados se reanudaron, interrumpidos por improperios entre dientes.

—Sí —respondió ella con calma, abriendo el expediente del caso, y hojeó las fotos—. Y el puente Golden Gate tiene cámaras de alta resolución. Te tenemos conduciendo el Suburban de camino al norte, y a Edmundo Buendía conduciéndolo de vuelta a San Francisco.

—¿Quién? —Brian miró las fotos con interés—. ¿Podrías obtener reconocimiento facial de esto? —Golpeó la foto con la uña. El detalle ampliado de la cara de Edmundo era granuloso y estaba parcialmente oscurecido por un reflejo en la ventanilla lateral del Suburban.

—No hizo falta —respondió sonriendo—. ¿No te encanta cuando los delincuentes nos lo ponen tan fácil con sus tatuajes en la cara?

Él apoyó las manos en las caderas.

—¿Cómo?

—¿Ves esto? —Señaló la mejilla del hombre—. Estas cuatro lágrimas tatuadas en su cara, sabes lo que significan, ¿verdad, detective?

Miró brevemente al suelo.

—Um, es un tatuaje de prisión, y es una lágrima por cada vida tomada. Mató a cuatro personas. Estupendo. Pero ¿eso qué tiene que ver? —La miró con una expresión de profunda decepción en el rostro.

Un rápido golpe en el espejo unidireccional interrumpió su conversación. Elliot salió y cerró la puerta. Kay no rompió el contacto visual con Brian.

—Es el segundo al mando en tu organización, ¿no?

—Guau... ¡Estás loca! Has perdido completamente la cabeza. —Se inclinó sobre la mesa, acortando la distancia entre sus rostros, escrutándola. Ella no se inmutó, solo sonrió con calma—. ¿Volver a verme fue demasiado para ti, Kay? No pensé que todavía te importara...

El narcisista hijo de puta. Tragándose la rabia, ella pasó a la siguiente foto del expediente.

—El mismo Suburban fue visto cerca del tiroteo que Rachel presenció, contigo al volante. Aquí. —Señaló otra foto granulada, tanto que apenas se podía ver al conductor—. Una cámara de un cajero os sitúa a ti y al Suburban en la misma calle y al mismo tiempo que el tiroteo a Oliver Galaz.

Brian recogió la silla y se sentó en ella como si le hubieran fallado las rodillas, con una expresión de pura estupefacción grabada en el rostro.

—El de esa foto no soy yo. ¿Cómo puedes decir que soy yo? Ningún abogado lucharía con esto ni un minuto.

Kay sacó el teléfono, marcó un número y puso el manos libres. Brockett respondió al instante.

—¿Tienes ya los resultados de las pruebas, detective?

—Sí. El Suburban tiene huellas de Hanlin por todas partes y residuos de disparo en el interior de la puerta del conductor.

Kay miró fijamente a Brian mientras Brockett hablaba, asintiendo

con la cabeza.

—Recuérdame algo, detective, ¿cuál es el apodo del jefe de La Vida Sangrienta?

—Es Barracuda, ¿por qué?

—Solo quería asegurarme, ¡gracias! —Tocó el círculo rojo para finalizar la llamada, sin dejar de sonreír y mirar a Brian.

Brian estaba encorvado en su silla, con los brazos colgando sin fuerza de los hombros. Parecía tan desolado que casi se apiadó de él.

Casi.

—¿Sabes?, no vi la conexión hasta que recordé quién era Shannon... Una barracuda, el amor de tu vida. Eso es lo que significa Hemi Cuda, ¿verdad?

Brian se pasó las manos por el pelo, con los ojos fijos en el vacío.

—No sé de qué estás hablando, Kay. Lo que dices no tiene sentido. Venir aquí a rendirme ante ti fue un gran error. No eres objetiva, es obvio que sigues molesta, que eres una mujer despechada. Y quieres verme sangrar.

Ella se burló de su débil intento de desviar la atención.

—¿Sabes?, te creí cuando apareciste aquí el miércoles por la mañana. Quería creerte. Tenía algunas dudas, pero las dejé a un lado. Fue un toque de pura brillantez cuando escenificaste el tiroteo en la comisaría de la policía de San Francisco. Me hiciste asegurar a la gente que no habías matado a Rachel. —Sacudió la cabeza, decepcionada consigo misma—. Hay que tener agallas, te lo reconozco. ¿Quién fue el tirador?

Brian no contestó. Se quedó mirando en su dirección, con las pupilas desenfocadas.

—Bueno, tengo aquí que, antes de su baja deshonrosa, Edmundo Buendía era un francotirador de primera. Ganó competiciones y fue

seleccionado para varias misiones de operaciones encubiertas en Afganistán. ¿Lo sabías? —Silencio—. Por supuesto que lo sabías. ¿A quién mejor para confiarle tu vida que a un campeón de tiro?

—Nada de esto tiene sentido, Kay —dijo, pero su voz sonaba apagada, poco convencida, derrotada—. ¿Crees que le pedí a alguien que nos disparara? ¿De verdad? ¿Cómo de ilusa puedes llegar a ser?

—Creo que sentiste que no me tragaba tu historia y te entró el pánico.

—No puedo creerlo... —Se detuvo en mitad de la frase cuando se abrió la puerta.

Elliot entró con un teléfono en la mano. Lo colocó sobre la mesa delante de Kay.

—Encontramos un mensaje de texto en el teléfono de Brian dando instrucciones a Edmundo para apagar el wifi. No quería que encontraran a su hija.

—Sí, porque su hija no había desaparecido —respondió Kay—. Fue confiada al cuidado de un subordinado. Pero ¿por qué, Brian? ¿Por qué llevar a Holly con Edmundo?

—Un momento —dijo Brian, inclinándose hacia delante con un brillo de esperanza en los ojos—. ¿Cómo sabes a quién le envié un mensaje? Te estás inventando cosas.

—No, Brian, esa es tu especialidad. Tenemos a Holly, y a Edmundo, y durante el proceso de rescate de Holly incautamos varios teléfonos.

Esa última afirmación encendió un destello de pánico en sus ojos, que se calmó de inmediato.

—De nuevo, no sé de qué me estás hablando. Ya voy a ir a juicio por el asesinato de Rachel, un crimen que no cometí. Así que acúsame de algo o déjame ir. Esto está durando demasiado.

Ni siquiera preguntó si su hija estaba bien. Hijo de puta.

Pero tenía razón. La farsa ya había durado bastante.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Kay—. ¿Por qué matar a Taylor?

Brian volvió a mirarla como si estuviera loca.

—¿Quién?

—La corredora de diecinueve años que te vio salir del Suburban y andar a pie a través de la colina para llegar aquí. No podías dejar atrás a un testigo, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. —Suspiró y se levantó un poco tambaleante, como si estuviera borracho, probablemente sintiéndose agotado y derrotado.

—No importa si lo aceptas o no. Todo es cuestión de tiempo —dijo Elliot—. Cuando nuestro forense encontró tu huella en la bala extraída del cuerpo de Taylor y en el cartucho que dejaste en la escena, aún no estabas en el sistema. Este no devolvió ninguna coincidencia. Te ficharon a la mañana siguiente, después de que nuestro forense hiciera su búsqueda.

—Ah, y una huella del pulgar como la tuya es reconocible, ¿no? —preguntó Kay, poniéndose de pie, y se acercó a Brian—. Tan reconocible como cierta botella de Borgoña, ¿no? —Brian se metió instintivamente las manos en los bolsillos—. Te dije que era peligroso, ¿no? Pero no te preocupes —se rio—, no va a matarte, Brian. Solo te va a llevar a la cadena perpetua.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

FAMILIA

Novack se había llevado a Brian y lo había encerrado en una de las celdas, a la espera de ser procesado. El ex de Kay había saltado de la incredulidad a la conmoción, pasando por los insultos, las amenazas y el ofrecimiento de grandes cantidades de dinero, todo ello comprimido en diez interminables minutos de su tiempo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Elliot después de que Novack se lo llevara.

—¿Te refieres a esta crisis? —Kay ladeó la cabeza con una sonrisa —. Es lo que ocurre cuando un narcisista es expuesto y humillado. Simplemente no puede manejarlo.

—Me preguntó por qué acudió a ti para fingir su inocencia. Vino buscando problemas, ¿no?

—Vino a buscar a alguien a quien ya había engañado una vez. Una apuesta segura —respondió ella, con la sonrisa borrada por una oleada de tristeza. Se detuvo un momento, sintiendo la amenaza de las lágrimas quemándole los ojos—. Empecé mi vida de la manera equivocada. Me creí sus mentiras entonces, me las seguía creyendo esta mañana, hasta que mencionaste el nombre de la empresa y todo encajó. Pero ¿por qué yo? ¿Y por qué le creí?

Elliot no dijo nada, se limitó a escuchar, comprensivo, fuerte y sin prejuicios, como siempre había sido.

—Te diré por qué —continuó Kay, bajando los ojos un poco avergonzada—. No muestra signos de engaño, solo ira, frustración, dolor... Emociones normales en alguien que ha sido acusado injustamente de asesinato. No tiene remordimientos. Habría matado

a su propia hija para encubrir esto.

—Pero ¿por qué matar a Rachel de la forma en que lo hizo, en lugar de enviar a sus matones o algo así? —Elliot se quitó el sombrero y lo dejó caer sobre la mesa—. No lo entiendo.

—¿Arrogancia, tal vez? Quizá nunca lo sepamos. Los sudes que acabamos atrapando son los que se creen demasiado listos para cometer errores. Al resto nunca los atrapamos.

Elliot se rascó la nuca.

—Otra pregunta que tengo es ¿por qué Rachel volvió a su casa cuando sabía quién había disparado a ese traficante callejero? Habló con el fiscal a la mañana siguiente, ¿verdad? Ella tenía que saber que era Brian, ¿no?

—Otra buena pregunta, una que no me dejará dormir bien hasta que obtenga la respuesta. —Suspiró, sabiendo que había más verdad en su afirmación de la que le gustaría admitir—. Rachel dio marcha atrás en la oficina del fiscal como si se hubiera acobardado. Quizá se dio cuenta después de que el hombre al que había visto era Brian, no en el momento del tiroteo. Pero ahora estoy especulando. La verdad es que no lo sé.

Llamaron a la puerta y Novack asomó la cabeza.

—¿Detective?

Ambos se giraron y dijeron:

—¿Sí? —Y luego se rieron a carcajadas.

—Él —dijo Novack, señalando con el dedo a Elliot y sonriendo—. Su pervertido espera, mi señor.

Kay se levantó y siguió a Elliot, contenta de dar por zanjado todo el asunto de Brian.

—¿Pervertido? ¿Qué pervertido?

Elliot sonrió e inclinó la cabeza hacia la celda contigua a la de

Brian.

—Te presento a Darrell Bates, cuarenta y cuatro años y forrado. Taylor estaba embarazada de él...

—¿Embarazada? —preguntó Kay, sorprendida—. Pobre chica.

—Y, como ya sé, no muy inteligente. Ofreció voluntariamente una muestra de ADN para ser excluido por su asesinato. Resulta que este otro ciudadano modelo, el señor Melby —señaló la tercera celda—, el dueño del club de striptease local, estaba filmando a los pervertidos que tenían que pujar por el privilegio de violar a sus chicas. Así que ahora tenemos detenido al señor Bates por violación y prostitución.

Kay le dio una palmada en el hombro a Elliot.

—Has estado ocupado.

—Pero yo colaboré, ¿no? —dijo Melby, agarrándose a los barrotes de su celda y gritando tras ellos—. ¡Eh, vaquero, prometiste retirar la acusación de tráfico!

Elliot se detuvo y se inclinó hacia el oído de Kay.

—Mira esto —susurró, y se dirigió a la celda de Melby—. Soy un hombre de palabra, Melby. No te acuso de tráfico sexual, solo de los otros cargos, los más leves, como facilitación de la prostitución y conspiración para cometer violación.

—Gracias —dijo Melby, con voz un poco vacilante.

Novack lo oyó y se acercó corriendo.

—Pero ¿por qué retira los cargos de tráfico sexual, detective? Ya ha visto lo que hacía.

Elliot sonrió.

—En primer lugar, no nos iba a servir. La trata implica algún tipo de transporte, y a las chicas no las llevaba a ninguna parte.

Novack se rio.

—¡Ja! ¿La acusación era falsa?

—Me gusta pensar en ello como una ventaja.

La oficina rugió de risa, apenas cubriendo las palabrotas de Melby. El teléfono de Kay sonó, y se retiró a la sala de interrogatorios para atender la llamada de Brockett, haciendo señas a Elliot para que la siguiera.

—Tengo más noticias para ti, detective —anunció Brockett. Kay puso el teléfono en altavoz y lo dejó sobre la mesa—. Nuestro técnico logró recuperar un mensaje de texto atascado en el teléfono de Rachel.

—¿Qué quieres decir con «atascado»?

—Se suponía que debía enviártelo a ti, pero al parecer, no llegó a enviarse.

Kay se sentó, con el corazón latiéndole en el pecho.

—¿Qué dice?

—Dice: «Siento mucho no haber llamado antes para disculparme por lo que hice. No te culpo por no coger mi llamada. Pero te necesito ahora. Necesitamos tu ayuda. Brian no es quien yo pensaba que era. Yo al principio no lo sabía. Acabo de darme cuenta de que fueron sus gemelos de rubí los que vi esa noche. Es peligroso y yo...». Eso es todo. Algo debió interrumpirla.

Kay tragó con dificultad.

—Sí, el asesino lo hizo. Rachel lanzó el teléfono al lavavajillas con el plato y el mantel individual de Holly, y el teléfono perdió la conexión con la red. —Frunció el ceño, sopesando las posibilidades de que eso ocurriera y de que el mensaje siguiera intacto en la memoria del teléfono después de haber perdido casi toda su batería durante la semana. Pero fue allí, confirmando lo que solo había adivinado, donde Rachel se había dado cuenta de quién era Brian, en algún momento después de ir a la oficina del fiscal, tal vez

cuando había vuelto a casa—. Supongo que puede pasar —dijo, sonando dubitativa—. También yo tengo noticias para ti, detective. Vamos a acusar a Brian Hanlin de asesinato.

—¿Cómo? ¿El asesinato de quién?

—Disparó a una chica de esta localidad la mañana que apareció aquí, una pobre alma que tuvo la desgracia de verlo salir del Suburban negro.

El viejo policía guardó silencio un momento.

—Bueno, entonces, supongo que no intentarás exculparlo en el caso de Rachel Epling, ¿verdad?

—No.

—Una cosa más, y no vas a creer esto. La pequeña Holly estará bien. La familia apareció para llevársela.

Frunció el ceño, mirando el teléfono con incredulidad. No quedaba familia.

—¿Quiénes?

—Los padres de Brian. Sí... Están vivos y bien, si puedes creerlo. Revisé sus identificaciones, sus antecedentes, porque no podía creer lo que veían mis ojos.

—Le dijo a todo el mundo que habían muerto, y que le dejaron dinero y esa casa —susurró ella, estremecida—. También me lo dijo a mí.

—Bueno, ¿adivina qué? Mintió. Buenas noches, detective. — Brockett se estaba riendo cuando terminó la llamada.

Se quedó sentada en silencio con la cabeza dándole vueltas, con el último dato que creía saber sobre Brian desarraigado y hecho trizas. Al menos Holly no tendría que entrar en el sistema de acogida. Y tal vez los Hanlin podrían hacer un mejor trabajo criándola de lo que habían hecho con Brian.

—¿Puedo invitarte a un café? —preguntó Elliot.

Ella se levantó y salieron juntos de la caja.

—Ya he terminado por hoy. Déjame firmar el papeleo de Brian y estoy lista para irme. —Se dirigió a la recepción, donde el agente Hobbs estaba haciendo el papeleo—. Enséñame los papeles de Hanlin —pidió, sosteniendo un bolígrafo en la mano.

Hobbs le acercó un portapapeles con algunos formularios. Kay firmó y se los devolvió.

—Gracias.

—¿Algún trato especial para su ex, detective? —preguntó Hobbs mientras se alejaba.

—Oh, diablos, no —respondió ella por encima del hombro—. Haz lo que quieras con él.

—¡Así se hace, chica! —gritó Denise Farrell desde el otro lado de la oficina—. ¡Lo tenemos! —gritó, levantando el puño.

Y así desapareció toda la vergüenza. Estaba en casa, con su familia, y Elliot la esperaba junto a la puerta. Se abalanzó hacia él con una sonrisa radiante mientras le revoloteaban mariposas en el estómago.

—Me muero de hambre. ¿Qué tal una cena de bistec y algo de cerveza en lugar de ese café?

El sacudió la cabeza con expresión triste, pero sus ojos brillaban de risa bajo el ala del sombrero.

—No lo sé, no puedo arriesgarme. Mi reputación profesional se verá dañada si me ven en público con alguien cuyo exmarido es un señor del crimen.

—¿Qué exmarido?

UNA CARTA DE LESLIE

Gracias de todo corazón por elegir leer Desaparecida en Frozen Falls. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfe

Cuando escribo un nuevo libro, pienso en ti, el lector, en lo que te gustaría leer a continuación, en cómo te gustaría disfrutar de tu tiempo libre y en lo que más aprecias de estar en compañía de los personajes que creo y de experimentar indirectamente los retos que les planteo. Por eso me encantaría saber tu opinión. ¿Te ha gustado Desaparecida en Frozen Falls? ¿Te gustaría que la detective Kay Sharp y su compañero, Elliot Young, regresaran en otra historia? Tus comentarios son muy valiosos para mí, y te agradezco que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que encontrarás a continuación. El correo electrónico funciona mejor: LW@WolfeNovels.com. Nunca compartiré tu dirección de correo con nadie, y te prometo que recibirás mi respuesta.

Si te ha gustado mi libro, y si no es mucho pedir, tómate un momento y deja una reseña. Puedes recomendar Desaparecida en Frozen Falls a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos o autores por primera vez. Gracias por tu apoyo, y espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. ¡Hasta pronto!

Gracias,

Leslie

www.LeslieWolfe.com

facebook.com/wolfenovels

bookbub.com/authors/leslie-wolfe

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento especial y sincero al fantástico equipo editorial de Bookouture. Es un placer trabajar con vosotros, vuestro entusiasmo es contagioso y vuestra dedicación, inspiradora.

Un agradecimiento muy especial a Christina Demosthenous, que hace que el proceso de edición sea una experiencia agradable y que es la mejor compañera de intercambio de ideas que un autor puede desear. Me guía en todo lo relacionado con la edición y me sirve de musa cuando necesito un empujón. No tengo palabras para agradecérselo.

Un agradecimiento especial a Kim Nash y Noelle Holten, por promocionar incansablemente mis libros en todos los canales. Alba Proko es la maravillosa gestora de audio que convierte mis historias escritas en grabaciones audibles, cuidando las producciones durante todo el proceso y haciendo que me sienta orgullosa de todas y cada una de ellas. Su trabajo con mis historias es simplemente inspirador.

Un gran aplauso para el equipo de marketing digital, que trabaja sin descanso para garantizar que cada lanzamiento de un libro sea mejor que el anterior. Sois sencillamente increíbles.

Mi más sincero agradecimiento a Richard King y a sus entusiastas esfuerzos por llevar mi obra a otros mercados en versiones traducidas y quizá, algún día, a la pantalla. Gracias de corazón por todo lo que haces y por tu gran interés en mi trabajo. Lo aprecio con todo mi ser.